

LA MORADA DE DIOS



J. M. CUENCA Lectulandia

Paris, Nochebuena de 2006. Un hombre intenta apurar sus últimos minutos antes de consumir su suicidio encaramado al Puente del Arzobispado.

Cumple su destino. Un destino impuesto por los monjes de la abadía cisterciense de Cóbreces, su familia. Una orden religiosa que protege celosamente el que quizás es el último y más importante secreto de la cristiandad: «la Morada de Dios».

Mientras descubre si ha consumado el suicidio y ha condenado su alma para toda la eternidad, inicia un viaje contrarreloj que le arrastrará por los senderos del Camino de Santiago y del Camino Lebaniego hacia el monasterio de Santo Toribio de Liébana, el quinto lugar santo del cristianismo.

En su devenir por tierras navarras y cántabras, el protagonista se enfrentará a peligros que escapan a toda lógica y entendimiento utilizando solamente su conocimiento del arte y de la arquitectura religiosa, su chispeante ingenio y sus dotes detectivescas. Entre otros desafíos, se verá obligado a rendir cuentas por sus acciones pasadas ante el Codex Peccatum (Libro de los Pecados). Compartirá aventuras y pesares con personajes peculiares de muy diversa índole y condición (Giordano de Ribalta, El Gran Guillermo de Aquitania, Francisco Fernández de Córdoba...). Y rendirá homenaje a los agotes, grandes arquitectos y artistas olvidados injustamente por la historia. Todo con el único objetivo de dar por cumplida la promesa sellada por los primeros monjes benedictinos-cistercienses a Dámaso I, primer papa español de la historia.

Lectulandia

José Ma. Cuenca Rovayo

La morada de Dios

ePub r1.0
XcUiDi 17.02.16

Título original: *La morada de Dios*
José Ma. Cuenca Rovayo, 2014

Editor digital: XcUiDi
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Carpe Diem

[Aprovecha el momento]



¡Era la noche perfecta!, pensé. Tendría que haber estado compartiendo aquellos momentos con la que iba a convertirse en mi esposa pero una increíble revelación me había arrastrado hasta París con la única intención de suicidarme.

De entre todas las opciones posibles para acabar con mi vida, había escogido la más poética: lanzarme al Sena y ahogarme en sus aguas heladas. El puente del Arzobispado que, a lo largo de la historia, ha atesorado una estrecha relación con la muerte, parecía la mejor elección. Recuerdo que mi protector durante muchos años, un monje de nombre Calatrava, lo llamaba «el puente de las almas perdidas» y, siempre que surgía la ocasión, hacía gala de una desmesurada imaginación, o al menos eso creía yo, con el relato de espeluznantes historias de aquellos que lo cruzaron por última vez. Me habló tanto de él que me empeñé en saber algo más sobre aquella fantástica construcción.

En un tratado de arte sobre un cuadro impresionista del pintor Armand Guillaumin, encontré una breve reseña histórica donde se relataba que aquel puente formaba parte del complejo de edificios del Arzobispado de París, construido en el año 1831 junto al río Sena. Pero aquella reseña me desveló unos datos aún más interesantes. Según el texto, la desembocadura del puente del Arzobispado coincidía con la entrada del depósito de cadáveres del París de aquella época. Un macabro refugio que acogía a los fallecidos en la cárcel o en la vía pública. Los que habían muerto ahogados, sin importar la causa, también descansaban en aquel emplazamiento.

Me daba cuenta de que, como en otras situaciones de mi vida, el lugar para suicidarme no lo había elegido yo y de que, una vez más, debía aceptar la voluntad de un ser superior que, conforme a un extraño plan maestro, me había conducido a París aquella noche fría y lluviosa del mes de diciembre. Hacía frío, mucho frío, el panel informativo de la rue Dante señalaba menos de cero grados y temblé al pensar que la temperatura del río, que ahí abajo me aguardaba, sería aún más heladora. Por un instante estuve tentado de abandonar mi propósito. Pero se aproximaba el esperado y también temido momento y poco me quedaba ya por hacer o decir.

Antes de continuar mi relato quiero dejar claro que, a pesar de lo increíble que pueda parecer, mi historia es una crónica exacta y detallada de lo ocurrido después de mi «muerte». He contado los hechos tal y como ocurrieron, sin alterar ninguna de las experiencias vividas, más allá de mi propia conciencia vital. Creo haber estado «muerto» pero no puedo aseverarlo, de igual forma que la fe no puede corroborar la existencia de un Ser Supremo ya que la ciencia empírica —considerada como el dios único y verdadero del hombre del siglo XXI— no ha encontrado pruebas que la avalen.

La noche mostraba, a cada minuto que transcurría, su rostro más desapacible e ingrato. El viento zigzagueaba endiabladamente por las callejuelas, haciendo llegar a mis oídos los gritos perdidos en el tiempo, a modo de última advertencia, de aquellos que, con anterioridad, ocuparon mi privilegiada posición. El río Sena, con su fuerte caudal, bramaba todo tipo de improperios, harto ya de convertirse en la morada de los que no encuentran su sitio en la sociedad. Estériles e intrascendentes mensajes de aviso para alguien como yo, que sabía, desde el mismo día de su nacimiento, la fecha y la hora de su último viaje.

Los síntomas de que mi tiempo llegaba a su fin se volvían más y más palpables. Sentí que mi pulso se aceleraba anormalmente y que la temperatura de mi cuerpo subía por momentos. La sensación de ahogo, acompañada de un exceso de sudor, provocó la merma progresiva de mi capacidad de razonamiento. No quería perder la conciencia de lo que estaba pasando, ni siquiera en el último instante, con la esperanza de poder enfrentarme, cara a cara, con lo que me esperaba al otro lado. Empecé a aflojar la presión que mis dedos agarrotados hacían sobre la baranda del puente. Mis brazos comenzaron a despegarse del único punto de anclaje... De pronto, escuché unos gritos lejanos:

—*Monsieur, est-ce que je peux vous aider?*

Una cortina de agua (la lluvia, copiosa y persistente, me acompañaba desde mi llegada) no me permitía ver más allá de tres metros. Una silueta, trazos confusos de lo que parecía ser una persona, se acercaba, con mucha cautela, al lugar donde yo me encontraba. Hablaba nerviosamente en un idioma que me resultó imposible entender. Era francés. Al escuchar aquel tono musical, acudieron a mi memoria los recuerdos de mis años vividos en la abadía de Santa María de Viaceli, en Cantabria. Mi rechazo a aquel ambiente, extremadamente religioso, se manifestó en una rebeldía en los estudios, especialmente en el aprendizaje del idioma galo.

Cómo lamenté en aquel momento mi empecinamiento y mi negativa constante a ser instruido en la lengua que manejaban aquellos oradores del silencio divino en sus quehaceres diarios y que era el idioma máter del gran Víctor Hugo. No lograba comprender qué intentaba decirme aquel individuo que, lentamente, salía de las sombras. Su vestimenta me hizo sospechar que podía tratarse de un policía, gabardina y sombrero a lo Humphrey Bogart, que pretendía detenerme antes de consumir mi salto al río. No lo pensé ni un momento y le conminé a que se detuviese en las cuatro lenguas que conozco: castellano, inglés, latín y griego. El individuo se paró en seco. Estoy seguro de que no entendió el significado exacto de mis gritos pero sí el mensaje casi amenazante que intentaba transmitirle. Permaneció unos momentos observándome y sin pronunciar palabra. De pronto, volvió a articular una frase, esta vez acompañada de algunos gestos con las manos.

—*Le suicide n'est pas la réponse.*

Esta vez sí alcancé a interpretar el significado de sus palabras. Aquel desconocido

se había tomado unos segundos para llegar a la conclusión de que yo era un suicida más, uno de tantos que se habían acercado al puente del Arzobispado, a lo largo de los casi doscientos años transcurridos desde su inauguración, con la intención de acabar con su vida. ¿Habría visto en mi mirada aquel brillo característico de los que están a punto de cometer tal aberración?, o quizá, ¿pensó que estaba completamente loco y que la muerte sería la mejor cura para mi demencia? Aquella parecía ser la imagen que iba a legar a los pocos que todavía me apreciaban y no era, ni de lejos, la auténtica.

La tensión entre mi nuevo acompañante y yo crecía por momentos. La lluvia entorpecía aún más la situación y la intensidad de la cortina de agua aumentaba paralelamente a mi ritmo cardiaco. Pero yo no estaba dispuesto a que se acercara más. No me fiaba de sus intenciones. Fue entonces cuando observé cómo aquel sujeto entrometido introducía su mano derecha en el bolsillo de la gabardina y sacaba una pequeña tarjeta azul. Con un gesto brusco, le pedí que me la lanzase para así averiguar su identidad y descubrir, por fin, sus auténticas intenciones. Lo que allí aparecía impreso, con una letra fina y elegante, destrozó todas mis hipótesis:

Monsieur Paul Celan. Correspondant. Le Figaro. Paris.

¡El visitante sorpresa era un periodista! Aquel contador de historias había aparecido en el momento adecuado, no sé si por casualidad, para ayudarme a solucionar un pequeño olvido que había tenido y que ahora lamentaba con consternación. Con las prisas del vuelo, el embrujo de las calles y las plazas parisinas y la emoción al ver las turbias aguas del Sena, que iban a convertirse en mi futura y definitiva morada, había olvidado dejar una nota de despedida. Apenas unas líneas que explicaran cuáles eran mis intenciones y que dijeran adiós, de manera definitiva, a aquellos que me sugirieron, en más de una ocasión, el suicidio como único y eficaz remedio de los avatares que me acosaron a lo largo de mi vida. Pero ¿cómo explicar a mi inesperado transcriptor las razones que me habían arrastrado al borde de la autoaniquilación? La escritura, con mi puño y letra, me parecía la opción menos adecuada en aquella situación ya que mis manos entumecidas centraban sus esfuerzos en el empeño de no caer antes de la hora fijada. Mi voz, aunque débil por el agotamiento y el progresivo deterioro físico, parecía el mejor recurso. Mediante señas, indiqué al corresponsal que recogiera mis últimas palabras con el micrófono o la grabadora que, a buen seguro, llevaba consigo. Con un gesto de asentimiento, empezó a rebuscar entre su ropa y, tras unos minutos de espera, mostró, por fin, uno de esos aparatos miniaturizados de uso común en el gremio de la información. Pulsó todos los botones, le dio varios golpes y terminó por desistir. Por su mueca de contrariedad deduje que aquella grabadora no funcionaba porque la batería estaba completamente descargada. La mala suerte de aquel tipo con los últimos prodigios de la tecnología volvió a quedar patente de nuevo, esta vez con una cámara digital. Esbocé una sonrisa, la primera en mucho tiempo, al ver a monsieur Paul Celan arrojar el aparato al suelo y pisotearlo con furia, como un niño rabioso y enfadado al que le

acaban de quitar su juguete favorito.

Este tipo de avatares solo ocurren en la vida de un informador. Bien lo sabía yo. Aquel infortunio tecnológico trajo a mi memoria la etapa en la que conocí a la que estaba destinada a convertirse en mi mujer. Yo trabajaba como redactor jefe en un periódico local que tuvo la necesidad de incorporar a dos nuevos becarios. Uno de ellos, fumador empedernido y borracho consumado, demostró tener cualidades para el oficio periodístico. Lo situé al frente de una columna de información judicial y cumplió su cometido con envidiable precisión inglesa. La otra adquisición, una periodista pamplonica llamada Edurne, actuaba como una auténtica equilibrista de circo. Era una excelente profesional, según me percaté al poco de su llegada y antes de poner mis ojos en ella como mujer, pero en organización representaba un completo desastre. El despiste en persona. Allá donde fuera, siempre olvidaba recargar la batería de la cámara digital. Nunca consiguió grabar una rueda de prensa ya que, de manera inevitable, abandonaba en su chaqueta el famoso aparatito registrador de voces. Conseguir que en su página se publicase una foto que no fuese de archivo, era una misión imposible. Ahora me pregunto, con algo de sorna, si Edurne y Monsieur Paul coincidieron en las aulas de Ciencias de la Información en la Universidad de Navarra. Es muy probable.

A punto de doblarse a su mala suerte y de perder la posiblemente mejor exclusiva de su carrera periodística, monsieur Paul me mostró el último aparato electrónico que portaba consigo: un teléfono móvil de última generación con una pequeña cámara digital. Tras varios intentos fallidos con diversos artilugios tecnológicos, solo me podía ofrecer una simple fotografía. A pesar de mi disgusto, acepté gustoso que inmortalizase el momento. Para facilitarle la redacción de aquella noticia, de la cual yo era protagonista absoluto, le lancé una tarjeta de visita con mis datos personales. Al agacharse para recogerla, me percaté de que de su cuello pendía una cruz sujeta a una cadena de oro. Creí entrever que la cruz estaba en posición invertida. Al verla, sentí un escalofrío momentáneo pero intenté convencerme a mí mismo de que aquella visión era solo un efecto visual, consecuencia del intenso cansancio que soportaba desde hacía más de una hora. Mis ojos contemplaron aquel símbolo del cristianismo con cierta devoción y con la candidez de un niño. Mi mirada no pasó desapercibida para Paul que, desconcertado, quiso zanjar sus sospechas con un leve movimiento del entrecejo. Con voz firme, yo respondí sin vacilar.

—*Oui, je suis Chrétien.*

Era la única frase que conocía en francés: «Sí, soy cristiano». Esta afirmación acabó con nuestra breve pero intensa relación ocasional. La contundencia de mis palabras le desarmó por completo y reaccionó de inmediato con un brusco giro de cabeza. Me dio la espalda y comenzó a alejarse. Antes de desaparecer por completo, levantó la vista y me dirigió una última mirada. Sabía que lo haría, tenía ese presentimiento. Creí distinguir unos ojos rabiosos y de color rojo intenso. Unos ojos feroces que, en ese momento me di cuenta, sin duda habían intentado arrebatarme mi alma cristiana. Hasta aquel instante no me percaté de que, en ningún momento, pude distinguir rasgo alguno de su cara y de que jamás podría identificar a la última persona que me acompañó antes de saltar. Aquel desconocido se alejó por fin y yo me quedé de nuevo en un silencio lleno de sospechas.

La soledad, amiga inseparable del suicida, volvía a ser mi mejor compañera. Los últimos acontecimientos habían rebajado considerablemente las pocas fuerzas que

aún conservaba. La lucha por mantenerme agarrado al puente, a la espera de escuchar las doce campanadas de la catedral de Notre Dame señalando la entrada en el día 25 de diciembre, se había convertido ya en un auténtico *via crucis*. Solo me quedaba esperar y pensar, pensar y esperar. Aquel encuentro, inesperado y desconcertante, había despertado en mi interior algunos remordimientos que creía escondidos. Sentimientos ocultos que me llevaban a reflexionar sobre mis primeros años de juventud, plagados de inquietudes espirituales. Desde edad muy temprana me sentí y actué como un perpetuo novicio, siempre deseoso de formar parte de la congregación religiosa que me acogió desde pequeño. Solo los buenos consejos de Guillermo, abad de la orden cisterciense de la Abadía de Santa María de Viaceli y mi más firme tutor, consiguieron disuadirme de mi propósito y mostrarme otros posibles caminos, más allá de la vocación religiosa.

Guillermo formaba parte de un grupo de monjes que, procedente de Francia, se había establecido en el pueblo cántabro de Cóbreces a principios del siglo XX. La abadía se regía por la Regla de San Benito y entre sus principios, primaba la acogida y la hospitalidad al prójimo. Yo fui uno de sus acogidos y, desde mi nacimiento, el monasterio se convirtió en mi hogar y los monjes en mi única familia. El silencio y la soledad, que se filtraban entre las piedras de la abadía, me ayudaron a descifrar, una a una, las claves de un destino turbio al que me creía abocado por orden y mandato de Aquel que adoraban mis ángeles custodios terrenales. Unos ángeles con hábitos marrones que, en ocasiones, me parecían centinelas en medio de unos muros infranqueables convertidos a mis ojos en hileras insalvables de alambres de espino. En esos periodos de crisis, el ambiente acogedor y de sosiego se tornaba en una atmósfera asfixiante que atenazaba mis sentidos. Más de una vez estuve tentado de escapar de aquella prisión pero las charlas con el abad Guillermo ejercían sobre mí un sorprendente efecto disuasorio y conseguían retenerme en ese lugar.

Rememorar alguna de las conversaciones noctámbulas con Guillermo en su capilla privada, antes de la llamada a maitines, me obligaba, de nuevo, a replantearme las intenciones suicidas que me habían arrastrado a París aquel 24 de diciembre. Las discusiones teológicas con mi tutor, auténticas partidas de ajedrez con argumentos reincidentes y predecibles movidos siempre de forma distinta, terminaban invariablemente en tablas. Alguna frase inquisitiva por mi parte marcaba siempre el comienzo de la batalla.

—Guillermo, Dios es piadoso con todos sus hijos, ¿no es cierto?

—Efectivamente, la misericordia del Señor no tiene límites.

—Y si una persona se arrepiente de sus pecados antes de morir, ¿irá directamente al cielo?

—Si el arrepentimiento es sincero, por supuesto.

—Pero... y si olvida confesar algún pecado importante... Supongamos que ha faltado al séptimo mandamiento, no robarás, y en los instantes que preceden a su muerte olvida confesarlo. ¿Qué ocurriría entonces?

—Bueno, si el olvido es inconsciente, estoy seguro de que el Señor sabrá entenderlo.

—Pero el olvido también puede ser intencionado. Supongamos que robó a un rico para ayudar a los pobres y que decide, como yo haría, no confesarlo ya que el mal que precede a la falta es compensado con el bien derivado de la acción. En ese caso, ¿crees que las puertas del cielo seguirían abiertas para él?

—Lo que creo es que no debí enseñarte a jugar al ajedrez. Tus movimientos tácticos, ya sea encima del tablero de juego como en otras disciplinas de la vida, se vuelven, cada vez, más enmarañados y sutiles.

—¿Temes contestar? ¿O es que acaso un abad cisterciense no dispone de los recursos teológicos suficientes para responder a la dicotomía que te planteo?

—Déjame pensar, pequeño diablo —esbozó una leve sonrisa y declaró con severidad— en calidad de siervo aventajado, por el poder que me ha conferido nuestro Señor, dictamino que el pecador ha muerto en estado de gracia y que, en pago de su culpa no confesada, permanecerá en el purgatorio, privado de la visión de Dios el tiempo que corresponda a la lectura de cien mil avemarías. ¿Contento con el veredicto?

—Me decepcionas profundamente. Observo que tu interpretación de las Sagradas Escrituras se inclina siempre a favor de los que pecan. Pero si nos remitimos al texto sagrado, descubrimos ejemplos flagrantes como el del propio Judas Iscariote que saqueaba la bolsa común de los apóstoles (Jn. 12, 6). En este y en otros casos similares, Dios se muestra sumamente irritado y castiga tanto al infractor como a sus descendientes.

—Es cierto que el daño no puede lavarse completamente en el confesionario. Hay que mostrar un sincero arrepentimiento, manifestar el propósito de no volver a cometer un acto similar y restituir el bien robado. Sin embargo, en el caso del moribundo que me planteabas, solo es importante la primera de las condiciones, es decir, el propósito de enmienda.

—Esta noche me vas a poner muy difícil encaminar al infierno el alma de alguna oveja descarriada.

—Te empeñas, noche tras noche, en hacer de abogado del diablo en un lugar santo. Intentas acceder al infierno a través de una puerta sellada por la fe de los que aquí moran. Y, además, utilizas, como llave de ese terrible lugar, unos excéntricos axiomas que, dudo, convenzan al cancerbero de Dios. Deberíamos resolver en tablas la disputa de esta noche.

—Me parece bien pero antes respóndeme a un último axioma. Si un día decido suicidarme lanzándome a un profundo río y, antes de caer al agua, me arrepiento profundamente de lo que acabo de hacer y prometo no volver a intentarlo, ¿Dios me perdonará y me acogerá en su Reino?

—Veamos si te he entendido. Decides suicidarte por voluntad propia, pecado que la Iglesia considera como una violación del quinto mandamiento (no matarás) y, antes de perder la consciencia, te arrepientes y solicitas el perdón de Dios.

—Sí, es eso más o menos.

—¿El suicidio es producto de alguna enfermedad mental?, o, ¿es consecuencia de alguna situación crítica en tu vida?

—¿Importa?

—Según la Iglesia, sí. El acto de suicidarse, de forma directa y libre, se opone frontalmente al derecho que Dios tiene sobre nuestras vidas. El hombre cree que es propietario exclusivo de su vida, aunque en realidad su función se limita a ser un buen administrador del alma.

—Correcto, pero no me podrás negar que incluso siendo un simple administrador resulta posible aplicar atenuantes.

—La posibilidad existe, aunque solo Dios sabe en el último momento el destino final de nuestras almas.

En esa ocasión estuve a punto de confesar a Guillermo que el futuro me iba a ofrecer la oportunidad de comprobar si lo que habíamos hablado aquella noche se ajustaba a la verdad. La esquila comenzó a oírse en toda la abadía ahogando, con su repicar, las últimas palabras de aquella intensa velada entre el maestro y su pupilo. Guillermo se dirigió a cumplir con el primer rezo antes del amanecer y yo me quedé solo, convencido de que jamás olvidaría aquellas enseñanzas ni a la persona de quien emanaban. De entre todos los frailes de la abadía, Guillermo adoptó desde el principio el papel más paternal, velando constantemente por mi educación y convirtiéndose en uno de los pilares de mi vida. Mi tutor mostraba siempre el porte misterioso característico de uno de esos monjes que habitan entre las páginas de una novela histórica. Su altura no superaba el metro y medio aunque la compensaba sobradamente con una enorme barriga que exhibía con orgullo, a la par que repetía:

—Lo que no tengo de alto, lo tengo muy bien distribuido a lo ancho.

Guillermo acompañaba siempre esas palabras con una caricia rápida a su coronilla, grande y redonda, sin asomo de pelo. De niño llegué a pensar que el tamaño de su cabeza se debía al gran número de libros leídos y, por lo tanto, a la ingente cantidad de ideas y conceptos que se alojaban en aquella mente despierta. Y es que a lo largo de los años, mi tutor mostró una pasión desmedida por la lectura. En innumerables ocasiones, me demostró con hechos su amor por los libros. En la abadía se rumoreaba que su fondo bibliotecario superaba con creces al del propio Papa, aunque nunca nadie pudo demostrarlo.

Empezaba a sentirme tremendamente agotado. Mi corazón latía a un ritmo desenfrenado que parecía imparable. El sudor y los temblores desembocaron en una sensación de ahogo y de inestabilidad general... Sufrí un pequeño desvanecimiento.

Ese instante de infinitud temporal me permitió experimentar en mis propias carnes el primer contacto con el temido «Más Allá». Durante el trance creí escuchar una voz femenina que me susurraba *Carpe Diem* (aprovecha el día). Una expresión en latín que había leído en incontables ocasiones en los textos clásicos que inundaban la abadía. Dos palabras cortas y contundentes que encerraban una invitación manifiesta para disfrutar del presente, o en mi caso, para disfrutar de los escasos minutos que me quedaban de vida, sin preocupación por el futuro.

Unos instantes más y todo habría acabado. El torrente del río se mostraba indomable y ávido de su presa. A cada golpe de corriente alzaba unos brazos imaginarios con la pretensión de someterme y de atraparme para siempre. Pero todavía no había llegado la hora y la noche me deparaba una última y curiosa experiencia.

La lluvia firmó una eventual tregua que detuvo el incesante bombardeo sobre la posición estratégica donde me hallaba. Los nubarrones iniciaron una lenta retirada, permitiendo que unos rayos de luz bañaran los tejados de la vieja ciudad de París. En el horizonte pude observar el contorno fantasmal de la catedral de Notre Dame. El río, contagiado de aquel armisticio de los elementos, comenzó a mostrarse sereno y sosegado, invitándome una vez más a acogerme entre sus brazos.

Una voz a mis espaldas rompió bruscamente el deleite de ese momento de paz.

—*Monsieur, est-ce que je vous interrompe?*

Me giré y me topé con un individuo excepcional aupado en una calesa, un vehículo chocante y realmente inadecuado para el diluvio acaecido momentos antes. Su vestimenta extravagante y sus pintas estafalarias contribuyeron a hacer la situación aún más inaudita. Confundido por las circunstancias y por unas palabras que seguía sin entender, decidí contestar en mi propio idioma.

—Lo siento mucho, señor, no entiendo el francés.

—¡*Oh, la la!* ¡Qué estupenda sorpresa encontrar a un ciudadano de España paseando por nuestra bellísima ciudad de París en esta maravillosa noche!

—Habla usted muy bien el castellano.

—*Oui, monsieur.* En el año 1976 estuve ingresado unos meses en el Hospital de Navarra, lo que me permitió disponer del tiempo suficiente para aprender su idioma. Pero, por favor, no perdamos el tiempo con palabras insustanciales. Contésteme mejor a esta pregunta: ¿Cómo ha conseguido plaza en este palco?

—¿Palco? ¿Se refiere usted al puente desde el que me encuentro a punto de suicidarme?

—¿Puente?, ¿plataforma?, ¿pasarela?... esas acepciones son vulgares y rebajan el sentido de lo que hoy nos ha reunido aquí. Se lo ruego, dejémonos de divagar. ¿A qué club pertenece usted?

Aquel individuo histriónico no dejaba de desconcertarme. Las preguntas que formulaba no parecían coherentes. Hablaba de palcos, clubes y no sé cuántas cosas más. No me sentía preparado ni con el suficiente ánimo para afrontar la conversación

cuando, de pronto, recordé algo importante y miré a aquel ser extremadamente curioso con otros ojos. Entonces, le reconocí.

La mitología de muchos pueblos recoge la aparición de espíritus, fantasmas o seres sobrenaturales en los momentos previos a la muerte. Según las creencias populares, estos visitantes inesperados tienen la misión de ayudar al moribundo a alcanzar la otra orilla aunque también pueden actuar con intenciones más malvadas. Presentes en innumerables leyendas y tradiciones, a estos personajes fascinantes se les atribuyen nombres muy distintos. Así, los gallegos hablan de la *Santa Compañía*; los asturianos, de la *Güestia* y los navarros, del *Ermitaño*.

Aquel que yo veía ahora frente a mí no podía ser otro que *Ankou*, personaje de la mitología bretona que, armado con una guadaña y montado en un carro, se manifestaba ante los agonizantes para arrancarles su alma. Recuerdo perfectamente haber visto un grabado donde se le representaba como un esqueleto vestido de negro y ataviado con un sombrero de copa.

El aspecto del hombre que me hablaba no distaba mucho de aquella descripción. Alto y enjuto, vestía completamente enlutado y lucía un espléndido y solemne sombrero de copa. No había duda, era él. Pero ¿cómo debía comportarme ante aquella leyenda que me visitaba para asistirme en mis instantes finales? Una nueva pregunta rompió el hilo de mis reflexiones.

—*Pardon, monsieur*. No disponemos de toda la noche. ¿Puede indicarme a qué club pertenece usted o tendré que adivinarlo?

—Sé muy bien a qué ha venido y no veo la necesidad de continuar esta farsa.

—¿Farsa? No alcanzo a entender el significado de sus palabras.

—Detén la función, *Ankou*, o como quiera que te llames, y revélame el motivo de tu visita.

—Creo que me confunde con otra persona. Permítame que me presente. Soy *monsieur Boucher*, propietario de un pequeño negocio de charcutería en la *rue Saucisse* y presidente del club de suicidas de la capital francesa.

—¿Cómo dice? ¿Presidente de un club de suicidas?

—*Certainement*, presidente por méritos propios. En mi historial personal atesoro más de nueve suicidios fallidos. Mi antecesora, *mademoiselle Accrochée*, falleció la semana pasada en la *Bibliothèque Nationale*. Era su vigésimo intento de ahorcarse y, hasta la fecha, siempre había sido auxiliada. Pero el pasado cinco de septiembre, mientras su cuerpo pendía en la sala de lectura, se declaró un terrible incendio en el ala oeste del edificio. Todos los visitantes fueron desalojados mientras el personal se concentraba en salvar el mayor número de obras. Fue una muerte digna y rodeada de sus mejores amigos, los libros. Creo recordar que siempre hablaba de ellos como si fuesen hijos suyos.

—Perdone, *monsieur Boucher*. Acláreme una cosa. ¿Me está usted diciendo que ha venido a este puente a suicidarse para seguir sumando méritos dentro de un club de suicidas?

—*Correct, mon ami.* Esa es justamente mi intención. Yo me he especializado en suicidios por ahogamiento, siempre utilizando como plataforma algún puente de renombre, y usted se halla ubicado justamente en el que había seleccionado para esta ocasión.

—Siga, siga. No se detenga, su charla me intriga cada vez más.

—Ya le dije al comienzo de nuestra conversación que aprendí su idioma en una visita a Pamplona, en julio del año 1976. Lo que no le he mencionado es que, aprovechando mi visita para conocer las fiestas de San Fermín, me lancé al cauce del río Arga desde el puente de Puente la Reina. Lo elegí por ser una majestuosa construcción románica, inspirada en la grácil figura y la hermosa esbeltez de una reina y por encontrarse muy cerca de las iglesias de Santiago y el Crucifijo. ¡Hay que pensar en todo!... ya me entiende.

—Sí, le entiendo perfectamente. Y ahora...

—Ahora usted interfiere en mis planes para esta noche. No me considere desconsiderado y descortés si le reclamo que desista de sus intenciones y me ceda su lugar.

—Por supuesto que no.

—Estoy seguro de que no cometerá tal desaire con un colega francés, teniendo en cuenta que estamos en mi país. Yo no lo haría si la situación fuese justamente la inversa.

—Permítame unos segundos para reflexionar. *Merçi.*

La situación era realmente cómica. Yo había realizado un largo viaje, seleccionado con minucioso detalle un lugar concreto, aguantado las inclemencias del tiempo y, en el momento justo de consumir el acto final, se presentaba un señor exigiendo sus derechos a un suicida foráneo.

A mi «*petit ami*» no le interesaba en absoluto el trasfondo de mi acto ni mostraba preocupación alguna por conocer las razones de mi deseado suicidio. Daba por seguro que yo pertenecía a alguno de los clubes de suicidas de España y que mi presencia allí suponía una desconsideración hacia un compañero federado.

A lo largo de mi vida he conocido clubes de lo más pintorescos. Recuerdo algunos como *El club de los olvidados*, en Alemania, formado por personas que habían olvidado relacionarse con los demás y mantenían una existencia apartada como auténticos ermitaños. O *El club de las alturas*, en Italia, cuyos miembros nunca vivían a menos de tres mil metros de altura. Uno de los más curiosos era *El club de los sedientos*, en Rusia, basado en la máxima de restringir la bebida de todo líquido a excepción del vodka. Como es de suponer, la mayoría de sus miembros fallecía por cirrosis. Pero, a pesar de mis conocimientos sobre estas asociaciones insólitas, nunca había tenido el honor de topar con un club de suicidas.

Monsieur Boucher esperaba una respuesta. Por mi parte, era consciente de que había gastado gran parte de mis fuerzas y de que la situación de espera debía llegar a su fin. La hora de saltar era inminente. Así que decidí ganar tiempo.

—Monsieur Boucher, he decidido cederle mi puesto y retrasar mi suicidio para otra ocasión.

—Estupenda noticia, estupenda noticia.

—No podía hacer menos por un colega francés.

—Estaba seguro de que usted era un caballero, un *monsieur authentique*.

—¿Puedo solicitarle un último favor? Dígame, ¿qué hora es exactamente?

—Hora... En París tenemos exactamente las once y cincuenta y nueve y cincuenta y cinco segundos.

Había llegado el momento. El oráculo había anunciado el instante de mi muerte el mismo día de mi nacimiento. Según la predicción, mi fallecimiento tendría lugar el 25 de diciembre, en mi trigésimo tercer cumpleaños, a las doce horas de la noche. La fecha venía impuesta pero siempre pensé que el lugar y el modo quedaban a mi elección.

Era el momento de soltar amarras. Giré la cabeza y fijé la mirada en la silueta de la catedral de Notre Dame. Aflojé la presión que amarraba mis dedos a la baranda del puente y me dejé caer con lentitud. Mientras descendía, pude escuchar la voz del señor Boucher que gritaba —¡me ha traicionado, monsieur! ¡Este era mi puente y mi suicidio! ¡No crea que intentaré salvarle...! ¡Jamás, antes me ahogaría yo mismo!.

Sufrí un terrible shock cuando entré en contacto con las aguas gélidas del Sena. Los cinco sentidos me abandonaron por completo, dejando mi cuerpo a su suerte. La mente, todavía lúcida, me permitió ser consciente de lo que iba a ocurrir en los segundos más importantes de mi vida. Recuperé parcialmente la visión. Observé como las nubes transitaban sobre mi cabeza a una velocidad vertiginosa. Giré la cabeza hacia la izquierda y me encontré con la fachada oeste, de estilo románico normando, de la inconfundible catedral de Notre Dame. A la derecha tropecé con la imagen difusa del Hotel de Ville, el lugar donde quedarían para siempre mis escasas pertenencias personales. Dirigí nuevamente la vista hacia el cielo de París. Lo que hasta ese momento había sido una noche desapacible, iba a convertirse en un placentero amanecer. ¿Comenzaba a despuntar el nuevo día o era mi imaginación?

En los segundos finales me tentó, por primera vez, la idea de salvarme y de nadar con fuerza hacia la orilla. Mis recuperadas ganas de vivir eran lo único que me quedaba y me agarré con todas mis fuerzas al mundo que ya abandonaba. Una última ojeada, pensé, y, girando nuevamente la cabeza a la derecha, me despedí definitivamente del museo del Louvre y de los Campos Eliseos.

Los últimos metros para el penitente. Los tambores de Calanda redoblaban por mi alma. El hijo regresaba con el padre.

Silencio, un silencio perenne... ¿Estaba muerto?

Capítulo 2

Poena Deus

[Castigo de Dios]



¿Dónde estaba la luz?

Algo había salido mal, estaba seguro. El túnel, la luz y la paz infinita, esas imágenes y sensaciones que acompañan a los difuntos en su último viaje, se habían extraviado y no me atrevía a asegurar si estaba muerto o continuaba vivo. Quizá ambas cosas. Angustiado por la situación, hice un esfuerzo por tranquilizarme. A mi mente acudió la imagen de un cuerpo moribundo hundido en las profundidades del Sena, en un descenso eterno y sin fin. Un infierno consciente al que Dios me castigaba por intentar suplantar su voluntad.

No sentía absolutamente nada, ajeno a cualquier estímulo externo. Tan solo alcanzaba a distinguir, envuelto en una nebulosa grisácea, un cielo blanco sin nubes. ¿Sería el anhelado paraíso? Jamás me lo hubiera imaginado así... Pero ¿quién sabe? Quizá las múltiples historias que relatan el tránsito de la vida a la muerte sean solo pura fantasía y la única experiencia verdaderamente creíble era la que estaba viviendo yo en aquel momento. Me convencí de que resultaba trascendental no perder la consciencia y descubrir con exactitud dónde me encontraba.

Intenté mover alguna de las extremidades pero me fue del todo imposible. Probé a abrir los ojos pero mis párpados parecían de piedra, privándome de la visión de la magnificencia y la belleza del Edén. La rigidez se contagiaba al resto del cuerpo. Era un bloque inmóvil e inerte. Me aterroricé al pensar que aquel estado de trance podía dilatarse hasta la eternidad. Pero ¿qué podía hacer?

Los intentos en vano por recobrar la movilidad corporal acabaron por agotarme y caí en un intenso y profundo sueño donde reflaté los acontecimientos pasados más sobresalientes de mi vida. Un viaje onírico a la memoria que todo hombre posee y que recoge el fruto de sus vivencias. Si realmente me encontraba en un estado previo a la vida eterna, mi alma debía afrontar el último juicio y hacer propósito de enmienda. Uno a uno desfilaron ante mis ojos los momentos claves, alegres y tristes, que había vivido a lo largo de treinta y tres años. En esa sucesión ininterrumpida de imágenes, una escena adquiría especial protagonismo: los instantes de mi nacimiento. Una visión borrosa y confusa que me acompañó durante toda mi existencia. Los únicos recuerdos de un acontecimiento enigmático que siempre intuí rodeado de dolor y de angustia.

La escena cobraba vida en una habitación, pobre y sombría como la celda de un monje eremita, donde se vislumbraban tres sombras desdibujadas por la penumbra.

Sombras oscuras, con formas femeninas, sin nombre y sin rostro, que jamás pude identificar. Yo me encontraba en una esquina, invisible para aquellos seres anónimos y misteriosos, e insensible y pasivo testigo de los hechos que se desarrollaban ante mis ojos. Una insensibilidad manifiesta que, aún hoy, resulta lacerante para mi alma.

La escena se desarrollaba entre gritos y lamentos, ahogados por una verborrea inagotable de rezos y letanías. Una de las mujeres, que yacía en un camastro, se agarraba con fuerza a las otras dos sombras a la par que, con voz desgarrada, gritaba y pedía perdón a Dios. La sangre que salía de sus entrañas manchaba las manos de sus dos compañeras, afanadas en medio de la angustia por salvar la vida del nuevo ser que estaba a punto de venir al mundo. El parto, envuelto en plegarias interminables, se prolongaba durante unos minutos, que a mí me parecían eternos. La palabra «amén» cerraba por fin la escena y marcaba el comienzo de mi brusco despertar, empapado en sudor y tembloroso de angustia. Al despertar de aquellas pesadillas agobiantes siempre albergaba una pregunta que no sabía contestar. ¿Había alguien más en aquella habitación? En sueños sucesivos, siempre la misma escena, descubrí que mis sospechas eran ciertas y que una sombra misteriosa delataba su presencia en los últimos instantes aunque siempre en distinto lugar.

La angustia y el terror que despertaban en mí aquellas imágenes provocaron un cambio radical de mi comportamiento y de mi estado de ánimo. Me sentía obsesionado con un sueño indescifrable que no sabía cómo interpretar pero que sospechaba muy vinculado a mi propia existencia. Mi tutor, Guillermo, quiso ayudarme en aquellos momentos de crisis. Aún recuerdo sus palabras de consuelo:

—¿Has vuelto a soñar con esas escenas que consideras tu nacimiento?

—Sí, por desgracia, ese sueño me persigue noche tras noche.

—No debes entender lo que ves como un hecho consumado. Los sueños son solo sueños y ofrecen muchas interpretaciones.

—Es fácil asegurarlo cuando no se es el protagonista.

—Estoy seguro de que algún día percibirás con clarividencia el mensaje oculto que Dios intenta hacerte llegar. A veces sus caminos son inescrutables y nosotros no llegamos a entenderlos.

—Pero yo necesito saberlo aquí y ahora. Ya no puedo más.

—Ten paciencia, querido discípulo. La voluntad del Señor no se hará esperar y se te revelará en el momento designado.

Aquellas palabras no cobraron sentido hasta el mismo instante de mi muerte. El momento de la verdad se presentó sin avisar, con mi cuerpo inmóvil y la mente abotargada. El sueño maldito, que tantas veces me había martirizado, volvió a torturarme en aquellos momentos de *impass* con una intensidad renovada. No lo dudé un instante y grité con toda mi alma —¡Dios, háblame! Como respuesta solo obtuve un silencio absoluto.

La pesadilla volvió a trasladarme a una habitación oscura con tres figuras de color

azabache y una sombra a punto de surgir de las profundidades del infierno. Nada había cambiado. Se repetía el sueño. ¿Es que Dios no existe?, pensé, sobrecogido. Y entonces, ¡ocurrió! Un instante inagotable, una vida inconclusa, un infinito del revés. De la oscuridad más cerrada se filtró un suave resplandor que iluminó las tres siluetas, descubriendo unos rostros y descifrando por fin parte del misterio. Me aturdió de tal manera lo que mis ojos contemplaron que estuve a punto de morir por dos veces aquella noche. En aquella visión reveladora, mi yo abandonaba su papel pasivo y se convertía en un actor más de aquella macabra representación. Con pasos silenciosos me acerqué hasta el camastro donde yacía la mujer sufriendo, desgarrada de dolor mientras alumbraba a un nuevo ser. Las otras dos mujeres, arrodilladas frente a su lecho, no cesaban de rogar a Dios por el alma de la pecadora mientras retorcían entre sus manos un crucifijo de madera que colgaba de sus cuellos. Acostumbrado desde pequeño a los ambientes religiosos y a los símbolos clericales, no me costó reconocer los hábitos marrones que vestían aquellas mujeres y que distinguían a la orden de las Carmelitas Descalzas, concretamente a dos reverendas madres. Poco a poco, empecé a completar las piezas de aquel puzzle, en principio indescifrable. La habitación, pequeña y oscura, pertenecía, sin duda, a un convento de las Carmelitas. Aquellos personajes se habían escondido allí, en la estancia más apartada del edificio, para ayudar a una parturienta en un alumbramiento clandestino, desarrollado entre gritos apagados y murmullos de rezos. Todavía me quedaba un interrogante por resolver, ¿quién era la parturienta?, ¿quién era la mujer que gritaba pidiendo perdón por sus actos y solicitando la indulgencia de Dios?

Una necesidad terrenal interrumpió mi análisis revelador de aquella escena y me devolvió, de golpe, al lugar donde me encontraba. Continuaba quieto e inerte pero ¡me moría de sed! Ja, ja, ja... No creía haber escuchado jamás una aseveración más absurda y a la vez irónica, ¿un muerto que tenía sed?, ¿un muerto que se moría de sed? ¡Qué lugar más terrenal debía ser el cielo! Primero sed y, quizá más tarde, hambre. Llamadas biológicas de un cuerpo que ya no me acompañaba, pero que todavía se resistía a abandonarme por completo. Una sensación similar a la que padecen aquellos a los que se les amputa una extremidad. A pesar de la pérdida, ellos aseguran que la sienten, que les pica y que les duele. ¡En fin!, palabras sin sentido en una persona presuntamente muerta, delirios incontrolados que no dejaban de sorprenderme. Una vez más, en un quiebro inexplicable, mi mente me devolvió de nuevo a aquella habitación misteriosa. Debía despejar las últimas dudas. ¿Quién era la que lloraba sin cesar apelando a la misericordia divina? El miedo y las sospechas paralizaban mis pies. Los pensamientos, en una espiral desbocada, me alertaban de experimentos de fe, exorcismos para salvar un alma pecadora, crímenes ocultos... Las hipótesis más espeluznantes se deslizaron por mi cabeza pero, venciendo al fin el miedo, consumido de impaciencia y hambriento por conocer la verdad, me acerqué todo lo que pude a aquella mujer misteriosa.

Mi mirada se topó con los ojos nebulosos de una moribunda. Una chica joven, de

poco más de treinta años, dejaba escapar su vida entre gritos desgarradores. El río de sangre que recorría todo su cuerpo, tiñendo de rojo su hábito blanco de monja novicia, anunciaba una muerte casi inmediata. Pero ella se agarraba a la vida con sollozos sobrecogedores que inútilmente intentaban acallar sus dos compañeras.

—¡Señor, perdóname por mis actos y acógeme en tu regazo! ¡Salva la vida de mi hijo, que no solo nace con el pecado original, y que mi alma condenada vele por la suya!

Al escuchar aquellas palabras sentí un mazazo interior que sacudió mi alma. Algo me dijo, algo así como una llamada de las entrañas, me confirmó que aquel pequeño ser, de cuyo nacimiento estaba siendo testigo, era yo. La revelación sirvió para despejar, de manera definitiva, todas las dudas y sospechas que albergaba desde hacía muchos años. Yo era el fruto del pecado de una novicia que murió en un parto clandestino. Una mujer que agonizó desangrada mientras los demás se afanaban en ocultar la vergüenza que aquel hecho suponía para la orden.

¿Verdad o mentira?, ¿realidad o imaginación?, ¿continuaba vivo o muerto? La respuesta ya no me importaba, solo quería despertar de esa pesadilla. Sufría mortalmente al ver a mi madre condenar su alma desahuciada al peor de los infiernos. En aquel instante, la miré, fijé las pupilas en las suyas y derramé un torrente de gratitud sobre ella, agradeciéndole que entregara la vida y el alma para que su criatura tuviese una oportunidad. Ella me miró con tristeza y musitó —¿Qué haces aquí, hijo mío?

El eco de aquellas palabras penetró en mi interior con un silencio atronador. Me daba cuenta de que, con mi suicidio, el gran sacrificio de aquella a la que nunca llamé madre se había convertido en un maldito absurdo. Mi error castigaba a la madre y al hijo a la condena eterna. Aterrorizado, aparté los ojos de la moribunda. No toleraba más angustia y esperé, con cobardía, el último suspiro de mi ángel protector.

En medio de la angustia más profunda, una pregunta asaltó mi mente. ¿Dónde se encontraba la sombra misteriosa que se repetía en el sueño, escondida siempre en un lugar distinto? ¿Dónde se agazapaba el espectro miserable que acechaba el instante de mi nacimiento? Giré mi cabeza lo más rápido que pude y escruté todos los rincones de aquella celda miserable sin encontrar rastro alguno. No podía equivocarme, aquella mancha con forma de persona me perseguía en cada uno de los sueños que tuve en el pasado. ¿Dónde se escondía ahora?, ¿no podía desaparecer! Intuía que ese oscuro individuo representaba una pieza fundamental en el puzle de mi vida y, por lo tanto, era prioritario conocer su identidad.

En aquellos momentos experimenté en mis propias carnes una de esas máximas que caracteriza a la seres humanos: cuanto más cerca estamos de desentrañar una certeza, más pánico mostramos hacia lo que nos espera y nos es desconocido. Así me sentía yo, bloqueado y horrorizado ante la posibilidad de descifrar las facciones de ese rostro enigmático. Recordé a todas las personas buenas que conocí, que tanto me

ayudaron, y que comprendieron hasta el último de mis actos; y recé para que ninguna de ellas tuviera ese semblante. ¡Te descubriré, maldito!

De repente, oí voces. Por encima del siseo de rezos y de los murmullos inteligibles, escuché voces altas y claras que hablaban con determinación.

—Se desangra, la perderemos si no acude un médico.

—Nada de médicos —declaró una voz tajante en la penumbra.

—Los cortes son muy profundos. Ha intentado suicidarse.

—Rezad por su alma condenada.

Los gritos de la mujer, solicitando indulgencia, se despeñaban hacia un abismo más y más oscuro. Ya no había esperanzas para ella pero sí para su hijo.

—El niño debe vivir, es la llave de su salvación —manifestó con rotundidad la sombra.

—Pero ¿es la prueba del pecado? —respondieron al unísono las dos reverendas madres mientras repetían una y otra vez: «Poena Deus, poena Deus»— (Castigo de Dios, castigo de Dios).

—Obedeced la voluntad del Señor y no provoquéis su cólera —concluyó el misterioso personaje.

No podía creer lo que estaba oyendo. La sombra sin rostro, que hasta ese momento me había parecido la representación del maligno, se comportaba de forma misericordiosa y sus palabras acababan de salvarme la vida. Ahora más que nunca era prioritario conocer su identidad. Él parecía tener la clave de lo que allí ocurría.

La sombra se mantenía quieta, protegida por la oscuridad. Los intentos que hice por acercarme a él y descubrir su cara resultaron infructuosos y por más que busqué algún cristal o un espejo donde vislumbrar su imagen reflejada solo encontré una celda vacía y sin luz. Era una celda sin ventanas, con paredes y suelos empedrados y decorada austeramente con un catre, un banco de madera de olivo y una mesa. Sobre ella, un tenebrario con dos velas, dos resplandores amarillos que se perdían en la negrura de la estancia. Comenzaba a resignarme a la situación cuando de pronto las voces volvieron a hablar.

—Rápido, traed una jofaina con agua caliente.

—¿Qué ocurre?

—Sufre, sufre muchísimo y hay que aliviarla para que el bebé no corra peligro.

El individuo misterioso abandonó el lugar y, demostrando una velocidad y diligencia digna del mejor camarero italiano, apareció con la jofaina y una jarra de agua caliente. Supe que aquella era la oportunidad. El agua vertida en la palangana me brindaría al fin la posibilidad de conocer su rostro.

—Apresuraros, ¡por el amor de Dios!

Con mano firme, la figura tomó el asa del cántaro y vertió el contenido lentamente, inalterable a las palabras de urgencia. Un acto pausado y sereno, como el del sacerdote que consagra el pan y el vino, a pesar de los lamentos y las voces que le

ruegan auxilio desesperado. Las primeras gotas rebotaron violentamente sobre la base y salieron disparadas sin rumbo fijo. El agua caía en cascada, formando unas ondas que aunque me permitieron distinguir la silueta de una cara me impidieron distinguir sus facciones. Aquella liturgia se demoraba en exceso. Finalmente, el movimiento ondulante cesó y el agua de la jofaina se convirtió en una superficie lisa donde se reflejó el rostro de la sombra. Ansioso y casi con temblores miré hacia allí y... ¡no podía ser! Aquellos ojos que me miraban desde el espejo líquido eran los ojos de Calatrava, mi protector.

¡Nada es lo que parece! ¡Al diablo con todo! —grité—. ¡No quiero seguir tu juego! ¡Sí!, te hablo a Ti. Al que todo lo ve, al que está en todas partes y al que me ha traído a este doloroso escenario para purgar mis flaquezas. Si has decidido condenarme por mi pecado mortal, haz lo que tengas que hacer. ¡Envíame con los diablos del infierno y que sean ellos los que me hagan expiar mi culpa!

Pero no ocurrió nada y continué siendo protagonista de aquella escena tan personal como sangrante.

Tomé aire y busqué abstraerme unos segundos. Debía analizar y reflexionar sobre aquellas visiones. Una novicia que moría desangrada al traerme al mundo. Dos reverendas madres que le asistían en el parto, empeñadas en silenciar el escándalo, a costa de la vida de la mujer y, quizás, de la condenación eterna de sus almas. Y finalmente, como el colofón más extraño, la figura conocida de Calatrava, un monje misterioso que aparecía, de cuando en cuando, por la abadía de Santa María de Viaceli.

Calatrava no pertenecía a la orden pero, por razones que me eran desconocidas, visitaba con cierta frecuencia el monasterio y, desde mi nacimiento, se erigió en mi protector y se ocupó de todas mis necesidades. Gracias a su intercesión, la abadía se convirtió en mi hogar, a pesar de que la ley canónica prohibía acoger niños en ese recinto religioso. Era un personaje taciturno, pero a la vez excéntrico y peculiar. En mi décimo cumpleaños me regaló un alzacuello y, con semblante muy serio me propuso un trato:

—Si tomas los votos del sacerdocio cuando alcances la edad exigida, me comprometo a desvelarte el nombre de tu madre y el lugar dónde podrás hablar con ella por última vez.

Yo, con diez años recién cumplidos, apenas entendí el sentido de aquella promesa. Los monjes de la abadía eran mi única familia y no echaba de menos a una madre de la cual nadie nunca me había hablado. Con los años comencé a valorar aquella figura materna y me di cuenta de que Calatrava ocultaba un secreto muy importante para mí. Le insistí en innumerables ocasiones para que me revelara el porqué de esas palabras pero él siempre se escudó en que yo no había cumplido la condición exigida. Creo que jamás le perdoné su empecinamiento por esconderme la verdad.

Por su parte, Guillermo, mi tutor y abad del monasterio, no pudo ayudarme en las

indagaciones sobre la identidad de mi madre. Todas mis preguntas sobre mis orígenes obtenían siempre la misma respuesta:

—No tuve la oportunidad de conocer a tu madre y, como ya sabes, mi relación con Calatrava, al no ser un miembro de la orden, se limita al estricto trato hacia otro hermano cristiano.

Cansado de evasivas y de contestaciones sin contenido, renuncié a formular más preguntas y escondí los interrogantes en un lugar de mi interior.

El día que abandoné la abadía para iniciar mis estudios universitarios en Sevilla, Guillermo me dirigió unas palabras que jamás olvidé: «Hoy recobras tu libertad. Ignora los lazos que te unen a todos nosotros y empieza a caminar solo. No mires atrás, no hay nada que merezca la pena ser recordado, y corre hacia el futuro brillante que te espera más allá de estos muros. Corre, corre todo lo que puedas, hijo mío, y no te detengas por nada ni por nadie». No me dejó responder. Me empujó dentro del asiento trasero del coche que me llevaría lejos de él y, sin dirigirme una última mirada, volvió a entrar en la abadía. El automóvil inició la marcha pero unos metros más adelante se detuvo bruscamente. La figura de un monje petrificado, imperturbable ante los bocinazos de furia, bloqueaba la carretera... era Calatrava. El conductor me pidió que descendiera del coche y le dijese a aquel loco que se apartara del camino si no quería morir atropellado. Obedecí y lentamente me acerqué hasta él. Me detuve a un metro escaso y permanecí en silencio. Un silencio que él tampoco quiso romper. El tiempo comenzó a deslizarse entre nosotros. Los segundos se convertían en minutos, los minutos en horas, las horas en días y los días en años. Unos años que, a partir de ese momento, solo yo iba a controlar.

—Ha llegado el día que tanto he temido —anunció Calatrava con solemnidad.

—Solo me voy unos años para completar mi formación. ¡Volveré!

—¡No me mientas! Presientes en tu interior que no regresarás jamás.

—El abad Guillermo me ha dicho...

—Ahora no importa lo que te haya dicho. Escucha atentamente porque lo que hoy te voy a contar afectará al resto de tu vida.

—¿Pretendes asustarme?, ya no soy aquel niño de diez años.

—Es cierto, no lo eres y puede que algún día lo laments —afirmó con rotundidad mi protector.

Ese breve diálogo fue el preludio de un largo monólogo en el que Calatrava me recordó mi décimo cumpleaños, el regalo del alzacuello y el compromiso que le acompañó. Un compromiso que, insistió en recordarme, yo no había cumplido, a pesar de su constante apoyo y protección durante mi infancia y juventud. Aprovechando aquel arranque de sinceridad propiciado por la despedida, pregunté de nuevo por mi pasado. Su respuesta arrojó por fin una luz aclaratoria. «Tu destino está ligado incondicionalmente al de la madre que te trajo a este mundo. Ella sacrificó su vida para que tú pudieras vivir, en un acto de amor y de fe que el Señor no ha olvidado. El destino que te espera, más allá de la fortaleza de Dios en la que te has

resguardado tantos años, es complejo y peligroso».

Mi cuerpo se estremeció al escuchar aquellas palabras. Empezaba a darme cuenta de que muchos de los hechos que marcaban mi vida no eran una casualidad. No era casualidad que unos monjes me acogieran en su orden, más aún conociendo la ley que les prohibía hacerlo. No podía ser casualidad mi capacidad para vivir con tremendo realismo los sueños o pesadillas que me acompañaban desde niño. Visiones oníricas que me hablaban del pasado pero también del futuro. Un futuro al que, según esas terribles imágenes, yo mismo pondría fin siguiendo el dictado de un Ser Supremo. La presencia de Calatrava en mi vida tampoco podía tratarse de una simple casualidad. Él era el único que conocía todas las respuestas sobre mi madre y sobre su relación con mi destino.

Terminado el monólogo y sin añadir explicación alguna, Calatrava me entregó con solemnidad un sobre lacrado, sellado con un símbolo que me era familiar y que creía haber visto en uno de los capiteles de la abadía. Sobre el papel solo aparecían las palabras «Poena Deus» (expresión latina que significa «castigo de Dios», según traduje de inmediato).

—¿A qué se refiere lo de «castigo de Dios»?

—Como bien sabes, el Señor castiga a los pecadores que atentan contra su propia vida. En estos papeles encontrarás la verdad sobre tu madre y el porqué de su muerte y de su condena. —¿Mi madre se suicidó? ¿Por qué lo hizo? ¿Fue culpa mía?

—Yo no tengo las respuestas a tus dudas, pero este sobre contiene las explicaciones que anhelas.

—Entonces dámelo sin esperar más.

—Te lo daré con una única condición. Júrame, por el alma de tu madre, que no lo abrirás hasta veinticuatro horas antes de tu trigésimo tercer cumpleaños. Nunca antes de esa fecha.

Me tomé unos segundos para evaluar la situación. El trato que me ofrecía era terriblemente doloroso y me obligaba a esperar más de quince años para obtener respuestas pero, a cambio, pondría fin al sufrimiento y a las especulaciones que tanto me martirizaban. Convencido, acepté la condición impuesta y recogí de sus manos frías el testamento que me revelaría, pasados unos años, mi verdadera historia.

La llamada impaciente del claxon me hizo regresar de inmediato al coche y continuar el viaje hacia la universidad de Sevilla. Durante el trayecto me relajé leyendo un periódico. No quería pensar más en las palabras de Calatrava y en la terrible carga que tendría que soportar a partir de entonces.

Un grito espeluznante y tremebundo me expulsó de aquel estado de somnolencia y me devolvió bruscamente a la habitación oscura. Las monjas rezaban cada vez más alto, intentando acallar los alaridos de mi madre. Plegarias inútiles que jamás consolaron el alma de la moribunda.

Una palabra, envuelta entre estertores, —«Amén»— anunció el final de una vida

y el principio de otra, la mía. Fijé mi mirada en los ojos de mi progenitora. Reflejaban la calma absoluta y la paz de los que encuentran la senda al paraíso. A pesar de sus terribles pecados, iba camino del cielo eterno. El sacrificio realizado en el último momento había merecido su justo premio.

Un último lamento me sobresaltó. Era la voz de mi madre que me anunciaba la condenación eterna: «Sombras, lúgubres espíritus de la oscuridad, vienen a por tu alma. ¡Huye, hijo mío!».

No vacilé un instante. Corrí con todas las fuerzas que a un muerto le pueden quedar. Me había olvidado por completo de que mi voluntad de suicidio tendría un precio en el Más Allá, y que el pago de esa deuda no se cubriría con un inocente propósito de enmienda. En mi alocada carrera escuché voces diabólicas que reían a mi paso, pérfidos aullidos que me llamaban y perversos gruñidos que aspiraban a acoger entre sus fauces mi alma eterna. Aceleré cuanto pude y, sin mirar atrás, me dirigí hacia lo que me pareció una luz.

—«Pi, Pi, Piiiiiiiiiiiiiiiiiiii...».

—Código rojo, código rojo. El paciente se nos va, doctor.

La bóveda celeste se retiró para dejar paso a unos focos de luz azulada. Las nubes se fundieron en asépticas paredes de color blanco y los cánticos celestiales se convirtieron en rítmicos sonidos electrónicos.

Aire, mis pulmones vibraban... ¿Había vuelto a la vida?

Capítulo 3

Resurrexit tertia die

[Resucitó al tercer día]



¿Quién había decidido traerme de vuelta?

Un dolor intenso sirvió de guía en mi regreso a la vida. La fiera se resistía a soltar su presa y mi cuerpo se desgarraba intentando escapar de la presión que ejercían sus garras afiladas. El eco de un aullido terrible se desvanecía poco a poco, anunciando el retorno del que nunca alcanzó la otra orilla.

Abrí los ojos en busca de un poco de luz. Estaba sediento de ella. Había estado muerto, o muy cerca de estarlo, y si me hubieran preguntado en este mismo instante qué había echado más de menos durante todo ese tiempo, la respuesta habría sido rotunda: la verdadera y auténtica luz.

En el tránsito hacía la otra orilla, todos vagamos por un túnel, un sendero o un arroyo luminoso. Todo lo que nos rodea se funde en esa luminosidad cegadora. Creo que es así para evitar que veamos lo que hay a ambos lados de esa travesía hacia el «Cielo». Yo había estado allí y podía asegurar que ese camino se iniciaba en la puerta del infierno. En esa avenida celestial se encontraban las almas que todavía no habían ganado su acceso al paraíso, almas que habían pecado y que eran castigadas a purgar sus faltas vagando por esa gruta refulgente. Cuanto mayor era la falta, mayor era la distancia por recorrer.

La luz de ese sendero estaba adulterada, sucia y corrompida por todas las miserias que, a modo de humo, se desprendían de cada uno de los caminantes. La acumulación de humo y de vilezas humanas había originado una niebla densa y turbia que impedía ver el final del camino y, lo que era peor, el rostro de Dios. Al ver aquel obstáculo nebuloso entendí mejor que nunca las palabras de Guillermo cuando me definía el castigo del purgatorio como un lugar de espera donde se le niega al penitente la visión de Dios.

Me daba cuenta de que, por algún extraño designio divino, mi alma había escapado del infierno tras mi suicidio en París. El nuevo castigo por los últimos actos en vida me obligaba a realizar una procesión perpetua, salpicada de visiones tan horribles como la recreación de mi nacimiento. El camino hacia la salvación, empedrado con la vileza, la perversidad, el vicio y la maldad humana, sería un duro pero justo castigo al intento de atentar contra mi propia vida.

Pero algo ocurrió en ese momento. Mi peregrinación se detuvo.

- Doctor, las constantes vitales siguen cayendo.
- Rápido, enfermera, medio gramo de atropina.
- El paciente parece respirar con dificultad.
- Continúen con la reanimación manual. Masaje cardiaco, ¡ya!
- Ha comenzado a abrir los ojos, doctor.
- Bien. ¿Constantes?
- Se están estabilizando. Creo que se salvará.

¡Y me salvé! De nuevo, vi un cielo blanco y sin nubes pero esta vez adornado con tubos fluorescentes. Giré la cabeza, había recuperado la movilidad, y eché la primera ojeada al lugar donde me hallaba. Era una habitación completamente blanca, sin ventanas y con una puerta como único punto de acceso. La mayor parte de la estancia estaba ocupada por multitud de aparatos electrónicos que interpretaban una curiosa sinfonía de pitidos.

Fijé la mirada en mis salvadores. ¿Cuántos enfermos recuerdan las caras y los nombres de los «ángeles» que les han devuelto a la vida? Menos de los que debieran. Algún día, cuando esté recuperado de aquella lamentable experiencia, acudiré a esos tres profesionales y les agradeceré todo lo que hicieron para salvarme. ¿Pero cómo recordar unos rostros cubiertos hasta los ojos con una mascarilla?

Mis salvadores anónimos consiguieron estabilizar mis constantes vitales. Medio atontado, escuché como se felicitaban por el trabajo realizado y cómo abandonaban la habitación con los enseres médicos, sin dirigirme palabra alguna. Yo me quedé solo, con el cerebro flotando en un cóctel de antibióticos y tranquilizantes que me sumió en un largo y profundo sueño.

Desperté repentinamente. Las drogas que me habían suministrado no produjeron el efecto previsto. Mi mente se fue despejando y miré a mi alrededor con el fin de averiguar dónde y cómo me encontraba allí. La habitación no parecía la misma. ¿Había sido trasladado? La sala donde me encontraba ahora estaba completamente a oscuras, iluminada tan solo por la pantalla del cardiograma. La actividad de mi corazón, a simple vista, parecía ser excelente, teniendo en cuenta lo que había sufrido esa misma noche: un suicidio y su posterior rescate de las aguas del río. Las circunstancias me indicaban que había sido salvado de una muerte segura gracias, sin duda, a la llamada de socorro de un paseante, testigo indiscreto de mi salto al Sena. Al día siguiente, confirmaría mis elucubraciones de enfermo y solicitaría a los médicos una explicación exacta de todo lo ocurrido.

En ese instante escuché un ruido al fondo de la habitación. Un sonido que no procedía de las máquinas que me rodeaban. Pregunté en voz alta: «¿quién anda ahí?». No obtuve respuesta. Giré varias veces la cabeza buscando la causa de aquel chasquido pero todo fue inútil. Sentí que alguien o algo se encontraba al pie de la cama ya que las plantas de mis pies desnudos percibieron una sensación de calor. Más

tarde, noté en el rostro una leve corriente de aire, acompañada de una respiración ahogada. Un olor añejo y rancio completó el juego de sensaciones recibidas de ese personaje misterioso.

Tras un tiempo que me pareció interminable recibí la visita de una enfermera. Al verme despierto, se dirigió a un armario situado en una esquina de la habitación y, tras elegir entre varios botes, preparó una inyección. Sin mediar palabra clavó la aguja en mi antebrazo, devolviendo mi cuerpo a un estado profundo de somnolencia. Antes de cerrar los ojos le pregunté el nombre del hospital pero no recuerdo si me contestó.

Pasaron las horas y con ellas, una progresiva lucidez de mi estado mental. Sospechando que mi amigo noctámbulo podía aparecer en cualquier momento, saqué lentamente los pies de la sábana y esperé. Al cabo de un rato, empecé a percibir la misma sensación de calor. Me dirigí de nuevo a mi misterioso visitante.

—Veo que sigues ahí, ¿te apetece charlar?

La respuesta fue la misma, un prudente silencio. El intruso, seguramente un paciente escapado de una habitación cercana a la mía, permanecía callado e inmóvil. Sin embargo, yo estaba ansioso por entablar una conversación con algún ser humano que pudiera explicarme dónde me encontraba. Pero ¿cómo empezar a hablar con quien no quiere responder? Durante unos segundos pensé en qué tema podía soltar la lengua de mi misterioso visitante. Se me ocurrió probar con un monólogo sobre los hospitales y las condiciones en las que se desarrolla el trabajo de los médicos. No pareció prestarme atención. Dado mi fracaso, fingí que me ahogaba y empecé a toser ruidosamente y a simular pequeños espasmos por todo el cuerpo. Para añadir algo más de realismo a la actuación, aguanté la respiración todo lo que pude. Uno de los aparatos detectó la ausencia de respiración y comenzó a avisar con un pi, pi, pi, pi imparable... Pero mi representación no obtuvo el efecto deseado y el desconocido continuó sin inmutarse. «¡Eres muy listo!» —grité a la sombra que, por supuesto, no respondió. Entonces, decidí cambiar de estrategia. Me despedí con educación y le dije que iba a dormir un poco más ya que no quería disgustar a mis cuidadores y retrasar mi recuperación por culpa de aquellas charlas nocturnas. Ladeé la cabeza y me quedé completamente inmóvil. Pero mis ojos entreabiertos continuaron vigilantes, a la espera de un movimiento que delatara al intruso.

Mis expectativas se cumplieron. El misterioso visitante se dirigió hacia la puerta, la abrió y abandonó la habitación. La tenue luz proveniente del pasillo me descubrió, por fin, la identidad del intruso. Aquel que me observaba cada noche y que salía a través de la puerta era... ¡un monje!

La visión me sumió en un estado de inquietud y excitación que no pasó desapercibido para los aparatos electrónicos que vigilaban mis constantes. Las continuas señales de aviso provocaron la visita repentina de un médico.

—¿Se encuentra usted bien, monsieur?

Tras comprobar los monitores, me dijo con voz firme: —Debe usted

tranquilizarse, si quiere recuperarse lo antes posible.

—Buenas noches, doctor. Siento mucho haberme alterado pero es que, hace un momento, había un extraño en esta habitación.

—¿Un extraño? Eso es del todo imposible. En esta planta estamos de guardia una enfermera y yo y le aseguro que ninguno de los dos hemos entrado aquí.

—¿Está usted seguro de que no hay nadie más? ¿Podría ser otro enfermo?

—Imposible. Las habitaciones quedan cerradas por seguridad. Mire, no le dé más vueltas, seguro que es un efecto de los tranquilizantes que le hemos suministrado.

—Es posible. Doctor, permítame una pregunta más. ¿Por qué lleva usted y todas las personas que he visto una máscara que les cubre el rostro?

—Es por seguridad. Hay un brote infeccioso muy grave del que debemos protegernos.

Sus contestaciones no carecían de lógica pero el tono con el que hablaba despertó mis sospechas. Un brote infeccioso, habitaciones cerradas, visitantes nocturnos... muchas piezas por cuadrar en un puzle cada vez más complicado. Necesitaba más respuestas.

—¿Qué hospital es este?

—Está en el Hôpital François Mitterrand, en París. Es un centro privado.

—¿Quién me trajo?

—Esa información se la facilitarán en el momento adecuado. Por el momento, concéntrese en recuperarse lo antes posible y en reincorporarse a su vida cotidiana.

—Pero ¿cómo he acabado en un centro privado?

—Es usted muy curioso, monsieur. Tiempo al tiempo —aseguró al tiempo que esbozaba una amplia sonrisa. Fue su última respuesta antes de abandonar la habitación mientras en mi cabeza bullía un mar de interrogantes. Estaba ingresado en un centro privado en París y presumía que la factura iba a ser muy alta. Demasiado alta para los míseros mil euros ahorrados en mi cuenta bancaria.

Pero no era el momento de pensar en el dinero. Lo importante era analizar cómo iba a vivir la segunda vida que alguien me había regalado. Había dilapidado treinta y tres años en un salto al río Sena pero ahora me surgía la oportunidad de disfrutar de una nueva etapa totalmente inesperada. Una experiencia única que me diferenciaría del resto de los seres humanos. Podría incluso llegar a escribir un libro con el relato de mi vida, mi salto a la muerte y mi posterior vuelta a la vida. Estaba seguro de que se convertiría en un auténtico best seller para aquellos ávidos de conocer qué hay en el Más Allá. Con su venta ganaría el dinero suficiente para retirarme y vivir como un señor. Además, la obra daría el salto a la pantalla y entraría en las películas más vistas o, al menos, en la lista de telefilmes que se emiten los sábados por la tarde con alguna estrella de Hollywood venida a menos. Sí, mi historia tenía los ingredientes necesarios para convertirse en una gran novela. Solo me faltaba el título. Tendría que ser un nombre muy atractivo, capaz de seducir a un gran número de lectores, pero ni

muy pretencioso ni exageradamente ingenuo. Buscaría la naturalidad y huiría de la vulgaridad retórica de los jóvenes escritores. Ya está, el libro se llamaría «La morada de Dios». Ja, ja, ja, vaya nombrecito... ¿Quién podría comprar una novela con ese nombre? Y peor aún, ¿qué lector en su sano juicio lo leería?

La llegada de un médico y de dos enfermeras dio al traste con mis sueños de escritor famoso, autor de una novela de éxito. Los dos facultativos me sometieron a una sucesión interminable de pruebas que realizaron en el silencio más absoluto, a pesar de mi aluvión de preguntas.

Las pruebas médicas se prolongaron durante lo que me parecieron varias horas. El menú facultativo del día me obsequió, por un precio conjunto, los siguientes platos. De entrante, una dolorosa extracción de sangre, acompañada de un electrocardiograma a modo de guarnición. Un primer plato combinado, que incluía una placa de tórax, examen de los niveles de coagulación y una biopsia muscular. Para finalizar, una completa exploración que me dejó exhausto. En comparación, el postre, consistente en muestras de orina y heces, me pareció muy ligerito.

Tras la tortura médica, me ofrecieron para comer algunas piezas de fruta. La ingesta de alimentos sólidos me hizo ilusionarme con una posible salida inminente del hospital. Pero la realidad, como el tiempo me iba a demostrar, fue muy diferente.

Las horas se deslizaron casi sin darme cuenta y dieron paso a una calma casi hipnótica. Una rica combinación de somníferos me hizo zozobrar en un profundo abismo. En mi mente se engendraron, una noche más, imágenes confusas en las que se entremezclaban los gritos de mi madre moribunda con susurros coléricos manchados con el pecado de mi nacimiento. Eran recuerdos muy vívidos que sembraban en mi interior profundas dudas y recelos sobre lo que era realidad o solo fruto de una imaginación potenciada con pastillas.

A pesar de mi ansiedad el misterioso visitante no se presentó. Por más que vigilé cualquier sensación de calor o una respiración apagada, no detecté presencia alguna en la habitación vacía. Estaba claro que había anulado sin avisar las citas diarias nocturnas. Una decisión unilateral que me pareció poco considerada y de muy mala educación pero que decidí obviar, dadas las circunstancias especiales que rodeaban nuestra relación.

La ausencia se repitió durante lo que me parecieron varias noches, según me indicaba mi reloj interno, ya que en la habitación blanca sin ventanas las horas diurnas no se distinguían de las nocturnas. El encendido, por parte de mis cuidadores, de los tubos fluorescentes del techo marcaba el amanecer. La iluminación artificial se mantenía durante toda la jornada y solo al anochecer daba paso a la oscuridad más absoluta. En algún momento, llegué a pensar que aquella sucesión de apagados y encendidos representaba una trampa perfecta para alterar mis ritmos horarios y con ellos mi equilibrio mental, ya bastante deteriorado por las pesadillas y las ensoñaciones constantes.

Conforme transcurría aquel tiempo indeterminado, la idea de trampa y de un peligro inminente se hacía un hueco cada vez más grande en mi cabeza. Mis cuidadores pasaron de ser ángeles salvadores a personas misteriosas sin nombre que me retenían en un lugar desconocido. Necesitaba saber más. Comenzó así mi asedio al personal del hospital. Una enfermera con acento francés fue la primera víctima de mi acosador interrogatorio.

—Buenos días, enfermera. ¿Me puede decir su nombre y el cargo que desempeña en este centro? En todo el tiempo que la llevo viendo todavía no se ha identificado.

—Lo siento mucho, monsieur. Las normas del hospital prohíben hablar con los pacientes.

—Pero no estamos hablando, querida señorita. Solo le estoy haciendo una simple pregunta para poder dirigirme a usted con corrección.

—Vuelvo a insistir en las normas. Si desea alguna información, le aconsejo que pregunte al doctor.

—Lo haré, no lo dude. Y me quejaré del trato recibido por usted. No le quepa la menor duda.

Mis últimas palabras despertaron su inquietud, según deduje por los movimientos nerviosos de sus manos. Decidí aprovechar esos signos de debilidad.

—Mire, enfermera. Solo le estoy pidiendo, de forma educada, que me diga su nombre.

—Si es solo el nombre...

—¡Estupendo!, *merçi*.

—Me llamo Catalina.

—¡Precioso e histórico! Estoy seguro de que se siente orgullosa de llevar el mismo nombre de la emperatriz Catalina, casada con Napoleón Bonaparte.

—*Certainement* (por supuesto).

Su respuesta me desconcertó y alimentó aún más mis sospechas. ¿Cómo era posible que una francesa confundiese el nombre de Catalina con el de Josefina? Es como si a una española le dijiesen que la Reina Católica se llamaba Catalina en lugar de Isabel. Estaba claro que algo no encajaba y que los conocimientos de aquella mujer sobre el país galo no eran mayores que los míos sobre Senegal. Satisfecho por mi sagacidad, decidí dejar escapar a mi primera presa a la espera de que se presentase otra mayor. Me sentía como un león en la sabana africana, a la espera de una pieza de caza donde hincar el diente. Pero, a pesar de mi apetito creciente, no se presentaron más visitas. Aburrido, me propuse provocar la llegada de alguna tierna gacela. Para ello, volví a recurrir al truco de aguantar la respiración y esperar los pitidos de alerta de las máquinas. Un segundo, dos segundos, tres segundos..., diez segundos, once segundos... veinte segundos... treinta segundos... cincuenta segundos... ¡Dios, casi me ahogué! ¿Por qué esos cacharros no sonaban? Los miré con atención y no pude aguantar una carcajada al ver que toda la maquinaria estaba desconectada. Era una señal evidente de mi recuperación y el anticipo de que el momento del alta médica se

aproximaba. Sin embargo, hasta que llegara ese momento continuaba solo y sin respuestas. Intenté de nuevo atraer la atención de algún médico aunque esta vez opté por un método algo más primitivo. Aparté de un manotazo los platos con las sobras de la comida y me golpeé una y otra vez en la cabeza con la bandeja de plástico. Imaginaba la cara de incredulidad de aquel que estuviese viendo la escena. Quince golpes después, casi medio atontado, la puerta se abrió y alguien se abalanzó sobre mí.

—¿Pero qué hace? ¿Se ha vuelto loco? ¡Deje ya de darse golpes! ¡Se lo ordeno!

—No se lo tome a mal. Necesitaba ayuda y pensé que era la única forma de llamarles.

—Estas no son formas de hacer las cosas. ¡Que no se vuelva a repetir!

—¡Vaya! ¡Qué casualidad! ¿No es usted el médico de guardia que me ayudó en la crisis que sufrí la segunda noche?

—*Oui, monsieur.*

—¿Dónde está su bata de médico, doctor? —Sus ojos me indicaron que mi pregunta le puso nervioso.

—Acabo de incorporarme a mi puesto y no me ha dado tiempo a vestirme. Lo primero son los pacientes.

—¡Ya! Pero, la mascarilla, ¿también la ha olvidado con las prisas?

—Bueno, déjese de interrogatorios y dígame en qué puedo ayudarle.

—Solo son dos cuestiones: ¿cuánto tiempo voy a permanecer en el hospital? Y, ¿por qué tengo las piernas inmovilizadas?

—Seguiré hospitalizado hasta que se recupere de su accidente. Y mantenerlo inmovilizado es una decisión de su médico personal.

—¿Qué accidente?, no recuerdo haber sufrido un accidente.

—Monsieur, es normal que después de un hecho de estas características su cerebro no recuerde nada. Necesita tiempo y reposo.

La desfachatez de sus comentarios me desconcertó. El cinismo supino que ostentaba aquel mequetrefe estuvo a punto de hacerme perder los nervios. Pero logré tranquilizarme y continuar con mis pesquisas.

—¡Ah! Ya recuerdo. El accidente de tráfico que tuve... Aunque todo está muy borroso.

—Es normal. Ya le he dicho que tardaría un poco en recordar.

—¿Y no podría usted contarme algún detalle? Estoy seguro de que me ayudaría a mejorar.

—Lo siento, pero no puedo contarle nada más.

—Vamos, doctor, ¡ayúdeme!

—Lo único que puedo decirle es lo que indica su ficha médica: «Accidente de coche la noche del 28 de diciembre, en París. Salvado por un hombre y trasladado al hospital».

¿La noche del veintiocho? Lo que me decía aquel hombre era del todo

inverosímil. Mis últimos recuerdos con vida se remontaban al filo del 25 de diciembre, justo antes de consumir mi salto al río Sena. Me costaba creer que hubiera sobrevivido en esas aguas heladas más de setenta y dos horas y que alguien me hubiera rescatado. Disimulé mi sorpresa y decidí llevar la corriente al médico.

—La noche del veintiocho, claro, ya recuerdo. Pero ¿quién me salvó?

—En el informe no consta el nombre. Y se acabaron las preguntas o me meteré en un lío.

—Muchas gracias, doctor. No sabe cuánto le agradezco todo lo que me ha contado.

—Nada, nada, monsieur. Ahora, a dormir.

—Una gran idea. Y a soñar con los angelitos.

—¿Con los angelitos? Mejor será que sueñe con los ángeles.

—Una última observación. Para ser usted francés habla un castellano excelente. Permítame que le felicite por su pronunciación.

—Gracias, estuve un par de años destinado en una orden... ¡perdón!, quise decir destinado en un hospital de su país. Y bueno... uno tiene cualidades para los idiomas.

—Bonne nuit, doctor. Y de nuevo le reitero las gracias.

Mentiras y más mentiras. Cada vez veía más claro que aquel centro y todos sus médicos formaban parte de una gran farsa en la que yo representaba el papel de víctima engañada. Las pistas que me conducían a esa conclusión de recelo y de desconfianza se habían ido acumulando desde mi despertar en el hospital: la habitación sin ventanas, las mascarillas presuntamente antiinfecciosas de los médicos y las enfermeras, la inmovilización de mis extremidades, las extrañas visitas nocturnas y, sobre todo, el secretismo manifiesto del personal sanitario. Suficientes argumentos sospechosos para avalar mis malos presagios. No podía quedarme más tiempo en ese lugar. Había llegado la hora de actuar y de recuperar la libertad.

Al anochecer, si es que realmente era de noche, las luces del centro se apagaron y los médicos y enfermeras se retiraron y me abandonaron a la soledad y a la tranquilidad del sueño. Pero yo no pensaba dejarme abrazar por los brazos de Morfeo. En su lugar, mis manos y mi mente buscaron el modo de librarse de aquellas correas recias que me mantenían retenido en la cama. Mis dedos comenzaban a despellejarse en el intento cuando, de pronto, escuché pasos sigilosos que se dirigían hacia mi habitación. Contuve la respiración, muy agitada tras mi tentativa de fuga, y fingí estar dormido. Los goznes de la puerta chirriaron suavemente al abrirse y, por unos segundos, la luz del pasillo se coló en la estancia. No me atreví a abrir los ojos. El miedo a ser descubierto en mi intento de huida superaba con creces a las ansias por conocer la cara del intruso.

La puerta se cerró y el misterioso personaje se acercó a mi cama. Yo permanecí lo más inmóvil que pude, limitando mi respiración a dos o tres bocanadas de aire limpio por minuto, necesarias para no morir de asfixia. Esperaba unas frases o unos gritos de

reproche que reprobaran mi escapada fallida. Pero nada rompió el silencio. Transcurridos unos minutos, que a mí me parecieron horas, escuché unos párrafos que me sonaron muy familiares:

«Pater Noster qui es in coelis

Santificetur nomen tum

Adveniat regnum tuum»

¡Era el Padre Nuestro, en latín, lo que recitaba entre susurros aquel individuo! No había duda. ¡El monje misterioso volvía a presentarse ante mí! Y en el momento más inoportuno. ¿Debía abortar mis planes de huida? ¿Podría convencerle de que me ayudase? Ajeno a mis dudas, el religioso continuaba sus plegarias.

«Fiat voluntas tua

Sicut in coelo in terra

Panem nostrum qotidianum da nobis hodie»

Sus manos huesudas desgranaban un rosario entre los dedos mientras mantenía su mirada fija en mi rostro. Sentí que aquella oración iba destinada a alcanzar la salvación de mi alma y a rogar por mi salud y bienestar. Tras dos noches de mutismo y de ignorarme por completo, el monje se desvivía por mí y por mi estado espiritual. Suponía un cambio de actitud tan radical que despertó mis sospechas. Por eso, decidí tenderle un puente de complicidad con el fin de averiguar sus verdaderas intenciones. Allí mismo y en aquel instante me uní a sus rezos.

«Et dimitte nobis debita nostra»

Las dos voces se fundieron en una única plegaria. De pronto, la voz del monje se detuvo en seco, en medio de la sorpresa y del desconcierto. Yo continué rezando:

«Sicut et nos dimittimus debitoribus nostris

Et nenos inducas in tentationem

Sed libera nos amalo»

Terminado el rezo, aguardé unos instantes la respuesta que rubricaría la oración por mi alma. Una palabra, solo necesitaba escuchar de su boca dos sílabas para saber que, a partir de ese momento, contaría con su protección y socorro. El acuerdo quedó ratificado cuando escuché por fin el ansiado vocablo.

«Amén»

Antes de salir de la habitación, el monje permaneció frente a mí unos segundos,

callado, siempre fiel a su voto de silencio. Partió con el mismo sigilo con el que había llegado y volví a quedar solo, absorbido por aquel puzle que cada vez tenía más piezas.

Quedaba claro que aquel lugar encerraba demasiado enigmas y que me iba a llevar mucho tiempo desentrañarlos. O quizá todo era mucho más fácil. Aquella especie de cura que velaba por mi alma podía ser perfectamente un miembro de los servicios religiosos con que cuentan muchos hospitales. Pero ni la hora ni su comportamiento furtivo ayudaban a dar base creíble a mi teoría. Mi tiempo de sueño se agotaba y decidí no invertir más esfuerzos en esbozar nuevas hipótesis. Cansado por los acontecimientos, me dispuse a dormir.

El chasquido originado al entrar en contacto la corriente eléctrica con los cebadores de los tubos fluorescentes rompió mi profundo sueño reparador. Una luz artificial y azulada me anunció la primera visita del día. Aún somnoliento y sin terminar de desperezarme, intenté despertar mi mente aletargada. Una vez más, hacía gala de mi pertenencia a ese grupo de personas incapaces de levantarse con la llegada del alba. Intuía que mis genes debían de tener alguna relación ancestral con los genes de los licántropos ya que era en la medianoche cuando mi espíritu encontraba la plenitud y me conducía a un estado de catarsis cerebral y creativa.

Mis párpados se resistían a abrirse, mi cuerpo permanecía amodorrado, sin interés por incorporarse y mi alma, si todavía la conservaba, no mostraba la menor devoción por reiniciar el camino espiritual. Sin embargo, todo mi sopor matutino desapareció de golpe cuando descubrí quién se encontraba al pie de mi cama. Increíblemente, me froté los ojos pero la figura siguió allí, sabedora del efecto causado y con una mueca burlona en el rostro. Era alguien que no esperaba volver a encontrar. Era alguien que, una vez más, me sorprendía con su visita. Era Calatrava, mi protector. Habló antes de que yo pudiera abrir la boca.

—¿Cómo te encuentras esta mañana? —Su tono de voz sonó completamente normal, como si conociera mi evolución día tras día.

—Estoy bastante recuperado pero ¿se puede saber qué haces aquí? ¿Cómo has sabido que...? ¡No entiendo cómo...!

—Tranquilo, las respuestas a todas esas preguntas se ocultan en tu interior.

—En estos momentos, en mi interior lo único que guardo, más que respuestas, son muchas incógnitas —aseguré, intentando mantener la serenidad.

—Entiendo. Todavía no intuyes el significado de lo que lo que has vivido estos últimos días.

—Solo conozco una verdad absoluta y que se me dio por escrito.

—Te refieres a la carta que te entregué el día que partiste definitivamente de la abadía.

—¡Sí! Lo que allí estaba escrito me arrastró a París en busca de un destino fatal.

—Sé que has sufrido mucho pero todo esconde una explicación.

—¿Vas a ser tú quien alivie mi ignorancia?

—Aún no ha llegado el momento. Primero debes saber quién eres realmente.

—¿Quién soy? Lo sé perfectamente. Soy «el hijo del pecado» —las palabras me salieron a borbotones, como si hubieran estado prisioneras en mi interior y por fin vieran la oportunidad de salir.

—Te apresuras en juzgar y te equivocas al considerar tus visiones como hechos ciertos e inamovibles.

—¡No! He estado «muerto» y he visto lo que le hiciste a mi madre.

—¿A tu madre? Yo solo la ayudé.

—¿Ayudarla? ¡La ayudaste a morir!

—¿Acaso me culpas de lo que pasó?

—¡Sí, eres culpable de ello y de quién sabe cuántas maldades más!

—Entiendo tu rabia pero ¿puedo hacerte una pregunta trascendental? Tómate tu tiempo para contestar porque de la respuesta que me des dependerá que nos volvamos a ver o que continúes tu viaje solo por voluntad de Dios.

Maldito y despreciable Calatrava... Una vez más, la figura de ese monje se alzaba como una veleta que podía inclinar mi destino hacia un lado u otro. ¿Intentaba sumir mis pensamientos y convicciones en la más oscura penumbra? ¿Pretendía crear una fina capa de duda sobre los recuerdos de mi nacimiento? No se lo iba a permitir. Pero tampoco podía desdeñar la oportunidad de conocer mi auténtica identidad.

—Contestaré a tu pregunta pero solo si tú contestas a otra que yo tengo para ti.

—Me parece bien e incluso creo que adivino cuál es tu duda —afirmó con una expresión omnisciente que jamás había visto reflejada en su rostro—. ¿Quieres saber si yo soy tu padre?

El ánimo me abandonó en aquel instante. Una terrible sensación de vacío despeñó mi alma a un precipicio sin fin. Aquel monje, que yo consideraba culpable de mis desgracias, parecía tener todas las claves de mi vida, desde mi nacimiento hasta mi muerte. Y ahora también era capaz de leer mi mente.

—¡Está bien, acepto este juego de preguntas! —anuncié con furia.

—Recuerda, reflexiona bien la respuesta antes de contestar. No te precipites en tus palabras.

—Haré lo que dices. Te escucho.

—Después de experimentar lo que es estar muerto y de averiguar que en tu vida hay más mentiras que verdades y que tu madre murió en medio de un sufrimiento terrible por dar la vida al que tú bautizas como «el hijo del pecado»; dime, ¿sigues conservando la fe?

Este era Calatrava en estado puro —pensé mientras recapacitaba. Desde que tenía uso de razón lo había encuadrado en el grupo de individuos mordaces pero benévulos, transgresores pero moderados, coléricos pero flemáticos... Una contradicción hecha hombre. En esta ocasión, su personalidad incalificable me volvía

a colocar en una situación excepcional, al borde del barranco de mis convicciones morales y, de manera supina, rozando el abismo de mis creencias religiosas.

Los días pasados desde mi suicidio habían sido como un carril de doble sentido, donde las sensaciones, las experiencias, las visiones y lo irreal y lo irreal se entrecruzaron velozmente en innumerables ocasiones. No sabía si había estado muerto durante tres días, tal y como indicaba mi informe médico, y tampoco podía confirmar si lo que había visto en el Más Allá era producto de mi mente o simplemente de los sedantes con los que me atiborraron para mantenerme vivo.

Mi vida y, en especial, los años transcurridos en la abadía, se desmoronaban a cada revelación. Ya no estaba seguro de casi nada. Comenzaba a dudar de si mi acogida en el monasterio se había debido solo a una muestra de bondad cristiana o de si habían intervenido también otros intereses desconocidos. Me daba cuenta de que tampoco conocía la razón por la cual se me había recomendado fervientemente, el día que decidí iniciar mis estudios en la universidad, no retornar a la abadía. Los sueños y las pesadillas que me acosaban sin cesar apenas arrojaban luz a tantas incógnitas. Las visiones sobre la muerte de mi madre y mi posterior nacimiento no aclaraban mis orígenes ni la razón definitiva que me impulsó a acabar con mi vida en París. Entre tanta duda e ignorancia, me percaté de que solo estaba seguro de una única persona. La bondad infinita de Guillermo, mi monje tutor durante los años de infancia y juventud, acudió a mi mente como el único y el mejor asidero al que se podía agarrar un espíritu desgarrado como el mío.

Pero él no estaba a mi lado en aquel momento. En su lugar tenía frente a mí a Calatrava, un monje que podía ser mi progenitor ya que había presenciado mi nacimiento e incluso había ayudado a las dos monjas a traerme al mundo. Ahora tenía a mi alcance la posibilidad de despejar esa duda. Pero antes tenía que resolver mi problema sobre la fe.

¿Mis experiencias vividas eran prueba de la existencia de un ser superior? ¿Había devuelto Dios mi cuerpo al mundo terrenal para que sirviera de testimonio de su poder y grandeza? ¿Me había mostrado la dura experiencia de mi nacimiento para comprobar lo firmes y constantes que eran mis creencias? Todas estas preguntas ponían en entredicho el dilema de mi fe. Una fe que ya no sabía si habitaba en mi interior, más aún cuando temía que, durante los días transcurridos desde mi suicidio, había perdido algo importante. A pesar de mis dudas, contesté sin vacilar.

—Ya tengo una respuesta firme y meditada a tu pregunta.

—¿Cuál es?

—¡Sí!, por encima de todo lo ocurrido, mantengo mi fe.

—¿Estás seguro? Si mientes no podrás continuar con la misión que se te ha encomendado.

—¿Qué misión?

—Una para la que todavía no pareces preparado —afirmó Calatrava.

—Reitero mi respuesta, tengo fe.

—Entonces, todo está dicho. Mañana, a primera hora, vendré a recogerte y abandonaremos juntos este lugar. Todo será distinto, te lo prometo —me aseveró con una mirada que me pareció sincera.

Terminadas esas palabras, se dirigió hacia la puerta. Sin embargo, quedaba una deuda pendiente y yo alcé la voz para recordársela.

—¡Un momento! —Calatrava se detuvo.

—¿Qué más quieres de mi?

—Debes cumplir con lo acordado. ¿Eres tú mi padre?

El tiempo se congeló unos instantes y la figura de mi protector pareció desvanecerse. El sonido de unas campanas acompañó los pensamientos del que estaba destinado a facilitarme una de las revelaciones más cruciales de mi vida.

—Me gustaría. Pero puedo jurarte por la salvación de mi alma que no lo soy.

—¿Seguro que no me mientes?

—Nunca mentiría en un juramento por mi alma. Lo sabes.

—Entonces, ¿quién es mi progenitor?

¡Qué tonto fui al formular la cuestión de esa manera! Ya había agotado mi turno de preguntas y quedaba claro que no tenía derecho a saber nada más. Me sentí completamente abatido y sumido en la incertidumbre. El camino recorrido, más que ayudarme a comprender, se había oscurecido definitivamente.

—Tu padre es Dios —fueron sus últimas palabras antes de abandonar la habitación.

La respuesta me sorprendió aunque no me arrojó mucha luz. De todos es conocido que, según las creencias católicas, Dios es padre de todos los cristianos y que, como tal, yo era un hijo más. Pero esa frase, puesta en la boca de Calatrava, adquiriría un significado distinto. Un significado que yo debía desentrañar en soledad, al menos hasta la cita del día siguiente. Mi protector me quería acompañar a un lugar oculto, con personas anónimas y con el objetivo de cumplir una misión desconocida. Demasiado misterio, demasiadas incógnitas, demasiada ignorancia y yo, una vez más, era la víctima de los planes que otros trazaban para mí.

Pero no sería así esta vez. Por fin iba a tomar las riendas de mi vida. Me marcharía de allí, sí, pero sin él. Estaba claro que tenía que emprender mi fuga en solitario. Debía escaparme y debía hacerlo antes del amanecer.

Solo el monje sin rostro que deambulaba por mi habitación todas las noches podía ayudarme y liberarme de las ataduras. Ansioso y esperanzado, le esperé con impaciencia hasta que escuché abrirse la puerta. Sin darle tiempo a que se acercara a mi cama, le imploré auxilio.

—*Liberat me, frater, liberat me.*

Mi latín andaba un poco oxidado y no tenía certeza alguna de que entendiese mis ruegos. Pero seguí intentándolo.

—*Liberat me, frater, liberat me.*

La sombra se aproximó, extrajo de sus vestiduras una navaja y, de un tajo certero, cortó las correas que me retenían en aquella cama. Acompañó su acción con una frase bíblica.

—*Resurrexit tertia die* («Resucitó al tercer día»).

Y sin mediar palabra alguna ni escuchar mi agradecimiento abandonó la habitación dejando entreabierta la puerta hacia mi libertad. Con la rapidez y el sigilo de un felino me dirigí hacia la salida. Lo que me encontré al atravesar el umbral desbarató todas mis previsiones. Esperaba encontrarme con un pasillo largo pintado de blanco, con numerosas puertas a ambos lados y alguna camilla o silla de ruedas preparada para trasladar a los enfermos. También había previsto toparme con una sala de espera para los familiares de los pacientes o incluso con una zona de descanso para el personal sanitario. Pero no se trataba de nada de eso. En su lugar, mis ojos distinguieron un pasillo sombrío y oscuro en el que reconocí, a ambos lados, las puertas antiguas y vetustas de las celdas de los monjes. El suelo empedrado y roído por el moho centenario parecía también más propio de un monasterio que de un centro hospitalario. No podía ser verdad. Era una completa locura. Después de tantos años, no podía estar pasando.

¿Había vuelto a la abadía?

Capítulo 4

Ad radicem maximi montis Pirenei

[Hacia la raíz grandiosa del monte Pirineo]



¿Por quién redoblaban las campanas?

Hasta en cinco ocasiones llegó a mis oídos el tañido de las campanas que festejaban mi recién estrenada libertad. Con pasos rápidos, me deslicé por un corredor austero y sobrio, donde un conjunto de flameros llameantes formaban guardia frente a trece puertas de madera de olivo, recias y oscuras. La hora canónica se presentó por sorpresa, según pude comprobar por el sonido de los primeros maitines que se filtró por las rendijas de los portones. En pocos minutos, el corredor vacío sería invadido por una horda de hábitos marrones. Apresuré aún más mi paso y avancé en busca de una salida. En mi marcha me percaté de que la puerta de la celda IV se encontraba levemente entreabierta y que la luz amarillenta de un candil se colaba desde el interior. No pude resistir la curiosidad y, sin pensarlo mucho, empujé suavemente la puerta. Estaba deseoso de conocer qué se ocultaba detrás de cada una de aquellas pequeñas guaridas religiosas.

Los goznes cedieron suavemente, la rendija se hizo más grande y mis ojos toparon con la figura oscura de un monje dormido sobre un camastro confeccionado con tablones. El religioso aparecía en posición fetal, envuelto en una manta vieja y gruesa de lana. A su derecha, sujeto de un gancho, pendía su hábito. Con un gesto rápido, y protegido por los profundos ronquidos del durmiente, agarré la prenda de un manotazo. Al girarme, miré hacia la derecha de la celda, una parte que hasta ahora había permanecido oculta a mis ojos. Lo que allí descubrí desmontó mis esperanzas y confirmó todas mis sospechas. Frente a mí se encontraban las pruebas que demostraban la estrecha vigilancia a la que había sido sometido desde mi ingreso. Las pantallas de tres monitores mostraban la imagen, desde distintos ángulos, de mi habitación de enfermo así como un cuadro explicativo con los días y las horas de mi rutina diaria. Por aquellos datos deduje que llevaba tres días en aquel lugar. Setenta y dos horas en un recinto sin nombre, repleto de sorpresas y de guardianes. Aunque ahora mi supuesto vigilante, seguramente vencido por el cansancio, dormía profundamente, ajeno a todos mis descubrimientos. Miré hacía la cama y busqué el rostro de mi carcelero. Reconocí al instante al médico que me visitaba esporádicamente, aquel con el que había mantenido la conversación más larga desde mi ingreso.

Tras enfundarme el hábito, que olía a dogmas y creencias, y ceñirme la capucha sobre la cabeza, abandoné definitivamente la estancia. Crucé el pasillo con las trece

celdas y me dirigí hacia una puerta de madera labrada, cuyo picaporte cedió al primer intento. Me encontré con una estancia que despertó los recuerdos de mi infancia. Era una antigua sala capitular, de arte gótico, construida de acuerdo con el estilo cisterciense. Los elementos arquitectónicos, la austeridad del recinto y mi propia intuición me convencieron que, de alguna manera, ese lugar santo estaba íntimamente relacionado con la orden religiosa que, durante tantos años, había velado por mi bienestar. Miré con mucha atención a mi alrededor en busca de algún detalle que arrojase alguna pista sobre dónde me encontraba.

La iglesia se componía de una planta con tres naves, pilares cilíndricos y un capitel decorado con doble faja de «crochets». Una virgen tallada en madera, forrada en plata y con unos exquisitos adornos dorados, presidía el altar del presbiterio. Aunque identifiqué que la talla pertenecía también al estilo gótico, fui incapaz de reconocer de qué figura se trataba o quién había sido su artista.

En esos momentos de confusión y de impotencia para poder ubicarme, evoqué las palabras y los juegos de mi tutor Guillermo. Uno de sus mayores placeres consistía en someterme a numerosos retos y pruebas de deducción que ponían a prueba mis conocimientos en un sinfín de disciplinas, muchas de ellas relacionadas con el mundo del arte. Me daba cuenta de que, en cierta forma, él preveía los lances a los que me vería sometido en el futuro, y quería prepararme concienzudamente para que pudiera superarlos. Sus enseñanzas vinieron a mi mente como si el tiempo no hubiera pasado, las charlas doctrinales de un maestro con su alumno rebelde.

—¡Oh, no, Guillermo! Este juego me parece de lo más aburrido.

—¿Juego aburrido? Ja, ja, ja... algún día recordarás este momento y me lo agradecerás.

—Pero ¿para qué me sirve conocer los estilos arquitectónicos? ¿Qué importancia tiene saber distinguir cada talla o pintura religiosa? ¡Hay demasiadas!

—Te lo voy a explicar —y mostrando su rostro más serio, anunció de forma profética—: Puede que esos conocimientos, los mismos que ahora menosprecias y te parecen innecesarios, te sean de mucha utilidad e incluso puede que lleguen a salvarte la vida.

—Pero ¿qué dices? Si intentas asustarme, ¡no lo vas a conseguir!

—Lo hago por tu bien, hijo mío. Haz caso de mis palabras.

—Me vuelves loco, Guillermo. Primero, cuando más decidido estaba a tomar los hábitos, tú me hiciste prometerte que jamás me ordenaría sacerdote, ni en esta ni en otra orden. Y ahora, que comienzo a mentalizarme de esa desvinculación obligada del compromiso religioso, tú te empeñas en exigirme un profundo conocimiento de la imaginería y de la arquitectura religiosa. No te entiendo. ¡Explícate!

—No hay nada que explicar —aseveró Guillermo—. Hazme caso y, un día, un día extraño y tenebroso, agradecerás mi tozudez y mi empeño.

—¡Está bien, siempre tú y tus acertijos! Bueno... ¿Qué juego me tienes preparado

para hoy?

—Se llama «La iglesia desconocida».

—Imagino que mi tarea será situar esa supuesta «iglesia desconocida», ¿no es así?

—Sí, esa será tu misión. Veamos: imagina que te encuentras en un enclave religioso. No conoces ningún dato del lugar y, además, estás desorientado porque has sufrido un accidente. ¿Cómo te orientarías?

—Pues muy sencillo. Llamaría al teléfono de urgencias y preguntaría. Ja, ja, ja...

—La expresión de Guillermo me confirmó que mi broma no le hacía ninguna gracia.

—Si no vas a tomarte el juego en serio, lo dejamos —me censuró Guillermo muy enfadado.

—Perdóname. Pero es que siempre me planteas situaciones absurdas que jamás se me presentarán en el futuro. A pesar de todo, estudiaré lo que me dices. Veamos, he tenido un accidente que ha podido mermar mis cualidades físicas y mentales. El sitio me es totalmente extraño. Por lo tanto, el único referente del que dispongo para localizar mi posición es identificar el enclave religioso donde me encuentro.

—¡Exacto!, ¿Qué harías para lograrlo?

—Mi primer paso sería comprobar si en ese enclave se ubica una iglesia o una capilla. A partir de ese descubrimiento, buscaría una figura o una estatua de apariencia relevante, que me arrojara alguna pista sobre mi situación. Algunas pistas pueden ser muy claras. Por ejemplo, si reconozco a la virgen conocida como «La Moreneta», sabré que me encuentro en el monasterio de Montserrat, establecido por la orden benedictina en el año 1025, cerca de Barcelona. En cambio, si la talla corresponde a la virgen conocida como «La francesita», de estilo románico, tendré la seguridad de hallarme en el monasterio de Buenafuente del Sistol, en la provincia de Guadalajara.

—¡Muy bien!, pero ¿y si las vírgenes que encuentras no son tan conocidas?, o simplemente, ¿no las reconoces?

—Pues... estoy seguro de que algún sacerdote amable me ayudará.

—No puedes preguntar ni hablar con nadie. Solo dispones de tus propios recursos. Así que sigue pensando.

—No se me ocurre nada, Guillermo —le dije mientras ponía cara de cansancio y de hartazgo—. ¡Nada de nada!

—¿Cuál es una de tus asignaturas preferidas?

—La historia.

—Te aconsejo que utilices tus conocimientos históricos.

—¿Mis conocimientos históricos? ¿Cómo podría utilizarlos en una iglesia?

—Muchas iglesias cuentan con criptas, construidas por reyes, grandes señores feudales o ricos comerciantes para convertirlas en su sepulcro. Es posible que esas criptas te arrojen mucha información. Debes tener en cuenta todos los elementos para llegar a un razonamiento lógico.

¿Sepulcro?, ¿cripta?... ¡Ahí estaba la solución! Habría dedicado unos minutos, como muestra de agradecimiento, a rezar una plegaria por el alma de mi educador y amigo Guillermo pero las prisas me lo impedían. Aunque no lo sabía con certeza, tenía la convicción de que mis guardianes no tardarían mucho en percatarse de mi fuga y en iniciar mi persecución. Recordé, una a una, las indicaciones de aquellos juegos de deducción, basados fundamentalmente en la observación y en saber cotejar los datos observados. Respiré profundamente y miré a mi alrededor con esperanzas renovadas. En mi examen exhaustivo, descubrí una vieja torre militar, que debía datar del siglo XIV. Una puerta junto a esa torre daba acceso al claustro. Allí pude contemplar una capilla, ubicada en el exterior pero a la que se podía acceder a través de una bella puerta ojival. Procurando que mis pisadas hicieran el menor ruido, me colé furtivamente en su interior. Finalmente, mis esfuerzos de búsqueda obtuvieron su recompensa. Tal y como Guillermo había predicho, allí estaban las pruebas que necesitaba.

La atmósfera que percibí al entrar en la capilla me sumió en un sueño de colosales proporciones históricas. El aura comenzaba a despuntar. Los primeros rayos de luz quebrantaron la tregua noctámbula de los guerreros plasmados en la gran vidriera del muro meridional. Las hordas de los almohades, llegadas desde las tierras ocupadas del Al-Andalus, se plantaron frente a los ejércitos cristianos. Una lucha desigual consumada por el Rey y guerrero que allí moraba.

Unos pasos más me colocaron frente al sepulcro. Se trataba de un primitivo conjunto funerario sobre el que aparecía, en una losa, el relieve del monarca Sancho VII «El Fuerte». Me percaté de un detalle curioso. La escultura presentaba las piernas cruzadas y los pies dirigidos al este. Sabía que esa orientación, como ocurre con los dólmenes, señalaba el camino al otro mundo. La mano derecha de Sancho VII descansaba sobre su corazón mientras que la izquierda sujetaba la espada que le había conducido a la gloria en la batalla de Las Navas de Tolosa.

Las pistas se multiplicaban por momentos y ya no albergaba duda alguna sobre dónde me encontraba. De todas formas, y como confirmación definitiva, decidí salir al exterior y realizar una última comprobación. Atravesé una gran plaza y comencé a caminar por un pequeño sendero. La luz del amanecer comenzaba a inundar el paraje, poniendo en peligro mi escapada. Pero la niebla, densa y pegajosa, se alzaba como mi gran aliada aunque me privaba de ver más allá de tres metros. A pesar de mi ceguera, continúe mi marcha, convencido de encontrar la prueba concluyente. Llegué por fin a lo que me pareció un cruce de caminos. Allí debía estar lo que buscaba. Pero ¿dónde? —me pregunté angustiado.

¡Me asusté!, ¿quién no lo hubiera hecho en mi lugar? La niebla, hasta entonces mi compañera de viaje, me abrazó por completo, como si intentara asfixiarme con sus brazos. Me revolví inquieto y temeroso, sabedor de que en aquel lugar no contaba con auxilio alguno. De improviso, una ligera corriente de viento acudió en mi ayuda. El aire agitó y zarandeó durante unos momentos aquella capa grisácea que me tapaba

los ojos. En pocos segundos, se moldeó, frente a mí, el contorno de una cruceta de piedra. Un instante y un suspiro bastaron para asegurarme de que mis deducciones eran acertadas y de que, por fin, sabía dónde me encontraba. Allí estaba, era la Cruz de los Peregrinos, en el puerto navarro de Roncesvalles.

Permanecí quieto unos minutos, embelesado por la belleza del monumento y por la fascinación del lugar. El primer cruceiro, guardián del Camino de Santiago, se alzaba como un símbolo de la eternidad, como si siempre hubiera estado allí. Por un instante, llegué a creer que la cruz intentaba transmitirme, con su visión serena, el consuelo y la ayuda que necesitaba tras mis terribles experiencias pasadas. El centelleo de la luz del sol, que penetraba a través de la hayas que salpicaban el sendero, me despertó de mi estado de trance. Súbitamente, escuché una voz que hablaba en latín. ¿Volvía a tener ensoñaciones? ¡No! La voz provenía de un pequeño individuo que, como una sorprendente aparición, se mostró ante mis ojos. Las palabras «Ad radicem maximi montis Pirenei» fueron su primer saludo. No supe qué contestar. No sabía si me enfrentaba con un fantasma o con un caminante de piel y hueso. Dadas mis experiencias anteriores, opté por la primera opción y por descubrir su identidad lo antes posible. Las primeras sospechas cruzaron por mi mente.

—Buenos días, peregrino. La leyenda cuenta que Gotescalco, obispo aquitano de gran prestigio, se detuvo en este lugar hacia el año 950, convirtiéndose así en el primer peregrino. ¿Eres tú la reencarnación espectral de ese espíritu?

—Buenos días. Siento desilusionarle, pero no lo soy —el paseante no pareció sorprenderse en absoluto por mis conjeturas.

—Habría jurado, por tu aspecto fantasmagórico, que lo eras.

—Solo soy un simple hombre en busca de paz.

Tras pronunciar esa frase, el desconocido levantó la voz con entusiasmo, apuntando el dedo hacia la cruceta de Roncesvalles.

—¡Aquí está la cruz! —anunció con voz solemne—. ¿Sabías que el obispo que has mencionado se detuvo en esta parada y que, con la mirada fija en la montaña, promulgó la frase «Ad radicem maximi montis Pirenei» que significa «hacia la raíz grandiosa del monte Pirineo»?

—Desconocía ese hecho. Me doy cuenta de que eres un erudito de la historia del Camino.

—Es mi obligación saberlo ya que mi única misión en esta vida es servir a Dios y al Apóstol Santiago —aseguró aquel individuo ataviado con una extraña vestimenta—. Permíteme que me presente. Me llamo Giordano de Ribalta y soy un caballero boloñés que inicia su quinto viaje a Santiago de Compostela.

—¡Vaya!, ¿quinto viaje? No cabe duda de que su alma arrastra numerosos pecados.

—¿Pecados? ¿Pero, qué decís? He dedicado mis últimos años a realizar peregrinaciones caballerescas, siguiendo la vieja tradición del siglo xv.

Nunca había oído hablar de las peregrinaciones caballerescas ni jamás había

topado con un individuo tan estrambótico. A pesar de los reparos, me percataba de que aquel peregrino, experto conocedor sin duda de todas las rutas, podía convertirse en un aliado involuntario de mi fuga y ¿quién sabe? En un defensor ante mis perseguidores. Decidí unirme a su marcha.

—Si no os importa, caballero, me gustaría acompañaros en vuestra peregrinación.

—Como gustéis pero antes recemos una oración —se colocó en cuclillas frente a la cruz.

*Veni, Creator Spiritus,
Mentes tuórum vísita,
Imple supérna grátia,
Quae Tu creásti péctora.*

Yo también me arrodillé y acompañé en la plegaria a mi nuevo «amigo». Aunque me concentré en el sentido del rezo, mis cinco sentidos permanecieron en guardia, atentos al menor movimiento proveniente de mi antigua prisión.

Una vez terminada la perorata (el tiempo pasaba en contra de mis intereses) nos pusimos en camino. Estaba firmemente convencido de que la decisión de acompañar a un extraño era la opción más acertada. Sabía que en cuanto descubrieran mi fuga, mis secuestradores saldrían a cazarme. Pero buscarían a una única persona. Desde ese punto de vista, caminar acompañado me permitiría pasar desapercibido ante mis perseguidores. Por otra parte, el aspecto rocambolesco de mi compañero, totalmente alejado del perfil de mis perseguidores, aumentaba mis posibilidades de éxito.

Giré la cabeza y le observé con detenimiento. A primera vista, lo primero que me vino a la mente fue condenar al infierno eterno al sastre de mi amigo Giordano de Ribalta. Su vestimenta, una curiosa mezcla de caballero medieval y de peregrino actual, se componía de un ciclatón (*prenda larga adornada con dibujos geométricos*), una cota corta de malla, un sayón y un cinturón grueso de cuero. A este peculiar atavío caballeresco le había añadido un sombrero de ala ancha, un zurrón, una capa con esclavina y el bordón o bastón que distingue a los peregrinos. El conjunto conformaba una imagen realmente esperpéntica e incluso cómica.

—¿Tenéis sed, amigo mío? —preguntó mientras me ofrecía una calabaza llena de un líquido rojizo.

—No, gracias.

—Le advierto que es vino de una de las mejores bodegas de Borgoña.

—Quizá en otro momento.

—¡Como queráis!

—Si no es mucha molestia, ¿puedo solicitaros un favor?

—Escupid por esa boca pecadora... Ja, ja, ja, perdonad mis blasfemias.

—¿Lleváis en ese zurrón algo de ropa para poder prestarme? Este hábito no me pertenece y no me gustaría que me confundieran con lo que no soy.

—¡Ah!, entonces, ¿no sois un siervo de Dios?

—No lo soy en el sentido que pensáis.

Al oír mi revelación, Giordano se detuvo repentinamente. Miró al cielo, como implorando alguna señal divina y tras unos minutos de reflexión me habló en un tono autoritario y exigente.

—Quitaos inmediatamente ese hábito que no merecéis. No deseo conocer las causas que os han llevado a ultrajar una prenda santa pero estoy seguro de que podréis expiar vuestra infracción a lo largo del camino.

—Si esa es vuestra voluntad y deseo, os obedeceré.

Tras esas palabras me despojé del hábito. Ante mi gesto, Giordano de Ribalta mostró una mueca de satisfacción. Pero aún le quedaba una exigencia más.

—Y, en pago a vuestra falta, el resto del camino me acompañaréis en calidad de escudero —sacó del morral un pellote confeccionado con tela y me lo lanzó sin miramientos.

—Os doy mi palabra de que estaré a vuestro servicio mientras no demuestre mi valentía y mi coraje —afirmé con poco convencimiento y con dudas crecientes sobre la cordura de mi compañero de viaje.

Me enfundé en mi nueva vestimenta, notablemente más vistosa y llamativa que el austero hábito. El pellón, con una gran capucha, era de colores vivos y lucía en la zona pectoral un florido y pretencioso escudo de armas. Y he aquí como, sin quererlo, me encontré enrolado al servicio de la casa de Bolonia en medio del Camino de Santiago.

Reanudamos la marcha, escoltados por majestuosas hileras de hayas y abedules. Caminaba rápido y con brío, consciente de que cada paso aumentaba la distancia con mis perseguidores. El amanecer se consolidaba ya a nuestro alrededor y, con la claridad del nuevo día, los bosques que nos rodeaban recuperaban lentamente todo su esplendor. La luz del sol, que se filtraba entre las hojas de los árboles, era brillante, pura y casi irreal. Por unos instantes me pareció revivir en aquel paisaje la atmósfera de magia y fantasía que destilan muchos cuentos infantiles, donde todo puede ocurrir. Quizá yo también era un personaje más de aquellos cuentos.

Al torcer un recodo, vislumbramos en el horizonte las siluetas inconfundibles de unos tejados que nos anunciaban la proximidad de un lugar habitado. Un rótulo apareció en el sendero, con la inscripción «Burguete-Auritz». El pueblo aún permanecía dormido, con las persianas bajadas y completamente ajeno a la llegada intempestiva de unos extraños peregrinos. La algarabía de las regatas, que fluían frescas y alegres entre hayedos imponentes, nos dio la primera y única bienvenida. Cruzamos el pueblo sin avistar un alma. Trescientos pasos después, cuando ya los últimos caseríos nos daban la espalda y el eco de nuestros pasos escapaba hacia el monte, la confianza se convirtió en suspicacia. Dos figuras lejanas nos esperaban

ancladas al final del camino, a la espera de nuestra llegada. Mi compañero, poseedor de una vista privilegiada, exclamó con sorpresa.

—¡Vaya!, parece que vamos a tener el honor de cruzar unas palabras con algunos colegas suyos —me anunció con socarronería.

—Si no os importa, preferiría no tener contacto alguno con ellos —mi petición no sonó muy convincente.

—No te preocupes, amigo mío. ¡Déjamelos a mí!

Su explosión de entusiasmo renovó mis esperanzas de salir libre de aquel encuentro inminente. Con la capucha ceñida hasta la frente, bajé la cabeza, fijé los ojos en los cordones de mis sandalias y deposité mi confianza en un caballero boloñés que conocía desde poco más de una hora. Mi aportación particular se limitó a simular una cojera pronunciada. Cuando levanté ligeramente la vista, mi compañero saludaba con simpatía a los dos hombres con hábitos marrones, dos monjes, sin duda.

—Buenos días, padres.

—Buenos días, peregrinos —respondieron con cortesía—. En estos caminos del Señor, en ocasiones, se esconden agazapados los siervos del diablo.

—Tenéis razón. Pero esta mañana nos hemos adelantado a ellos, madrugando y avanzando con presteza.

—¿De dónde venís?, y, ¿a dónde vais?

—Mi nombre es Giordano de Ribalta y mi rango es el de caballero italiano. Mi ciudad natal es la bella Bolonia, situada a los pies de los Apeninos.

—¿Y quién os acompaña?

—Es mi escudero, una persona poco culta e ignorante, que me sirve y me acompaña como pago de una deuda.

—Escudero, ¡alza la cabeza! —me ordenaron los monjes.

La reacción de Giordano fue inmediata y fulminante.

—¿Cómo os atrevéis a darle órdenes a mi siervo? —Y dirigiéndose a mí, me espetó—. Fiorenzo, sucio pecador, no te atrevas a levantar la vista del suelo sin antes haber solicitado el perdón al Apóstol Santiago.

—No, signore —musité en un italiano bastante reprobable.

—¿Lo ven, padres? No podemos permitir que este pecador y mal cristiano alce la vista sin purgar antes sus pecados.

—Entiendo, entiendo —contestó el monje más viejo—. Pero últimamente se han dado casos de personas poco cristianas que han ocasionado problemas a los peregrinos. Estamos aquí, por orden del señor obispo, para asegurarnos de que todos los caminantes son gentes de bien.

—¿Insinuáis quizá que la palabra de Giordano de Ribalta, caballero de la orden boloñesa, no es suficiente? Esto es una ofensa, caballeros.

—¡No se altere!, ¡no se altere!, por favor... son solo unos trámites.

—¿Ves lo que ocurre, Fiorenzo, cuando se visita un país de bárbaros?

—Sí, signore —volví a chapurrear en italiano.

—¡Apartad del camino! Os lo ordena por última vez un «cavaliere» boloñés.

Los monjes se miraron e intercambiaron algunas palabras. No dio tiempo a más. Giordano de Ribalta cumplió su palabra de caballero y lanzó un ataque furibundo contra aquellos siervos de Dios empuñando, como única arma, el bordón de peregrino y la calabaza con el estupendo vino de las vides borgoñesas.

En medio de la confusión solo alcancé a oír los gritos quejumbrosos de los dos monjes, perseguidos por la furia implacable de mi gran defensor. Giordano de Ribalta se lanzó en pos de ellos, monte abajo y sorteando todo tipo de obstáculos naturales. Alcé la mirada y disfruté con una escena que bien podría corresponder a un pasaje quijotesco. La bulla de la trifulca arrancó de mi boca una sonora carcajada.

Satisfecho por los acontecimientos, me dispuse a continuar el camino en solitario, con la esperanza de que, unos metros más adelante, se me uniera de nuevo mi excéntrico amigo. Todavía con la sonrisa en los labios, imaginando la alocada persecución del caballero boloñés, me adentré en un sendero sombrío y oscuro. La frondosidad de los árboles era tal que la luz del sol apenas alcanzaba a colarse en aquel túnel verde de hayas, abedules, robles, avellanos y acebos. Encendí la linterna que me había prestado Giordano y me concentré en seguir la ruta marcada por las flechas amarillas.

En soledad y con el único sonido de las hojas acariciadas por el viento, tuve la oportunidad de analizar algunos cambios que había notado desde mi salida del supuesto hospital. En un primer momento no les había dado demasiada importancia pero había llegado el momento de comprobarlos de verdad.

Era extraño... muy extraño. ¡No sentía nada de frío! Me encontraba en un paraje prácticamente a oscuras, a unos novecientos metros de altura y el sol despuntaba en el horizonte. Seguramente, la temperatura no alcanzaba los cero grados. Un ambiente gélido que pasaba desapercibido para mi cuerpo, embutido en un ligero pellote de tela. Las únicas sensaciones de frío me llegaban a través de las palmas de las manos y de los pies, las únicas extremidades que conservaban la sensibilidad a los cambios térmicos.

Otro descubrimiento que me inquietaba era el sueño. Si los cálculos no me fallaban, sumaba más de cuarenta y ocho horas sin dormir y lo más inexplicable, sin necesidad de echar una cabezadita. Intenté convencerme de que muchas personas soportan la falta de sueño durante más de dos días. A pesar de esta realidad, opté por mantener la cautela y permanecer atento a cualquier nuevo síntoma.

Salí por fin de aquel pasadizo arbóreo y recibí con alegría la luz del sol. Volví a ver con toda claridad la vía que me llevaría hasta Guillermo, sin duda el mejor consejero para todos los problemas que me acosaban. Sabía que el camino hasta la abadía cántabra de Santa María de Viaceli, en el pueblo de Cóbreces, se presentaba largo y duro pero estaba seguro también de que las rutas del Camino de Santiago suponían el mejor modo de burlar a mis perseguidores.

La llegada al pueblo de Espinal-Aurizberri interrumpió mis pensamientos. La

campana de la iglesia del pueblo repicó en ocho ocasiones, llamando a misa. A mi derecha, una puerta maciza y de roble se abrió de par en par y un anciano vivaracho me miró y me sonrió pero no me dirigió la palabra. Fue el único lugareño con el que topé.

De pronto, escuché unos gritos familiares que me llamaban por mi nuevo nombre italiano.

—¡Fiorenzooooo! ¡Fiorenzooooo! —Giordano apareció frente a mí, con gesto triunfante y con unos hongos en las manos.

—Mi señor Giordano, me alegro de veros. Estaba preocupado por lo que os hubiera podido ocurrir.

—Nada, nada. Dos infelices que no supieron reconocer a un caballero y pagaron por no cumplir con la norma de cederle el paso.

—¿Les ha ocurrido algo?

—Ocurrirles, nada de nada. ¿Por quién me tomas? Lo que si estoy seguro es de que a la velocidad que corrían, en poco más de una semana estarán frente al papa Benedicto y solicitarán ayuda a la guardia suiza... ¡Ja, ja, ja!

—¿Qué traéis ahí?

—Son hongos beltzas, el oro negro de las montañas de Navarra. Esta noche te voy a preparar una piperrada con hongos y lechezuelas que te vas a chupar los dedos.

Con esa promesa tan sabrosa reanudamos la marcha. Era un camino duro y áspero donde el asfalto se alternaba con senderos embarrados y piedras de todos los tamaños. Las sandalias que vestía dificultaban aún más mis andares. Con ese calzado, claramente inapropiado, la subida al alto de Mezkíriz se convirtió en una tortuosa travesía. Mi caballero italiano tampoco se salvó del esfuerzo y en más de una ocasión el barro resbaladizo le llevó a besar el suelo. Conforme avanzábamos hacia Mezkíriz, la vegetación se hacía menos densa, dando paso a extensas praderas donde pastaban hermosas y productivas vacas navarras. Reunidas en pequeñas manadas, los animales, con tonalidades del blanco al marrón, disfrutaban con sus terneros gordos y juguetones.

Durante la travesía y a pesar de las dificultades, Giordano no cesó de lanzarme constantes gritos de ánimo: «¡un último esfuerzo, Fiorenzo!». El tramo final del ascenso resultó más llevadero gracias al frescor proporcionado por un espeso túnel vegetal. En ese lugar, los jadeos por el esfuerzo físico se convertían en vahos de color verde intenso.

Al fin coronamos aquel alto endiablado. Como premio por nuestra hazaña, nos sentamos en unas piedras y saboreamos alguno de los manjares que Giordano guardaba en el zurrón. No recuerdo haber probado un queso más sabroso en toda mi vida. Según me explicó con deleite, ese tesoro gastronómico procedía de un precioso pueblo llamado Roncal que había visitado con intenciones de solicitar la mano de una moza navarra. La historia era digna de ser contada con todo detalle, pero no en este libro.

Los gritos desaforados de Giordano rompieron el éxtasis de aquel festín secular.

—¡Fiorenzo!, ¡Fiorenzo...! ¿Ves lo mismo que yo?

—No solo lo veo, señor. También lo cato con gusto.

—Deja de zampar y fíjate en el horizonte —Giordano apuntaba con su dedo a unas nubes lejanas que tapaban, a modo de manto, la tierra firme situada bajo el alto de Mezkíriz.

—Las veo, señor. ¡Son preciosas!

—Observa qué grandiosa batalla. Esos valerosos guerreros cristianos entregan su vida para defender a España de las hordas almohades que nos atacan por mar.

—¿Las hordas almohades? —Por más que miraba solo conseguía ver unas bandadas de patos que volaban entre una intensa neblina.

—Los cañones vierten ríos de color púrpura sobre las embarcaciones que nos asedian. La batalla será intensa y sangrienta. ¿Acaso no es un deshonor imperdonable para un caballero boloñés no estar allí presente?

—Tranquilizaos. Si hubieran necesitado de vuestra espada os habrían mandado llamar con urgencia —no se me ocurrió otra frase más tranquilizadora.

—Cuánta razón tienes, mi apreciado Fiorenzo.

Empezaba a habituarme a los desvaríos y disparates de mi compañero de viaje. Parecía evidente que padecía una demencia que le llevaba a emular a un caballero de la antigüedad llamado Giordano de Ribalta. Había adoptado, además de su nombre, su personalidad, su título nobiliario y sus propias vivencias. Así, al igual que el personaje original, mi amigo recorría el camino de Santiago, dedicándose en cuerpo y alma a la lucha caballerescas. Una labor altruista y desinteresada, ciertamente desconcertante en el mundo actual pero que renovaba en mi corazón las esperanzas sobre el género humano.

Tras el descanso, volvimos a ponernos en marcha de manera apresurada, conscientes de que la noche se nos podía echar encima en cualquier momento. Bordeamos varias poblaciones, para evitar el contacto con sus habitantes, y nos plantamos en el alto de Erro cuando la oscuridad empezaba a instalarse en el lugar. No era el lugar más adecuado para detenerse. Sabía que en el pasado, el alto de Erro albergaba a numerosos bandidos y asesinos. ¿Quién me aseguraba que esos inquilinos habían desaparecido definitivamente de allí?

A ambos lados del camino empezaron a aparecer densas hileras de tejos que desfiguraron la belleza del atardecer y dieron paso a una tétrica y siniestra noche. El ruido de nuestras pisadas se fundía con una tensa calma y con una oscuridad creciente, cargada de malos presagios. Entre la negrura, no conseguía diferenciar aquello que avistaba con los ojos abiertos o con los ojos cerrados.

El chillido desgarrado de un animal me obligó a detenerme y mi amigo me imitó sin dudarlo. Algo en mi rostro, una expresión sobrenatural en mi cara le indicó la existencia de un peligro inminente. Con gesto fiero, alzó su bastón en señal de lucha. Yo también me preparé para el combate. Deseaba retar a aquella criatura del averno

que parecía acecharme en ese lugar maldito para castigarme por los actos del pasado.

Un nuevo alarido, en esta ocasión transportado por el aire fétido de aquella cloaca pecaminosa, me turbó por completo. Creí reconocer los gritos desesperados de mi madre en su lecho de muerte. La angustia de no saber qué, quién y por qué, me acorraló en un profundo estado de terror. No sabía como reaccionar, me sentía inseguro, desprotegido, indefenso y a mi boca acudió una sóla palabra, fuerte y desgarradora: «¡madreeeee...!».

Mi lamento empeoró aun más la situación. De todos los rincones del bosque maldito surgieron almas en pena, sombras de la noche y espíritus condenados que me solicitaban ayuda. Un concierto de frases malditas que nunca olvidaré sobrecogió mis entrañas: «Ayúdanos a morir», «el Padre nos ha abandonado», «tú eres el Ángel Salvador», «abre las puertas del infierno...».

Intentando acallar aquellas voces que retumbaban en mis tímpanos, agarré violentamente el brazo de Giordano de Ribalta y juntos emprendimos una huida desenfrenada como si el mismo diablo nos persiguiera para arrebatarnos el alma. Era tal nuestro frenesí que en poco más de treinta minutos bajamos el alto de Erro, todo un record olímpico.

No nos detuvimos hasta alcanzar el puente gótico de la Rabia. La vista del río Arga y de su cauce sereno nos devolvió la calma y la tranquilidad. Estaba exhausto y apenas pude responder a las palabras de Giordano, que intentaba buscar explicaciones a lo inexplicable.

—Vamos, Fiorenzo. Es posible que lo que hemos visto esta noche sea solo un sueño.

—¡No lo creo! —le contesté en medio de temblores de miedo.

—Nos hemos ganado un buen descanso. Hay cerca de aquí un castillo que no dudará en abrir sus puertas para asistir a un caballero y a su escudero.

Entramos en el pueblo de Zubiri protegidos por la oscuridad y de forma casi furtiva. A pocos metros nos topamos con la puerta del albergue para peregrinos. Era el castillo de mi amigo. Nos abrió la puerta una señora muy gorda que nos miró con cara de asombro. Giordano le hizo unas indicaciones con la mano y entabló con ella una breve conversación.

—Buenas noches, mi señora condesa —saludó Giordano a la posadera.

—Saludos, caballero de la triste figura. ¿De qué batalla habéis escapado victorioso en esta ocasión? —Estaba claro que mi amigo no era un desconocido para ella.

—Hemos luchado valerosamente con un ejército al que no se puede vencer.

—¿Cuál es ese ejército?, ¿dónde se esconde?

—Son las huestes del señor del averno. Esta noche, sus tropas han salido de las tinieblas para atacarnos y hemos escapado con vida y con alma, gracias a mi espada de caballero.

—Claro, claro... y vos, ¿qué decís de todo esto? —Se dirigió a mí mientras

observaba sin disimulo mi indumentaria absurda.

—Bueno, en esta ocasión tengo que reconocer que dice toda la verdad.

La encargada del albergue no preguntó nada más. Dio por bueno aquel dicho de «Dios los cría y ellos se juntan» y se despidió presurosa, no sin antes facilitarnos cama y algo de comida. Al calor del fuego de la chimenea, intentamos calentarnos el alma, si es que aquello era humanamente posible.

La noche fue larga, muy larga. Mi amigo roncaba como un bendito, o mejor, como un abad cisterciense. En pleno insomnio, la figura de mi tutor y consejero abarcó todos mis pensamientos. Añoré su compañía y sus palabras. Guillermo, ¡cuánto te extrañé en esos momentos tan difíciles! ¡Qué necesarios se me hacían tus consejos! Si estuvieras cerca te pediría ayuda y, esta vez, seguiría al pie de la letra tus recomendaciones.

No pude dormir un solo instante. ¿Estaba demasiado nervioso o simplemente ya era incapaz de hacerlo? Las preguntas sin respuesta se acumulaban una detrás de otra. A mi falta de frío y de sueño se añadía ahora la capacidad para ver espectros fallecidos hacía más de cincuenta años. ¿Qué más me podía ocurrir?

En cuanto amaneció, desperté a mi amigo y le recomendé que partiéramos lo antes posible para evitar preguntas indiscretas. Nuestra peculiar vestimenta, que había pasado casi desapercibida en las horas nocturnas, resultaba estrepitosamente llamativa a la luz del día. Sin hacer el menor ruido y sin testigo alguno, abandonamos el albergue con la llegada del alba. Caminamos en silencio durante las primeras horas de la mañana. A cada paso, el rostro de Giordano reflejaba una expresión creciente de tristeza pero yo no llegaba a alcanzar el porqué ni tampoco me atreví a preguntarlo. Su andar se torno más y más pausado al tiempo que su respiración se hacía más vacilante e irregular. Poco a poco, el Giordano fuerte y animoso fue dando a paso a un hombre triste y desanimado. Le miré fijamente a los ojos y entonces me di cuenta. Su mirada había perdido el brillo de la locura y en su lugar mostraba una expresión vacía y sin vida.

Alrededor de las doce del mediodía llegamos a Larrasoña. Sus calles, una vez más, como en todos los pueblos visitados aparecían vacías. Aquella situación comenzaba a despertar mis sospechas pero Giordano no me dio tiempo a reflexionar sobre ello. Tras permanecer horas callado, me habló por fin, con una mezcla de entusiasmo y de pena.

—Bien, querido Fiorenzo. ¡Hemos llegado! ¡Sí!, hemos llegado... —mi amigo se detuvo en la puerta de un edificio que lucía la inscripción: «Antiguo hospital de peregrinos. Siglo XI». Sin explicación alguna, golpeó la puerta con fuerza y comenzó a vociferar.

—¡Abrid!, ¡abrid a vuestro señor y amigo Giordano de Ribalta...! —¿qué significaba aquello?—. ¡Bajad el portalón a vuestro amo y señor! ¡Os lo ordeno!

El portón chirrió al abrirse y un hombre menudo apareció ante nuestros ojos. Por su expresión, deduje que reconoció de inmediato al caballero boloñés.

—¡Vaya!, esta vez has tardado mucho en regresar.

—He estado en batallas que tú jamás podrás soñar.

—Claro, claro. Venga, entra ya en el castillo. Tenemos tu habitación y tus medicamentos preparados. —Mi amigo le siguió se forma sumisa. De pronto, el hombre se percató de mi presencia.

—Y usted ¿quién es?

—Perdone, he encontrado a este señor en Roncesvalles y lo he acompañado hasta aquí.

—Es usted una buena persona. Muchas gracias. El pobre se cree un caballero italiano que ganó fama y prestigio por sus hazañas caballerescas en el camino.

—¡Si!, eso me dijo. Un tal «Giordano de Ribalta».

—Exacto. Así se hace llamar. Lo que seguramente no le habrá comentado es que ese personaje lleva muerto más de seiscientos años. Y que, de vez en cuando, lo saca de su cripta para darle un paseíto. Vamos, ¡está loco de remate!

—Ya imaginaba que padecía alguna enfermedad mental.

—¿Enfermedad? Sí, tiene usted toda la razón. Es un caballero, educado y servicial. Es piadoso y asiste a los necesitados. Si eso es locura, benditos aquellos que han perdido la cordura.

¡Qué verdad más absoluta promulgó aquel hombre sencillo! Me quedé un buen rato frente a la fachada de aquel edificio destinado a recluir a «locos» y a enfermos mentales. Me entristecía despedirme de mi caballero boloñés. Había sido, hasta la fecha, mi mejor amigo de viaje. Su punto de locura me había sido de mucha utilidad para comprender lo que me estaba ocurriendo. ¿Me estaba volviendo yo también loco?

Capítulo 5

Codex Peccatum

[El libro de los pecados]



¿Sueño o realidad?

Los bosques navarros esconden numerosas historias. Algunas son leyendas. Fabulosas y extraordinarias leyendas que infunden sosiego en el corazón de los peregrinos, sobrecogidos por el entorno imponente que les rodea. Otras, en cambio, son meras fantasías urdidas por mentes dotadas de una desbocada imaginación. La mía puede ser una de esas mentes delirantes. Un cerebro incapaz de captar la realidad y que juguetea peligrosamente con quimeras. Pero lo cierto es... que mi historia es cierta y así ocurrió.

Tras la pérdida de mi amigo Giordano de Ribalta, me dispuse a abandonar Larrasoaña lo antes posible. Pero sin el ímpetu de mi compañero de viaje, mis pasos se volvieron lentos y cansinos. Con el peso de la soledad en mis espaldas me arrastré casi literalmente por las calles estrechas del pueblo, flanqueadas a ambos lados por grandes casonas de piedra. Los tejados a cuatro aguas, aparecían bañados por una fina capa de nieve. En las fachadas, encima de los portones, se mostraban distintos escudos de armas y emblemas, señal inequívoca de un pasado ilustre. Finalmente, embriagado por el aroma inconfundible de un horno de pan, dejé atrás la última casa de Larrasoaña. Mi estómago vacío clamaba comida, pero consideré arriesgado trabar contacto con personas desconocidas. Intentando acallar los gritos de hambre, decidí continuar el viaje.

Casi sin darme cuenta me adentré en un pequeño sendero, nacido de las continuas pisadas de los lugareños de los caseríos y del andar de los peregrinos. Un camino de enorme belleza que me llevó a descubrir pueblos de nombres tan extraños como Zuriain, Antxoriz, Irotz... Denominaciones realmente complicadas de pronunciar que correspondían a diminutas poblaciones compuestas por unas pocas casas y una pequeña iglesia. Una vez más, no acerté a distinguir a habitante alguno. El sol, acomodado sobre mi testa, me recordó que la hora del buen yantar no podía demorarse más. Hambriento, miré a un caserío apartado del camino. Era una casa grande y muy antigua, aunque remodelada recientemente, según pude deducir por el estado de sus sillares y de su tejado a dos aguas. Parecía evidente que sus moradores querían conservar el estilo más característico y tradicional de la arquitectura popular navarra. Sin poder contener la curiosidad, me asomé a una de las ventanas que, entreabierta, parecía invitarme a mirar. La ventana daba a una escalinata oscura de madera que unía las dos plantas de la casa. La primera planta correspondía a una cuadra de vacas, según pude deducir por un hedor inconfundible. Sobre la pared se apoyaban varios aperos de labranza. Aun sin verla, supuse que la segunda planta albergaría las habitaciones y la zona de estar. Tampoco me costó imaginar la

existencia de una tercera planta, convertida en desván y en almacén de hierba seca, maíz..., Puestos a imaginar solo me quedaba averiguar cómo eran los habitantes de aquella casa. Pero no me hizo falta pensar nada más. Al girar la cabeza, descubrí al dueño del caserío en un prado contiguo a la casa. El hombre, subido a un tractor, parecía muy ocupado en las tareas de labranza y, a pesar de las horas, no mostraba intenciones de hacer una pausa para comer. Sin dudar, salté el cercado y me dirigí hacia él.

—Buenos días. A la paz de Dios, hermano —me pareció el mejor saludo dado que los navarros tienen fama de ser el pueblo más creyente de la península.

Aquel individuo, con cara de pocos amigos, me escudriñó de la cabeza a los pies y sin pestañear siguió con sus quehaceres. Ni siquiera detuvo el motor del tractor para devolverme el saludo o preguntarme qué hacía en sus tierras. A pesar de su indiferencia, volví a insistir.

—Perdone, señor... ¿podría atenderme unos minutos? —grité mientras corría tras aquel engendro mecánico tan ruidoso.

—¿Es usted tonto o simplemente se lo hace? —Sus primeras palabras me dejaron desconcertado. ¿Era aquella una muestra del rotundo carácter navarro? Suavicé la voz y le hablé pausadamente.

—Mire, ya sé que está muy ocupado, pero necesito pedirle un favor.

—¿Un favor? ¡Qué favor ni que ostia! —Su cara se agriaba por momentos.

—Si me lo permite, solo quiero un trozo de pan para llevarme a la boca. Tengo hambre y no he comido nada en todo el día.

—¡Vaya con el señorito! ¿Y desea que este humilde campesino deje su trabajo para atender a un vagabundo cantamañanas que no sabe ni vestirse como una persona decente? ¿Es eso lo que quiere?

La situación se complicaba por momentos. A la actitud despectiva y a la escasa hospitalidad de aquel hombre se sumaban también sus impresiones poco favorables sobre los vagabundos y los caminantes desconocidos. Solo me quedaba recurrir a la diplomacia más exquisita. El don de la palabra era la única arma que podía esgrimir ante ese gladiador rural.

—No, señor, ¡por supuesto que no! Pagaré todo aquello que coma —mentí con descaro ya que sabía que mis bolsillos estaban vacíos.

—Enséñame ese dinero, pollo deslenguado.

—Lo que es dinero... dinero... no tengo. Pero le ofrezco mi trabajo y mi esfuerzo para conseguir algo comestible.

—¿Qué sabes tú de las labores del campo?

—Bueno, he cuidado gallinas y alguna cabra en la vieja abadía donde vivía.

—¿Una abadía? Allí debería seguir, padre. ¿Le echaron por ladrón o por vago?

—Es usted muy gracioso. No soy padre sino que... —Pero antes de poder añadir algo más, el campesino me interrumpió.

—Haber empezado por ahí. No hay nada que me caiga más gordo que un cura

pedigüeño sacacuartos. Va usted tan raro vestido y habla como uno de ellos que pensé que ya había vuelto la fastidiosa manía de recoger donativos a domicilio para el «Domund».

—Nada de eso. Dígame qué puedo hacer para ganarme algo de pan o de leche.

Sin mediar palabra, el hombre sacó con parsimonia un pañuelo blanco de uno de sus bolsillos. Un trozo de tela sucio que, sin duda, llevaba tiempo perdido en su pantalón descolorido. Con una lentitud que me pareció irritable, acercó el pañuelo a su nariz y se sonó estruendosamente. Luego, miró hacia el horizonte y, finamente, me habló.

—Has trabajado con animales... bien, bien —su sonrisa picarona me inquietó.

—Con animales, sí, señor.

—Le mandaré a entretener a mi señora, ¡ja, ja, ja! —soltó una risotada—. Pero, por desgracia, no he tenido la oportunidad de hallar una moza en los alrededores con pretensiones casamenteras.

—Es una pena. Cada día resulta más difícil encontrar chicas como las de antes.

—Cierto. Las mujeres de ahora no sirven ni para destetar a un ternerillo.

—Si me lo permite, le recomiendo que cambie esas ideas tan machistas o no encontrará una mujer con la que formar una familia. Tiene que ser menos anticuado y mostrarse más abierto. —¡Buf! Ya veo, ya, está claro —resopló con fuerza y se rascó la cabeza—. Con esas ideas tan absurdas me confirmas lo que ya pensaba de ti. ¡No tienes fundamento!... ¡No tienes fundamento!

Parecía evidente que aquel hombre terco no iba a cambiar su opinión sobre mí ni sobre nada. Desistí de añadir algo más. Me moría de hambre y todavía no sabía cómo conseguir un poco de comida.

—Por favor, dígame ya qué tengo que hacer. Le ayudaré en lo que sea.

—Bien, bien. ¿Ves ese grupo de vacas? —apuntó con el dedo hacia un prado cercano.

—Sí, lo veo.

—¿Ves a una que está apartada del resto?

—¡Sí!, está atada a una estaca.

—¡Esa misma! La llamo «la Begoña». Lleva más de dos años sin darme ni una gota de leche. Ya tenía que haberla sacrificado pero le he cogido cariño —por primera vez, aquel hombre rudo mostró un ápice de ternura. Pero su debilidad no duró mucho. Con un gesto brusco, arrojó a mis pies un cubo de plástico.

—Aquí tienes el cubo y allí tienes la vaca. Si consigues ordeñarla, toda la leche que obtengas será para ti.

No supe qué contestar. Sentía que aquel hombre me estaba tendiendo una trampa pero ¿qué podía hacer? Quizá solo era una forma peculiar de ayudarme... Tras cavilar unos momentos, decidí seguirle el juego. Alcé la vista y con una mirada guasona me dirigí al campesino.

—Perdone, pero no me ha dicho su nombre.

—¿Mi nombre?

—¡Sí, su nombre! Es por si la vaca me lo pregunta —respondí con sorna.

—¡Ah!, entiendo... me llamo Jaime.

Con gesto resuelto, me encaminé hacia la vaca, haciendo oídos sordos a las carcajadas que resonaban tras mis pasos. Un jolgorio que anunciaba la inutilidad de mi esfuerzo. ¿Se habrían enfrentado otros antes a esa empresa? ¿Cuántos la habrían superado? Preferí no pensar en ello y me centré en iniciar mi acercamiento a «la Begoña». Como no me fiaba de Jaime, mi primera acción consistió en arrodillarme bajo el animal y localizar las ubres que confirmaban su sexo. Aunque la verificación podía parecer extravagante, mis cinco sentidos me indicaban que la guasa de aquel hombre podía llegar al extremo de cortar los cuernos a un toro y de pintarle unas manchas blancas con la única intención de hacerle pasar por una vaca.

Durante horas y horas me dediqué únicamente a exprimir las ubres de aquel animal pero mi esfuerzo fue en vano. Ni una gota cayó en el cubo. Alrededor de las siete de la tarde, agotado por aquel tedioso e inútil movimiento, cerré los ojos por unos instantes. Apenas unos segundos en los que volvieron a mi mente las imágenes de mi madre agonizante. Al escuchar sus lamentos y sus súplicas sentí renacer el dolor en mi interior.

Desperté súbitamente de aquella pesadilla. Desde mi intento de suicidio en París, los malos sueños me perseguían allá donde fuera. La escena dolorosa del día de mi nacimiento se repetía invariablemente en aquellos terrores diurnos y nocturnos. Sentía que esa tortura era peor que estar muerto, incluso peor que el infierno que me esperaba como castigo de mis pecados.

Abrí los ojos y, ante mi asombro, descubrí que el cubo de leche ya no estaba vacío. Cinco horas sin conseguir resultado alguno y, en un instante de inconsciencia, el milagro se había obrado. Al lado del cubo, unas botas de goma y unos pantalones vaqueros desgastados me anunciaron la presencia de Jaime. Alcé la mirada para agradecerle su misericordia ya que, sin duda, había sido él quien, durante mi pequeña cabezadita y apiadado por mi empeño y persistencia, había llenado el cubo con algo de leche. Con una sonrisa de oreja a oreja levanté pausadamente los ojos. Un jersey y un plumón cubrían el cuerpo del labriego y lo protegían del frío del atardecer. Un frío escalofriante del que me contagié de inmediato al distinguir un rostro inconfundible con la mirada fija en mí. Una frase escapó de las fauces del depredador:

—¿Estás listo ya para acompañarme o necesitas más tiempo?

¡No podía ser verdad!, ¿cómo me había encontrado?, ¿qué significaba aquella invitación a acompañarle?... Calatrava se encontraba frente a mí y en los segundos que dudé antes de escapar, recibí un nuevo aviso por su parte.

—Cuánto más huyes de tu destino, más te acercas a él.

Sus palabras, siempre demoledoras, retumbaron violentamente en mis oídos y desencadenaron mi fuga. En la huida, enloquecida y desbocada, sentí el aliento

baboseante del cazador ante su inocente presa. El viento, como otro enemigo más, arrastraba mi olor a su hocico insaciable. Para camuflar mi rastro todo lo posible decidí ocultarme entre las masas oscuras de los bosques.

Corrí... corrí todo lo rápido que mis piernas temblorosas soportaron. La luz de la noche desdibujó las huellas de mi apresurada carrera. Más tranquilo, miré hacia atrás para comprobar la distancia con mi perseguidor. Pero lo que vi aumentó aún más mi excitación. Inexplicablemente, Calatrava permanecía quieto junto a la vaca, sin intención alguna de perseguirme. En unos segundos, su figura se volvió más y más transparente hasta desaparecer por completo, como si nunca hubiera estado allí. ¿Cómo era posible? ¿Qué demonios significaba aquello? La única conclusión que pude alcanzar fue que el poder de mi enemigo era mucho mayor del que yo podía imaginar. Ante aquellos fenómenos tan extraordinarios, a mí solo me quedaba escapar. Aterrorizado, me volví a sumergir en la espesura de un bosque cercano que me acogió caritativamente.

Siempre he creído que los bosques son como templos, lugares sagrados donde la luz se filtra a través de las vidrieras que dibuja un follaje irregular. Inmensas bóvedas verdes sostenidas por columnas de madera talladas por los mejores imagineros. En uno de aquellos espacios mágicos esperaba encontrar yo el recogimiento y la paz del caminante que tanto necesitaba.

Avancé sin pausa entre la espesura en busca de un escondite donde refugiarme. De pronto, como una llamada a la tranquilidad, oí el alboroto de la corriente del río Arga. El sonido del agua en movimiento me pareció una dulce invitación para detenerme allí y disfrutar de unos instantes de reflexión. Una invitación a la calma que no pude rechazar.

Cuando me acerqué sentí que la bravura del caudal se suavizaba. Aquel tramo del río que formaba parte del auténtico Camino, trazado en el siglo IX, no acogía visitas desde hacía muchísimo tiempo. El desvío de la ruta de peregrinos a otro sendero más accesible había condenado a aquella zona a la soledad más profunda y a un entorno casi irreal, protegido por una maleza salvaje e incontrolada. En medio de aquella naturaleza exuberante y sin rastro de huellas humanas, intuí que en ese paraje todo era posible, incluso la posibilidad de hallar la auténtica tumba de Giordano de Ribalta.

Me descalcé y remojé en el agua mis pies exhaustos. Incapaz de mantenerme más tiempo de pie, asenté sobre una piedra mi maltrecho cuerpo, extenuado por una lamentable forma física. Emborrachado por aquella sensación de bienestar, no me percaté del transcurrir de las horas. La noche se me echó encima y decidí permanecer allí hasta el amanecer, protegido por la presencia imponente de las hayas, los pinos, los alisos y los arces. Además de brindarme el reposo más absoluto, la noche me ofreció la posibilidad de analizar con detalle todo lo ocurrido y, especialmente, la sorprendente aparición de Calatrava. ¿Cómo me había localizado tan fácilmente? La hipótesis más lógica me condujo hasta la casa-hospital para enfermos mentales donde

había dejado a mi amigo Giordano. Sin duda, mi presencia habría quedado reflejada en el ineludible informe redactado tras la fuga de un paciente. Solo me quedaba imaginar que aquel centro sanitario, como muchos otros, mantenía una estrecha relación con el clero. De leer el informe y asociarlo conmigo hasta localizarme solo restaba un paso. Sin duda, esta era la única explicación. Pero quedaban todavía muchas dudas por despejar. Las experiencias vividas se acumulaban en mi mente y no terminaba de encontrar razonamientos lógicos para cada una de ellas. De repente, una voz interrumpió mis cavilaciones.

—Bonita noche para refrescar los pies en este agua tan clara y pura, ¿no cree?

—¿Cómo dice? —pregunté sobrecogido. ¿De dónde salía aquella voz?, ¿cómo había llegado hasta allí? Un interrogante se sumaba a mi larga lista de preguntas sin respuesta.

—El agua... el agua del río Arga. Es un excelente tratamiento para los pies fatigados.

—¡Sí!, los pies —me sentí incapaz de formular palabras más coherentes.

—Veo que es usted un hombre de pocas palabras. ¿Acaso desconfía de mi presencia en este lugar tan maravilloso?

—Bueno... —El desconcierto me desbordaba— reconocerá que la situación no es muy normal. No sé quién es y no le visto acercarse. ¿Cuándo ha llegado?

—¡Vaya, además de parco en palabras, es usted despistado! Llevo un rato aquí pero al verle tan ensimismado en sus pensamientos, no he querido interrumpirle.

—Se lo agradezco —su razonamiento me pareció coherente.

—Nada, nada... no se preocupe. Para eso estamos, para ayudar a los que hacen el Camino.

—¡Ah!, ¿pertenece usted a algún monasterio que asiste a los que recorren la ruta a Santiago de Compostela?

—Bueno... algo así. Aunque es algo más complicado.

—¿Más complicado? No le entiendo.

—Permítame una pregunta. ¿Por qué se ha desviado de las rutas establecidas para los turistas y los peregrinos?

¿Qué podía contarle y qué debía callarme? Era una decisión sumamente delicada. Si relataba, con todo lujo de detalles, lo ocurrido desde el comienzo de mi aventura me tomaría por un loco. La misma impresión que tuve yo cuando escuché el relato de Giordano de Ribalta. Tampoco me convenía mentir e inventarme respuestas falsas. La mejor solución que se me ocurrió fue esquivar las preguntas embarazosas y aplazar la decisión para otro momento. Al fin y al cabo, algo me decía que no me iba a resultar sencillo desembarazarme de aquel «Sherlock Holmes» disfrazado de eremita con una túnica de estameña de color negro y un cordón rojo. Su vestimenta, propia de un ermitaño de vida ascética del siglo XIV, lucía en el pecho una cruz que reconocí al instante: «La runa nauthiz».

—Veo que es usted capaz de despistarse con facilidad —mis silencios y

vacilaciones no habían pasado desapercibidos para mi sagaz compañero.

—Perdóneme. Estaba pensando en algunas cuestiones que me angustian —no pude evitar que esas palabras brotaran de mi boca.

—Entiendo... y en respuesta a sus aflicciones, ha decidido realizar el Camino en busca de respuestas o, quizá, del perdón divino.

—Sobre todo, busco respuestas. Pero son tantas las cuestiones para aclarar que dudo que un trayecto tan corto sea suficiente. Necesitaría cien Caminos para poderlas zanjar.

—Es posible que le pueda ayudar.

Por fin, tras ese extraño ofrecimiento, aquel desconocido parlanchín me dio a conocer su identidad. Dijo que se llamaba Guillermo y me aseguró que era hijo de los Duques de Aquitania. A continuación, me contó una historia fantástica donde se entremezclaba el amor y la tragedia. Según me explicó Guillermo, su hermana, la princesa Felicia, quiso recorrer el Camino de Santiago. Ya en ruta, sintió la llamada de Dios y decidió dedicarse a la vida religiosa, dejando atrás las riquezas y los privilegios que disfrutaba en la corte. Su familia y, en especial, Guillermo no entendieron su decisión y Felicia tuvo que esconderse en el señorío de Amocáin, un pueblo enclavado en el valle de Egües. Allí ocultó su condición de noble y vivió con humildad volcada en la ayuda a los necesitados. Pero Guillermo, que no estaba dispuesto a acatar la voluntad de su hermana, salió en su busca con la firme intención de devolverla a la corte. Fanfarrón y pendenciero, no se percataba de que la actuación de su hermana respondía solo a una muestra de amor y generosidad y no a una traición a la familia, como él suponía. Cuando finalmente la encontró, Felicia se negó a regresar. El combate entre lo terrenal y lo divino estaba servido. Guillermo esgrimió ira y cólera; ella, amor y generosidad. La lucha fue larga y encarnizada hasta que Guillermo, en un ataque incontrolado de furia, dio muerte a su hermana. Arrepentido por su acción, Guillermo peregrinó a Santiago de Compostela para solicitar el perdón. Durante la ruta realizó numerosos gestos de caridad y de bondad que le valieron la santidad. Ya a su regreso de Galicia, invirtió el resto de su vida en asistir a los pobres en la ermita de Arnotegui.

Al término de su relato, Guillermo me miró con una expresión de tristeza en los ojos. Yo no supe qué decir. Comenzaba a acostumbrarme a la presencia de individuos que aseguraban ser otra persona y tener más de doscientos años. Tras Giordano de Ribalta, que creía ser un caballero boloñés, ahora había topado con un monje excéntrico que presumía de ser santo y noble. ¿Por qué desmontarle su sueño? Nada perdía si le seguía la corriente.

—Es un honor para mí conocer al gran Guillermo de Aquitania. Aunque vuestra historia parezca increíble, creo que es cierta —aseguré en un tono bastante convincente.

—Vuestra actitud es muy loable. No es fácil que un peregrino se deje caer por estos parajes y menos que entre en razones. Todavía recuerdo mi último encuentro

hace más de setenta y ocho años. Me sorprendió lo que corrió tras contarle la misma historia. Ja, ja, ja... —soltó una fuerte carcajada.

Giordano de Ribalta había sido un gran compañero. Guillermo de Aquitania también podía serlo. Decidí permanecer a su lado ya que parecía ser un gran conocedor de la zona y, con seguridad, me facilitaría los mejores escondrijos para ocultarme y despistar a mis perseguidores.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté confiado.

—Levantémonos y andemos, queda un buen trecho hasta mi ermita. Está abandonada, pero nos servirá de cobijo y como lugar de recogimiento por esta noche.

—Como queráis.

La caminata se prolongó más de dos horas. Durante ese tiempo me dediqué a analizar a mi nuevo amigo de viaje. La cruz que llevaba grabada en la túnica llamaba especialmente mi atención. Según lo que había leído en un tratado de astrología muy antiguo, el emblema «runa nauthiz» procedía de la tradición celta y simbolizaba el suplicio. Probablemente, un pasado oscuro o alguna experiencia personal traumática había arrastrado a aquel hombre a vestir esa ropa y a adoptar hasta el final de sus días el papel de un monje arrepentido. Un papel que representaba con el talento y la credibilidad de los mejores actores.

La marcha se endureció cuando dejamos atrás la frondosidad del bosque y llegamos a una zona más desnuda, salpicada de formaciones rocosas y de montañas escarpadas. Pero Guillermo no se detuvo y yo le seguí en silencio, cada vez menos esperanzado en alcanzar el destino prometido. Al cabo de una hora, mi acompañante se detuvo.

—Ahí tenemos la «Ermita del Perdón». Hemos llegado.

—¿Dónde nos encontramos?

—En la Sierra del Perdón, muy cerca de Obanos, el pueblo que conmemora todos los años la historia que os he contado.

¡Claro! Al oír el nombre de Obanos recuperé muchos recuerdos que creía olvidados. Obanos estaba en uno de los cruces de caminos hacia Santiago de Compostela. Era un pequeño pueblo que cada verano se convertía en un escenario gigante donde se representaba el drama de San Guillén y Santa Felicia. Según recordaba, muchos de los habitantes del pueblo se implicaban en aquella escenificación que atraía la visita de muchísimos turistas.

—Así que Obanos... ¡qué casualidad! Yo asistí una vez a esa conmemoración.

—¿De verdad?

—Sí, creo que fue en el año 1998.

—Entonces, ya sabe bien quién soy y el mal tan grande que causé a mi familia.

—¡Terrible!, esa es la palabra. Una curiosidad, si me lo permite, ¿ha asistido en alguna ocasión a ver la escenificación de su historia? —Sentí que la risa me traicionaba pero conseguí mantener la compostura.

—Sí, la he visto alguna que otra vez que estaba aburrido.

—¡Vaya! Y ¿cuál es su opinión?

—Se aprecia que no son actores profesionales pero ponen mucha voluntad y eso me gusta. —¿Y la historia se ajusta a la realidad?

—Bueno, ya sabe como son estos eventos turísticos. En algunas ocasiones he estado a punto de intervenir para corregir algunas exageraciones.

—¿No lo hizo? —La conversación se estaba volviendo realmente divertida y me costaba mucho esfuerzo mostrar una expresión seria.

—¡No! Habría tenido que dar muchas explicaciones y dudo que me creyesen.

Aquel tipo era realmente curioso y sus respuestas no carecían de lógica. Nunca había pensado que la locura podía rebasar todos los límites hasta el extremo de sortear con maestría las situaciones y las preguntas más extravagantes. Pero ahora tenía frente a mí a uno de esos «Napoleones Bonaparte» de carne y hueso y mis creencias y prejuicios se derrumbaban por momentos.

Finalmente llegamos a la ermita. Unas filas de cirios, que dibujaban un mural de luces y sombras, nos dieron la bienvenida. La oscuridad y el silencio presidían el interior del pequeño edificio. A punto de cruzar el umbral del recinto sagrado, Guillermo entonó ensimismado una letanía que rompió aquella atmósfera sepulcral que parecía anunciar la celebración de un óbito. «Solo el muerto pasará, solo el no vivo pasará» —repetía sin cesar con la vista fija en el suelo. Espantado, escuché aquella sucesión de palabras que no terminaba de comprender.

—¿Qué ocurre, Guillermo? —pregunté con angustia.

—Hay algo que todavía no sabes. La ermita del Perdón solo puede acoger a aquellos peregrinos que buscan la absolución de los actos de vileza y maldad cometidos en vida.

—¿En vida? No acabo de entenderlo.

—¡Sí, en vida!

—¿Quieres decir que estoy muerto?

—No estoy seguro.

—¿Cómo que no estás seguro?

—Tu caso es muy extraño. Lo supe desde el primer momento.

—Me estás asustando.

—No deberías. Estás en un lugar que te ayudará a comprender lo que te ha ocurrido.

—Por favor, dime, ¿qué me está pasando? —Me sentía cada vez más aterrorizado por sus palabras y por su calma al pronunciarlas.

—Déjame que te muestre algo.

Guillermo se acercó al altar y, tras dar tres zancadas hacia la izquierda, se agachó frente a una gran losa de piedra. La levantó con fuerza y extrajo con cuidado un bulto envuelto en una tela de paño oscuro. Lo desenvolvió pero, antes de que pudiera descubrir su contenido, lo escondió dentro de su túnica. Con aquel tesoro oculto entre

sus ropas, inició un nuevo relato que yo escuché con gran atención.

—Al igual que tú, yo también comencé una peregrinación para solicitar el perdón por el asesinato de mi hermana. Pero mi pecado era tan grande que Dios me condenó a vagar por el Camino hasta la eternidad en busca de pecadores dispuestos a redimir culpas tan grandes o más que la mía.

—¿Estás insinuando que...? —No me atreví a terminar la pregunta.

—Sí, llevo más de seiscientos años arrastrándome por los senderos en pos de pecadores que puedan devolverme el perdón definitivo y junto a él, la vida eterna.

Aquel hombre era realmente un alma en pena atravesada por el dolor. Ante semejante arranque de sinceridad, solo pude expresarle mi compasión.

—Te ayudaré, Guillermo.

—Muchas gracias. Llevo mucho tiempo esperando a alguien como tú.

—¿Por qué soy tan especial?

—Ya te lo he dicho. No sé si estás muerto o todavía no has vivido. Pero eso ahora no importa.

¿Que no importaba? Guillermo esgrimía una habilidad inaudita para despertar la inquietud y la zozobra en mi interior. Cada una de sus palabras parecía esconder un significado que solo él debía de conocer. Pero mi amigo no quiso explicarme más. En su lugar, con un gesto ceremonioso, extrajo de sus ropas el paquete que llevaba oculto. Era un libro grueso, un volumen antiquísimo encuadernado con tapas duras y decoradas con unos grabados de una belleza inimaginable. Era una obra de arte tan delicada que superaba las habilidades artísticas del ser humano. Parecía una auténtica obra de Dios. Extasiado, no pude despegar los ojos de aquel tesoro literario.

—¿Qué es esta joya? —pregunté con admiración.

—Es el «Codex Peccatum» —su tono, hasta entonces suave y calmado, se volvió inesperadamente duro y agresivo.

—«Codex Peccatum»... «Codex Peccatum». El libro de los pecados —no podía tener otro significado.

—Así es. Aquí se recogen todos los pecados que he recopilado a lo largo de mi vida, todas las imperfecciones humanas. Las he vivido y las he sufrido, cada una de ellas, como si fueran mías. Es una tortura que no deseo ni a mi peor enemigo. Para mí, la visión de este libro representa un castigo perpetuo porque sé que sus grabados están forjados con el mismo hierro con el que di muerte a mi hermana y que sus páginas están teñidas con la sangre de una inocente.

—¿Cuántos pecados llevas recopilados?

—Más de los que desearía. Los seres humanos tienen muchísimas formas de mostrar la maldad.

Entonces lo entendí. Supe, por fin, porque Guillermo me había conducido hasta allí. Ahora me tocaba a mí registrar mi gran pecado entre aquellas hojas, un requisito que Dios exigía a todo peregrino, manchado con sangre, que se atreviese a recorrer el Camino del Apóstol Santiago. Solo si pagaba ese peaje especial podría optar a la

redención.

Como si leyera mis pensamientos, Guillermo me tendió una pluma formada por cientos de espinas de pez (un animal cargado de simbolismo para los cristianos). Me explicó que debía escribir mi pecado en latín. La única tinta que podía utilizar era mi propia sangre.

Aunque el ritual me pareció un poco macabro permanecí en silencio mientras Guillermo abría el libro por las últimas páginas y me señalaba dónde debía apuntar mi anotación. Su rostro mostraba una expresión creciente de agotamiento.

—¡Ánimo, ánimo! Las páginas se acaban y pronto podrás alcanzar el descanso de tu alma.

—Eso pensé más o menos en el siglo XVII. Pero siempre que creo que estoy a un paso de conseguirlo, aparecen nuevas hojas vacías.

—Quizá yo te traiga suerte —le dije con poco convencimiento.

Sin añadir palabra, Guillermo me entregó un pequeño cuchillo. Con un gesto rápido, me hice una pequeña incisión en la palma de la mano e impregné la pluma con mi sangre. Escribí en el «Codex Pecatum» la palabra «crucifixus» (crucificado) pero la tinta roja no tiñó la página. Guillermo me miró con una mueca de contrariedad.

—No intentes engañar al libro. Es imposible. Algunos que lo han intentado partieron sin escribir su auténtico pecado y aunque aseguraban que no mentían jamás alcanzaron Santiago.

—Así que si no plasmo la palabra adecuada no llegaré jamás. ¿Es eso lo que quieres decirme?

—De una forma u otra, ¡así es!

Sin trampas posibles, solo me quedaba plasmar la verdad. Tras mojar de nuevo la pluma en mi sangre, escribí con cuidado las palabras «sui caedere» (suicida). Ese era mi pecado y el libro debía saberlo. Pero ¡increíble!, en la página solo quedó grabada el término «sui» (sin). Confundido, miré a Guillermo en busca de una explicación pero su expresión de desconcierto era tan grande o más que la mía.

¿Qué palabra debía escribir? ¿Cuál era mi pecado? En un arrebato de inspiración comencé a escribir una procesión de posibles faltas, con la esperanza de descubrir el acertijo divino que abriría las puertas a la comprensión. Uno tras otro y bañados siempre en sangre, apunté los términos «sui morbos» (sin enfermedad), «sui auxilium» (sin auxilio), «sui verbum» (sin palabra), «sui noceo» (sin dañar), «sui beatus» (sin felicidad) y «sui miserum» (sin miseria).

La pluma enloqueció mientras deletreaba las expresiones latinas más conocidas pero ninguna de ellas parecía contentar al «Codex Peccatum». La sangre brotaba en abundancia creando un pequeño lago rojo a mis pies. Entré en un estado de éxtasis que me llevó a aumentar mi ritmo frenético de escritura. Probé con «sui amoris» (sin amor), «sui corpus» (sin cuerpo), «sui opus» (sin obra) y «sui vulnus» (sin herida) pero mis esfuerzos volvieron a ser infructuosos. De pronto, al borde de la

desesperación y resignado ya a no encontrar la respuesta, la punta de la pluma, rociada de mi propia sangre, estampó la expresión «sui anima». Las palabras quedaron grabadas con un color intensamente rojo.

El rostro de Guillermo representaba una profunda incredulidad. Durante todos aquellos años había aprendido a esperar lo inesperado. Por las páginas de su libro habían desfilado pecados terribles, conductas despreciables, actitudes mezquinas y todas las miserias humanas imaginables. Pero, jamás en los seiscientos años que llevaba purgando su pecado se había topado con un hombre «sin alma» (sui anima).

—¿Qué significa esto? —pregunté angustiado al monje.

—No puedo entenderlo. Es imposible.

—¿Qué es imposible?

—El alma... el alma, no puedes estar aquí sin alma.

—Entonces, dime, por favor, ¿dónde estoy?, ¿en el cielo o en el infierno?

—¡No! En ninguno de los dos.

—¡No entiendo nada, me voy a volver loco! ¿Qué debo hacer con esta nueva revelación? ¿Cómo puedo enfrentarme a ella?, ¿la podré sobrellevar? —las preguntas se multiplicaban a borbotones—. ¡Ayúdame, Guillermo!, por favor, ¡ayúdame!... ¡ayúdame!

Mis súplicas solo obtuvieron silencio. Guillermo permanecía mudo y petrificado, con la vista fija en la página donde yo acababa de escribir. Allí, después de las palabras «sui anima» comenzaba a brotar lentamente una figura. Era un signo, una cruz, la «runa nauthiz», la cruz del suplicio. Era la señal definitiva que atestiguaba la rúbrica del pacto con Dios. El peregrinaje perpetuo había llegado a su fin y el alma de Guillermo había alcanzado la salvación. Mi amigo me miró a los ojos y, en un instante casi infinito, pude sentir su gratitud. Tras más de seis siglos de penitencia por el Camino del Apóstol, Guillermo iba a reencontrar a su hermana en el valle del perdón y de la indulgencia.

De repente, una luz cegadora me obligó a cerrar los ojos. Cuando los abrí, Guillermo había desaparecido. Ni rastro del libro, de la losa, del altar, todo era oscuridad. Casi a tientas, caminé hacia la salida de la ermita. Aunque seguía sin respuestas, me sentía satisfecho por haber ayudado a un hombre a encontrar su descanso eterno.

La noche, plagada de estrellas y con una luna llena, me esperaba en el exterior. No podía calcular cuánto tiempo, horas o días, había permanecido en la Ermita del Perdón pero tampoco me importaba. Mi interés residía ahora en continuar mi camino en pos de respuestas. Sin embargo, por encima de todas las preguntas, anteponía un nuevo objetivo: recuperar mi alma perdida. A ese cometido iba a dedicar todos mis esfuerzos.

Protegido por las luces del firmamento, dirigí mis pasos hacia Pamplona, la

primera ciudad del Camino. Necesitaba comentar con alguien todo lo vivido. Alguien que pudiera entender mis experiencias y proporcionarme buenos consejos. Recordé entonces a Giordano Bruno, un viejo dominico de la catedral navarra, especializado en fenómenos sorprendentes e inexplicables, con el que me había carteadado durante la juventud. Sus interpretaciones, en el límite entre los dogmas y las herejías, podían paliar mi creciente y asfixiante angustia.

Mientras dejaba avanzar mi cuerpo en busca de su alma, una nueva pregunta llegó para inquietar aún más mi espíritu. ¿Hay almas perdidas o almas extraviadas?

Capítulo 6

Solum peccatur transactum

[Solo el pecador pasará]

¿Dónde se escondía el ladrón de almas?



Al fenecer el cuerpo, expira el único contrato que no podemos incumplir. Cuando el tiempo que se nos ha dado se agota, Dios exige la devolución del alma que nos asignaron al nacer. Es el pasaporte que, dependiendo del trato que le hayamos infringido, nos abre las puertas del paraíso eterno o nos sumerge en la más profunda oscuridad. Pero ¿qué ocurre, si al fallecer, el alma no se encuentra en disposición de realizar ese trámite final? La última revelación que había descubierto en la Ermita del Perdón apuntaba a esa posibilidad. Alguien me había arrebatado el alma. Ya fuera por intervención divina o por causas desconocidas, el bien más preciado que puede atesorar un hombre en vida ya no obraba en mi poder. Tal vez mi tentativa de suicidio estaba muy relacionada con esa pérdida irreparable o tal vez solo representaba una pieza más en el complejo enigma de mi existencia. Un misterio intrigante cada vez más complicado de descifrar. Tanto mi intuición como mi capacidad de razonamiento me decían que necesitaba regresar al punto de partida. Solo desde la abadía cisterciense de Santa María de Viaceli podría encontrar las claves para componer el puzzle de mi existencia.

Pero todavía quedaba un largo camino hasta alcanzar el monasterio cántabro. Tenía ante mí un largo viaje y la primera parada se divisaba ya en el horizonte. La ciudad de Pamplona, el antiguo reino, se desplegaba orgullosa sobre una cuenca verde enmarcada por montañas. Sobre el perfil de las construcciones modernas destacaba la silueta inconfundible de la catedral. En su interior me esperaba, aunque sin él saberlo, el dominico sabio con el que me había carteadado durante años. Cada una de sus misivas contenía un auténtico despliegue de sabiduría, experiencia y buenos consejos. Unas habilidades con las que esperaba encontrar algo de luz en aquellos momentos de incertidumbre.

Ensimismado en mis pensamientos, atravesé, casi sin darme cuenta, los primeros barrios de la periferia de Pamplona. Enfilé con decisión la calle Fuente del Hierro (punto oficial de entrada del Camino de Santiago por el sur) y me adentré en el barrio de Iturrama. Un panel gigantesco de información, colocado en el exterior de una tienda de iluminación, me indicó la hora y la temperatura. Era la una y media de la madrugada y la temperatura no superaba los cinco grados. A esa hora intempestiva, las calles permanecían vacías y mis pasos resonaron mientras cruzaba amplias avenidas, parques y plazas. Pamplona parecía una ciudad limpia, ordenada, verde y hospitalaria. Unos adjetivos que quedaban desterrados durante nueve días del mes de julio, con motivo de las fiestas de San Fermín. Yo conocía bien esa increíble metamorfosis así como conocía muchas de aquellas calles por las que me deslizaba furtivamente. Edurne, la hembra que había seleccionado por sus cualidades para traer la primera camada al mundo y, así perpetuar mi especie, había nacido en aquel ecosistema. A través de ella y por mis frecuentes visitas había aprendido a conocer la personalidad y la idiosincrasia de esa ciudad. Sabía, por tanto, que el paso por

Pamplona resultaba especialmente peligroso ya que los depredadores que me acosaban desde Roncesvalles disponían en aquel terreno, abonado por la semilla del Opus Dei, de muchos y peligrosos aliados. Unos enemigos que podían camuflarse con mucha facilidad entre los casi doscientos mil habitantes que pueblan la capital navarra. Dado ese gran riesgo y como medida de protección, decidí esquivar en todo lo posible el contacto con otros seres humanos. Asimismo, decidí no implicar a Edurne, a la que hacía algún tiempo había pedido matrimonio, en una aventura peligrosa que ni siquiera yo entendía. Estaba seguro de que «mi navarrica» tendría muchos problemas para entender los misterios de mi vida pasada. Además, ¿sería ella capaz de caminar el resto de su existencia al lado de un ser sin alma? Tras algunas dudas y venciendo mi tentación de llamarla, resolví mantenerla completamente al margen y así no exponerla a peligros inimaginables.

Me aproximaba ya a la Vuelta del Castillo, una de las hermosas zonas verdes de las que disfrutaban los pamploneses. Una llanura extensa y abierta que comunicaba dos zonas de la ciudad. Un territorio sumamente expuesto donde apenas cabía esconderse. Ante ese riesgo, preferí cruzar el parque a través del recinto de la Ciudadela, un camino más rápido y seguro. En el siglo XVI, la Ciudadela ostentó el título de la mejor fortaleza defensiva. En la actualidad, no pasaba de ser una construcción militar que, con su forma pentagonal, despertaba la curiosidad de propios y extraños. Yo no era una excepción. Desde la primera vez que la vi quedé fascinado por su planta con apariencia de estrella de cinco puntas. Interesado, investigué sobre esa característica de la construcción y descubrí que esa planta se denominaba «Pentagrammaton» y que la orientación de sus puntas condicionaba su poder positivo o negativo. Así, se consideraba que la estrella con una punta hacia arriba atraía a las fuerzas benignas y protectoras del universo. En cambio, la estrella con dos puntas hacia arriba aparecía relacionada con el poder satánico y la atracción de fatalidades. Recordé todos estos conocimientos cuando me coloqué frente a dos de las puertas de acceso al interior de la Ciudadela. A mi derecha se situaba la puerta principal o «Puerta de Vespasiano» (virrey de Navarra) y a la izquierda estaba la puerta secundaria o «Puerta del Socorro». Sin un plano que me ayudase a ver la planta al completo y mi posición concreta respecto a la estrella me resultaba imposible averiguar cuál de las dos puertas era la correcta. Aunque consciente de la trascendencia de mi decisión —la apertura de una puerta u otra podía inclinar mi fortuna hacia el bien o hacia el mal— decidí confiar mi suerte al azar. Saqué del bolsillo uno de mis amuletos más preciados, una auténtica moneda romana acuñada con la efigie del general Pompeyo. Era un regalo de amor que Edurne me entregó con las palabras «Amar es fundar. Pompeyo se apasionó de esta, mi tierra, en el año 75 a. C. y decidió erigir Pamplona. Hoy te entrego este presente para simbolizar estos hechos». ¡Qué bonito!... Por un instante, los recuerdos me estremecieron pero aparté la añoranza de mi mente y lancé la moneda al aire. Vi cómo daba vueltas y más vueltas hasta que finalmente golpeó en el suelo mojado y se quedó quieta. Mi destino estaba sentenciado. La «Puerta del

Socorro», situada a mi izquierda, había sido la seleccionada por el azar.

El portón, protegido por unos grandes candados de hierro, parecía inexpugnable. A esas horas de la noche, el acceso al recinto de la Ciudadela permanecía completamente vedado. Golpeé con fuerza la puerta pero, como era de suponer, la madera, fuerte y maciza, se me resistió. ¿Cómo podía cruzarla? Iba a desistir ya de mi propósito cuando escuché un grito.

—¡Alto!... ¿quién va?

—Un peregrino —contesté, aterrorizado por el sobresalto. Por más que miré no supe de dónde procedía esa voz.

—¿A dónde os dirigís?

—A Santiago de Compostela, por el camino francés —no podía decir toda la verdad.

—¿Por qué viajáis a estas horas tan perversas?

—Me obliga una promesa al Apóstol y un castigo por mis faltas.

Un silencio por respuesta, que se prolongó durante varios minutos, bastó para helar mi sangre. Comencé a dudar. ¿Había dicho demasiado?, ¿volvería a caer en una trampa?, ¿estaban mis enemigos cerca? En ese momento, el desconocido volvió a hablar.

—A estas horas, solo un infame se atrevería a traspasar las murallas de la Ciudadela.

—¡Así es!... un infame y un imprudente.

—¡Explícate! —Su tono sonó a interrogante. La sombra quería una respuesta definitiva.

—Necesito saber si mi alma está presa tras estos muros.

—¿Queréis quizá interrogar al mismo Dios sobre vuestro destino? —Aun sin verlo imaginé que el desconocido me apuntaba con el dedo en actitud amenazante.

—Si me topo con él, cara a cara, le exigiré una respuesta.

—¿Exigir a Dios?... —me habló como si fuese el mismo diablo.

—¡Sí, exigir al mismísimo Dios!... —El cielo tronó varias veces al oír mi respuesta.

—Guardad para otro vuestra soberbia y continuad el camino en paz.

Al término de sus palabras, los goznes de la «Puerta del Socorro» chirriaron estrepitosamente y abrieron el paso al peregrino sin alma. Asombrado, permanecí quieto unos segundos, consciente de que al otro lado me esperaban las fuerzas del Bien o las fuerzas incontroladas de la «Cábala» y sus doctrinas secretas. Era un camino sin retorno y lo sabía. Me dije a mi mismo «alea iacta est» (la suerte está echada) y crucé por fin el umbral. Avancé con cautela bordeando los jardines que decoran el interior de la fortificación. Llegué así a la antigua capilla del fortín. En la puerta, petrificado como una estatua de mármol, un monje me esperaba con la cabeza agachada y las manos en actitud de rezo. Al oír mis pasos, levantó levemente la cabeza.

—¿Quién osa perturbar la tranquilidad de esta capilla?

—Perdone, padre. Soy un caminante del Apóstol Santiago.

—¿Vais quizá en busca del perdón a Santiago de Compostela?

—Sí, voy en busca del perdón y de recuperar un alma condenada por sus faltas.

—Muy pesada es la carga que lleváis sobre vuestra conciencia, hermano.

—¡Lo sé, padre!... ¡lo sé!

—Dejad vuestros enseres y descansad un rato en el interior de la capilla.

—Me gustaría, pero voy con prisa y...

—Os daré un consejo. Deteneos y abandonad vuestra idea. Nunca jamás un alma arrebatada por Dios ha sido recuperada.

—¿Estáis seguro de lo que afirmáis?

—Sí, las sagradas escrituras avalan lo que os he dicho. Hacedme caso, pasad dentro y coged fuerzas para afrontar la dura realidad. —El monje acompañó sus palabras con gestos de invitación. Cuando terminó de hablar, entró en el interior, cerrando tras de sí la puerta.

—Voy, padre... espéreme —los consejos del monje habían hecho renacer todo mi agotamiento. Me daba cuenta de que realmente necesitaba descansar y ese parecía un buen sitio. Además, aquel cura parecía capaz de responder a muchas preguntas sobre mi alma perdida.

Pero cuando me acerqué a la entrada de la capilla descubrí que la puerta estaba cerrada y no se podía abrir. Por más que golpeé con fuerza nadie me respondió. Mis gritos de llamada al monje se perdieron en el silencio. Confundido, me alejé de la pequeña iglesia y continué mi exploración por el recinto amurallado. En el antiguo arsenal de artillería me aguardaba una nueva sorpresa. Un extraño personaje me abordó cuando apenas había atravesado el umbral. Apenas pude disimular un gesto de susto cuando le vi.

—Buenas noches, caballero. Tengo el gusto de presentarme: Soy Diego de Vera, artillero mayor de la Ciudadela.

—Buenas noches, señor —¡vaya tipo más raro! Pensé.

—¿A qué debo este honor? ¿Venís acaso a servir al rey, Felipe II, en el cuerpo de artilleros? Seguro que sabéis que ese cuerpo es el mejor de los destacados en esta fortaleza.

—No estoy muy seguro de ser un buen soldado, don Diego.

—¿Cómo que no? El valor es la única moneda que se exige a los aspirantes que se alistan en nuestro laureado cuerpo.

—Pero es que ni de eso gasto. Si le contase que llevo varios días huyendo de unos simples monjes desarmados, ¿me aceptarían?

—Con más razón que nunca. Si os enroláis aprenderéis a hacerles frente con todo tipo de armas y tácticas militares.

—La verdad es que me sería muy útil —musité. Las técnicas de defensa jamás habían formado parte de mi formación. Quizá había llegado el momento de

aprenderlas.

Diego de Vera se percató de mi interés y, satisfecho, comenzó a avivar el fuego con sus palabras.

—Alistaos y podréis propinar una patada en el culo a esas sotanas de medio pelo.

—¡Sí! Una patada fuerte y contundente —respondí, contagiado por el entusiasmo del artillero mayor. Además, la idea de zurrar a mis perseguidores me resultaba especialmente tentadora.

—¡Conseguiréis que se traguen cada una de sus palabras y que se arrepientan de haberlas dicho!

—¡Vomitarán la verdad de una vez! —El chorro de bravuconadas se multiplicaba por momentos.

—Y lo que es más importante... ¡Os vengareis!... ¡os vengareis de todos y cada uno de esos malditos rufianes! —Diego de Vera movía los brazos con frenesí en medio de una batalla imaginaria.

—¡Venganza! ¡Venganza! —Comencé a dar saltos y a participar en esa lucha desigual dibujada en el aire. En ese momento habría pagado por tener allí a Calatrava y demostrarle de todo lo que era capaz.

Con gesto triunfador, levanté la cabeza y fijando la vista en la luna grité: ¡Me vengaré de todos vosotros! ¡Lo juro! Alcé el brazo al cielo en señal de victoria y solté una espantosa carcajada que helaría la sangre de mis enemigos. Enloquecido de poder, me dirigí al artillero mayor.

—¿Dónde he de firmar para alistarme?, ¿dónde he de firmar, don Diego?... ¿don Diego?

Mi pregunta no obtuvo respuesta. Don Diego se había esfumado y con él, las posibilidades de acabar para siempre con mis tenaces perseguidores. Incrédulo, lo busqué con ahínco por los alrededores de la sala de arma pero mis esfuerzos no sirvieron de nada. Ni rastro de él.

Salí al exterior. Un nuevo edificio brotaba de la oscuridad y hacia él dirigí mis pasos. Conforme me acercaba me percaté de que se trataba del antiguo polvorín, hoy reconvertido en sala de exposiciones. El edificio, rematado con dos grandes contrafuertes, conservaba su carácter robusto y compacto. Pero, a pesar de su solidez, la puerta del viejo polvorín cedió con facilidad tras un único empujón. Me encontré en una gran sala con un sinfín de barriles y cajas de madera diseminadas por el suelo o apiladas junto a las paredes. De sus tapas entreabiertas emanaba una luz especial que atrajo toda mi atención. No podía creer lo que veía. Ante mis ojos atónitos se desplegaba un auténtico tesoro de un valor incalculable. Donde antes solo había pólvora, relucía ahora el brillo del oro. Las antiguas cajas de dinamita aparecían rebosantes de collares de perlas, diamantes y gargantillas de plata. La belleza y los reflejos de aquella maravilla cegaron mis ojos. Lo había leído en innumerables ocasiones pero jamás había llegado a creer en su existencia. Ahora no cabía duda

alguna. El tesoro de los Templarios, la fortuna más codiciada a lo largo de la historia, existía realmente y se mostraba delante de mis ojos en todo su esplendor. Sin pensarlo, sumergí mis brazos hasta el codo en aquellas montañas doradas. Mientras llenaba mis manos y mis bolsillos con todas las joyas preciosas que pude, mi mente frenética no dejaba de pensar. Sabía que el viaje que me esperaba era largo y difícil y me daba cuenta de que las riquezas podían facilitarme mucho el camino. Si mi objetivo no podía lograrse por medios piadosos, el oro y los diamantes podrían convencer a los representantes de Dios en la tierra. No pretendía comprar mi alma pero sí aprovechar mis nuevas posesiones como una ventaja para negociar cuestiones realmente trascendentales como ¿era posible hacerse con el alma de otro ser humano?, ¿la podía cambiar por la mía?... Preguntas claves que solo el máximo responsable de la Santa Iglesia Católica y Apostólica podía responder. El obsequio previo de varias piezas de incalculable valor podría favorecer una respuesta positiva.

Enfebrecido con esa posibilidad, rellené aún más los bolsillos y la ropa, ya rebosantes de todo tipo de piezas. Oro, joyas, diamantes, esmeraldas... la avaricia me llevó a duplicar en joyas mi propio peso. Cuando ya no pude coger más, abandoné, a duras penas, aquel templo de riquezas y tesoros, una auténtica cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones.

Tres pasos más adelante, el sueño se convirtió en pesadilla y la fortuna se volatilizó delante de mis ojos. Como en las mejores epopeyas griegas y como en las famosas profecías egipcias, el tesoro del polvorín, capaz de saciar la avaricia del ser humano más exigente, no consiguió sobrepasar los límites del recinto en el que estaba guardado. Maldije mi mala suerte y me hundí en el abatimiento. El tesoro perdido se sumaba a la larga lista de decepciones y fracasos que arrastraba desde mi llegada a la Ciudadela.

Un dulce y tierno olor despertó mi apetito y levantó mi desmoralizado ánimo. Guiado por mis fosas nasales, me acerqué a un edificio semicircular y sin ventanas, con trazas de haber sido un viejo horno. El olor era cada vez más delicioso y el hambre me dominaba por encima de cualquier pensamiento. Impaciente, empujé la puerta del horno pero esta continuó cerrada. La golpeé con fuerza pero seguí sin obtener resultado. Finalmente, y ante mi reiterada insistencia, un hombre, vestido con un delantal blanco, me permitió el paso hacia el interior. Sus primeras palabras no fueron precisamente de bienvenida.

—¡No es la hora! Todas las noches ocurre lo mismo. Cuando esté listo el pan, avisaré.

—Perdone mi interrupción —puse cara de angelito y suavicé mi tono de voz.

—¡Eh, miserable! ¿Quién demonios eres?

—Soy un peregrino hambriento. Si me da algún pedazo de pan, rezaré por su alma en Santiago.

—Mi alma está perfectamente, gracias. No necesito que nadie rece por mí. Y ahora, ¡largo de aquí!

—¿Está seguro de que no necesita ningún rezo? Piense en el «Más Allá». Nunca se sabe lo que puede pasar y un rezo nunca sobra —para dar más grandilocuencia a mis palabras señalé el dedo hacia el cielo.

Mis palabras y mi gesto causaron el efecto buscado. Consciente de algún pecadillo inconfesable, el panadero se avino al trato.

—De acuerdo pero no se lo cuente a nadie.

—Se lo prometo.

Durante unos minutos esperé ansioso el trozo de pan prometido. La espera valió la pena y mis expectativas se vieron ampliamente superadas. Como si de una exposición se tratara, el panadero, ansioso por adquirir, esa misma noche, el pasaporte a la vida eterna, colocó sobre la mesa todo tipo de panes, dulces y pasteles exquisitos, a cual con mejor aspecto. Al ver semejante ostentación de repostería, dudé de que aquel hombre tuviera realmente el alma tan limpia como aseguraba. No esperé más y me lancé al ataque como un lobo hambriento. Mis fauces devoraron con arrebatada pasión tiernos bombones de trufa, deliciosos pasteles de hojaldre recubiertos de chocolate y crema, suaves galletas de vainilla y almendra, tiernos bollos de leche rellenos de mantequilla, inigualables rosquillas de anís y azúcar... No podría recordar con precisión todo lo que almacenó, sin pausa, mi buche insaciable en aquel arranque de gula. Saciado por el festín, salí de allí con la intención de estirar un poco las piernas y de recuperarme de aquella bacanal improvisada. Pero los gritos de socorro de una mujer volvieron a cambiar mis planes.

—¡Señor! ¡Ayudad a una pobre desgraciada!

Los gritos procedían de un edificio antaño utilizado como almacén de víveres y como bodega. En su interior, una mujer bellísima y ataviada con un vestido rojo, se estrujaba las manos con desesperación.

—¿Qué os ocurre, señora?

—Unos hombres me acosan y necesito vuestra protección.

—Contad con ella. ¿Quiénes son esos malvados que os persiguen?

—Son unos soldados artilleros en busca de mujeres hermosas —explicó entre lágrimas.

Aquella mujer representaba el ideal de belleza y de perfección. Jamás había visto un ser tan bello. Su sola vista enamoraba.

—Os doy mi palabra de que este humilde siervo vuestro defenderá vuestra honra con su vida si fuera preciso.

—Muchas gracias. Sois un auténtico caballero andante.

De pronto, unas voces se escucharon en la lejanía y la expresión de la mujer se alteró por completo. Sus perseguidores se acercaban. Asustada, se lanzó a mis brazos y me abrazó con fuerza. Aquel gesto conmovió mis entrañas. Aunque mi educación había transcurrido en una abadía, no era inmune a los fascinantes encantos femeninos. Podía estar muerto y sin alma pero la sensación de tener entre los brazos el cuerpo de un ser tan bello me hizo sentir más vivo que nunca. Emborrachado de

placer, disfruté de ese momento único. ¡Oh, la belleza femenina era absolutamente cautivadora! Ante ella, un hombre solo podía rendirse y quedarse embelesado ante el cuerpo de la mujer, amurallado y dotado de fortalezas inexpugnables. El hombre no tenía defensas ni tampoco las necesitaba para zafarse de las armas femeninas: los senos, donde parapetarse parecía una misión imposible o las nalgas que, a modo de trincheras, impedían el avance del soldado más avezado. Era una batalla perdida de antemano, un combate desigual en el que la mujer salía siempre victoriosa.

Había rendido mi bandera y la lujuria del momento se apoderaba del animal que llevaba dentro. Deseaba amarla, besarla, adorarla... un solo gesto suyo me abriría las puertas del éxtasis terrenal. Mi desbocada pasión se filtraba a través de mis ojos llameantes y ella se dio cuenta. Intuí que sentía lo mismo. Acerqué mis labios para besarla. Sentía cerca, muy cerca, el abrasador calor de sus labios. De pronto, en un suspiro, el fuego se apagó y no quedaron ni las cenizas. Al igual que un espejismo en el desierto, su imagen se borró sin dejar huella.

Pero ¿qué ocurría? ¿Qué significaban esas extrañas visiones? Parecía como si la Ciudadela estuviera encantada y solo seres irreales habitaran en ella. Desde mi llegada al recinto, había topado sucesivamente con personajes fantásticos que habían puesto a prueba, hasta en seis ocasiones, mis convicciones más profundas. No estaba dispuesto a vivir una experiencia más ya que cada uno de esos encuentros derivaba en una gran decepción y, a su vez, en una merma creciente de mi ánimo y de mi moral. Aceleré el paso, con la intención de abandonar la fortaleza lo antes posible, y me encaminé a la entrada principal, la puerta de Vespasiano Gonzaga, virrey de Navarra. Mi ímpetu por salir de aquel lugar maldito era tal que estaba dispuesto a derribar la puerta si la encontraba cerrada. Pero no hizo falta. La puerta estaba abierta y me mostraba la salida hacia la libertad. Iba a cruzar el umbral cuando un soldado me detuvo y, de un empujón, me tiró al suelo.

—¡Apartaos de la puerta, miserable! —De un puñetazo volvió a cerrar el portón.

—¡No! ¡No la cerréis! ¡Esa puerta no debe cerrarse!

Estaba realmente furioso. Un intruso acababa de entorpecer, una vez más, mis planes de abandonar, por fin, el recinto militar. Pero esta vez no me iba a dejar vencer tan fácilmente. Con la rabia en los ojos me dispuse a apartar, con pies y manos si era necesario, a aquel personaje inoportuno. Pero cuando me preparaba a saltar sobre él, escuché una voz seca y profunda que paralizó todos mis movimientos.

—¿Quién eres tú para dar órdenes a uno de mis soldados?

Alguien más acababa de entrar en escena. Al ver el gesto de sumisión del soldado, que me entorpecía el paso hacia el recién llegado, supuse que se trataba de alguien de un escalafón superior. No me equivocaba. La voz correspondía al capitán general de la guarnición encargada de la defensa de la Ciudadela. Era un hombretón muy alto, de complexión fuerte y con mirada torva. Cubría su enorme cuerpo con una armadura decorada con dibujos y filigranas de todo tipo. Era tal el grado de detalle de

esos adornos que, sin poder resistirlo, recorrí con la vista su indumentaria, desde los pies hasta la cabeza. La espada que empuñaba en la mano izquierda y el casco que protegía su cabeza despertaron especialmente mi admiración. Cuando bajé la vista el escenario había cambiado por completo. Me encontraba en medio de una intensa batalla por la conquista de la Ciudadela. Cuatrocientos cañones franceses aplastaban a los escasos cuarenta y seis cañones de los que disponía el ejército patrio. A pesar de la derrota casi segura, el ejército español, diezmado por los conflictos internos y por una guarnición insuficiente, luchaba por defender el enclave militar hasta la muerte. Las gargantas de fuego escupían plomo a mi alrededor y cientos de cuerpos desmembrados se expandían a lo largo de todo mi campo de visión. El inconfundible hedor de la muerte me hizo perder el conocimiento unos instantes pero un par de hostias me obligaron a volver a la realidad.

—¡Despertad, maldito cobarde! —gritó el gigante de la armadura—. Mi nombre es Francisco Fernández de Córdoba y soy el responsable, por orden del rey Felipe II, de defender esta plaza del asedio militar francés. Y ahora, decidme, ¿quién sois vos?, ¿un espía llegado de más allá de los Pirineos?

—No... no señor. Soy español, soy de los vuestros —respondí mientras me recuperaba de los golpes.

—Entonces, ¿por qué ordenasteis la apertura del portón principal?

—Necesitaba abandonar la fortaleza, capitán. Necesitaba salir de este infierno.

—Ya veo. No sois un espía, pero ¡sí un cobarde! —me propinó una fuerte patada que me hizo dar varias vueltas en el suelo y retorcerme de dolor—. Teniente, llamad a la guardia. Hay que fusilar a este cobarde que no quiere defender el honor de su rey.

—¡Lo siento, capitán...!, ¡lo siento, no era mi intención! —¿qué podía decir para evitar que ese loco me ajusticiase?

—Vuestra muerte servirá de aviso y de estímulo para los soldados. Así recordarán que esta plaza no puede ser tomada y que, antes de que eso ocurra, todos moriremos en el campo de batalla.

—Dadme una oportunidad, don Francisco —supliqué con fervor.

—Colocadlo en ese tronco y cortadle la cabeza.

Aquel hombre era sordo a los lamentos y no conocía la palabra compasión. Si la verdad no me libraba del fusilamiento, no tenía más remedio que recurrir a la mentira. Le dije aquello que quería oír.

—Confieso mi culpa. Soy un espía.

Esta vez, las palabras surtieron efecto y el hacha que pendía sobre mi cabeza se detuvo repentinamente. La voz del capitán sonó triunfante.

—¡Un espía! Ya sabía yo que acabaríais confesando. ¿Qué buscabais aquí? ¿Acaso queríais haceros con el mando de esta plaza militar? ¿Ansiáis ser el capitán general de estas tropas? ¿Quizá envidiáis mi cargo?

Mi verdugo me asediaba a preguntas que no sabía responder. ¿Qué contestación podía satisfacerle más? Si aseguraba que quería hacerme con el control de las tropas,

¿me libraría de la muerte? Y si reconocía la envidia hacia su posición, ¿obtendría el perdón definitivo? Después de reflexionar unos segundos, llegué a la conclusión de que la envidia parecía un pecado menor y que, por lo tanto, podía ser mi salvación. Envidia, sí, esa debía ser mi respuesta.

De pronto, vi todo claro. Entendí de golpe el significado de cada una de las experiencias que había vivido en el interior de la Ciudadela. Me di cuenta de que todo formaba parte de un simple y macabro juego en el que yo solo era una pieza vapuleada de un lado a otro del tablero. La partida había comenzado en la «Puerta del Socorro». En ese lugar, yo había demostrado soberbia al pretender exigir a Dios una explicación sobre la desaparición de mi alma. En la siguiente jugada, en la capilla, había manifestado pereza al no querer continuar el camino. Con Diego de Vera, artillero mayor de la fortaleza, había exhibido una ira incontrolable. La avaricia me había dominado en el polvorín, cuando intenté robar el preciado tesoro de los Templarios. Mi atracón de dulces y pasteles había sido un auténtico ejemplo de gula. Por su parte, la bella mujer había desempeñado a la perfección su papel de arrastrarme a la lujuria. Soberbia, pereza, ira, avaricia, gula y lujuria; esa noche había sucumbido a seis de los siete pecados capitales. Parecía evidente que la puerta elegida para acceder a la Ciudadela había estimulado esa sucesión de fenómenos fantásticos. Como la leyenda aseguraba, la puerta equivocada me había conducido a un laberinto de fuerzas malignas e incontroladas. Debía escapar cuanto antes de ahí. Pero antes necesitaba librarme del hacha amenazante que pendía sobre mi cabeza. ¿Cómo podía romper el encantamiento? Seis de siete, faltaba un pecado capital. Soberbia, pereza, ira, avaricia, gula, lujuria ¿y...? Envidia. El séptimo pecado capital correspondía a la envidia. Esa palabra debía ser la clave para romper el hechizo. En ese momento, volví a escuchar la voz furibunda del capitán.

—Vamos, gusano, responded de una vez. ¿Por qué estáis aquí?

Contesté de un tirón, casi sin respirar, con la misma rabia que él mostraba hacia mí.

—¡Porque envidio vuestra espada y envidio vuestro cargo! ¡Sí, lo envidio! ¡Envidio no poder mandar una de las más importantes construcciones militares y, sobre todo, envidio no ser el capitán general encargado de defender Pamplona!

Tras mi tropel de palabras, el silencio y la oscuridad me envolvieron. El campo de batalla, los cuerpos mutilados y don Francisco Fernández de Córdoba desaparecieron en la nada. Me encontré de nuevo ante la entrada principal. La puerta del virrey de Navarra volvía a estar abierta. Cuando iba a cruzarla, mi vista se detuvo en una inscripción de piedra en la que nunca antes me había fijado. En las letras esculpidas sobre el dintel se leía «Solum peccatur transactum» (solo el pecador pasará). Esa sentencia era la confirmación escrita de todas mis sospechas. Solo aquellos que habían cometido los siete pecados capitales podían cruzar el portón. Mientras salía de la Ciudadela y recuperaba, por fin, la libertad, me pregunté cuántas personas vagarían por el recinto militar sin encontrar la clave de ese macabro juego. ¿Cuántas víctimas

se escondían en el interior de la fortaleza?

Afortunadamente, yo era uno de los pocos, quién sabe si el único, que había superado las pruebas marcadas por la Puerta del Socorro. Me sentía orgulloso por mi victoria y con fuerzas renovadas para encaminarme a la Catedral y a mi encuentro con mi amigo epistolar Giordano Bruno.

Volvía a estar en la calle y el peligro de ser visto se convertía en mi principal amenaza. Un riesgo que, además, se multiplicaba con la llegada inminente del amanecer. Decidido a no dejarme ver, emprendí una apresurada carrera a lo largo de la avenida del Ejército, la plaza Príncipe de Viana y la avenida de San Ignacio. La llegada a la conocida Plaza del Castillo y a las callejuelas adyacentes, muy estrechas y de una especial reverberación, me obligó a aminorar el paso. Caminaba por la popular calle Estafeta cuando me pareció escuchar el bullicio incontrolado de una marabunta de color blanco y rojo, perseguida por seis morlacos que superaban los seiscientos kilos de peso. El miedo y la sospecha de caer en un nuevo peligro me obligó a acelerar el paso y a alejarme de aquel espejismo sanferminero. Tras bajar por la calle Mercaderes y subir la cuesta de la calle Curia desemboqué finalmente en la Catedral de Pamplona, anclada en la parte más antigua y elevada de la ciudad. El templo que velaba por las almas de los pamploneses se ubicaba en un emplazamiento estratégico, muy utilizado por los romanos, germanos, visigodos y musulmanes para celebrar sus conquistas militares. Sin huestes, pero con la determinación del mismísimo Carlomagno, me situé frente a la fachada neoclásica del santuario navarro. Decidí que mi asedio debía ser corto y preciso, limitado a mi entrevista con Giordano Bruno, el amigo y confidente que mejor me podía ayudar en esos momentos. Pero sabía que el encuentro no iba a ser fácil ya que me encontraba en territorio enemigo y los aliados de Calatrava podían tener allí su mejor escondite. A pesar de las dificultades, mi ánimo se encontraba exaltado y mostraba una determinación inquebrantable capaz de arrasar, si fuera necesario, a mil guerrilleros del invencible ejército mongol.

Una pequeña puerta me facilitó el acceso más discreto al majestuoso interior gótico de la catedral de Santa María. Un cura, entretenido en colocar unos cirios cerca del altar mayor, no reparó en mi presencia. Con pasos silenciosos recorrí la nave central, bañada por la luz de dos magníficos rosetones. Dejé a la derecha el imponente mausoleo de los reyes de Navarra, Carlos III y su esposa, y busqué la entrada al claustro. Entré en él a través de la Puerta del Amparo. Las figuras bíblicas que decoraban los capiteles, obra de los mejores artesanos de la época, me dieron la bienvenida con honores de rey. Contemplé admirado los magníficos corredores, flanqueados por preciosas esculturas de alabastro. Me encontraba, tal y como había leído en los numerosos tratados de arquitectura medieval de la biblioteca de Guillermo, en uno de los claustros góticos más ricos de la Edad Media europea. Ajeno a su valor, el claustro permanecía en completo silencio mientras sus habitantes

descansaban en sus celdas. Mi misión era localizar entre los durmientes a mi amigo Giordano Bruno. En cada una de las cartas recibidas, el monje había demostrado siempre poseer unas ideas avanzadas e incluso arriesgadas de la doctrina católica. Donde otros solo ofrecían inmovilismo y apego a la normativa, Giordano abría nuevos caminos e interpretaciones. Estaba convencido de que un estudioso como él, docto en el conocimiento de las Sagradas Escrituras, aportaría más claros que oscuros a mi dilema personal. Pero antes necesitaba encontrarlo y la búsqueda, entre el laberinto de puertas que salpicaban los corredores, no parecía sencilla. ¿Cómo saber cuál era la adecuada? Mirando al cielo, solicité el auxilio divino: «Ayúdame a encontrarle, señor».

Pero mi llamada no obtuvo respuesta alguna. La línea, una vez más, debía de estar saturada. ¡Lógico! El hombre suele acordarse de Dios solamente cuando tiene algún problema que no puede solucionar y el canal que utiliza para hablar con Él es estrecho y con una capacidad limitada. Es una situación parecida a la congoja que sufre un padre cuando intenta ayudar a su bebé que llora desconsoladamente sin saber el porqué. Tras probar a cambiarle el pañal, darle de comer, acunarlo y mil medidas más, el niño sigue llorando ante la impotencia del padre. Una sensación semejante debe de vivir Dios diariamente. Tiene que adivinar e incluso acertar qué les pasa a sus millones de bebés que, cada día, le suplican socorro con sus llantos y rezos. Él prueba a mandar alguna ayuda pero lo normal es que falle porque no sabe exactamente qué queremos. Sí, Dios falla por la ineptitud del hombre a la hora de solicitar auxilio divino. Las peroratas hacia Dios raramente explican con claridad qué problema nos aqueja y cómo deseamos recibir la ayuda. Ante unas peticiones tan vagas e indefinidas, Dios solo puede actuar a ciegas, con el consiguiente riesgo de equivocarse. Valga como ejemplo de esta afirmación las palabras que escuché durante mi visita turística a una iglesia. Una mujer, sentada en un banco detrás del mío, se dirigía así a Él: «Dios todopoderoso. Tú que todo lo puedes. Protector del pueblo de Jehová. Acuérdate de esta oveja que se perdió en el camino, pero que vuelve al redil para solicitarte ayuda. Sabes que lo estoy pasando muy mal, y solo en ti encontraré la tranquilidad y el sosiego. ¡Ayúdame!». ¿Y bien?... ¿Qué tipo de ayuda necesitaba esa mujer? ¿Dónde y cómo mandará Dios a sus ángeles para paliar su dolor? Cuando escuché esa petición tan incompleta supuse que Dios tendría serias dificultades para satisfacerla. Para evitar este problema de comunicación que, indudablemente, complica la relación entre el hombre y el Creador, recomiendo aclarar meridianamente, con el máximo detalle y como si de un juicio se tratara, cada una de las peticiones que se dirigen al Señor.

Yo había cumplido este requisito de claridad en mi plegaria de ayuda para que me indicara cuál era la puerta para encontrar a Giordano Bruno. Pero, vista la ausencia de respuesta, quedaba claro que a mi petición le faltaba algo de precisión o bien que

Dios deseaba ayudarme de otra manera. Guiado por mi propia intuición, probé a abrir algunas de las puertas. La primera de ella daba paso al Refectorio mientras que la segunda era la entrada a la conocida como Capilla de Jesucristo. Los cinco intentos siguientes tampoco obtuvieron éxito alguno. Escarmentado por el azar, busqué alguna indicación o distintivo que aportara pistas sobre lo que se ocultaba detrás de cada puerta. Descubrí así que sobre el arco superior de cada una de las puertas aparecía, aunque algo desdibujada por el tiempo, una inscripción en latín. El significado de aquellos rótulos antiguos no me arrojaba ninguna luz hasta que topé con las siguientes palabras: «*Pretiosa in conspectu Domini, mors sanctorum eius*» (Preciosa a los ojos del Señor es la muerte de sus fieles). ¡La encontré! Estaba seguro, aquella era la «Puerta Preciosa», la entrada, según me explicó Giordano en sus cartas, al lugar de retiro y de descanso de los monjes. Con una alegría contenida, empujé el portón y me sumergí en un corredor oscuro, salpicado a ambos lados por pequeñas puertas de madera. Mientras recorría aquel pasillo interminable, mis ojos se afanaban en leer las placas de cada una de las celdas. Puerta I, Abenzio; Puerta II, Juan Bautista; Puerta III, Javier; Puerta IV, Incola; Puerta V... Puerta IX, Emmerico, Puerta X... Puerta XII, Agustín, Puerta XII + I, ¡Giordano!... ¡No pude evitar reírme cuando descubrí el número de celda que ocupaba mi querido amigo! A pesar de su sabiduría y aperturismo, todo apuntaba a que el monje vivía bajo la influencia de la superstición. Sin más dilación, empujé la puerta y entré en una habitación pequeña. Giordano dormía profundamente.

—¡Despertad, padre!... ¡Despertad! —Zarandéé su cuerpo con suavidad.

—¿Quién es? ¿Qué pasa?

—Chsss, no gritéis y miradme bien.

—Esperad que me coloque las lentes porque sin ellas no veo nada.

—Giordano, soy yo, vuestro viejo amigo de largas cartas.

—¡Ummm! Me suenan vuestras palabras —empezaba a despertarse y a verme con claridad.

—«¿Ubi est conclave necessarium?» —pregunté con una sonrisa.

—¿El baño?... ¿Que dónde está el baño? ¡No puede ser! ¡Siempre tan bromista!
—Su rostro risueño reveló que por fin me había reconocido.

—¡«*Salve pater*»! —Le abracé con entusiasmo.

—¡Qué alegría! ¡Cuánto tiempo ha pasado, hijo mío! No tenía noticias tuyas desde que abandonaste la Abadía —su tono sonaba un poco a reprimenda.

—Sí, ha pasado mucho tiempo. Demasiado —afirmé un poco avergonzado por mi desidia.

—¿Cómo has entrado aquí y a estas horas? —Se incorporó y me miró con curiosidad.

—Es una historia muy larga. Estoy en peligro y necesito vuestra ayuda.

—«*Non intellego*» (no entiendo).

—Ha habido muchos acontecimientos en mi vida en estos últimos años y, sobre

todo, en estos últimos días.

—¡Entiendo!... ¡entiendo! No necesitas contarme nada que no quieras —a pesar del tiempo transcurrido, Giordano conservaba su actitud comprensiva.

—Sabía que me responderías con esas palabras. Pero, en esta ocasión necesito precisamente que escuches toda mi historia y que me aconsejes como solo tú sabes hacerlo. Tus conocimientos me pueden ser muy útiles.

—Haré lo que pueda, ya lo sabes.

—¿Podemos ir a algún sitio seguro para hablar con tranquilidad?

—¡Sí, por supuesto! ¡Sígueme!

Con pasos sigilosos y en medio de la oscuridad, atravesamos distintas estancias hasta llegar a la cocina gótica del claustro, conocida por el sobrenombre de los «canónigos», que se dividía en dos zonas: la cocina propiamente dicha y el vestíbulo o antecocina. La segunda estancia nos pareció la más adecuada para escondernos. Al amparo de la oscuridad y confiado por la presencia de mi amigo, inicié el relato más fantástico y maravilloso que una mente jamás hubiera podido imaginar. Una historia donde la traición, la mentira, la muerte y las persecuciones entretejían lo que parecía un oscuro y tenebroso complot. Solo una persona pura de corazón y con una fe inquebrantable como la del dominico Giordano Bruno podría ayudarme a descifrar el enigma que me perseguía.

La narración cronológica me hizo volver a la noche del suicidio en París. Sin omitir detalle, le conté las tretas y las mentiras de Calatrava para retenerme en la Colegiata de Roncesvalles. Realicé un repaso exhaustivo de mis experiencias vividas a lo largo del Camino de Santiago, tanto en el Alto de Erro, donde escuché a los espíritus de bandidos y asesinos, como en la Ermita del Perdón, donde tuve que enfrentarme a la revelación del «Libro de los Pecados». Me detuve en describir personajes claves en el viaje como el caballero boloñés y el hijo de los Duques de Aquitania. Como parte de la crónica incluí también los extraños síntomas corporales que experimentaba desde mi intento de suicidio. Le expliqué mi incapacidad para dormir así como la insensibilidad de mi cuerpo ante el frío, exceptuando las palmas de las manos y de los pies. Asimismo, no quise obviar otro extraño fenómeno que me acompañaba desde el suicidio: mis pupilas estaban dilatadas constantemente.

Cuando terminé mi historia, Giordano se quedó callado, acercó una gran vela a mi ojo izquierdo y lo observó con atención durante unos segundos a la par que movía la candela de un lado a otro y viceversa. Tras un suspiro profundo, emitió el dictamen que yo esperaba con expectación.

—Si yo fuese un forense, tras comprobar ciertamente que tus pupilas están abiertas y completamente fijas, declararías que estás muerto. ¡Muertísimo! —soltó una gran carcajada.

—¿Cómo puedes tomarte el asunto a broma? —pregunté muy enfadado.

—No me estoy riendo de ti, querido amigo. Pero reconocerás que la situación es

realmente esperpéntica.

—¡Lo sé!, y por desgracia soy el actor principal de ese esperpento.

—Dame unos minutos. Voy a consultar unos libros antiguos que podrían aportar algo de luz a tanta oscuridad.

—Aquí te espero.

Una vez más volví a quedarme solo, acompañado por mis pensamientos y sobre todo por las ansias de descubrir la verdad. De pronto, un murmullo creciente llegó con claridad a mis oídos. Procedía de la estancia contigua. No llegaba a entender qué decían pero el ruido indicaba que el número de personas era cada vez mayor. Para evitar riesgos, traté de esconderme debajo de una pequeña mesa. Pero la mala suerte quiso que, en la oscuridad, tropezara con una silla y que esta cayera al suelo con un golpe brusco. El ruido no pasó desapercibido para mis vecinos desconocidos y las voces bulliciosas cesaron de repente. Unos pasos apresurados me indicaron que alguien se dirigía hacia la sala donde yo estaba. Alguien gritó «¿Quo vadis?» (¿quién va?) pero yo permanecí en silencio, agazapado en mi escondite, aguantando la respiración y rezando para que no me descubrieran. El desconocido o desconocidos (por el ruido de las pisadas supuse que eran varias personas) entraron en la sala y comenzaron a mirar entre las sillas y las mesas. Me estaban rodeando. Notaba cómo se acercaban peligrosamente a mi posición pero no podía hacer nada. Solo me quedaba rezar y en ello concentré todos mis esfuerzos. Susurré algunos párrafos del credo en latín mientras escuchaba espantado el movimiento continuo de muebles. Unos instantes más y me descubrirían. ¡Dios, sálvame! —rogué con fervor— ¡Dios, sálvame! Me salvé en el último segundo. Sí, Dios, que escuchó mi plegaria, o la suerte, que por fin se puso de mi lado, hicieron que algo más importante que un ruido reclamara la atención de mis perseguidores. Los hombres regresaron a la cocina y a los pocos minutos volví a escuchar el bullicio del inicio. Se oían risas y voces alegres; los que allí estaban parecían disfrutar de un buen rato. Sin poder contener la curiosidad y consciente del peligro que corría, me acerqué a una ventana que daba a esa sala y, abriendo ligeramente el postigo, miré en su interior. Lo que vi despertó mi asombro. Un grupo de peregrinos, distribuidos a lo largo de dos grandes mesas, se afanaba en saciar su estómago y en recuperar fuerzas para la siguiente etapa del Camino. El ruido del ir y venir de platos llenos de comida, la animada charla y el apetitoso olor de varias piezas de carne que se asaban en el horno, convertían la cocina en un espectáculo fascinante. Me hubiera encantado participar en él pero la lógica y la prudencia no me lo aconsejaban. Para saciar mi apetito desbocado, decidí asaltar, de una manera discreta, el plato con restos de comida que reposaba en la mesilla de alfeizar. Eran los trozos sobrantes de unas alitas de pollo fritas aliñadas al estilo mozárabe. Mordisqueé alguna de ellas y las chupé con fruición, como si saboreara un auténtico manjar de dioses. En pleno éxtasis, escuché unos pasos y avergonzado por mi acción, guardé los huesos que delataban el pillaje en uno de mis bolsillos. Para disimular, volví a mirar por el ventanuco.

—Hijo... hijo mío. ¿Sigues ahí?

—¿Giordano?

—¡Si! Ya he regresado. ¿Qué mirabas con tanta atención?

—¡No te lo vas a creer! Mira, mira... —Volví a abrir nuevamente el postigo.

—¿Qué mire qué? —preguntó Giordano.

Mi amigo mostraba extrañeza y me miraba con una expresión indefinida. Confundido, miré el interior de la cocina. Todo había cambiado. Los peregrinos, las mesas, la comida, el horno... todo había desaparecido. En su lugar se veía una estancia vacía, oscura y con las paredes ennegrecidas. No entendía nada. Entre la desesperación y la amargura expliqué al monje todo lo que había visto. Él me escuchaba en silencio. Después habló.

—Esta es la antigua cocina gótica donde se servía de comer a los peregrinos.

—Lo he visto, te lo aseguro. Estaban allí.

—Hace más de un siglo que no se utiliza —hablaba como si no me escuchara—. Allá por 1860, los canónigos abandonaron la vida dentro de la Catedral y dejaron de prestar esa ayuda.

—Entonces, ¿qué es lo que yo he visto? —Necesitaba una explicación.

—Has visto lo que llevas viendo todos estos días. Imágenes que mezclan el presente y el pasado.

—¿Eso es posible?

—Muy posible. Y, ahora, escúchame con mucha atención. No disponemos de mucho tiempo.

—Te escucho, «pater».

—Lo primero que debes tener claro es que las extrañas situaciones que estás viviendo y que puedes vivir en el futuro no están recogidas en las Sagradas Escrituras ni en ningún otro libro aceptado por la Iglesia Católica.

—¿Quieres decir que no puedes ayudarme? —Sabía que la erudición de Giordano Bruno se centraba especialmente en los textos sagrados.

—Voy a intentarlo, pero no creas que poseo todas las respuestas.

—Te lo agradezco de antemano. Ten la seguridad de que, pase lo que pase, no olvidaré tu esfuerzo por salvar mi alma.

—No se trata de tu alma... ¡es mucho más importante!

Unas lágrimas brotaron de los ojos de Giordano Bruno, el dominico acostumbrado a todo tipo de leyendas e historias. Pero, en esta ocasión, la realidad superaba con creces la imaginación más prolífica y él se sentía desbordado por sus descubrimientos. Con una excitación inconmensurable que arrasaba su interior, Giordano me explicó la trascendencia de mi viaje. Una explicación extraordinaria que sumó a mi espíritu en una confusión mayor. Para Giordano, mis experiencias tenían su razón de ser en el mismo origen de la humanidad.

—Desde mucho antes de que el mundo sea mundo, existe un conflicto eterno entre el Cielo y el Infierno, el Bien y el Mal, Dios y Lucifer. Esta disputa se

manifiesta en la pugna por el alma de los hombres y en la guerra entre los ángeles buenos y los ángeles malos. Pero, en el fondo de estas hostilidades, se oculta el control del campo de batalla, el control del único lugar donde se puede librar la pelea.

—Te refieres a la Tierra, ¿no?

—¡Sí! El mundo terrenal es el mejor escenario para representar esos combates. En la mitología cristiana, como bien sabes, se dice que Dios creó dos tipos de ángeles. Unos, dotados con la Gracia Divina y dedicados a la búsqueda del Bien y otros, sin esa Gracia, que sucumbieron al pecado.

—¡Ángeles y demonios!, ¿qué tiene que ver todo esto conmigo? —No sé cómo reuní las fuerzas suficientes para formular la pregunta. Aterrorizado, esperé la respuesta.

—Mucho. ¡Más de lo que crees! Como te decía, el origen de la guerra correspondió a Lucifer, que convenció a un grupo de ángeles de que debía oponerse al poder de Dios. Ese enfrentamiento provocó la primera lucha en el Cielo. El castigo no se hizo esperar y los rebeldes fueron expulsados.

—Al Infierno... fueron expulsados al Infierno —concluí asustado. ¿A dónde conducía esa historia?

—Ese es el gran error, hijo mío, una creencia equivocada y muy extendida. No fueron expulsados al Infierno sino que los condenaron al destierro eterno en nuestro mundo, en el mundo terrenal. Según la Biblia, vagarán por él hasta el día del Juicio Final. Después, acabarán en el Infierno.

—¿Y yo? ¿Quién soy yo? ¿Soy uno de esos ángeles desterrados? —No soportaba más la angustia.

—Escúchame atentamente. Tras mucho pensar, he recordado que existe una profecía, contenida en un libro rechazado por la Iglesia, que dice así.

Un ángel caído se rebelará

y Lucifer con engaños lo retendrá.

Dios en su divina sabiduría y bondad,

le abrirá las puertas de la Eternidad.

—¿Qué significan esos versos? ¿Quiere decir que se esconde un traidor en las filas de Lucifer que desea regresar con Dios?

—No es un traidor. Es un ángel arrepentido.

—Si es así, ¿por qué Dios no le perdona y le abre las puertas del Cielo?

—El problema no se soluciona tan fácilmente. El perdón no se consigue con un simple arrepentimiento sino que requiere también de un propósito de enmienda.

—Creo que empiezo a entenderte —mis charlas con Guillermo, sobre el camino del Purgatorio y la difícil entrada en el Cielo, me servían para comprender mejor la revelación de Giordano—. ¿Qué debe hacer ese ángel para conseguir el perdón y poder regresar con el Padre?

—La pregunta no es qué tiene que hacer sino, ¿cómo se consigue el perdón? Según la leyenda, una vez cada siglo, ese ángel elige a un ser humano, puro y fuerte, para enfrentarse a una dura prueba. Si el elegido consigue superarla, el ángel recuperará su puesto en el Cielo. La leyenda aporta también alguna pista sobre quién puede ser el elegido...

—Y yo puedo serlo, ¿es eso lo que crees? —Lo que me estaba contando parecía increíble pero Giordano se merecía toda mi confianza y credibilidad.

—Es posible pero no estoy seguro. Yo solo te cuento lo que se recoge en un libro, una biblia del siglo IX escrita por el beato San Ataúlfo. Hay quienes afirman que él fue uno de los elegidos pero que no llegó a superar la prueba. Si eso es cierto, puedes imaginarte la dureza del desafío.

No respondí. El desconcierto paralizaba mis pensamientos y mi voz. Había llegado a Pamplona en busca de respuestas lógicas y tangibles y en su lugar me encontraba con una leyenda mitológica que me obligaba a superar una prueba de Dios. Giordano respetó mi silencio, consciente de la trascendencia de su revelación. Pasados unos minutos de reflexión, volví a hablar.

—Giordano, ¿qué importancia tiene que en las filas, de un bando u otro, se consuma una huida?

—Es más importante de lo que puedas pensar. Si uno de los ángeles caídos consigue el perdón del Cielo, ¿cuánto tiempo crees que tardará el resto de los ángeles rebeldes en seguir su mismo camino? Imagina cómo se tomaría Lucifer el verse solo y desterrado en nuestro mundo. Es evidente que el Maligno va a hacer todo lo posible para que fracase la deserción en sus filas. Y también debes tener presente que Dios tampoco va a dar muchas facilidades a un prófugo —al ver mi gesto de impotencia, Giordano intentó tranquilizarme—. Mi primer consejo es que tengas mucho cuidado y que prestes mucha atención. Mira bien a tu alrededor e identifica cuanto antes al Maligno porque él entorpecerá tus pasos.

—No necesito pensar quién es. Lo he tenido claro desde siempre. Es Calatrava.

—Recuerda siempre que las tácticas del Mal son muy retorcidas y sibilinas. Te aviso que, en muchas ocasiones, aquel que parece ser el bueno se transforma en tu peor enemigo y viceversa.

La advertencia de mi amigo chocaba con mis propias convicciones. Si repasaba los acontecimientos pasados, el nombre de Calatrava salía inevitablemente a relucir. Calatrava, siempre Calatrava. Su actitud y sus comportamientos me desconcertaban constantemente pero ¿podía asegurar que él encarnaba a Lucifer?

El tañido de las campanas, que llamaba a maitines, interrumpió nuestra charla. Giordano debía marcharse y yo aproveché los minutos sobrantes para resolver las últimas dudas.

—Giordano, amigo, antes de marcharte, dime, ¿qué debo hacer ahora?

—Has de partir con urgencia al lugar donde te criaste. En la abadía de Santa María de Viaceli, en tus orígenes, puedes hallar las claves para descifrar el misterio.

—Tienes razón. Ese es el destino de mi viaje. En cuanto salga de aquí me encaminaré hacia la abadía.

—Muy bien, hijo mío, pero ¡mantén los ojos abiertos y extrema las precauciones! Seguramente, allí te topará con los rostros de Lucifer y de un enviado de Dios. Es esencial que no los confundas.

—Estaré atento al más mínimo detalle. ¿Algún consejo más? —El tiempo se acababa.

—¡Sí, lo más importante! Como ya te he dicho antes, la profecía del ángel caído aparece solo en la Biblia de San Ataúlfo. Llevo años indagando el paradero de este libro prohibido pero no he sido capaz de descubrirlo. En la biblioteca del Claustro existen algunas referencias que apuntan a que se halla escondido en las paredes de la Catedral de Pamplona. Sin embargo, a pesar de este dato y de mis esfuerzos, no he podido encontrarlo. Quizá tú sí puedas hallarlo. Es posible que las páginas de ese libro te aporten más pistas para aclarar el enigma.

—¿Pretendes que yo encuentre en unas horas el libro que tú llevas buscando toda la vida? —La empresa me parecía complicadísima, casi imposible.

—Si de verdad eres el elegido, lo conseguirás. Ten confianza en tus posibilidades.

—Gracias «pater». No sabes cuánto te debo y cuánto agradezco tus consejos.

—¡Corre!... ¡Corre!... viene gente. Suerte, hijo mío —Giordano me despidió con un abrazo fraternal y yo abandoné apresuradamente la sala.

El guerrero de Dios avanzaba por senderos perversos plagados de vileza y engaños. El alma de un ángel caído gritaba pidiendo sincero perdón y su agonía ya se prolongaba más de nueve siglos.

¿Salvar un ángel me devolvería mi propia alma?

Capítulo 7

Ars est celare artem

[El arte es ocultar el arte]



¿Dónde se ocultaban las palabras de San Ataúlfo?

Los libros han sido y serán siempre la piedra angular sobre la que descansa el conocimiento, las ideas, los sentimientos y las creencias del ser humano. Además de ejercer como auténticos baúles de la sabiduría, los libros poseen también la capacidad de remover la conciencia y el espíritu del hombre. Un poder ilimitado que, a lo largo de los siglos, ha despertado el recelo y el miedo de los enemigos de los cambios y del progreso. Así, en el transcurrir de la historia, muchos libros han sido víctimas inocentes en una lucha denodada por silenciar la palabra escrita. Fruto de esta persecución, innumerables textos profanos y sagrados terminaron sus días en el fuego, privando para siempre a la humanidad de los secretos que contenían. Como el Hijo de Dios, los libros condenados despertaron a su alrededor odio y desconfianza, suspicacia y rechazo, temor e impotencia; sentimientos descontrolados que solo se apaciguaban cuando las llamas de la hoguera purificadora consumían sus páginas. Un destino cruel del que solo unos pocos volúmenes, tachados en su momento de perniciosos y malditos, se salvaron, gracias a la intervención valerosa de unos hombres sencillos. Esta es la historia de una de esas obras afortunadas redimidas...

La llamada a maitines había provocado una revolución en el interior de la catedral. Las galerías del claustro, antes desiertas y tranquilas, mostraban ahora un revuelo de sotanas que se movían de un lado a otro. Transitar por aquellos pasillos al descubierto parecía un completo suicidio así que opté por ocultarme tras un hábito que encontré olvidado en un pequeño banco de piedra. Camuflado con mi nueva vestimenta y con la vista fija en el suelo para ocultar mi rostro, decidí dirigirme a la biblioteca y comenzar la búsqueda de la Biblia de San Ataúlfo. En el camino topé con algunos monjes y curas que, envueltos en una nube de bostezos y suspiros, no se percataron de mi presencia. A aquellas horas tan tempranas, las almas más silenciosas e imperturbables revelaban al fin su lado más humano.

Poco a poco, los corredores se fueron quedando vacíos y en completo silencio. Desaparecido el peligro, alcé la vista y disfruté con gozo del esplendor histórico y artístico del Claustro de la catedral de Pamplona. Aunque no era un enamorado del arte sacro, la belleza de las portadas y de los sepulcros me arrastró a un estado de ascetismo arquitectónico. Embebido por aquellos tesoros, crucé una larguísima galería decorada con motivos de la Pasión y la Resurrección de Cristo y llegué por fin a la Cillería, la única estancia que conservaba la construcción original de la antigua catedral románica. La profusión de capiteles, decorados con todo tipo de motivos, atrajo mi atención de inmediato. Sin saber por qué, clavé los ojos en dos leones y en dos águilas que parecían mirarme fijamente. Permanecí inmóvil durante unos segundos, hechizado por el realismo de esos capiteles, hasta que, de pronto, ¡la escena cobró vida y los leones y las águilas comenzaron una lucha feroz y despiadada, una lucha sin cuartel entre el bien y el mal! En medio del fragor de la

batalla, escuché una voz que salía de los capiteles y que solo podía dirigirse a mí.

—¿Qué animal se encuentra agazapado en tu alma?

La pregunta me desarmó por completo. Alguien me exigía posicionarme en uno o en otro bando pero yo no alcanzaba a hallar la respuesta más adecuada. ¿Qué era yo, un león o un águila?

La búsqueda urgente de una contestación me obligó a bucear en la memoria en busca del recuerdo más nimio que me pudiera arrojar una pista.

Recordé entonces una triste experiencia que viví a los catorce años y que supuso un antes y un después en mi relación con los animales. Todo comenzó cuando, una mañana del mes de septiembre, apareció en la abadía un joven lobo ibérico. El animal parecía hambriento y al verme se mostró amenazante, me gruñó y me exhibió sus largos y puntiagudos colmillos. Pero yo desdeñé todas sus amenazas y a pesar de que conocía el peligro existente, decidí hacerme su amigo. Mi primer gesto de amistad consistió en correr a la cocina y, sin que nadie me viera, hacerme con algunas patatas y huesos restantes del almuerzo. El lobo olisqueó con curiosidad mi regalo y comenzó a roerlo con fruición. A partir de ese momento, el lobo abandonó conmigo la posición amenazante de sus mandíbulas aunque mantuvo la actitud de cautela. Mi nuevo amigo me visitaba todos los días, en el mismo sitio y a la misma hora, y yo acudía puntual a la cita con los restos del almuerzo. Tras un mes de encuentros ininterrumpidos decidí confiar a Guillermo mi pequeño secreto. Sin omitir detalle alguno, le expliqué que mi mascota era un lobo ibérico al que llamaba «Julius», en honor al emperador Julio César porque tenía su mismo porte altivo y soberbio. Le expuse que mi relación se basaba en la confianza ya que aunque sabía que nunca dejaría de ser un animal salvaje, una bestia incontrolada, le había cogido el cariño suficiente como para fiarme completamente de él. Guillermo escuchó en silencio todas mis explicaciones y, a su fin, para mi sorpresa no realizó objeción alguna. Al contrario, mi tutor me animó a aprender de los animales, tanto o más que de los hombres. Su frase fue concluyente: «En la viña del Señor hay animales con un mayor sentido de la humanidad que el propio hombre».

Con el beneplácito de Guillermo, mis encuentros con «Julius» se prolongaron durante días, semanas y meses. Sin embargo, una tarde todo cambió. Sin saber por qué, el lobo comenzó a gruñir y a mostrarme sus mandíbulas. De pronto, lanzó un zarpazo hacia mi cuello. Afortunadamente, pude apartarme a tiempo de una herida que podía haber sido mortal. Asustado por la metamorfosis de mi amigo, le miré con fijeza en pos de una explicación. Pero el animal no me miraba a mí sino que mantenía los ojos clavados por encima de mi cabeza. Sorprendido, me di la vuelta y descubrí al siempre desconcertante Calatrava. El monje me gritó que me alejará de aquella bestia y me obligó a prometerle que jamás volvería a tener contacto con él. No tuve ocasión de incumplir la promesa porque, como si entendiera las palabras, «Julius» se alejó espantado y se fundió en la espesura del bosque para siempre. Ya no volví a verle y,

una vez más, culpé a Calatrava de todas mis desdichas. ¿Quedaba alguna duda de que ese monje maldito encarnaba al espíritu de Lucifer?

Privado por obligación de mi mascota, busqué consuelo en los libros, en especial en toda aquella bibliografía referida a la especie animal. El simbolismo de los animales bíblicos me interesó sobremanera y devoré con ansia cuantos libros cayeron en mis manos sobre ese tema. Descubrí así que muchos artistas religiosos recurrían a animales para representar cualidades divinas. Este descubrimiento añadió aún más credibilidad a las palabras de Guillermo quien, en muchas ocasiones, me repetía que las bestias que aparecían en sueños ocultaban significados para despertar el alma.

Todos estos recuerdos, escondidos en los pliegues de la memoria, recobraban ahora todo su protagonismo. Debía elegir entre el león y el águila, dos animales bíblicos que parecían mirarme enfurecidos desde su capitel. Mi mente se enzarzó en una cadena de razonamientos. Sabía que el león representaba al sol, un poder superior a todas las fuerzas existentes en la naturaleza. Según mis lecturas, el hombre capaz de vencerle se adueñaría de ese inmenso poder. El significado del león no arrojaba, por tanto, duda alguna. No ocurría lo mismo con la interpretación del águila. En el Deuteronomio 11.13 se la catalogaba como un ave inmunda. Esta definición chocaba con la afirmación del Salmo 102:5: «Tu juventud se renovará como la del águila». Según una vieja leyenda cristiana, el águila representaba principalmente el bautismo. De acuerdo con ese relato, un águila renovó su juventud al lanzarse tres veces a una fuente de agua pura. Este milagro de regeneración dio origen al sacramento del bautismo y a la renovación del alma mediante el agua bendita. ¿Era ese realmente el significado del águila o debía considerar también las palabras del Deuteronomio? La elección no resultaba fácil y me sentía incapaz de ofrecer una respuesta certera. Aunque sospechaba que aquellos capiteles ocultaban algún mensaje de Dios, decidí posponer la resolución del jeroglífico divino para otro momento. Quizá la pregunta era solo una pista para salvar las situaciones que me esperaban en el futuro. ¿Por qué no?

Convencido de esa posibilidad, abandoné la sala de los capiteles y me deslicé entre interminables galerías. Todas parecían iguales y, por un momento, creí estar perdido dentro de un laberinto sin final. Una tablilla con la inscripción «Biblioteca» me señaló que, a pesar de la desorientación, había alcanzado mi destino. La Biblia de San Ataúlfo o alguna pista que me indicara su paradero me esperaba en algún lugar de esa dependencia y mi misión consistía en hallarla en el menor tiempo posible. Para realizar mi búsqueda sin testigos molestos, decidí cerrar desde dentro la puerta de la biblioteca capitular. Era una sala enorme, plagada de estantes que llegaban hasta el techo atestados de cientos de libros y documentos. En un primer vistazo descubrí que las primeras baldas contenían pergaminos, códices y libros de santorales. ¿Por dónde empezar a buscar? Una estantería acristalada y cerrada con un pequeño cerrojo me dio la respuesta. Sin pensarlo dos veces, tomé un abrecartas que había sobre una mesa

y forcé la cerradura. El cerrojo, más bien endeble, cedió al tercer intento. Metí la mano en aquella urna de cristal y saqué el primer libro. Era un códice sobre los ceremoniales medievales que debían seguir los monjes de la regla de San Gregorio Magno. Lo ojeé por encima pero no descubrí nada interesante. El segundo libro, de gran tamaño, correspondió a un cantoral y tampoco me ofreció ningún dato relevante. No me rendí y durante más de dos horas permanecí entretenido en el examen de los libros contenidos en la estantería cerrada. Un golpe seco rompió mi concentración.

—«Ars est celare artem» —dijo una voz a mis espaldas.

—¿Cómo? —Me giré sobresaltado. La voz procedía de un cura vestido con una sotana como las de antaño. El hombre me miraba con simpatía, sin mostrar gestos de contrariedad por mi profanación de la cerradura.

—Le decía en latín la expresión «el arte es ocultar el arte» —el cura se acercó a mí.

—Si usted lo dice... —No sabía cómo reaccionar ante aquel visitante inesperado.

—Debería ser más observador. En la parte superior de la vitrina que ha abierto está grabada esa expresión.

—¡Es cierto! —¿qué significaban esas palabras?

—Veo que no se da por aludido, joven.

—¡Aludido! No creo entenderle.

—Se lo diré de otra manera. Los libros que lleva consultando desde hace un rato están bajo mi custodia o por lo menos lo estaban hasta ahora.

—Permítame que le explique, padre... —demoré unos segundos mi respuesta, el tiempo suficiente para urdir una historia que resultara creíble y no delatara mis auténticas intenciones.

—Explíquese... explíquese —el cura me miraba con curiosidad, deseoso de escuchar mis palabras.

Afortunadamente, mi imaginación desbordante acudió rápida en mi ayuda y, casi sin saber cómo, me escuché a mí mismo decir:

—Estoy aquí por orden del arzobispado. Se me ha encomendado la misión de catalogar las obras que se guardan en esta biblioteca —para dar más verosimilitud a mi explicación imprimí a mi voz un tono rotundo, sin atisbos de inseguridad.

—¿Os ha enviado el obispo Sancho Larrosa?

—Así es. Su Ilustrísima desea que se le informe sobre algunos aspectos generales de la importante obra que descansa bajo estos muros.

—Bien, bien... ¡será un placer ayudaros!

El cura se mostraba realmente satisfecho. Por fin una autoridad eclesiástica como el obispo Larrosa mostraba su interés por los tesoros que guardaba la que él llamaba «su biblioteca». Según me explicó, los años de trabajo entre aquellas paredes le habían convertido en el mejor conocedor de todos y cada uno de aquellos libros. Unos conocimientos que ahora ponía a mi entera disposición.

—Veamos, dígame, ¿qué quiere saber de esta biblioteca?

—¿Sabe quién era San Ataúlfo?

—Por supuesto —respondió casi ofendido por la sencillez de mi pregunta—. San Ataúlfo, obispo de Compostela en el siglo IX, es famoso porque se empeñó en acabar con los excesos del clero tales como los escándalos monásticos y los clérigos con concubinas e hijos repudiados. Pero su labor de limpieza no fue del agrado de todos y unos monjes que querían pararle los pies lo acusaron de traición y lo llevaron ante el rey de Asturias. Fue condenado a morir frente a un toro salvaje. La leyenda cuenta que cuando iba a morir la bestia se detuvo ante su presencia. Ante aquel milagro, el rey lo perdonó y la Iglesia lo alzó a los altares.

—Sí, ¡esa es la leyenda! Pero lo que yo trato... perdón... lo que el obispado trata de encontrar es el libro.

—¿Qué libro? —Me miró con sorpresa.

—La conocida como «Biblia de San Ataúlfo»

—Jamás he oído hablar de ella. Le aseguro que llevo ejerciendo muchos años mi oficio y es la primera vez que tengo noticias de esa biblia. —De pronto, algún recuerdo despertó la memoria del monje, que se golpeó la frente con la palma de la mano—. ¡Vaya, me acabo de acordar que usted no es el primero que menciona esa obra! Alguien más me habló una vez de ella. ¡Qué curioso!

—¿Puede decirme quien le habló de ella y qué le dijo exactamente?

—Escuche, supongo que sabrá que el oficio de bibliotecario es vitalicio y que pasa de unos monjes a otros. Bien, la persona que ocupó este puesto antes que yo me contó que hubo una vez un canónigo que aseguraba la existencia de esa Biblia. Pero aunque ese hombre pasó toda la vida investigando su paradero no encontró prueba alguna.

—¿Un canónigo? —empezaba a sentirme preocupado por los descubrimientos que se ocultaban más allá de unas pocas palabras.

—¡Sí, señor! Le hablo del año 1860, una época en la que todavía vivían monjes dentro de esta Catedral.

Las afirmaciones de aquel monje atentaban contra cualquier razonamiento lógico. De ser ciertas sus palabras, ese monje que no podía ser otro que Giordano Bruno, con quien llevaba carteándome desde mi infancia, llevaría muerto cómo mínimo más de ciento cincuenta años. ¡Aquello era una auténtica locura! —Ese monje no sería por casualidad dominico, ¿no?

—No recuerdo a qué orden pertenecía ese canónigo pero si desea conocer ese dato y otros detalles puede consultar el libro de registro de la catedral. En él está recogida la información sobre todos los monjes que han habitado entre estas cuatro paredes.

—¿Dónde puedo encontrar ese libro de registros? —Necesitaba encontrar una contestación lógica a aquella situación absurda.

—En la estantería de la izquierda. Es ese libro de color turquesa —su dedo índice me señaló un volumen grande, de tapas gruesas, e indudablemente muy pesado.

Necesité las dos manos para levantarlo del estante y depositarlo sobre la mesa. Retiré con la palma de la mano el polvo que cubría la cubierta y finalmente lo abrí con curiosidad.

—¿Dónde debo mirar exactamente?

No obtuve respuesta. Levanté la vista pero el bibliotecario ya no estaba allí. Recorrí la estancia entera en su busca pero descubrí que estaba completamente solo. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo podía desaparecer alguien de una forma tan repentina? Al final, a pesar de que mi cabeza me decía que aquella hipótesis no tenía sentido, tuve que resignarme a una realidad irrefutable. Aquel hombre había desaparecido de la biblioteca de la misma forma extraña en que había entrado en ella. Me acerqué a la puerta y giré el pomo varias veces pero no se abrió. El seguro estaba echado desde dentro tal como lo había dejado desde mi llegada. Necesité girar varias veces el llavín para poder abrirla.

Una desconcertante experiencia que se sumaba al largo desfile de visiones sorprendentes que me asaltaban en el camino, desafiando cualquier razonamiento lógico. Casi comenzaba a habituarme a esa sucesión de espíritus, almas en pena, fantasmas y otros seres increíbles que aparecían como por arte de magia en un instante para luego desaparecer unos minutos después sin dejar rastro.

Él último espejismo me había dejado una pista valiosísima que no podía desperdiciar. El libro de registro me esperaba abierto en la mesa y a él dediqué todo mi esfuerzo. El volumen, con la primera página fechada en el año 1501, era una maravillosa compilación de la vida de los canónigos residentes en la catedral desde su fundación y de todas las actividades, tanto administrativas como religiosas, que se habían desarrollado en el recinto religioso. La información, recogida con una exhaustividad elogiada, se clasificaba en un índice ordenado alfabéticamente. Aaaa, at, Ataúlfo, ahí estaba, *San Ataúlfo: obispo de Compostela del siglo IX...* Sorprendentemente, el texto reproducía fielmente todas y cada una de las palabras que había escuchado de boca de bibliotecario. Sin embargo, el libro añadía un detalle más, un dato extremadamente curioso que aquel bibliotecario de memoria privilegiada había olvidado comunicarme. Según el texto, en la catedral de Pamplona se guardaba, dentro de uno de sus capiteles, una talla de San Ataúlfo. Pero la importancia de este descubrimiento se vio superada casi de inmediato por otro hallazgo aún mayor. Una revelación que hacía tambalear todas las experiencias vividas desde mi llegada a la catedral pamplonesa. El libro mostraba que la lista de los monjes que practicaron la vida monástica dentro de esos muros terminaba en el año 1860. Nadie más había ocupado las celdas desde ese momento. ¿Cómo podía ser cierta esa afirmación? ¿Quién era entonces el habitante de la celda XII+I que yo acababa de visitar? Enfebrecido, traté de localizar a mi amigo Giordano Bruno en aquel listado absurdo. Empecé en el año 1860 y fui retrocediendo hacia atrás. 1860, 1840, 1825, 1802... 1725, 1699, 1623... los años iban retrocediendo, los nombres se

acumulaban pero el suyo no aparecía por ningún lado. ¿Existía de verdad Giordano Bruno? ¿Había existido alguna vez? Sin perder el ánimo, persistí en la búsqueda. El año 1582 me ofreció al fin una respuesta definitiva.

Año 1582, Giordano Bruno. Llegado de la corte de Enrique III de Francia. Filósofo, matemático y astrónomo. Expulsado de la orden dominica por sus avanzadas ideas. Ingresó en la catedral de Pamplona el 14 de junio de 1582. El 19 de septiembre de 1583 marchó a Inglaterra. Estudiante de San Ataúlfo. El resultado de sus investigaciones se recoge en un diario personal llamado E:V-IV/VI.

Curiosamente, el nombre del diario estaba escrito con una letra distinta del resto de las anotaciones. No tardé en darme cuenta de que aquella letra inclinada, fina y elegante correspondía al propio Giordano. Después de muchos años de correspondencia, podía diferenciar sin la mínima duda su personal caligrafía. Intuí que, de alguna manera, aquel E:V-IV/VI escrito de puño y letra por mi amigo Giordano ocultaba un significado especial. Pero ¿qué podía significar? La utilización de letras y números romanos me sugirió la posibilidad de un jeroglífico y de un juego de signos clave. Probé con todas las combinaciones que se me ocurrieron. E de estantería, estantería quinta, libro cuarto, libro sexto o libro quinto. Durante más de dos horas desplegué todos mis recursos adivinatorios, busqué estanterías y conté libros de izquierda a derecha, y de derecha a izquierda, de arriba abajo y de arriba a abajo pero no obtuve resultado.

Indudablemente, la mente de un hombre del siglo XXI, con una capacidad lógica muy desarrollada, no estaba sin embargo acostumbrada a la resolución de acertijos del siglo XVI. Se ponía de manifiesto que el progreso de la sociedad iba en paralelo al declive de la inventiva. Sin necesidad de resolver retos y enigmas de la época medieval, la mente del hombre había caído en un estado de imbecilidad imaginativa. Resultaba más fácil copiar que inventar, duplicar que crear, falsificar que diseñar... Un hombre de la época actual no disponía de los recursos necesarios para afrontar ese problema. Solo me quedaba la opción de ponerme en la cabeza de un monje de la Edad Media. ¿Cómo funcionaba la mente de un clérigo en el siglo XVI? Eran personas cultas, con una amplia formación y profundos conocimientos de las lenguas clásicas como el latín y el griego. ¡Eso era! La inicial E no tenía por qué corresponder a estantería, podía tener también otras interpretaciones. E de elemento, E de espacio, E de estancia... ¡E de estancia! ¿Qué mejor lugar para ocultar su diario personal que su propia celda? Aquella inicial podía ocultar otros muchos significados pero algo en mi interior me decía que la hipótesis de estancia era la correcta. Había llegado el momento de visitar la estancia, la habitación personal de Giordano Bruno. Abandoné la biblioteca y, a través de la «Puerta Preciosa», llegué al corredor donde se encontraban las habitaciones de los canónigos. El pasillo mostraba una apariencia muy distinta de la que yo había visto unas horas antes durante la visita a mi viejo amigo. La oscuridad reinante apenas dejaba entrever unas puertas destantaladas con

los pomos roñosos. El rótulo XII+I que señalaba la celda de Giordano Bruno había desaparecido y en su lugar, cubierto de polvo, apenas conseguí leer el número XIII. Parecía que en aquel lugar los siglos habían transcurrido de golpe. El interior de la habitación presentaba el mismo aspecto lamentable y desolado, muy diferente de la estancia pobre pero acogedora que yo conocía. Recorrí la celda de un lado a otro pero no descubrí nada interesante. No había mueble alguno ni ningún objeto que me pudiera ofrecer una pista. Solo un suelo frío de piedra y cuatro paredes con innumerables desconchones. Impotente, observé como los rayos del sol se colaban por los barrotes del ventanuco y se reflejaban en las losetas del suelo. ¿Dónde se ocultaba el secreto de Giordano Bruno? Iba a abandonar ya la habitación en pos de una nueva interpretación de aquella maldita E cuando reparé en un pequeño detalle. El suelo del cuarto representaba un cuadrado perfecto, formado por piedras cuadradas e idénticas. Ocho de largo por ocho de ancho. ¿Cómo podía estar tan ciego? Aquello que estaba pisando era..., ¡un auténtico tablero de ajedrez!

Había topado con mi punto fuerte, una de mis mayores habilidades. Tras cientos de partidas, noches en vela pensando estrategias para mover las piezas y miles de jugadas ejecutadas me consideraba un experto en ese juego de inteligencia. Confiado en mis posibilidades, me centré en buscar la jugada correcta que descifraría el enigma. En voz alta conté E:V-IV/VI, es decir, estancia cinco cuatro/seis. En ajedrez, cada una de las casillas horizontales se divide en letras que van de la «A» a la «H». Y cada una de las verticales, en números que van del «1» al «8». De acuerdo con esta teoría, «cinco» correspondía a la letra «E» y a la casilla «4». Por su parte, «seis» correspondía a la letra «F». Solo me quedaba averiguar la casilla a la que se desplazaría. Me situé en el lado opuesto al de la puerta. Estaba claro que Giordano deseaba hacer, cuatrocientos años después, su último movimiento. Dirigí la vista a la posición «E4» y miré con atención la casilla. Necesité arrodillarme para poder descifrar una pequeña inscripción escrita en una esquina. «Equus» (caballo), traduje de inmediato. Una vez más, una expresión latina me daba la clave.

El caballo es una pieza especial en el ajedrez ya que su movimiento siempre es en forma de «L». Por lo tanto, si estaba en la casilla «E4» y debía desplazarme a la letra «F» el número solo podía ser el «VI» (seis). ¿Sería correcto el movimiento «E4-F6»? En varias zancadas me planté sobre esa casilla. Decidido a comprobar la certeza de mi jugada, cogí un oxidado hierro medio desprendido de los barrotes del ventanuco. Haciendo palanca con él, levanté la loseta con esfuerzo. ¡Eureka! Tenía ante mí un pequeño diario. Reconocí de inmediato en la cubierta de piel de jabalí las siglas O. F. P, simbología de los dominicos que significa «Ordo Fratrum Prædicatorum». Solté el cordón que anudaba el libro y me dispuse a leer su preciado contenido. Las páginas, amarillentas por el paso del tiempo, aparecían ajadas y con alguna mancha de tinta aunque se conservaban perfectamente legibles. Las primeras palabras del diario correspondían a una dedicatoria. «Ab imo pectore» (con todo mi corazón). A partir de esa expresión se sucedían una serie de frases cortas, precedidas todas por una fecha

concreta. El 14 de junio de 1582, día del de ingreso de Giordano Bruno en la catedral de Pamplona como canónigo, marcaba el comienzo de una larga enumeración de datos y fechas. Según lo que se deducía de sus propias palabras, el deseo de hallar la Biblia de San Ataúlfo había guiado todos sus pasos.

- *14 de junio de 1582. He ingresado como canónigo aprovechando la carta que conseguí, mediante engaños, del rey Enrique III. Es un pecado menor para conseguir un objetivo grande.*
- *29 de junio de 1582. Un viejo monje deja escrita una carta en la que relata y confirma la leyenda de San Ataúlfo.*
- *8 de agosto de 1582. Consigo un permiso especial para acceder a la Biblioteca.*
- *22 de octubre de 1582. He encontrado un cantoral que confirma la leyenda de la Biblia.*
- *15 de noviembre de 1582. He leído una curiosa reseña que habla de unos trabajos para modificar la base del capitel de la talla de San Ataúlfo. Es la primera noticia que tengo de esa talla.*
- *24 de noviembre de 1582. Intento dar con más información referente a esa talla pero no encuentro nada.*
- *19 de diciembre de 1582. Hoy he realizado un gran descubrimiento. He encontrado una nota antigua en la que dos monjes hablan de la Biblia de San Ataúlfo como si fuera un libro real y no solo una leyenda. ¡Es increíble, el libro existe!*
- *5 de marzo de 1583. Acabo de volver de un viaje a París. Vuelvo a retomar mis investigaciones.*
- *12 de abril de 1583. Llevo más de un mes rebuscando en todos los armarios del claustro sin hallar prueba alguna de su existencia. Comienzo a dudar de la veracidad de la nota de los dos monjes.*
- *22 de mayo de 1583. ¡Sí, existe! Unos papeles han hecho renacer mis esperanzas. En ellos, se lee que la Biblia se guarda bajo la piedra. No sé qué significan esas palabras. Solo sé que no puedo demoler toda la catedral para encontrarla.*
- *6 de junio de 1583. He recibido un extraño aviso del obispo. Considera que estoy llamando demasiado la atención y me ha rogado que abandone de inmediato la búsqueda de la Biblia de San Ataúlfo. Parece que algunos consideran que ese libro puede representar un serio peligro para la Iglesia.*
- *8 de agosto de 1583. Me acaban de dar la noticia de que la Inquisición exige mi presencia inmediata en Roma. Debo marchar aunque no quiera. Siento que estoy más cerca que nunca de encontrarla. Sabedor de mi posible marcha definitiva de la catedral de Pamplona, el obispo me ha hecho una revelación sorprendente. Me ha explicado que un monje en el lecho de muerte le aseguró*

una vez que la Biblia se guardaba bajo la protección de San Ataúlfo. ¿Qué significaban esas palabras?

- *18 de septiembre de 1583. Mis peores temores se han cumplido. Me requieren en Francia y algo me dice que jamás me dejarán volver. No tengo más remedio que abandonar Pamplona. Estoy convencido de que el libro está escondido en algún lugar bajo el suelo de esta catedral pero ya no podré buscarlo más.*

El relato terminaba ahí. Con su traslado a Francia, Giordano, vencido por las circunstancias, había interrumpido para siempre la búsqueda de la Biblia. A su regreso a la catedral navarra, ya cansado y envejecido, se había sentido sin fuerzas para reanudar la búsqueda. Ahora me correspondía a mí enlazar todos sus descubrimientos y dar con el paradero de la Biblia de San Ataúlfo. El diario no revelaba la ubicación definitiva pero sí contenía pistas muy interesantes para buscarla. Armado con un papel y un lápiz, me dispuse a anotar las frases más relevantes, tratando de encontrar el eje común entre ellas. La recapitulación del contenido del diario me permitió reordenar las ideas y distinguir las anotaciones más interesantes. Unas palabras captaron especialmente mi atención. «San Ataúlfo guarda la Biblia bajo su protección». Esa frase solo podía significar que el libro se hallaba en un lugar donde también estaba San Ataúlfo. Ahora bien, ¿dónde se encontraba San Ataúlfo? Si se refería a la presencia corpórea, no existía respuesta alguna. La ubicación de la tumba del santo era un gran misterio y podía esconderse en cualquier lugar del mundo. Deseché esa hipótesis de inmediato. Mi intuición y las propias palabras de mi amigo Giordano Bruno me señalaban que la Biblia se ocultaba allí mismo, en la propia catedral navarra. ¿Estaría la tumba en ese lugar? ¿Cómo era posible que, tras las múltiples reformas del edificio, nadie hubiera topado con ella? No, no podía ser. El único San Ataúlfo que había en la catedral de Pamplona era una talla de piedra, una escultura más entre los cientos que contenía el recinto religioso. ¡Claro!, la escultura de San Ataúlfo, ¿cómo no la había tenido en cuenta? Recordé que en el diario había alguna referencia a esa talla. Releí mis apuntes. Sí, estaba en lo cierto. Una nota hablaba de unas obras realizadas en la base del capitel de la talla. ¿Podía significar que...? Sin poder contener la emoción, me remangué la sotana y me eché a correr hacia la escultura. Afortunadamente, el ruido de mis pasos apresurados quedó amortiguado por el tañido de las campanas, que provocó una armoniosa cortina sonora. Llegué finalmente a los pies de la talla de San Ataúlfo. Me pareció que sus ojos me miraban con atención, reconociéndome al instante como el elegido, el encargado de descifrar el misterio de la Biblia secreta. A mí me correspondía culminar el trabajo de investigación iniciado por Giordano Bruno. Alentado por mi teoría, examiné con cuidado la base de la talla. La superficie de alabastro aparecía perfectamente pulida, sin asomo de imperfecciones que pudieran suscitar sospechas. Acaricié la piedra con suavidad. El escondite parecía demasiado sencillo pero ¿se cumpliría la máxima de que el mejor escondrijo es el más evidente? No quise perder

un minuto más. En una carrera desenfrenada entré en la iglesia y cogí un incensario. Agarrándolo con fuerza comencé a golpear con él la base de la talla. Pero la dureza del alabastro hizo añicos mi instrumento de trabajo. Sin un minuto de descanso regresé de nuevo a la iglesia en busca de un objeto más duro, capaz de resistir la fortaleza de la piedra. Elegí un candelabro dorado y retomé de nuevo mi tarea de romper el capitel. Los mazazos a la base se sucedieron sin interrupción durante más de diez minutos aunque casi puedo asegurar que perdí la conciencia del tiempo. La resistencia de la base a romperse aumentaba aún más mi ánimo y con ello, la fuerza de mis mazazos. Por fin, el alabastro comenzó a ceder. Al tiempo que oí el ruido de la piedra al resquebrajarse escuché también un griterío de voces que preguntaban de dónde procedía tanto jaleo. Se me acababa el tiempo, mis perseguidores no tardarían mucho en aparecer. Golpee una vez más, volcando en el mazazo toda mi rabia contenida, y la tapa de la base se rompió en mil pedazos. El sello, precinto centenario de los que ocultaron el tesoro bajo aquella talla, había sido violado. Me arrodillé e introduje el brazo en el interior de la base. Entre trozos de piedra que me arañaban los dedos, mi mano rozó una caja de madera. La saqué rápidamente y me quedé deslumbrado por la belleza delicada de sus grabados. En la parte superior aparecía un símbolo que reconocí de inmediato. Era la cruz de la victoria que identificaba al rey Alfonso III de Asturias, el monarca que condenó a Ataúlfo a morir arrollado por un toro y que luego le perdonó. Ciertamente, las posibilidades de que la Biblia estuviera en el interior de aquella caja eran cada vez mayores. La caja estaba cerrada con una pequeña cerradura y solo necesitaba forzarla para llegar al tesoro.

El tiempo se acabó repentinamente. De pronto, me vi rodeado por un grupo de monjes que se dirigía a mí con una lluvia de gritos que me resultó imposible entender. Agarré con fuerza la caja, y a empujones, patadas y empujones, conseguí zafarme de mis perseguidores y me eché a correr. Corrí y corrí, sin mirar atrás en ningún momento. La amplitud de la catedral me ofreció múltiples escondrijos, donde protegerme cuando las fuerzas me flaqueaban. Pero sabía que el cerco cada vez se estrechaba más y que la única escapatoria pasaba por abandonar el recinto de la catedral. Crucé la «Puerta del Amparo» y ya fuera del claustro, me escondí en una de las salidas situadas en la parte posterior. Allí esperé la oportunidad más idónea para salir al exterior. A mi alrededor oía gritos y carreras e incluso me pareció escuchar a lo lejos el sonido de unas sirenas de policía. La profanación de la talla de San Ataúlfo había provocado la furia de todos los habitantes de la catedral. ¡Debía escabullirme ya!

La fortuna me sonrió en forma de una pequeña furgoneta, situada a unos escasos metros de donde yo estaba. Dos personas, una de ellas con vestimenta religiosa, se afanaban en llenar la trasera del vehículo con todo tipo de enseres religiosos. Agradecido por mi buena suerte, escuché su conversación.

—¡Venga!... ¡corre! Se está haciendo muy tarde.

—Ya voy, padre Javier.

—Veamos. ¿Llevas las tallas de San Juan Bautista y de María de las Nieves para la exposición de arte sacro?

—Aquí están.

—Bien. ¿Y los dos códices medievales?

—Guardados y protegidos en sus respectivas cajas.

—¿Y el templete? ¿Dónde está el templete con el Sagrado Corazón?

—¡Vaya! ¡Es verdad, se nos ha olvidado!

—Vamos. Cojámoslo antes de que sea demasiado tarde.

Las dos personas volvieron a meterse en el interior de la catedral, dejando abierta la puerta de la furgoneta. Sin dudarlos dos veces y asegurando que nadie me veía, salté al interior del vehículo y me oculté entre cajas y embalajes. Para asegurar mi escondite me cubrí con una manta y permanecí inmóvil. Minutos más tarde, volví a escuchar las mismas voces.

—Bien, ya lo tienes todo. Arranca ya, que te están esperando en Zumaya. No olvides dirigirte primero al Museo Zuloaga y depositar allí toda la carga. Luego podrás descansar.

—¡Lo haré! Gracias por todo, padre Javier.

—Y conduce con cuidado. Las obras que transportas, sin ser muy valiosas, son muy apreciadas por los comisarios de la exposición a la que van destinadas.

—¡Lo sé!, ¡lo sé!... «Si bebes no conduzcas». ¡Ja, ja, ja!

—No hagas bromas con esas cosas.

—Padre, aún no me he ordenado. Soy un simple seminarista y todavía no puedo beneficiarme de la consagración del cuerpo y la sangre de nuestro señor Jesucristo. ¡Usted, en cambio...!

—¡Dios santo! ¿Esas bromas son las que os enseñan ahora en Teología? ¡Más respeto y menos burla!

—Bueno... todo el mundo sabe que a usted, padre Javier, le encanta el vino... bueno, el vino no, la sangre de nuestro señor.

—El diablo habla por tu boca, jovenzuelo. Cuando regreses hablaremos muy seriamente de lo que me has dicho hoy aquí y recibirás una reprimenda contundente.

—Penitencia, siempre penitencia —respondió el seminarista con sorna mientras accionaba el contacto y ponía la furgoneta en marcha.

El traqueteo del vehículo me indicó que por fin me alejaba de la catedral y de la ciudad de Pamplona. Estaba a salvo. Tapado con una manta, agarrando con fuerza la caja de madera y rodeado por símbolos religiosos, me dispuse a pasar el viaje lo más cómodo posible. De pronto, escuché unas voces. Unas voces distintas a las que yo había escuchado antes. ¿Había alguien más en la furgoneta? Escuché con atención y me di cuenta de que las voces procedían de la cabina del conductor y de que tenían un inconfundible tono metálico. Estaba claro, el seminarista estaba escuchando unas cintas religiosas de rezos y plegarias. La voz que había despertado mis sospechas no era otra que la del fundador del Opus Dei, José María Escrivá de Balaguer. Más

tranquilo, me dispuse a escuchar también aquellos monólogos cuyos puntos de meditación parecían surgir con fuerza en un intento por probar mi fe.

Miedo... un miedo terrible engullía mis ilusiones. Unas llagas imaginarias brotaban, a modo de estigmas, de las manos que sostenían el sarcófago del santo. En su cárcel interior, el milenario preso clamaba por su libertad.

¿Cuáles serían sus primeras palabras?

Capítulo 8

Abyssus abyssum vocat in voce

[Un abismo convoca a otro abismo]



¿Existían realmente las maldiciones?

En el antiguo Egipto, los faraones ordenaron construir, a costa de la vida de muchas víctimas, majestuosas pirámides que todavía hoy sobrecogen por su belleza. Esas construcciones sirvieron de grandes mausoleos para los reyes y para todas sus riquezas. Porque en su viaje al Más Allá, el faraón arrastraba consigo todas las riquezas que había acumulado en vida. Esos tesoros, enterrados en una inmensa mole de piedra, despertaron la codicia de los expoliadores y de los profanadores de tumbas. Cuentan que las autoridades egipcias, superadas por la tenacidad y la constancia de los saqueadores, pidieron la ayuda de Anubis, dios de la muerte y guardián de los cementerios. Este respondió a su súplica y para salvaguardar las últimas moradas de los reyes, envió una plaga de maldiciones que cubrió el Alto y Bajo Egipto. A partir de ese momento, todos aquellos que osaron profanar alguno de los mausoleos pagaron eternamente su atrevimiento.

¿Merecería yo también un castigo divino por haber destrozado un bien sagrado? ¡Vaya!, arrullado por el ruido del motor, había dejado que mi mente divagara demasiado. Ciertamente, yo no me consideraba un profanador de tumbas ni tampoco un saqueador de reliquias del cristianismo. El único delito, si se podía llamar así, que se me podía imputar era el de haber recuperado un libro sagrado oculto bajo una piedra centenaria de la catedral de Pamplona.

Deseché cualquier manifestación de culpabilidad y me concentré en el transcurrir del viaje y en mantenerme sujeto dentro de mi escondite. La carretera hacia Zumaya, una comarcal con un firme bastante irregular y jalonado de curvas, obligaba a la furgoneta a dar continuos botes que me hacían saltar de un lado a otro. A pesar de la brusquedad de los movimientos, mantenía fuertemente agarrada, con la misma pasión con la que una madre primeriza sostiene a su bebé, la caja de madera con el símbolo del rey de Asturias. Con cada kilómetro recorrido, me sentía cada vez más convencido de que la Biblia de San Ataúlfo se escondía dentro de esa urna. Decidido a resolver de una vez la incógnita, retiré la manta que me tapaba y expuse la caja a la luz del día. El conductor no podía verme ya que el montón de cajas que inundaba la trasera de la furgoneta tapaba por completo la imagen del espejo retrovisor. Además, el volumen de las cintas se mantenía tan alto que dudo que escuchase algo más que los puntos de meditación del santo José María Escrivá de Balaguer.

La urna lucía una pequeña cerradura de plata, recia, robusta y tan bella como el resto de la caja. Decidí abrirla con la mayor suavidad posible ya que aquella joya de madera no se merecía recibir ni el más mínimo golpe o rasguño. La diosa Minerva, deidad griega de las artes, jamás me lo hubiera perdonado. Rebusqué entre todas las mercancías acumuladas en busca del objeto más adecuado para conseguir mi objetivo. El elegido fue un estilete bellísimo que lucía en su empuñadura un escudo

circundado por el Toisón de Oro y por los emblemas de los reinos de España. Me encontraba por fin en disposición de abrirla. Volví a mirarla con detenimiento y, de nuevo, quedé admirado por su belleza. Estaba labrada con madera de peral y recubierta de oro. La tapa aparecía decorada con plata, esmaltes y numerosas piedras de ágata. Un auténtico tesoro. Si la leyenda era cierta en su totalidad, a aquella caja le correspondía un papel muy importante.

Uno a uno, todos los pormenores de la historia que había leído y que apenas había tenido en consideración hasta aquel momento afloraron en mi memoria. La urna era el valioso presente que Alfonso III, rey de Asturias, regaló a Ataúlfo tras obrarse el milagro del toro. La caja debía servir para conmemorar aquel hecho extraordinario y también para guardar el edicto real que restauraba al obispo en su cargo y le devolvía todas sus atribuciones. Los mejores orfebres asturianos trabajaron día y noche en la confección de esa urna de madera, única e irrepetible, que el propio rey quiso entregar en mano. En un acto insólito y sin precedentes, el monarca puso la caja en manos de Ataúlfo al tiempo que declaró las siguientes palabras: «Asturias ha contraído una deuda imperecedera con el obispo Ataúlfo. Yo, Alfonso III, rey de Asturias, ordeno que todos mis súbditos den cumplido pago de la deuda en esta o en la otra vida. Y maldigo eternamente al asturiano que no sea hombre ni tenga honor y no acate mis designios. Amén». Los años pasaron sin ocasión de poder saldar la deuda mientras Ataúlfo trabajaba incesantemente en la redacción de un misterioso libro. Cuando sintió que la muerte le acechaba mandó llamar a un abate asturiano. Sin testigos indiscretos, el obispo le pidió que guardara y protegiera la obra de toda su vida dentro de la caja de ágatas regalo del rey. A pesar de su debilidad, Ataúlfo prohibió terminantemente que alguien leyera el contenido de su libro. Ese privilegio solo le correspondía a una persona, aseguró: «Un hombre que está por llegar y que mora en el tiempo será quien reciba el mensaje que contiene». El obispo cerró los ojos para siempre y el abate cumplió su palabra hasta el final. Introdujo el libro dentro de la urna con el sello del rey de Asturias y se la llevó hasta su abadía, de la orden de los franciscanos, donde la protegió hasta su muerte. Sus sucesores, religiosos honrados y fieles que compartían el secreto, convirtieron la abadía en el mejor escondite. Pero con el transcurrir del tiempo y sin saber realmente cómo empezaron a llegar a Roma rumores sobre la existencia de una biblia escrita por un obispo español durante sus momentos de ascetismo. La Iglesia manifestó su preocupación por ese libro y exigió su entrega inmediata. La orden, que se difundió entre todas las regiones de España, llegó también a la abadía donde se ocultaba la caja. Los clérigos guardianes, asturianos de honor empeñados en cumplir la promesa de su rey, decidieron cambiar el escondite para garantizar la seguridad de la urna. Un cantero, un hombre de plena confianza que trabajaba en la construcción de la catedral de Pamplona, les facilitó el lugar perfecto. Aprovechando su trabajo con la piedra, el maestro cantero se ofreció a enterrar la caja en el interior de la base de la talla de San Ataúlfo. Los monjes aceptaron su ofrecimiento y, bajo el juramento de no revelar

jamás su paradero, el cantero introdujo la urna dentro de la piedra.

Pero la Iglesia no desistió de su búsqueda y, tras recabar algunas informaciones, requirió la presencia de los franciscanos asturianos. Aunque conscientes del peligro que corrían, los monjes negaron reiteradamente la existencia de la caja y de la biblia. Su negativa constante les condujo al tribunal de la Inquisición y, de ahí, a la hoguera. Testigos de su muerte aseguraron que los franciscanos, rodeados por las llamas, no pararon de gritar hasta su muerte: «Es deuda del rey Alfonso III, es nuestra la alegría de pagarla».

No pude evitar conmoverme al recordar aquella historia. Aquella caja, la misma que yo ahora tenía entre las manos, había despertado la ira de la Iglesia y había conducido a la muerte a unos hombres inocentes. Tras permanecer muchos años encerrada, por fin, alguien iba a leer su contenido. Y ese alguien era yo. Sintiéndome como Indiana Jones a punto de abrir el Arca Perdida, introduje la hoja del estilete en la cerradura y giré en ambos sentidos con sumo cuidado. Un leve chasquido confirmó la caída del último sello. La urna milenaria, desgastada por los siglos transcurridos y por las penalidades sufridas, crujió con suavidad y anunció la capitulación de la que hasta hoy había sido la fortaleza más segura e inexpugnable. La caja de ágatas, el cofre real, la arqueta de San Ataúlfo... ¡había sido destripada!

No me atrevía a levantar la tapa. Las maldiciones egipcias volvieron a revolotear en mis pensamientos. A mi mente accedieron viejos fantasmas y citas amenazantes como la del faraón Ramsés que en su tumba grabó la siguiente advertencia: «Que el cocodrilo en el agua y la serpiente en la tierra estén contra aquellos que hagan cualquier clase de mal contra esta tumba, porque yo no he hecho nada contra él y ellos serán juzgados por Dios». Con un movimiento de cabeza, rechacé todos los presagios aciagos y me recordé a mi mismo que era yo el encargado de abrir la arqueta. Por seguridad, evité utilizar la mano izquierda para levantar la tapa. En su lugar, los dedos de la mano diestra, la única con potestad para bendecir y para recibir protección y buenos augurios, según se describía en los textos más antiguos, agarraron con suavidad la cubierta de la arqueta y la levantaron hasta el tope de los goznes.

Un haz de luz se filtró por una de las ventanillas de la furgoneta, salpicando de destellos las piedras preciosas que tapizaban el cofre. Una lluvia resplandeciente de colores inundó la trasera del vehículo y convirtió un habitáculo sucio y polvoriento en una maravillosa capilla. De entre las vidrieras, envuelto en una nebulosa azulada, vi surgir la imagen del obispo San Ataúlfo. El santo, enfundado en sus vestiduras litúrgicas, alargó los brazos hacia mí y me tendió su Biblia.

En un momento indescriptible, mis dedos acariciaron unas suaves cubiertas de terciopelo, forradas de guadameciles tachonados con clavos. Intenté coger el libro, descubrir su secreto y, por fin, encontrar respuestas en lugar de nuevas incógnitas. Pero el obispo se resistía a desprenderse de su obra más preciada. ¿Por qué retenía la

Biblia? ¿Esperaba quizá de mi boca alguna clave o palabra secreta para culminar la entrega? San Ataúlfo mantuvo la vista fija en mis ojos durante unos segundos. En ese intervalo, su mirada trasladó a lo más profundo de mi ser un mensaje de sosiego y de amor cristiano. Tras mil años esperando la llegada del elegido había llegado el momento y él lo sabía. Sentí que sabía perfectamente cuáles eran mis sentimientos y a qué dificultades me enfrentaba. El santo deseaba hablarme, consolarme, alentarme... ¡pero algo o alguien le impedían hacerlo! Tras trasmitirme con los ojos esa manifestación de impotencia, desvió la vista al libro que sostenía en las manos. Abrió la Biblia por la primera página y entonces, ante mis ojos estupefactos, se obró el milagro. Unos trazos, en una tinta de un color desconocido, empezaron a dibujarse en el papel. De la fusión de las letras nació la frase «Abyssus abyssum vocat in voce». «Un abismo convoca a otro abismo» —traduje mentalmente. ¿Qué significaba aquella expresión?

No tuve tiempo para reflexionar. La furgoneta se detuvo bruscamente y la luz que se reflejaba en las gemas se apagó de repente, arrastrando con ella la visión de San Ataúlfo. Regresé violentamente a la realidad y tardé unos segundos en darme cuenta de la situación y en percatarme de que el libro estaba en mis manos. La puerta trasera de la furgoneta podía abrirse en cualquier momento y yo no sabía cómo escapar. Asustado, escuché el ruido de la llave. Con un movimiento rápido me cubrí de nuevo con la manta y esperé los acontecimientos. Tenía en mi poder, agarrada fuertemente, la Biblia de San Ataúlfo y no estaba dispuesto a soltarla, pasara lo que pasara. Los goznes de la puerta chirriaron al abrirse. Una voz rompió mi calma inmóvil. Una voz clara y, por desgracia, inconfundible.

—Vamos, ¡sal de ahí, querido discípulo! —Contuve la respiración rezando para que mis sospechas no fueran ciertas.

—No te hagas el remolón... sabes que no puedes esconderte bajo una simple manta.

¡No podía ser! ¿Cómo me había encontrado?

—¡Venga... venga! Déjate de juegos y saluda a tu amigo Calatrava.

Ya no tenía sentido mantenerme en el escondite. ¿Cómo me había localizado el maldito monje entrometido? ¿Quién le había informado de mi apresurada fuga? ¿Acaso me había seguido la pista desde el principio y me había dejado escapar hasta encontrar el momento más oportuno? ¡Tranquilidad! Tenía que mantener la calma. Ya había escapado en otras ocasiones del acoso de Calatrava y, en esta ocasión, no iba a ser diferente. Mi primer movimiento estratégico, todavía protegido debajo de la manta, consistió en ocultar la Biblia en el interior de la ropa, debajo de la sotana. Calatrava no me dio tiempo a más. De un manotazo, arrancó la manta que me amparaba. —Mira a quién tenemos aquí —como siempre su tono me sonó falso y sarcástico.

—Hola —¿qué más podía decir?

—Bienvenido. ¿Qué tal tu aventura en Pamplona?

—Me adelanté a los Sanfermines así que no pude disfrutar de sus gentes ni de sus fiestas —si él se mostraba irónico, yo podía pagarle con la misma moneda.

—¡Ja, ja, ja... siempre tan gracioso! Pero lo que me han dicho unos angelitos es otra cosa... —Sin terminar la frase me miró con una sonrisa de prepotencia.

—No sé de qué me hablas —¿a qué angelitos se refería?, ¿estaría hablando de Lucifer y de sus secuaces?

—No hace falta que muestres esa actitud tan defensiva con un viejo amigo.

—Bien, lo haré si dejas de interrogarme.

—Acepto el trato pero antes responde a una última pregunta, ¿de dónde has sacado esa caja?

Miré hacia donde apuntaba su dedo índice y se me heló la sangre. Con la emoción del descubrimiento y la parada repentina de la furgoneta había olvidado por completo esconder la caja de madera que protegía la Biblia. Lamenté mi descuido un millón de veces pero ya era demasiado tarde. Calatrava parecía terriblemente interesado en la arqueta de madera cubierta de piedras preciosas y abandonada en el suelo. Intenté disimular mi contrariedad.

—Esa caja no es mía —respondí sin mucha convicción.

—¿Seguro?... tengo la lista de las muestras que se llevan a la exposición y... veamos... ¡umm!, aquí no aparece ninguna caja de ágatas. ¡Ni rastro de ella! ¿Tienes algo que decir?

—Será un error del responsable del museo catedralicio —inmediatamente me arrepentí de lo dicho. Aquella frase descubriría mis últimos movimientos y Calatrava no iba a perder la oportunidad.

—¿Museo catedralicio? ¿Acaso has estado de visita en la catedral de Santa María de Pamplona? —Sus ojos mostraban un brillo malicioso.

—Bueno, de visita... sí, se puede definir así.

—Si has pasado por allí puede que sepas algo sobre unos destrozos en la talla de San Ataúlfo, por cierto, uno de los santos más venerados en nuestra vieja abadía de Cóbreces.

—De destrozos y de robos no sé nada de nada —declaré con rotundidad.

—¿Robos? ¿Quién ha hablado de robos?

¿Por qué no me mordería la lengua? Mis propias palabras estaban creando un embrollo cada vez mayor. Para disimular mi angustia, desvié mi mirada de Calatrava y centré toda la atención en el cofre de madera. Pero el monje no respetó mi silencio.

—Es posible que esa caja sea fruto de un acto tan infame como un hurto —me miró de forma inquisitorial.

—¡Nada de eso! Te repito que la presencia de la caja en esta furgoneta responde solo a una equivocación del encargado de seleccionar las obras para la exposición. Yo no tengo nada que ver con el asunto.

—Se me está ocurriendo una idea. ¿Qué te parece si me pongo en contacto con los comisarios de la exposición y les pregunto sobre una curiosa caja de madera de

peral, adornada lujosamente con oro, plata, esmaltes y ágatas y que lleva grabada la Cruz de la Victoria del rey de Asturias?

¡Jaque mate! El gesto triunfal de Calatrava delataba su satisfacción al saberse casi vencedor. Resultaba evidente que el monje, una vez más, sabía mucho más de lo que manifestaba. Consciente de que engañarle no era una tarea sencilla, decidí responder a su jugada con un movimiento improvisado.

—Te diré la verdad. Sí, reconozco que soy el responsable de los destrozos de la Catedral de Pamplona pero te aseguro que lo hice por una gran causa. Todo empezó cuando, hace unos años, leí en un viejo cantoral que la base de la talla de un santo ocultaba una reliquia del cristianismo. Tras algunos años de investigación descubrí que esa talla se hallaba en la catedral de Santa María y que representaba al obispo San Ataúlfo. Mi única razón para destrozar la base fue comprobar la veracidad de esas teorías. Esa fue mi única intención.

—¡Vaya, menuda sorpresa! ¡Un cazador de tesoros! ¿Y qué resultados obtuviste?

—¡Un éxito total! —Mi voz derrochaba convicción y felicidad—. Cuando se rompió la piedra de la base, encontré un pequeño recoveco donde estaba escondida esta caja de madera. Y dentro de ella... ¡una gran reliquia! No te la puedes ni imaginar... ¡una parte de la falange del dedo del San Ataúlfo!

—¡Increíble! No recuerdo la última vez que asistí al descubrimiento de una reliquia auténtica —Calatrava parecía realmente impresionado por mi hallazgo.

—Estoy seguro de que hace muchísimo tiempo. Afortunadamente, la investigación y el azar nos han brindado la ocasión de disfrutar de este gran tesoro de la cristiandad —mi inventiva se superaba por momentos, dejando fuera de juego al viejo y astuto Calatrava. Su pregunta dio al traste con toda mi verborrea.

—¿Puedo ver esa falange? —Su boca mostró una amplia mueca que me descolocó por completo.-

—Claro que puedes verla. Pero antes debes darme tu palabra de buen cristiano de que me la devolverás intacta —de nuevo recurrí al torrente de palabras para ganar algo de tiempo y preparar mi respuesta.

—¡Por supuesto!, ¡por supuesto! Palabra de cristiano.

El monje parecía divertirse con la situación creada. Adoptó una mueca burlona y esperó pacientemente a que le enseñara el gran tesoro de la cristiandad. Me miraba expectante como diciéndome «esta vez las palabras no te van a salvar el pellejo». Intenté mantener la calma al tiempo que me devanaba los sesos sobre cómo salir airoso de la emboscada. ¿De dónde podía sacar unos huesos de santo? Realmente los únicos que conocía son los dulces que, con ese nombre, se reparten en la festividad de Todos los Santos. Unos exquisitos dulces de mazapán con forma de canutillos y recubiertos de almíbar que devoré en mis años en la abadía. Mmm, ¡qué ricos eran!

Una vez más, me sorprendí a mí mismo al darme cuenta de que aun en la situación más desesperada mi apetito no disminuía ni un ápice y continuaba tan desbocado e incontrolable como siempre. En lugar de pensar en posibles soluciones

mi mente navegaba ya entre ricas viandas, deliciosos dulces y huesos de santo. Comida, siempre pensando en comida.

¡Eso es! ¡Comida! ¿Cómo había sido tan olvidadizo? Metí la mano en el bolsillo. Sí, allí seguían. Los huesos de las alitas de pollo continuaban en el fondo del bolsillo.

—Estoy esperando. ¿Tienes esa falange o me estás engañando? —El tono de Calatrava era desafiante.

—¿Dudas de mi sinceridad?

Tras tantear los huesos con los dedos, elegí el que me pareció más apropiado para representar una falange. Con un gesto triunfal, lo saqué del bolsillo y lo expuse orgulloso sobre la palma de mi mano.

—Calatrava, monje incrédulo. ¡Aquí tienes la reliquia de San Ataúlfo!

Con la sorpresa reflejada en el rostro, Calatrava descubrió en mi mano un hueso manchado de polvo y mezclado con piedrecillas. Una vez más, la fortuna se ponía de mi parte y la suciedad que arrastraba desde el destrozo de la talla añadía credibilidad a mi actuación.

—¡Es cierto! ¡La reliquia existe! —Por un instante, el monje mostró su cara más modesta y humana.

—Ya te lo dije. Puedes cogerla pero recuerda tu promesa.

—No la olvidaré. Te devolveré el fragmento después de examinarlo con detenimiento.

Lo cierto es que el hueso podía dar el pego. ¿Quién ha visto en su vida la falange de un muerto? ¿Quién ha tenido en sus manos una reliquia cristiana? Muy pocas personas y aún son menos las que se atreven a confirmarlo con plena seguridad. Quién sabe si, con un poco de suerte, el hueso de pollo sería reconocido como antiguo, enviado al Vaticano y, con algo más que suerte, catalogado como un auténtico fragmento del dedo del San Ataúlfo. Ja, ja, ja, todo era posible.

Esos pensamientos de elocuencia burlona fueron zanjados de raíz por la voz de Calatrava.

—El juego ha terminado. Entrégame ya el libro que escondes bajo la sotana.

—¿Qué libro? —Solo el mismo diablo podía conocer su existencia.

—Sé que encontraste la Biblia de San Ataúlfo. No trates de engañarme.

—Pero ¿cómo te has enterado? —Mi pregunta casi mostraba admiración por su perspicacia.

—Mi misión es saberlo todo y llevo muchos años haciéndolo. Y, ahora, basta de charlas y entrégamela.

A pesar de su rotundidad, traté de resistirme un poco más.

—Podría negarme o decirte que la he vuelto a esconder en un lugar donde jamás la encontrareis tú ni tus secuaces.

—No te creo. Nunca te desprenderías de una obra tan valiosa.

—¿Valiosa?, ¿por qué?, ¿qué sabes tú de ella?

Mi arrebató de preguntas provocó la desconfianza inmediata del monje. Permaneció en silencio mientras meditaba la respuesta. Yo también me quedé pensativo aunque mis pensamientos fueron por derroteros muy distintos. Estaba seguro de que el único interés de Calatrava en la Biblia residía en poseerla para poder destruirla. Por algún motivo, aquel texto sagrado parecía incomodarle profundamente. La actitud del monje solo lograba confundirme y no estaba seguro de si realmente representaba al Maligno o si simplemente interpretaba un papel para dar esa impresión. Pero ¿por qué motivos?

Como siempre que me enfrentaba a mis pensamientos, la única respuesta que obtuve en claro fue que realmente estaba perdido, desorientado en todo el sentido de la palabra. Las pocas esperanzas que mantenía cuando escapé de Roncesvalles se habían ido apagando en cada una de las etapas recorridas en el Camino de Santiago. Si al final conseguían capturarme, mis captores tendrían que conformarse con mi cuerpo vacío porque mi alma había volado hacía mucho tiempo y no era capaz de encontrar la forma de hacerla regresar. Furioso por mi impotencia, volqué mi rabia en un meditabundo Calatrava.

—Y bien, ¿vas a contarme lo que quiero saber? ¿Por qué esa Biblia es tan importante?

—Escucha y confía en mí. Responderé a tus preguntas pero antes has de entregarme el libro.

—¿Por qué debo desprenderme de él?

—Porque no te pertenece y, en lo más profundo de tu ser, lo sabes. Tu tarea era descubrir la Biblia y las has cumplido. Tu labor ha terminado y debes decir adiós al libro así como empezar a entender, en parte, cuál es la verdadera misión que se te ha encomendado.

—¿A qué misión te refieres? ¿Por qué no se me revela de una vez el propósito para el que fui elegido?

—Ten paciencia, cuando llegue el momento lo sabrás. Pero, mientras tanto, devuélveme el código.

A veces es mejor no disponer de opciones. Creo que el mayor castigo de Dios hacia el hombre ha sido el darle libertad para decidir su destino. Esta capacidad de decisión ha atormentado al ser humano y le ha colocado frente a innumerables dilemas. Ahora yo me encontraba ante una de esas grandes encrucijadas. Podía entregar el libro y limitarme a esperar la respuesta de Calatrava o bien podía quedarme con la Biblia y leer su contenido en toda su extensión. Según Giordano, el libro contenía con exactitud las claves de mi aventura. Era un relato pormenorizado y exhaustivo hasta el último y fatídico detalle. Conocer toda la verdad me provocaba un vértigo inexplicable ya que, al fin y al cabo, ¿quién quiere conocer cómo va a ser cada momento de su vida y cuándo y cómo va a morir?

—Te hago entrega de la auténtica reliquia encontrada bajo la talla de San Ataúlfo
—mis manos vacilantes rebuscaron entre la ropa y sacaron a la luz el preciado libro. Calatrava lo cogió con una expresión de agradecimiento ilimitado en el rostro.

—Hoy recuperamos algo más que un libro —declaró solemnemente.

—Yo he cumplido mi parte. Es el momento de que cumplas la tuya y me expliques qué contiene esta Biblia.

El monje asintió y comenzó un relato increíble e inquietante, la historia de uno de los textos apócrifos más importantes de la historia del cristianismo. Una obra ignorada pero temida por todas las autoridades religiosas. Yo escuché embebido cada una de las palabras que salían de la boca de Calatrava.

—Como sabrás, en el Apocalipsis se habla de una gran batalla. Según te explicó Giordano durante tu visita a la catedral —con un ademán acalló mi intento de réplica — se trata de una guerra cósmica que ya perdura varios siglos y que enfrenta a los ángeles buenos y a los ángeles malos. Lo que no te contó y sí revela este libro es que existe una profecía donde se detalla cómo será el desenlace de la batalla, es decir, qué debe ocurrir para que, al final, Lucifer y sus huestes infernales sean vencidos y desterrados de los «lugares celestes» que ocupan actualmente.

Hasta ese momento el relato me pareció un cuento para niños, una de esas historias que nos cuentan los aprendices de catequista para abrirnos los ojos al pecado. Pero la explicación no había hecho más que empezar y la verdad que me esperaba era mucho más precisa y terrorífica. Calatrava bajó la voz y adoptó un tono más confidencial.

—Abre bien los oídos porque lo que vas a escuchar está latente en las almas de los hombres desde el principio de los días. Es el secreto para entender en profundidad qué significa tener fe y qué compromiso conlleva. Pero, sobre todo, constituye la revelación clave que permitirá al hombre vencer la maldad y conseguir que el reino de Dios se establezca en la tierra, tal como se especifica en el Apocalipsis 12:10.

El obispo Ataúlfo descubrió la verdad... la única verdad. La vio con sus propios ojos y dicen que le sobrecogió tanto que no pudo plasmarla con palabras y solo pudo recurrir a las ilustraciones. Esos dibujos se guardan en la Biblia que ahora tenemos en nuestro poder. El propio Ataúlfo quiso prevenir sobre su contenido y, a modo de aviso, escribió una cita inicial: «Ay de aquel que ose traspasar esta señal... su alma cristiana sucumbirá en el abismo».

Tras esta declaración los dos nos quedamos en silencio. Calatrava abrió la Biblia con reverencia y con voz profunda leyó en voz alta las dos primeras páginas del códice.

Año 842. Tras el milagro del toro y el indulto del rey Alfonso III me han vuelto a restablecer en mi cargo de obispo. Todos mis enemigos, aquellos que no aceptan mi cruzada para restaurar la disciplina eclesiástica en los monasterios y acabar con los excesos carnales del clero, tendrán que esperar una nueva oportunidad.

Ahora sé, sin atisbo alguno de duda, que la vida pecaminosa del clero y los pecados de la carne son en realidad obra de los ángeles caídos. El arcángel Miguel me ha revelado que existe un terrible combate entre el Bien y el Mal para hacerse con el control de la tierra. El malvado Satanás, aunque fue herido de muerte en la cruz (Génesis 3:15), representa un poderoso enemigo que no cede ni se rinde con facilidad. Él comanda las tropas del ejército del Mal; es el gran enemigo a vencer.

La clave de esta batalla cruenta y eterna reside en los hombres. La incapacidad de los ángeles buenos para

expulsar de manera definitiva a Satanás y a sus ejércitos malignos devuelve todo el protagonismo a los seres humanos. Sin ellos, los ángeles buenos no pueden ganar esa guerra. Necesitan de nosotros y, especialmente, de los redimidos y de los escogidos para asestar el golpe final que acabe con el conflicto. Y yo, según me ha revelado el arcángel Miguel, soy uno de esos grandes escogidos. Cuando escuché sus palabras empecé a comprender la importancia que cobraba mi vida. Mi papel era clave para equilibrar la balanza a favor de los ángeles buenos en la decisiva batalla final.

Pero no supe cumplir mi misión. Luché y sin embargo fracasé en el combate más importante de mi existencia. Mi alma sucumbió a los poderes del reino de la maldad y mi derrota permitió que la lucha continuase cien años más.

Esta es mi historia. He querido dejar constancia de mi experiencia en estas páginas, con la esperanza de que otro «elegido», con más fortuna que yo, recupere su contenido y consiga lograr lo que yo no he sido capaz: la victoria definitiva sobre el Mal. Ojalá que mi sucesor lo consiga y, por fin, la profecía se cumpla. Que aquel que lea estas palabras se sienta llamado para la gran misión.

Un elegido salvará al ángel caído que desea retornar.

Dios, en su inmensa misericordia, lo acogerá.

El elegido, en pago a su sacrificio personal,

podrá elegir su vida o la de uno más.

Calatrava y yo permanecemos en silencio tras la lectura. La solemnidad de sus últimas palabras martilleaba mi cerebro. Finalmente, levantó la cabeza del libro y me atravesó con la mirada.

—Parece que has sido elegido para una importante misión, querido discípulo —dijo Calatrava mientras me miraba con esos ojos que tanto me aterraban.

—Yo no estaría tan seguro.

—¿Por qué dudas?

—No he recibido ninguna revelación ni nada por el estilo. Además, yo no soy un cristiano modélico ni ejemplar como lo era el obispo Ataúlfo.

—No repliques, él habla de los redimidos o de los escogidos. ¿A qué grupo perteneces tú? —Su pregunta adquirió un extraño tono burlón.

—Sinceramente, ¡no lo sé! —Mi grito salió de la desesperación y de la impotencia.

Me sentía terriblemente desorientado y mi cabeza no dejaba de dar vueltas en pos de una respuesta que no encontraba. Ahora, más que nunca, debía emprender el viaje a la Abadía. Allí se encontraba mi querido Guillermo, experto y consejero, el único capaz de ofrecerme una solución válida a todos mis dilemas. Pero antes debía deshacerme de la compañía siniestra de Calatrava.

—Si me lo permites, voy a guardar en su caja original la Biblia de San Ataúlfo —dijo el monje a la par que acariciaba casi con veneración las tapas del libro.

—Será lo mejor. No queremos que sufra ningún daño un texto tan clarividente.

—Voy a depositarla en un sitio más seguro. ¿Me esperas aquí?

—¡Aquí mismo, no me moveré! —contesté con rotundidad, casi sin poder disimular la alegría. La oportunidad de fugarme sin testigos se me ponía plenamente en bandeja.

Calatrava comenzaba a alejarse unos pasos cuando, de pronto, pareció leer mis pensamientos. Se detuvo bruscamente y me habló con una sospechosa parsimonia.

—Me voy tranquilo porque sé que jamás te gustó conducir e imagino que seguirás sin tener el permiso de circulación.

—Una vez más, aciertas. Jamás he puesto las manos encima de un volante.

—Entonces, no se te ocurrirá escapar con la furgoneta. Ja, ja, ja...

—Sería un milagro que consiguiese ponerla en marcha —contesté con el mismo tono de guasa que él me dirigía.

—¡Muy bien! En unos minutos estaré de vuelta y te acompañaré a la Abadía.

—¿Cómo dices? ¿La Abadía? ¿Qué Abadía?

—No intentes engañarme porque no te servirá de nada. Llevas varios días huyendo de mí y, por la dirección de tus pasos, solo puedes dirigirte a nuestra querida Abadía de Santa María de Viaceli, en Cóbreces. ¿Me equivoco en mi deducción?

—Mmmm —¿para qué negar lo evidente? Decidí responder con sinceridad—. Sí, ese es mi destino. Creo que allí encontraré la clave de este enigma.

—Tengo que reconocerte algo... El hecho de que encontraras una Biblia que llevaba más de mil años oculta me ha impresionado muy gratamente. Tu hazaña demuestra que eres un digno elegido. Solo tú has encontrado lo que otros han buscado durante siglos. ¡Estoy orgulloso de ti!

—No me halagues. Soy inmune a tus bagatelas.

—No intento adularte. Cada una de mis palabras se ajusta a la verdad.

—Viniendo de quién vienen, el ser que peor me ha tratado a lo largo de mi vida, las tomaré como un gesto de buena voluntad —aquel cruce de halagos y rechazos comenzaba a agotarme y quise zanjar la conversación. Quería recuperar la soledad.

—¡Como quieras! Pero te digo que algún día recordarás estas frases y me lo agradecerás. Vuelvo en unos minutos.

Calatrava se alejó lentamente. Antes de desaparecer por completo se giró, me lanzó una última mirada y me sonrió. Siempre realizaba los mismos gestos como preludeo de mi fuga. Estaba claro que quería ponerme a prueba y comprobar cuál era mi reacción. Pero en ese momento yo ya no soportaba más pruebas. Tenía que salir de allí como fuera.

Sin detenerme a pensar, subí en la camioneta. Al ver las llaves en la toma de contacto supe que la suerte por fin me iba a acompañar. Solo me quedaba arrancar aquel trasto, girar la llave y sería libre. Mi vehículo de fuga no parecía difícil de manejar. Con más de treinta años a cuestas, era una furgoneta vieja, destartada y con un aspecto peor que el de Matusalén. Con el valor que acompaña a los inexpertos, giré la llave de contacto y el motor comenzó a emitir un sonido que me recordó a los ronquidos de mi querido Guillermo. ¡Cómo roncaba el Abad!

Empecé a jugar con los pedales. No tenía claro para qué servía cada uno. El

de la derecha parecía acelerar y aumentar el estrepitoso sonido del motor. El central no hacía nada y el de la izquierda, tampoco nada. No lo entendía. ¿Para qué poner tres pedales, cuando solo hacía falta uno? Misterios de la industria de la automoción. Intenté meter una marcha pero unos chasquidos me convencieron de que mis movimientos no eran los correctos. Entonces, pisé los tres pedales alternativamente hasta que conseguí que el armatoste comenzase a moverse. Ya solo me quedaba controlar la dirección y alejarme del muro, con el rótulo Museo Zuloaga, al que me acercaba peligrosamente.

A falta de conocimientos teóricos, recurrí a las enseñanzas de las viejas películas. En una de ellas recordé que el protagonista utilizaba una palanca de cambio casi exacta a la que yo tenía ante mí. Emulando al actor, pisé el pedal en cuestión y empujé hacia atrás. ¡Eureka! La furgoneta empezó a retroceder. Conseguí, por fin, salir del recinto del museo aunque en mi carrera desenfrenada hacia atrás entré en un corral que colindaba con el edificio. Varias gallinas saltaron alocadas por el patio al verme imitar a un corredor de fórmula uno.

Afortunadamente, conseguí detener la camioneta e intenté cambiar la marcha para iniciar la tan deseada huida. En ese instante, apareció Calatrava que, asombrado por el milagro de ver a su querido discípulo al volante, hizo un gesto para detenerme. Ignoré su orden y pisé hasta el fondo el acelerador. Milagrosamente, la dichosa marcha entró correctamente y, a toda velocidad, abandoné el pueblo de Zumaya. Tras cinco minutos de conducción me sentí como un gran profesional de la carretera. Sin embargo, el retrovisor de la ventanilla delataba mi falta de pericia. El espejo estaba desplazado y tenía adheridas algunas plumas. ¡Pobres gallinitas!

Coloqué el retrovisor en su posición original y me dispuse a disfrutar de mi primer viaje como conductor. En ese momento, el espejo me descubrió que alguien me seguía. Unos metros más adelante no tuve duda alguna. Calatrava, montado en una motocicleta, volvía a convertirse en mi perseguidor. Pero yo no volvería a dejarme capturar tan fácilmente. Con los nervios de acero, apreté el acelerador hasta el fondo. La aguja de la velocidad tembló y casi pareció salirse del velocímetro. La moto de Calatrava comenzó a perderse en el horizonte pero yo no aflojé la marcha.

La carretera discurría por la costa y sus curvas sinuosas y sus constantes pendientes no favorecían la conducción. Además, comenzaba a lloviznar y la visibilidad empeoraba por momentos. Busqué con los dedos el botón del limpiaparabrisas pero no lo encontré. Ya no pude ver más. Del accidente solo recuerdo un estrepitoso golpe que me hizo perder la consciencia. Una curva muy cerrada, un firme tremendamente mojado y un conductor inexperto fueron las tres variables que provocaron la catástrofe. La furgoneta rodó por un terraplén y, tras varias vueltas de campana, se quedó muda para siempre. Mi cuerpo rebotó innumerables veces contra el techo abollado. Confusión, dolor, desorientación, mis sentidos me abandonaron... un último suspiro con olor a gasolina.

¿Un accidente estúpido había acabado con mi vida?

Capítulo 9

Viri infelicis procul amici

[Los amigos están lejos del hombre desgraciado]



¿Hasta dónde es capaz de llegar el hombre?

A lo largo de la historia, algunos pueblos han conseguido vencer la batalla del olvido y llegar a nuestros días con una etiqueta perfectamente identificable, con unos rasgos diferenciadores que forman parte de su propia identidad. Así, los judíos son, por elección divina, el «Pueblo de Dios». A los fenicios les acompaña la fama de expertos comerciantes mientras que los babilonios arrastran desde sus inicios el distintivo de corruptos y malvados. Los egipcios figuran como colosales arquitectos y los griegos, como los mejores cultivadores del conocimiento y de la lógica. Por su parte, los romanos y su poderoso imperio son un ejemplo de un pueblo guerrero y conquistador. Igual o mayor importancia han tenido los árabes en el desarrollo del pensamiento y de la cultura. Todos estos pueblos conforman la herencia de nuestra cultura. En las raíces de todos ellos se encuentran los pilares de la civilización actual.

Empecé a recuperar el conocimiento, perdido tras el accidente. No sabía muy bien dónde me hallaba. Tan solo sentía que me encontraba en posición horizontal y que me dolía todo el cuerpo. La visión, difusa y borrosa, me impedía distinguir con claridad. Poco a poco, comencé a recuperar la conciencia y a darme cuenta de mi situación. Mi cuerpo, magullado por los golpes sufridos en la caída, reposaba sobre un viejo camastro. Intenté acceder a mi memoria en busca de respuestas, pero mis últimos recuerdos se ceñían exclusivamente al momento del accidente. Miré a mi alrededor con ansiedad. La habitación era oscura y las ventanas, completamente cerradas, aparecían cubiertas con una tela oscura para evitar que se filtrase la luz. Una pequeña tronera, situada en el fondo de la estancia, aportaba la única nota de claridad. La sala olía a aceite, con un hedor bastante desagradable. Inmediatamente, me percaté de que el tufo provenía de un pequeño candelabro colocado sobre una pequeña mesa destartada, situada muy cerca de mí. Pero había algo más encima de aquel viejo tablero. Me sobresalté al descubrir un puñal desenfundado y con el filo apuntando en mi dirección. ¿Qué intenciones ocultaban mis cuidadores? La situación parecía preocupante. Intenté levantarme y escapar de allí lo antes posible pero mi cuerpo magullado me lo impidió con firmeza. ¡No podía moverme!

Paralizado por el dolor, solo me sentía capaz de formular preguntas sin respuesta: ¿qué había ocurrido después de salirme de la carretera?, ¿quién me había auxiliado?, ¿volvía a estar preso en uno de los centros de Calatrava? Pero la memoria y los recuerdos se habían volatilizado. ¿En qué se convierte un ser humano cuando los extravía? Ya me consideraba un alma en pena y ahora debía añadir un nuevo estado: *Mente en pena*. Solo me quedaba conformarme con lo que el destino tenía reservado para mí.

Reanudé los esfuerzos para levantarme pero mi cuerpo me castigó una y otra vez. Tenía las fuerzas diezmadas y, agotado, terminé por desplomarme sobre la cama entre

suspiros de derrota. El ruido debió de alertar a los que me habían recogido. Todavía no conocía sus intenciones. ¿Cómo debía llamarlos?... ¿Salvadores o carceleros?

Unos pasos se aproximaron rápidamente. El sonido metálico de una llave liberó el cerrojo de la que parecía estar destinada a ser mi nueva mazmorra. Varios individuos accedieron al interior y se situaron a un metro de distancia. Por la frecuencia e intensidad de sus pasos, calculé que debían de ser tres hombres fornidos. Estuvieron observándome varios minutos sin emitir una sola palabra. ¿Por qué callaban? Una leve y sincronizada respiración. Nada más parecían estar dispuestos a ofrecermelo después de haberme auxiliado en la carretera.

Abrí los ojos e intenté ver a mis benefactores. La luz del candil se difuminaba levemente hasta alcanzar mis pies. Más allá, todo desaparecía en la negrura. Tres sombras, tres siluetas difusas permanecían inmóviles y silenciosas. No mostraban la menor intención de romper con su actitud así que tuve que ser yo mismo quién iniciase la conversación.

—Buenos días, señores. Ante todo quiero agradecerles lo que han hecho para ayudarme. ¿Podrían decirme dónde me encuentro? —No hubo respuesta.

—¡Veamos, caballeros! ¿Quiénes son ustedes y qué quieren de un simple peregrino del Camino de Santiago? —Mi pregunta volvió a quedarse en el aire.

Las sospechas comenzaron a bombardear mi mente. ¡Volvía a estar preso de Calatrava! Una vez más, sus secuaces habían descubierto mi paradero y, una vez más, volvía a estar retenido. Aunque, en esta ocasión, mis carceleros parecían mucho más duros y me torturaban con su silencio. Eso es, ¡silencio! Sin duda, me encontraba en la celda de alguna abadía regida por la regla del silencio absoluto, en manos de una comunidad religiosa profundamente ascética que acabaría con las exiguas posibilidades de conocer mi verdadero destino.

Mi tiempo limitado me obligaba a proceder desesperadamente. Las fuerzas no me acompañaban y lo sabía. Si lo hubiesen hecho me habría puesto en pie y, utilizando la violencia necesaria, habría escapado del recinto religioso. Pero la dura realidad pasaba por asumir la impotencia que me tenía postrado en una cama.

Aunque visto desde otro enfoque, ¿sería capaz de mostrarme violento con esos monjes? ¿Aceptaría dañar a otros con el único objetivo de seguir el camino? Sí, un hombre sabe de lo que es capaz cuando la situación y los condicionantes lo ponen a prueba. Y la oportunidad de comprobarlo se me presentó repentinamente. En la mesa, junto al candil, continuaba el puñal. No podía incorporarme pero coger un arma... ¡eso sí que podía hacerlo! Alargué el brazo con firmeza y así el cuchillo. Los monjes parecieron inquietarse. Un paso al frente de uno de ellos, aunque inmediatamente rectificado, confirmó mi victoria. ¡Ahora mandaba yo!

—Quiero que me ayuden a levantarme y a salir de su abadía. Si no lo hacen, ¡va a ocurrir una desgracia! —Silencio como respuesta. Aquellos individuos no parecían tomarme en serio.

—No estoy bromeando. Si no obedecen mis órdenes uno de ustedes no podrá seguir rezándole al Señor bajo el techo de este monasterio —se podía respirar la tensión, pero sus figuras se mantuvieron estáticas.

—Les aviso por última vez. Tengo un cuchillo y lo utilizaré. ¡Acérquense!

Mis amenazas no consiguieron quebrar, en lo más mínimo, el mutismo de mis carceleros. La firmeza al preservar su silencio era encomiable. Así que opté por una segunda y más contundente amenaza.

—Si no es por vuestra alma, será por la mía —decidido, coloque el filo del cuchillo a apenas unos milímetros de mi cuello.

—¿Me han oído bien? Voy a cortarme el cuello si no me ayudan —quizás no entendían correctamente el idioma. Decidí intentarlo en latín—. «Nemo nisi mors» (nadie, sino la muerte nos separará).

La afilada punta de la daga atravesó ligeramente mi carne. Por su brillante y afilada hoja se deslizaron unas gotas de sangre. Mis ojos irradiaron la firmeza inquebrantable del mártir que está dispuesto a dar su vida por sus creencias.

En ese momento, las tres sombras mudas rompieron su impasibilidad y mostraron un esbozo de caridad cristiana. Uno de ellos extendió su mano y con un gesto me indicó que detuviese aquel acto execrable. Después extrajo una pequeña libreta de uno de sus bolsillos y escribió algo. A continuación, arrancó la página y la lanzó al aire. Lentamente, haciendo un zigzagueo suave, el retazo de papel cayó sobre mi pecho. ¿Qué significaba aquello? Recogí el papel y lo que allí estaba plasmado me dejó sin argumentos: «Tua est».

—¿Cómo que es mía? Esta daga no puede ser... ¡Un momento! —Recapacité unos segundos y dejé la frase sin terminar.

¿Cómo había olvidado que me pertenecía? El arma que sostenía en la mano era la misma que descubrí en la furgoneta dentro de un estuche aterciopelado. Retiré inmediatamente aquel estilete de mi cuello y observé el escudo que tenía grabado en su empuñadura.

—Les pido disculpas. He pasado por unas experiencias muy estresantes estos últimos días y pensaba que me tenían retenido contra mi voluntad —a pesar de mis explicaciones, los tres desconocidos permanecieron encerrados en su mutismo.

—¿Cuál es la razón de que no quieran comunicarse verbalmente?

De nuevo, una hoja de papel voló a mis manos. En ella, una expresión latina: «Non omnia possumus omnes» (No todos podemos hacer todo).

Sin duda, había juzgado mal a aquellas personas. En ningún momento habían intentado hacerme daño o retenerme contra mi voluntad. Todo lo contrario, recogieron mi cuerpo malherido del lugar del accidente e intentaron curarme las heridas.

Aunque su buena voluntad no explicaba por qué no decían una sola palabra.

—¿Pueden avanzar un poco a la luz para verles la cara?

Estaba deseoso de ver el aspecto de mis salvadores. Pero ellos hacían caso omiso a mis indicaciones, permaneciendo quietos e inmóviles en la penumbra.

—Está bien, si desean permanecer en el anonimato, lo respetaré. Pero necesito saber quiénes son ustedes. ¿Son monjes frailes, eremitas, ladrones, fugitivos...? ¿Qué? —Una expresión de firmeza acompañó mis últimas palabras.

La secuencia de los mensajes escritos volvió a repetirse. El individuo que estaba situado en el centro, posiblemente el líder, volvió a sacar la libreta y escribió algo. Me lanzó el papel. En él solo había una palabra: «agotes».

—¿Agotes? ¿Quiénes son? —Jamás había oído hablar de ellos.

Permanecí postrado en aquella cama, recuperándome del accidente, durante dos días completos, con sus largas noches. En ese espacio de tiempo tuve la ocasión de mantener numerosos aunque breves intercambios de palabras y de frases. Gracias a esas extrañas charlas aprendí que los agotes, las personas que me habían acogido y curado, pertenecían a una especie de raza o comunidad diferente. Habitaban diferentes zonas del territorio español (País Vasco, Navarra y Aragón), aunque originariamente provenían de Francia. Durante siglos fueron despreciados, sobre todo por vascos y navarros. La razón de este rechazo estaba relacionado con su aspecto, muy diferente al del resto. Los agotes tenían el pelo rubio, su piel era extremadamente blanquecina y con el lóbulo de las orejas pegado. Les acusaban de tener mal aliento y, algunas leyendas poco veraces, de poseer un rabo.

Esto fue lo que aprendí después de intercambiar, durante más de doce horas, un sinfín de papelitos escritos en latín. Deseaba conocer más detalles de esa especie de comunidad secreta pero si sus integrantes no articulaban palabra, difícilmente podría conocer aspectos varios de su historia. Tenía la intención de permanecer postrado en la cama veinticuatro horas más y, una vez recuperado los niveles mínimos de salud, reemprender el camino. Hasta que llegara ese momento, estaba ansioso por indagar en profundidad sobre los agotes. Debía arrancarles el máximo de información ya que, por alguna razón, ellos habían aparecido en mi camino. Estaba seguro de que tenían algo en su poder que yo iba a necesitar en el futuro.

Decidido a conocer más datos, cogí uno de los papeles y escribí la expresión latina «Facilius per partes in cognitionem totius adducimur» (Es más fácil entender las partes que entenderlo todo).

La lectura de esa frase conmocionó a mis salvadores. En cuanto terminaron de leerla desaparecieron de la habitación. Cuando volvieron eran muchos más. Debía haber, según deduje por las siluetas, como veinte personas. También me pareció distinguir varias figuras infantiles. De pronto, uno de ellos levantó el brazo. Como respuesta a su gesto, las telas que cubrían las ventanas cayeron y, tras abrir los postigos, un torrente incontrolado de luz inundó la habitación.

Mis ojos, acostumbrados a la oscuridad, recibieron el choque brutal de la luz y se cerraron durante unos segundos. Poco a poco, los abrí y descubrí las figuras de unos

seres extraños. Pasaron unos cuantos segundos más y lo borroso se tornó en detalle, lo oscuro en claridad, lo negro en blanco y, sobre todo, lo normal en abstracto. ¡Dios, lo que veía no podía ser cierto!

¡Los agotes eran leprosos!

Ante mí, un grupo de veinte personas, sin ropa, mostraba, de forma impúdica, sus cuerpos desnudos. Unos cuerpos sembrados de erupciones cutáneas y pústulas. La mayoría había perdido el vello corporal, incluidas las cejas, y presentaba numerosas manchas blanquecinas y aplanadas. Todos cubrían con pañuelos la boca y la nariz. También llevaban enfundadas las manos dentro de gruesos guantes de piel.

Ahora entendía su silencio y su comportamiento. Desde el primer momento habían limitado las visitas por temor a un posible contagio. Sin embargo, dada mi insistencia y mi empeño en conocerlos mejor, ellos quisieron complacerme y mostrarse como realmente eran.

Tras la presentación colectiva, empezaron a abandonar la habitación hasta que solo quedó uno, aquel que menos secuelas visibles tenía en su cuerpo. Levantó la mano haciendo un gesto familiar y lo reconocí de inmediato. Ese hombre había sido el encargado de curarme y de comunicarse conmigo mediante papelitos. Allí estaba mi salvador. No podía expresar el inmenso agradecimiento que sentía por su esfuerzo.

—¿Puedo hacer algo por ti? —Le miré con compasión, convencido de que su tiempo se acababa.

Su brazo señaló a un libro que descansaba sobre la mesa. Al instante, una hoja escrita volvió a caer lentamente sobre mi cuerpo. En ella aparecía una expresión en latín: «Verba volant, scripta manent» (La palabra vuela, lo escrito permanece).

—¿Qué quieres decirme? ¿Quieres que lea este libro? ¿Por qué?

Asintió con la cabeza en dos ocasiones y, sin dirigirme una última mirada, abandonó definitivamente la habitación. Sin saber por qué sentí que sus gestos eran una despedida y que jamás volvería a ver a ese grupo de leprosos.

Tomé con miedo, y algo de rechazo, el libro que los agotes habían depositado sobre la mesa. Estaba seguro de que habrían tomado las medidas sanitarias adecuadas pero el miedo a contagiarme de lepra existía y no debía bajar la guardia. De un vistazo me percaté de que el libro estaba confeccionado a partir de finas láminas de madera. Recordé entonces que, desde la Edad Media, se creía que este material tenía la cualidad de ser un pésimo conductor de enfermedades. Ojalá fuera así.

Fijé la vista en la cubierta del libro y me sorprendí con su título: «Viri infelicis procul amici», o lo que es lo mismo, «Los amigos están lejos del hombre desgraciado». Sin dilación me sumergí en las primeras páginas de aquel extraño libro. A los pocos minutos de lectura, me di cuenta de que me encontraba ante el sorprendente relato de la historia de los agotes y de todas sus terribles vicisitudes.

Descubrí que los primeros escritos sobre su existencia databan del siglo XIII. Según contaba el libro, la comunidad de los agotes descendía directamente de los albañiles que Hiram utilizó para levantar el templo de Salomón (966 a. C.). De

acuerdo con la versión del autor del libro, Dios, enfadado por el pésimo resultado de la obra, castigó a los agotes a sufrir eternamente la lepra.

Víctimas de esta enfermedad, los agotes fueron rechazados y discriminados a lo largo de la historia. Uno tras otro, sufrieron el desprecio de todos los pueblos con los que mantuvieron contacto. Incluso llegaron a inventar todo tipo de leyendas sobre ellos. Una de ellas aseguraba que si un agote tocaba una manzana con alguna de sus manos, esta se arrugaba y su sabor se volvía vomitivo.

Otra habladuría, proveniente del norte de España, lugar donde habitaron muchas de estas comunidades, confirmaba la cojera que sufría la mayoría de los agotes. Además, se decía que donde pisaban nunca jamás volvía a crecer la hierba. Como medida de prevención, los pueblos de Navarra y País Vasco exigieron a sus dirigentes que promulgaran una dura ley para obligarles a que no caminasen descalzos. Si a alguno de ellos se le sorprendía sin calzado se le castigaba y se le quemaba las plantas de los pies con hierros candentes.

Rodeados de enfermedad y blanco de todas las burlas y desprecios, los agotes encontraban grandes dificultades para ganarse el pan. Al ser considerados unos enfermos muy peligrosos solo se les permitía trabajar la piedra y la madera. Dos materiales que, se pensaba, no podían transmitir enfermedades. Se especializaron, por tanto, en esos trabajos y de esa forma llegaron a convertirse en los mejores y más brillantes canteros y carpinteros de su época. Manejaban con tal maestría la piedra y la madera que los Templarios acudieron a ellos para levantar su imperio. De esta forma, los agotes fueron los responsables directos de la construcción de catedrales, iglesias y ermitas. Sin embargo, según detallaba el libro, la relación entre los agotes y la orden del Temple estuvo siempre marcada por la tensión y el recelo entre ambas partes ya que El Temple se negaba a reconocer a los agotes su participación en la construcción de esas majestuosas obras arquitectónicas. Como respuesta, los agotes comenzaron a poner marcas de cantería para identificar sus trabajos. Los Templarios consideraron su actitud como una deslealtad y, en castigo, iniciaron una persecución contra ellos. Una persecución que se prolongó durante muchos años, hasta expulsarlos de sus tierras. Aquellos que no fueron capturados sufrieron el destino de un pueblo condenado a la clandestinidad.

Además de hacer un recorrido por toda la historia de los agotes, el libro contenía una completa lista de las ermitas, catedrales, castillos y abadías que los agotes aseguraban haber construido a lo largo del Camino de Santiago. Cada una de estas obras estaba señalizada e identificada con su propia marca de cantería.

Al terminar de leer aquel increíble relato sentí una mezcla de fascinación y de rabia. ¡Dios santo! ¡Qué maravilloso descubrimiento y qué injusta era la historia! Los romanos serían recordados por sus conquistas, los fenicios por ser los padres del comercio mundial, los griegos por su inmensa capacidad de razonar, los árabes y los

egipcios serían coronados por sus bellas creaciones arquitectónicas pero... ¿y los agotes? ¿Quién se acordaría de los agotes? Para ellos la historia tenía reservada la peor de las maldiciones: el olvido más absoluto. Habían levantado grandes catedrales, hermosas iglesias, sublimes ermitas y criptas... todo en vano. Jamás serían reconocidas sus hazañas artísticas y otros se apropiarían de ellas.

Aquel descubrimiento actuó como un revulsivo para mi espíritu y mi cuerpo maltrecho. Había llegado el momento de retomar el viaje hacia la abadía de Santa María de Viaceli. Me incorporé, cogí el libro y abrí la puerta de la habitación. ¡Menuda sorpresa! Estaba en lo más profundo de un bosque y la luz apenas conseguía filtrarse por las copas de los gigantescos y robustos árboles. Miré a mi alrededor en busca de mis protectores. Grité... grité lo más fuerte que pude: «¡agotes!... ¡agotes!, ¿dónde os ocultáis?». No obtuve respuesta y mi voz se perdió en el fondo de la espesura. De pronto, lo entendí, ¿cómo iba a localizar a un pueblo que estaba acostumbrado a vivir durante siglos en el más absoluto anonimato?

Me los imaginaba observándome entre los árboles. Ocultos, como animalillos salvajes que, siguiendo sus instintos, evitan el contacto con su peor enemigo: el hombre. Ellos habían desaparecido pero antes de desaparecer habían dejado algo para mí, según descubrí detrás de uno de los árboles. Una bicicleta y un sobre. Estaba claro que mis protectores habían mostrado mucha más humanidad que cualquiera de las personas con las que me había topado desde el inicio de mi viaje. Abrí el sobre y, para mi sorpresa, descubrí en su interior un mapa que indicaba mi posición actual y el camino que debía seguir para llegar a la abadía de Santa María de Viaceli, en Cóbreces. Miles de preguntas volvieron a invadir mi mente. ¿Cómo podían conocer con tanta exactitud mi destino? Mientras lo meditaba, comencé a pedalear con mi nuevo vehículo.

Ya no recordaba cuándo había sido la última vez que había montado en bicicleta. En los últimos tiempos mi relación con el ciclismo se reducía a ser mero espectador. Cuántas veces había disfrutado cómodamente, frente a un televisor, del esfuerzo y sacrificio de héroes como Miguel Induráin o Perico Delgado al coronar el Alpe D'Huez. Mi hazaña al manillar no era equiparable a la de ellos aunque sabía desenvolverme con cierta soltura. Pero, a pesar de mi pericia, transitar por caminos embarrados y repletos de piedras de todos los tamaños no resultaba cómodo ni sencillo. Además, mis piernas entumecidas me recordaban constantemente mi lamentable estado físico. En un par de ocasiones me precipité contra el suelo pero me levanté rápidamente para aprovechar los pocos minutos de sol antes del ocaso. Caía ya el atardecer y la noche acechaba.

Avanzaba con dificultad pero avanzaba. Las estrellas habían cubierto totalmente el cielo y la luna llena brindaba la luz necesaria para continuar camino. A lo lejos, una tormenta bramaba violentamente. Debía apresurarme o las condiciones climáticas empeorarían mi trayecto.

Atravesé varias localidades fantasmas en las que no vi a ser humano alguno. ¡Ya estaba acostumbrado! Poco a poco y a ritmo de pedalada dejé atrás los pueblos de Sondika, Portugalete, Zierbana... De pronto, mis ojos toparon con un mojón de piedra, coronado con la concha de vieira. Era la entrada en los dominios del camino cántabro, por la ruta costera. Aceleré el pedaleo. La intensa emoción que sentí al pisar el suelo de Cantabria, la tierra donde se alzaba la abadía de Santa María de Viaceli, hizo que la impaciencia por llegar se descontrolase. Ya casi podía imaginar a Guillermo aconsejándome sobre lo que debía hacer para superar la dura prueba que Dios había colocado sobre mi alma.

Mi fuerte ritmo a lomos de la bicicleta permitió que atravesase en poco más de una hora varios pueblos costeros: Castro Urdiales, Islares... Sin embargo, el cansancio empezaba a hacer acto de presencia y comenzaba a menguar mis fuerzas. Así, en varias ocasiones estuve a punto de salirme del sendero y estrellarme contra un árbol. «Un poco de descanso no me vendrá mal» —me dije con muy buen criterio. Me desvié unos metros para acceder a una pequeña playa que se encontraba apartada del camino. Aquel lugar me proporcionaría el descanso y la seguridad que tanto necesitaba en esos instantes. Estaba satisfecho por el tramo recorrido, más de 35 kilómetros en poco más de dos horas. Me tumbé en la arena y contemplé la belleza salvaje del «Sinus Kantabrorum». Así lo llamaban los romanos, «el océano de los cántabros».

Un resplandor, nacido en las entrañas del astro lunar, se reflejaba sobre el Mar Cantábrico; ese golfo que escapó del océano Atlántico para refugiarse en las costas españolas y francesas. Sus aguas, ni gélidas ni tropicales, representaban la transición natural entre los mares fríos del norte y los cálidos del sur. Recordé que Eolo, dios griego del viento, jugaba con sus aguas y las agitaba con intensidad provocando olas de gran altura. Esas olas de tres metros se desplazaban ahora hacia la orilla, feneciendo a los pies del peregrino.

Disfrutaba de este y de otros pensamientos cuando... ¡Mis ojos me engañaban! De aquel desierto de salino comenzó a emerger la hija de Poseidón. ¡Era un espejismo!... ¡Un espejismo deslumbrante!, no cabía otra explicación. Fascinado, contemplé como una niña pequeña, de unos seis años, comenzaba a salir de las aguas y se aproximaba hacia mí. De pronto, aquel ser increíble comenzó a hablar.

—Buenas noches, caballero. ¿Quién sois?

—¡Eh!... hola, niña —la sorpresa me dejó sin habla—. ¿De dónde has salido?

—Del mar, por supuesto. Hoy vine a darme un baño con mis padres pero han debido de olvidarse de mí.

—¿Olvidarse? ¡Eso es imposible!

—¡No es la primera vez!... Ja, ja, ja... —¿cómo podía reírse de una desgracia de ese calibre?

—¿Te ha ocurrido en más ocasiones?

—Alguna que otra vez. Pero siempre encuentro una persona amable que me acompaña y regreso con ellos.

—Imagino que vivirás cerca de aquí. No te preocupes, yo te llevaré a tu casa.

—Muchas gracias. ¿De dónde venís?

—Vengo de Roncesvalles. Estoy haciendo el Camino de Santiago y me dirijo a un pueblecito llamado Cóbreces, que está muy cerca de Santillana del Mar.

—¿Santillana del Mar? Es allí donde tengo que ir para reunirme con mis padres. ¡Perfecto! Iremos juntos haciéndonos compañía.

¡Qué situación más desconcertante! No podía asegurar si la niña estaba allí antes de llegar yo o si había surgido milagrosamente de las aguas. Sus padres, supuestamente, la habían dejado olvidada tras un día de playa en pleno invierno. Y, ahora, ella me aseguraba que su destino coincidía con el mío. ¡Extraño! ¡Muy extraño!

—Todo esto es muy raro, casi no puedo creérmelo. ¿Puedes asegurarme que estás viva? —Quizá aquella criatura era solo una visión, un espectro más de los muchos que me habían sorprendido a lo largo de mi viaje.

—¡Qué gracioso eres!... Ja, ja, ja...

—Respóndeme, por favor. ¿Serías capaz de demostrarme que no llevas muerta cientos de años?

—¡Uuuuu...! ¡Soy un fantasma...! Ja, ja, ja... —No cabía duda que se lo estaba pasando bien. Enseguida me percaté de que debía hablarle como a una niña y no como a una persona mayor. A fin de cuentas, mi pequeña acompañante no tenía más de seis años.

—¿Te gustan los fantasmas? ¿Has visto alguno?

Ella no respondió. Sin mediar palabra, sacó un alfiler del bolsillo y me lo clavó en la mano.

—¡Ay! ¡Qué dolor! ¿Por qué has hecho eso?

—Para demostrarte que estoy viva. Hago lo mismo con mi gato cuando está dormido en el jardín de casa. Cuando no estoy segura de si vive o está muerto le pincho con mi alfiler y si emite un gran maullido es que ha regresado del «Más allá».

¡Menudo ejemplar! Desde luego, la chiquilla no parecía nada tonta. Su sistema, aunque doloroso, demostraba ser efectivo. ¿Cómo podía sentir dolor un muerto?

—Bien, ahora voy a pincharte yo a ti. ¿Te importa?

—Nada de nada. ¿Quieres saber si estoy viva yo también? ¡Vamos! ¡Pínchame!

Sin pensar demasiado, cogí el alfiler y se lo clavé lo más fuerte que pude hasta que ella aulló de rabia.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Qué dolor! —Quizá me había excedido con la fuerza.

—¡Dios santo! Perdóname. No se como lo he hecho tan fuerte —me sentí avergonzado por mi acción.

—¡Ja, ja, ja...! No importa, solo me ha dolido un poquito.

—¡Menos mal! Pensaba que te había hecho mucho daño.

—No, no te preocupes. De todas formas, no pareces muy inteligente.

—¿Inteligente? ¿A qué te refieres?

—¡Claro! ¿Cómo sabes que no he fingido que me dolía?

¡Menudo ejemplar! Sus respuestas cada vez me descolocaban más. Desde luego, no tenía un pelo de tonta. En esos instantes, llegué incluso a plantearme la actitud de los padres. Quizá, y digo quizá, la habían abandonado con la intención de deshacerse de ella. La voz de la niña volvió a interrumpir mis pensamientos.

—Señor, se hace tarde y nunca se sabe quién andará por estos parajes. Me gustaría comenzar ya el viaje.

—Sí, ¡ya es hora! Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Mi nombre es Catalina.

—Muy bonito. ¿Sabías que grandes mujeres de la historia llevaron ese nombre?

—¡Sí, claro que lo sé!

—¿Qué sabrás tú, pequeña? —pregunté mientras, cariñosamente, la agarraba del brazo. Me sorprendió el contacto con su piel. Parecía estar helada de frío.

—Las mujeres en la historia son las grandes olvidadas. Como la reina Catalina II «La grande», que gobernó Rusia y expandió su imperio hasta el Mar Negro y los Balcanes; o Catalina de Siena, reconocida como una de las mujeres que más influenciaron en la historia del cristianismo. Pero, sobre todo ellas, mi Catalina preferida es Catalina de Erauso, conocida por el sobrenombre de «La monja alférez».

¡Aquella niña era fascinante! ¿Cómo podía atesorar tales conocimientos de la historia una persona con tan solo seis años? Evidentemente, había algo extraño en aquella criatura pero no sabía explicar qué. Decidí continuar camino y no pensar mucho en aquella niña rara que me miraba con rostro dulce.

Centré toda mi atención en consultar el mapa que me habían facilitado los agotes. Entre el pueblo más cercano, Laredo, y nuestro destino, Santillana del Mar, existía una distancia de más de setenta kilómetros. ¿Cómo iba a recorrerlos acompañado de una niña? ¿Qué respuesta podía dar si nos encontraban juntos? Catalina pareció leer la preocupación en mi cara y, con resolución, levantó la mano.

—Vamos por este camino. Llegaremos mucho antes —dijo Catalina, con la seguridad del que lo había recorrido en mil y una ocasiones.

El sendero apareció de la nada. ¡Lo juro! Tampoco aparecía reflejado en el mapa. A pesar de mis dudas, entramos en él. No anduvimos más de cinco minutos cuando un rótulo nos dio la bienvenida a la villa de Laredo. ¡Qué extraño! ¿Cómo podíamos haber recorrido más de seis kilómetros en poco más de cinco minutos?

Formulé la pregunta en voz alta y miré a la niña en busca de una respuesta o de una reacción. Pero su rostro no mostró la más mínima muestra de sorpresa o de inquietud. Su expresión rebosaba calma e indiferencia. La miré fijamente y, durante unos segundos, noté un pequeño cambio. No parecía la misma. Suena insólito y lo sé. «¡No me estoy volviendo loco!» —grité en lo más profundo de mi interior. Asustado, decidí no dar importancia a mis visiones y continuar la marcha.

¡Diez minutos! Solo diez minutos nos bastaron para recorrer más de diez kilómetros. ¡Una locura! ¿Qué estaba ocurriendo? La niña debía conocer la respuesta a tanto misterio. Me giré y la miré fijamente. ¡Dios! ¿Qué ocurría?

—¿Por qué me miras así? Me estás asustando.

—Perdóname, Catalina, no es mi intención atemorizarte. Pero juraría que has cambiado.

—¿Cómo que he cambiado? Soy la misma.

—Pareces... parece... más...

—Déjalo y continuemos caminando que todavía nos falta un buen trecho.

El avance vertiginoso no se detuvo en ningún momento. Al contrario, parecía que a cada minuto nuestros pasos aumentaban su ritmo, trasladándonos cada vez más lejos y en el menor tiempo posible.

Por fin llegamos a Santander. Según mis cálculos, habíamos recorrido unos cincuenta kilómetros en poco más de veinte minutos. «¡Imposible!, es completamente imposible» —me repetí en varias ocasiones para convencerme de que estaba en la capital cántabra.

Miré de nuevo a Catalina, a quien casi no había prestado atención durante la marcha y, de nuevo, me sorprendí con lo que vi. Cada zancada, cada metro, cada kilómetro de ese trayecto había afectado físicamente a la que hasta ese instante era una niña y ahora se había convertido en una jovencita.

¿Qué milagro o brujería se había gestado para realizar un prodigio tan excepcional? Catalina ya mostraba el desarrollo de una jovencita que juguetea con la edad adulta. Su altura se había duplicado, su pelo se había convertido en una larga y espesa melena y sus andares se habían vuelto refinados. Solo el tono de su voz y la mirada infantil de sus ojos permanecían inalterables.

—¡Dios mío! ¿Qué clase de milagro o fenómeno extraño se ha conjurado para hacerte cambiar de esa manera tan drástica? —pregunté con miedo y temor ante la posibilidad de que un ángel caído hubiese adoptado la forma de una niña.

—No he cambiado. Lo que me ocurre, lo que ves y lo que te desconcierta es parte de mi naturaleza.

—¿Quién eres?

—¿Importa lo que soy o lo que he venido a hacer? —Parecía dispuesta a darme solo una respuesta y debía elegir bien.

Aunque realmente no necesitaba preguntar nada a la niña. De pequeño, me había aficionado a la lectura de libros extraños... ¡muy extraños! Guillermo contaba con una extensa biblioteca privada que incluía una ingente cantidad de ejemplares dedicados a temas excepcionales y misteriosos. Durante años había devorado esas historias y leyendas. El texto que más me gustaba se titulaba «Necrópolis: La vereda de los difuntos». Al marcharme de la abadía, unos años más tarde, siempre me acompañó un desconcertante sentimiento de incredulidad. ¿Existían realmente esas enigmáticas obras? Un diáfano recuerdo traía a mi memoria las estanterías repletas de

volúmenes. Todos ellos exhibían una tosca encuadernación impropia de textos de tanta valía. Tampoco incluían referencia alguna de sus autores y de la editorial encargada de su publicación. A pesar de todo, allí estaban y eran tan reales como la historia que os estoy contando.

Rememorar el contenido de «Necrópolis: La vereda de los difuntos» no era sencillo en aquellos momentos. Si lo que temía se confirmaba, el resto del trayecto podría complicarse y volverse muy peligroso. Recordaba una leyenda escrita a mano en la portada, a modo de advertencia, que decía así:

*Un camino secreto recorren las almas que moran en el camposanto,
por él solo pueden transitar los muertos condenados a permanecer.*

*Si un hombre, un animal o un alma redimida se atreviese a cruzarlo sin protección,
un castigo lo alcanzaría obligándole a vagar eternamente en busca de su redención.*

No cabía duda alguna. Si lo escrito allí se confirmaba, Catalina representaba a una de esas almas malditas. Su atrevimiento la había condenado a vagar por esos caminos prohibidos eternamente. En pago a su falta y a la espera de encontrar una redención que jamás llegaría, transitaría la vereda socorriendo a los peregrinos.

Pero el amparo que ofrecía no podía ir más allá del lugar donde su alma se había extraviado. Una frontera invisible le impedía traspasar los límites impuestos en la sentencia dictada por los terratenientes de la muerte.

¡Pobre Catalina! ¡Pobre niña! ¿Cuántos años llevaría vagando en busca del perdón?

—¿Puedo hacerte una pregunta muy especial?

—¡Por supuesto!

—¿Por qué entraste en el camino prohibido sin protección? —La pregunta provocó un largo y casi infinito silencio meditativo.

—La juventud es impetuosa y poco reflexiva. No acepté mi propia muerte y busqué un camino para volver.

—Y ese camino es el de la vereda de los difuntos.

—¡Si! La vereda devuelve la vida a un muerto. ¿Lo sabías?

—Conozco la profecía. Y no dudo que un muerto pueda regresar a la vida si se cumplen las doce condiciones más una.

—Yo cumplí las doce. Me llevó mucho tiempo y esfuerzo. Pero en la última... — Una lágrima brotó de su ojo izquierdo. Una gota oscura que al chocar contra el suelo provocó que brotara una rosa negra.

—La última la buscaste en la vereda y fuiste castigada.

—¡Así es! No la encontré. Estuve vagando mucho tiempo por caminos seguros y bajo la protección de almas buenas. Pero allí no hallé nada. Así que decidí abandonarlos y adentrarme en senderos oscuros y tenebrosos, los prohibidos. ¡Me equivoqué!

—Y desde ese momento ayudas en busca del perdón. ¿Qué tipo de perdón?

—Deseo regresar. Insisto en volver a la vida y recuperar los años que me fueron robados sin mi consentimiento.

¡Pobrecilla! Jamás encontraría el descanso y la salvación que buscaba. Recordé que en el libro se hacía referencia a la última condición: la número «XIII». Unas escuetas palabras proclamaban «Mors ultima linea rerum est» (La muerte es el último límite). Ella ya la había cumplido sin saberlo. La número trece la devolvía a la vida, una vida destinada a recorrer el bulevar de los «novivos». Mientras no aceptase que había muerto, jamás descansaría. Esa era y sería su maldición eterna.

Continuamos avanzando aunque esta vez en silencio. Toda mi atención se centraba en vigilar los peligros desconocidos que acechaban tras los matorrales. Un camposanto apareció repentinamente con un cartel que indicaba: «Cementerio de Soto de la Marina. 725 almas cristianas. 12 almas en peregrinación. 2 almas en pena».

En ese instante se sucedieron unos hechos que escaparon a mi control y durante los cuales yo me convertí en un mero espectador. Catalina comenzó una extraña conversación con las dos almas en pena que allí moraban. El motivo de la charla era no era otro que yo y la protección de mi alma. Fascinado, escuche aquella increíble conversación.

—Dejadnos pasar. Este alma está bajo mi protección —dijo en tono amenazante Catalina.

—No puedes pasar y lo sabes. Déjala aquí y regresa sin ella.

—¡Jamás lo haré! Estoy muy cerca del lugar a donde vamos y no voy a rendirme ahora por que dos almas de segunda me lo pidan.

—¿Almas de segunda? Creo que estás buscando pelea.

—¿Vais a pegar a una pobre chica? Seguro que en vida no fuisteis mejores hombres que ahora en la muerte.

—Siempre tuvimos la mano muy larga. ¿Quieres probarlo?

—El castigo lo tenéis merecido, ¡miserables!

—Ja, ja, ja... ¡Venga, entréganosla!

—¡No aguanto más! ¡Os vais a enterar!

En ese instante, los tres «espectros» desaparecieron de mi vista. Sentí que, aunque invisible a mis ojos, la lucha se estaba desarrollando en otra dimensión. Un combate de final incierto que afectaría el resto del camino. Debía abandonar la vereda de los difuntos ¡ya!, y recobrar el control de mis pasos. Realicé un completo examen de lo que me rodeaba. Todo parecía normal. Un camino recto por el que avanzar o retroceder. A ambos lados, setos y lápidas. ¡Nada más! ¿Qué debía hacer? ¿A dónde me dirigiría? Lo más lógico pasaba por tomarme unos segundos y reflexionar.

De pronto, una figura emergió de una de las tumbas. Unas manos negras removieron violentamente el suelo y una voz, que no podía ser de este mundo, dijo:

«Ven, ven aquí». ¡El susto fue terrible! ¿Cómo sortearía el peligro que conllevaba caminar entre ese bosque de mármol?

Grité lo más fuerte que pude el nombre de mi ángel custodio: «¡Catalina! ¡Socorro!». No hubo respuesta. Debía seguir enfrascada en la lucha con las dos almas en pena.

Intenté correr hacia delante. Pensé que si llegaba a Santillana del Mar estaría a salvo. Pero mi cuerpo no avanzó ni un centímetro. Mis pies estaban clavados en el suelo. ¡No podía avanzar! Me giré e intenté comenzar a andar en la dirección opuesta. Pero el resultado fue exactamente el mismo. Mis pies estaban sujetos al suelo y no podía hacer nada. Mientras tanto, voces, manos, figuras mórbidas y cadavéricas surgían por todas partes con la única pretensión de capturar mi alma y de convertirme en un errante más. En aquel instante tan crítico me vino a la mente una frase de Calatrava: «Cuando no sepas donde te llevan tus pasos, debes deshacer el camino andado... deshacer el camino andado». ¡Eso es!

¡Deshacer el camino andado! Retroceder siguiendo las huellas de mi camino. Volví a girarme, como si fuese a avanzar pero en vez de hacerlo comencé a andar hacia atrás. ¿Volvería a fracasar quedándome anclado? Un primer paso, y otro y así hasta cincuenta. Luego otros cincuenta más y así hasta regresar al punto de partida. De esa forma, volví a encontrarme en la playa donde me detuve para recuperar fuerzas. Allí me esperaba de nuevo una chica. Me acerqué a ella.

—Hola, Catalina.

—Bienvenido. ¡Me alegro mucho de que hayas superado la prueba!

—¿Qué prueba?

—Sé quién eres y a dónde vas. Ya demostraste tu valía cuando encontraste el libro y ahora lo has vuelto a demostrar enfrentándote a los «novivos».

—Ha sido difícil. Pensaba que no podría salvar mi alma.

—Y así habría sido si te llegan a capturar.

—¿Entonces...? ¿Tengo alma?

—Sí, ¡la tienes!

Una tormenta se desencadenó en lo más profundo de mi ser. No había muerto, mantenía mi alma y me encontraba dispuesto a afrontar un destino incierto. Las dudas se disiparon y, por un instante, creí ver una luz cegadora. Catalina se despidió pero antes me indicó que me encontraba ya a las puertas de Santillana del Mar. Por lo tanto, aunque de forma inexplicable, estaba ya a pocos kilómetros de la abadía. Casi me pareció escuchar a lo lejos las campanas que reclamaban mi atención. Allí estaban mis viejos amigos, los monjes.

¿Cómo podría haber afrontado mi misión sin un alma?

Capítulo 10

Ne avertas oculos a fulgure huius sideris si non vis obrui procellis

[No quites la mirada del brillo de esta estrella si no quieres ser aniquilado por la tempestad]



¿Cierto o incierto?

El pasado de un hombre está conformado por una sucesión interminable de experiencias y recuerdos. Unos recuerdos que son apilados y clasificados por una memoria débil y caprichosa. Qué memorizamos y cómo lo recordamos es algo que todavía hoy sigue siendo un misterio para el ser humano. En ese proceso existen varios filtros que impiden tener una percepción clara y exacta de lo ocurrido verdaderamente y, por lo tanto, nuestra vida pasada, nuestros recuerdos y las alusiones pretéritas podrían ser el resultado de una mezcla entre lo vivido realmente y lo que nos habría gustado vivir.

Unos escasos kilómetros me separaban del final del trayecto que había iniciado hacía ya... ¿cuántos días habían transcurrido? No lo podía asegurar ya que todas las experiencias habían sido a cual más confusas y desconcertantes. Un lugar de partida, París, y una fecha, veinticuatro de diciembre, era todo lo que atisbaba a recordar en esos instantes. Una semana, un mes o un año... ¡Todo era posible! En mi interior empezó a manifestarse un sentimiento hasta ese instante desconocido: el miedo. ¿Estaría a la altura de la misión que se me había confiado? ¿Podría superar con éxito las nuevas y difíciles pruebas que me esperaban? ¿Encontraría consuelo y respuestas en la vieja abadía? Todas estas preguntas me rondaban por la cabeza, torturándome y convirtiendo los últimos metros del camino en los más duros y fatigosos.

Tenía la sensación de que cada kilómetro recorrido había provocado un cambio radical en la forma de ver y entender lo que me rodeaba. Al comenzar toda aquella locura yo era un simple hombre que caminaba por la vida sin esperanzas y sin objetivos. Un ser gris y apagado que se dejaba llevar por los avatares diarios sin esperar nada de lo que el mundo podía ofrecerle. Ahora, transcurridos unos días, había renacido de mis propias cenizas como el ave fénix. Hay quien afirma que al nacer un nuevo ser, en su interior se depositan los valores que deben conformar su personalidad: prudencia, fortaleza, templanza, justicia, fe, esperanza y caridad. Al iniciar la travesía solo la templanza formaba parte de mi «yo». Gracias a un grupo de amigos (no podía considerarlos de otra manera) había recuperado algunos dones perdidos. El caballero boloñés Giordano de Ribalta me había devuelto la fortaleza. Guillermo de Aquitania hizo que la esperanza retornara a mi corazón. Por su parte, la prudencia del dominico Giordano Bruno y la justicia de San Ataúlfo completaron ese renacimiento moral. Solo me faltaba un valor, la fe. Esperaba hallar junto a Guillermo, en la abadía que durante tantos años me había ofrecido su cobijo, los valores religiosos necesarios para enfrentarme al reto que me aguardaba más allá de

sus puertas.

Reanudé la marcha y llegué a Santillana del Mar. El pueblo, situado a tan solo ocho kilómetros de Cóbreces y de la abadía de Santa María de Viaceli, lucía con orgullo el título de una de las bellas villas medievales del norte de la península. Tras alcanzar la Plaza Mayor, enfilé la calle del Cantón, jalonada, a ambos lados de la estrecha y empedrada rúa, de numerosos blasones que ofrecían su porte más señorial e ilustre. Al final del camino avisté una construcción religiosa de estilo románico que me fascinó por su belleza. Recordé entonces el libro de los agotes y de sus marcas de cantería. ¿Sería cierto que durante años habían marcado las piedras de las construcciones en las que habían participado como canteros? Decidido a comprobar la veracidad de aquellas afirmaciones, me acerqué con cautela al edificio. Ascendí por unos escalones y desemboqué en una pequeña plaza. Frente a mí, una excepcional portada románica con arquivoltas de medio punto apoyadas sobre columnas se mostraba desafiante. ¿Quién era yo para desentrañar el gran secreto de los agotes? Con pasos pausados y embelesado por la belleza de aquella obra arquitectónica, comencé a escrutar con detalle los vetustos muros. Con la mano tracé líneas paralelas para así palpar hasta el último milímetro en busca de una marca. Sin embargo y a pesar de mi insistencia, no hallé marca alguna en el pórtico de entrada. El fracaso volvió a repetirse en un edificio auxiliar, muy remodelado, pero que se integraba en aquella hermosa obra. Dirigí entonces las pesquisas hacia una gran torre ubicada a la derecha de la entrada. De nuevo, tanteé cada una de las piedras con la esperanza de encontrar algún vestigio de los agotes. De pronto, en una de las filas inferiores, mis dedos acariciaron un extraño relieve. Me arrodillé y lo observé con detenimiento. No cabía la menor duda. En uno de los bloques el cantero había grabado un símbolo desconocido que asemejaba a un medio círculo atravesado por unas líneas paralelas.

Había llegado el momento de la verdad. Aquella era la oportunidad ideal para verificar la increíble historia de los agotes. Abrí el libro y busqué el símbolo. No tardé mucho en encontrarlo. Además de una ilustración de la marca de cantería, la página contenía la siguiente información:

Colegiata de Sancta Iuliana. Orden de Canónigos de San Agustín. Siglo XII. Estructura de tres ábsides y tres naves (modelo de Frómista). Construida por la comunidad de agotes del valle de Baztán —Bozate—.

Al leer aquellas palabras sentí una alegría desbordante. ¡Todo era cierto! Mis salvadores y protectores habían existido, se habían convertido en los mejores constructores y habían dejado su huella en cada una de las maravillosas obras arquitectónicas en las que habían participado. Mis manos volvieron a hojear el libro de los agotes con una mezcla de admiración y respeto. Aquel volumen que me habían entregado encerraba la clave secreta de la arquitectura cristiana europea. Debía hacer honor a la confianza depositada en mí y transmitir el legado de unos de los pueblos constructores más grandes de la historia: los agotes.

Los primerizos destellos del crepúsculo interrumpieron mis pensamientos. El imponente conjunto arquitectónico de la Colegiata de Sancta Iuliana comenzó a dejar atrás las sombras y la oscuridad de la noche para dar la bienvenida al nuevo día. Como la claridad me hacía vulnerable frente a mis enemigos, decidí que no podía perder ni un segundo más. Así, atravesé lo más rápido que pude las calles, todavía desiertas, de Santillana del Mar, e inicié la marcha hacia Cóbreces. No había despuntado completamente el sol cuando reconocí perfectamente el paraje que me rodeaba. Había llegado finalmente a la tierra donde me había criado de pequeño. En la lejanía pude escuchar el bramar del Mar Cantábrico que me saludaba. El camino que recorría ya no me era desconocido. Cada piedra, cada matorral, cada árbol que flanqueaba la vereda se encontraba presente en mi memoria. Me detuve un instante para observar la inmensidad del océano verde que me rodeaba. Una pradera sinfín que se difuminaba en un horizonte de una belleza inconmensurable. Al fondo, una suave brisa arrastraba la niebla dejando entrever las cúpulas nevadas de los Picos de Europa.

A lo lejos, se alzaba imponente la figura inconfundible del edificio religioso más importante de Cóbreces. La abadía, anclada frente al Mar Cantábrico, orientaba mis últimos pasos hacia el inevitable encuentro. Las campanas comenzaron a tintinear, tañendo la más bella oración musical jamás percibida por un alma cristiana. Cerré los ojos y, sin pretenderlo, recorrí los últimos pasos guiado por las notas que brotaban de la abadía cisterciense. Solo volví a abrirlos cuando sentí que mis pies dejaban atrás la hierba mullida y entraban en un empedrado firme. Las lágrimas brotaron espontáneamente, ¡lo había conseguido, había llegado a mi destino!

Estaba ya en el lugar donde había pasado tantos años felices. Lo que yo era o había sido en el pasado se había forjado tras esos muros de cemento armado. Allí esperaba encontrar respuestas a las innumerables incógnitas que me acosaban desde el inicio del camino.

Para evitar el peligro de ser reconocido (Calatrava podía andar al acecho ya que conocía perfectamente mis intenciones de regresar a la abadía) decidí abordar la entrada por uno de los accesos secretos que utilizaba en mis juegos infantiles. Se trataba de un discreto agujero en la verja que cercaba la pequeña huerta que abastecía de hortalizas a los monjes. Me acerqué hasta allí. El espacio seguía siendo el mismo, pero mi cuerpo había aumentado considerablemente. No tuve más remedio que forzar la valla para poder entrar. Una vez dentro, lo primero que descubrí fue que lo que antes había sido un completo huerto se había transformado en un bello vergel. Un jardín repleto de flores y árboles frutales. Aproveché la ocasión para recolectar algunas manzanas con las que calmar mi inagotable apetito. Tras cruzar la huerta me dirigí a una pequeña portilla. Sabía que si mi monje preferido no me fallaba accedería al interior de la abadía sin dificultad. Mis previsiones se cumplieron plenamente. Giré el pomo de la puerta y pensé: «¡Siempre igual, padre Javier!... ¡siempre tan

confiado!». La portilla no tenía el seguro echado y me permitió entrar al interior de la cocina. Sobre la mesa observé el desayuno que el cocinero había preparado para sus hermanos de la congregación: un tazón de leche acompañado de un par de tostadas de auténtico pan de pueblo untadas con mantequilla y queso fresco. Esbocé una sonrisa. Uno de los monjes se iba a tener que conformar solo con el tazón de leche. Cogí un par de tostadas (recé para que no fuesen las asignadas a mi buen amigo Guillermo) y las devoré como un lobo hambriento. En aquel momento recordé fugazmente la primera vez que ofrecí comida a «Julius», el lobo ibérico que adopté tiempo atrás. Habían pasado muchos años, más de quince, desde entonces pero nada parecía haber cambiado. El mismo desayuno, el mismo horario... y, seguramente, las mismas rancias costumbres monacales.

Abandoné la cocina y me dirigí al lugar que me parecía más seguro: la celda del abad y de mi gran amigo Guillermo. Me deslicé por los pasillos con toda la rapidez que mis agotados pies me permitieron. Todo seguía igual, exactamente igual a como lo recordaba cuando abandoné la abadía para trasladarme a la universidad. Unas galerías que invitaban a la contemplación. Unos rincones oscuros y silenciosos donde reflexionar. Unas magníficas tallas que dirigían su mirada hacia el peregrino que regresaba, tras años de lucha, en busca de cobijo.

El soniquete de una campanilla alteró repentinamente la atmósfera meditativa que envolvía mis cinco sentidos y me devolvió bruscamente a la realidad más ortodoxa. La llamada advertía de la finalización de la primera hora canónica. Al escucharla supe inmediatamente que los pasillos, desiertos y solitarios, se convertirían pronto en un trasiego incontrolado de túnicas en busca de las primeras viandas. No tuve que esperar mucho. Unos andares apresurados, que provenían del final de la galería, me previnieron de la llegada inminente de una oleada incontrolable de monjes hambrientos. Necesitaba esconderme y tenía que hacerlo lo antes posible. Los pasos se acercaban y, en esta ocasión, por ambos lados de la galería. La única solución pasaba por ocultarme en el comedor, precisamente el lugar adonde todos ellos se dirigían. Corrí hacia allí y me introduje en el viejo arcón que presidía la gran sala. Se encontraba frente a la mesa donde se sentaban el abad y sus más directos colaboradores. Permanecí en silencio unos instantes, con los oídos muy atentos. De pronto, comencé a escuchar un sonido que me resultaba muy familiar y que me retrotrajo a mi vida en la abadía. Los monjes y su peculiar forma de andar —pensé mientras los imaginaba entrando en el comedor. Si había algo característico en el ambiente monacal, era el estilo personalísimo de los monjes al caminar. Arrastraban sus sandalias como si barriesen el suelo con ellas, evitando levantarlas un solo milímetro del firme. Era un movimiento acompasado que intentaba evitar, en lo posible, el ruido que provocarían unos pasos normales.

El sonido de las pisadas de las sandalias dio paso a un mover de sillas que me confirmó que la sala había sido ocupada. Si la cifra no había sufrido cambios importantes, allí debía de haber cerca de treinta monjes para desayunar. Escuché

perfectamente como el encargado de repartir los alimentos depositaba en cada plato la ración estipulada de dos rodajas de pan (una con mantequilla y la otra con queso). Una tras otra, así hasta un total de treinta raciones. De repente, un murmullo..., unos cuchicheos..., algo alteraba la rutina diaria.

Unos pasos se acercaron peligrosamente a donde me ocultaba. Aguanté la respiración con la esperanza de poder escuchar alguna palabra pero fue del todo imposible. De pronto, escuché una campanilla seguida de la voz inconfundible del abad.

«¡Queridos hermanos! Hoy es un día triste para nuestra congregación. Nunca antes, en los más de cien años de existencia de nuestro monasterio, se había producido un acto tan execrable. Esta mañana, como se viene haciendo durante los últimos cincuenta años, el cocinero ha cocido en el horno quince barras de pan. De esas quince barras, una vez cortadas, han salido las sesenta rodajas que sirven para acompañar el vaso de leche que cada mañana bebemos. Pero hoy uno de nosotros ha pecado... ¡Sí, ha pecado! Ha sucumbido a la tentación y ha robado dos rebanadas. No voy a castigaros, pero debemos hacer examen de conciencia. Así que hoy nadie tomará alimento alguno. Dedicaremos el día a la oración y al ayuno. Esta noche espero que el culpable se presente en mi celda para pedir sincero perdón. Ahora levantémonos y dirijámonos a la capilla donde dedicaremos medio día a rezar por el alma de ese hermano que parece haberse extraviado».

A duras penas logré contener la risa. ¡Ja, ja, ja! Las tostadas robadas en la cocina habían provocado la suspensión del desayuno. ¡Ja, ja, ja...! Pobrecitos monjes, con lo mucho que yo los apreciaba. Aquella risa silenciosa me hizo retroceder en el tiempo. Tenía solo diez años cuando una travesura mía provocó un enfado similar. Se iba a celebrar la tradicional comida de Navidad y, para la ocasión, se habían adquirido dos hermosos pavos. La intención del abad era romper con la rutina culinaria del monasterio. Los animales estuvieron en el corral encerrados durante un mes. Los engordaron tanto que, al final, más que pavos parecían inmensos cochinos con plumas. Yo me tomé la libertad de asignarles un nombre: «Calatravita» y «Guillermito». Aunque al padre Javier no le hizo mucha gracia que entrase en su cocina saludando alegremente, a través de la ventana, a los dos pavos: «Hola, Calatravita... ¿cómo estás, Guillermito?». ¡Pues bien! El día de Nochebuena, uno antes del predestinado para ser sacrificados, decidí esconderlos. Para disimular dejé algunas de las plumas por el suelo para que las sospechas recayesen sobre los animales salvajes que habitaban por la zona.

Oculté los dos pavos en el viejo arcón que presidía la gran sala, el mismo donde me refugiaba ahora, mientras yo me ocultaba en una de las galerías superiores para disfrutar del espectáculo. Ante la desaparición de las aves, la comida especial tuvo que ser sustituida por las monótonas y sosas verduras cocidas acompañadas de un

poco de pan. Las caras y el silencio, casi sepulcral, lo decían todo. De pronto, un picoteo cadencioso alertó a todos los presentes de que algo extraño ocurría dentro del baúl. El abad empezó a sospechar y... ¡se temió lo peor! Pidió calma y ordenó abrir el arcón. Al levantar la tapa aparecieron dos pavos enormes que revolotearon por las mesas, robando a su paso las verduras cocidas y provocando el pánico general de los monjes. Tardaron varios minutos en reducir a los animales ya que corrían como locos por toda la estancia. Al ver la escena estallé a reír a carcajadas y fui descubierto por los monjes. Guillermo, al verme, comprendió lo que había ocurrido. El castigo fue muy severo, pero creo que valió la pena.

La sala volvió a quedarse en silencio. Por mandato del abad, los monjes se habían retirado a rezar. En la penumbra del comedor, abandoné mi escondite y, tras asegurarme de que el camino estaba libre, recorrí las últimas galerías que me llevaban directamente a los aposentos del abad. Intenté acceder a su interior, pero me resultó imposible ya que estaban cerrados con llave. Fue entonces cuando recordé otra de mis travesuras.

Siempre me había fascinado todo lo relacionado con Guillermo. Su cargo, dentro de la abadía, acarreaba un comportamiento que, con frecuencia, me parecía excéntrico. Tanta curiosidad me despertaba su proceder que un día decidí vigilarle concienzudamente durante unos meses. En aquellas interminables guardias observé como mantenía largas reuniones con Calatrava. Parecían discutir sobre temas que me eran totalmente desconocidos. Una de sus aficiones más destacadas hacía referencia a la lectura de libros. De vez en cuando, aparecían extraños personajes que le visitaban en su propia celda y, tras una breve conversación, le facilitaban nuevos ejemplares para su biblioteca secreta.

Un día, el abad regresó apresuradamente a su celda. Al intentar entrar descubrió que había cerrado la puerta. Rebuscó bajo su túnica pero no encontró la llave. Miró a ambos lados del pasillo, asegurándose de que nadie le observaba. Con un gesto rápido rebuscó bajo la talla de la Virgen del Mar que descansaba sobre un bello pedestal de madera y sacó una copia de la llave. Yo observé aquella escena y la almacené en la memoria. Ahora aquel recuerdo podía serme de utilidad. ¿Seguiría la llave en el mismo lugar?

Sí, allí estaba. Con pasos silenciosos entré en la celda de Guillermo. Era exactamente como la recordaba. Una sencilla cama con un colchón deformado y una manta vieja, un anticuado escritorio donde redactaba los documentos que hacían referencia a su gestión de la abadía, un pequeño mueble donde guardaba sus escasas pertenencias y una mesita donde descansaba el tablero de ajedrez que tantas veces habíamos compartido. Además del juego, sobre la mesa había un pequeño cántaro. Recordé que uno de los pecados inconfesables de mi amigo era beber, a todas horas, una exquisita leche que le llegaba directamente de una explotación ganadera conocida

por el nombre de «El Buen Pastor». Se trataba de un curioso personaje que comercializaba leche a pesar de no contar con una mísera vaca en su granja. Siempre me había preguntado de dónde procedía realmente aquel manjar.

Necesitaba reponer fuerzas, así que me arriesgué a beber un buen trago. ¡Riquísima! —pensé mientras me limpiaba la comisura de los labios. Desde mi abandono de la abadía con dieciocho años jamás había vuelto a probar algo tan delicioso y exquisito. Extasiado por su sabor, continué bebiendo más y más leche hasta que acabé completamente con el contenido del cántaro. De inmediato empecé a sentirme mareado. «¡Algo me ha sentado mal!» pensé mientras me dejaba caer rápidamente sobre el camastro. Cerré los ojos durante unos segundos para reponerme del mareo.

Creo que perdí el conocimiento.

Un profundo estado de somnolencia me hundió en un abismo de recuerdos que me eran conocidos. De las sombras emergieron unas figuras tormentosas que, una vez más, volvieron a representar mi nacimiento. Las dos monjas, Calatrava y mi madre aparecían de nuevo en mis delirios.

¿Por qué regresaban en aquel preciso instante las imágenes del suplicio? ¿Tenía relación con mi apresurado regreso a la abadía? ¿Era una señal de peligro inminente? Decidí oponerme a aquella pesadilla con todas las fuerzas que aún conservaba. El momento de abandonar el mundo onírico en el que había naufragado mi alma había llegado. ¡Luché!... ¡Luché con intensidad! Y lo conseguí.

Abrí los ojos con dificultad. Aquella leche debía contener alguna sustancia alucinógena que había provocado la aparición de esas imágenes del pasado. Otra explicación habría resultado inverosímil. Entonces me di cuenta. En la habitación había alguien más... ¡No estaba solo!

Una figura difusa se encontraba frente a la mesa, inmóvil frente a ella y con la vista centrada en los objetos que sobresalían de mi zurrón. Mi presencia parecía no importarle. En unos segundos la silueta cobró forma y reconocí con alegría a mi amigo Guillermo.

—¡Hola, padre!

—¡Vaya, estás despierto!, ¿cómo has entrado en mis aposentos privados, granujilla? Recuerdo que antes de salir eché el cerrojo.

—¡Ya sabes! Siempre demostré tener cualidades. Tanto para lo bueno como para lo malo.

—Cuánta razón tienes. ¡Bienvenido a tu casa! ¿Qué te ha traído por estos lares?

—He vuelto en busca de consejo y ayuda... ¡de tu valiosa ayuda, Guillermo!

—Sabes que siempre puedes contar con mi apoyo incondicional. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido, querido discípulo?

—Más del que debiera. Pero no he olvidado jamás el consejo que me distes el día

que abandoné la abadía. Tus palabras fueron demoledoras. Las recuerdo una por una:

«Hoy recobras tu libertad. Ignora los lazos que te unen a todos nosotros y empieza a caminar solo. No mires atrás, no hay nada que merezca la pena ser recordado, y corre hacia el futuro brillante que te espera más allá de estos muros. Corre, corre todo lo que puedas, hijo mío, y no te detengas por nada ni por nadie».

—Si tu memoria no te ha fallado... ¿Por qué has regresado?

—Amigo mío, cuando un hombre pierde el control de su propia existencia, es zarandeado con violencia por olas cargadas de mentiras y engaños, a su alrededor se sublevan vientos que arrastran malicia y depravación, y la atmósfera que le rodea se torna a cada momento irrespirable por un afán desmedido... En ese instante, en el que nos percatamos de que nuestro espíritu sucumbe a la tormenta, lo más sensato es zarpar al encuentro del cobijo y el refugio que nos brinda el único puerto que nos aceptará sin preguntar cuál es nuestra bandera o qué pesada carga soportamos. Y ese puerto es el hogar.

—¡Vaya!, comprendo lo que intentas decirme. ¿Quizá la travesía, hijo mío, ha sido más difícil de lo que esperabas?

—Mucho más. Estoy deseando contarte todo lo ocurrido y, si te dignas una vez más, recibir tus sabios consejos.

Guillermo adoptó un gesto reflexivo. Frunció el ceño, arqueando las cejas en un gesto que tantas otras veces había observado en él, cuando la preocupación asediaba su alma cristiana. Sin duda, sabía que la decisión de ayudarme implicaba enfrentarse a un gran enemigo: Calatrava. Por lo tanto, debía sopesar los pros y los contras de su decisión.

—Tras ponderar lo positivo y lo negativo de la situación he decidido ayudarte. ¡Eso sí!, lo haré solamente si cumples una condición.

—¿Cuál es?

—Deberás jurarme por nuestro Señor Jesucristo, que murió en la cruz para salvarnos a todos, que me contarás toda la verdad, sin obviar ningún detalle, y que seguirás mis indicaciones al pie de la letra. No las pondrás en duda, seas cuales sean... ¿Conforme? —Fijó sus ojos en los míos con ardor y pasión. Su mirada me resultó familiar aunque no recordaba dónde la había visto antes.

—Te doy mi palabra y juro cumplir la condición impuesta.

¡Esa mirada!... ¡esa penetrante mirada! En lo más profundo de un hombre se esconden sus más íntimos y oscuros secretos. El guardián que mora en las mazmorras de nuestra alma los vigila con recelo y suspicacia. A ese lugar sombrío la luz llega filtrada y contaminada. Su tonalidad, antes blanquecina y pura, se torna negruzca y apagada. Solo a través de los ojos, rosetones luminiscentes de nuestro espíritu, podremos escudriñar en su interior y obtener cumplida respuesta al enigma que se enmascara tras las palabras.

Guillermo encubría los actos de su alma bajo el recio hábito monacal. Sus frases, cifradas a partir de unos profundos conocimientos teológicos, escapaban a mi comprensión. Pero su mirada, frenética y concupiscente, le delataría más tarde o más

temprano. Un nuevo desafío comenzaba y, en el caso de salir victorioso, conocería realmente quién era el abad y qué papel jugaba en la guerra entre ángeles buenos y ángeles malos.

—Empieza a contarme todo lo ocurrido desde el principio —pidió el abad.

—¡No sé por dónde empezar! Son tantas cosas las que me han ocurrido en tan poco espacio de tiempo... ¡eso es!, espacio de tiempo... —Llevaba varios días atormentándome con las jornadas transcurridas desde los hechos de París. Así que pregunté—. ¿A qué fecha estamos?

—¿Por qué preguntas la fecha? Ahora hay cosas más importantes a las que debemos prestar nuestra atención si quieres que te ayude —sus palabras me hicieron desconfiar. ¡Insistí!

—Dime, ¿qué día y qué mes del año?, por favor.

—Estamos a 4 de enero del año 2006. ¿Contento? —respondió irónicamente.

—Cuatro de enero. ¡Solo unos pocos días! —Inexplicablemente, habían transcurrido solo once jornadas desde mi intento de suicidio en París. Si me hubiesen preguntado no habría dudado en asegurar que había transcurrido más tiempo.

—Si te has quedado satisfecho deberíamos empezar ya con tu relato.

—¡Muy satisfecho!, veamos... Si existe un comienzo no hay duda de que fue la fecha en la que abandoné la abadía para iniciar mis estudios universitarios. Creía que iba a ser la última vez que disfrutaría de tu compañía. Me empujaste al coche violentamente e inicié el trayecto. Pero tuve que detenerme bruscamente unos pocos metros más adelante porque Calatrava apareció en medio de la carretera y me obligó a parar. Mantuve una intensa conversación donde me acusó de desagradecido y de ingrato. Yo estaba muerto de miedo y no respondí. Al final, a modo de presagio, me enseñó un sobre que, según sus palabras, encerraba la clave de mi nacimiento.

—¿Qué pasó con ese sobre? ¿Te lo entregó finalmente? —Guillermo se mostraba inquieto.

—¡Lo hizo! No sin antes prometer que no lo abriría hasta mi trigésimo tercer cumpleaños.

—¿Cumpliste la promesa? Por lo que te conozco estoy seguro de que no faltaste a la palabra dada.

—Quince años esperé esa respuesta. Fue un tormento que afectó a mis creencias religiosas. ¿Cómo podía mantenerlas tras sufrir semejante castigo por parte de uno de sus representantes?

—Calatrava y sus acciones... Nunca me ha gustado su forma de entender el camino de Dios —musitó con la dureza del que conoce más de lo que cuenta.

—Aquella maldita carta guardaba la peor de las maldiciones. Hablaba de la condenación eterna del alma de mi madre. Hacía referencia al destino perverso que me acecharía a partir de aquel momento.

—¿Qué hiciste después de saber su contenido? ¿Por qué no regresaste aquí en busca de consejo?

—No podía, Guillermo. Recordé tus últimas palabras y no quise comprometerte. Además, todo empezaba a perder su lógica y un sentimiento irracional se apoderó de mi voluntad. Preso de una ira incontrolable, viajé hasta París y la noche del veinticinco de diciembre intenté suicidarme.

—¿Cómo? ¿Suicidarte? —Turbado por la confesión que acababa de hacerle, se tomó unos segundos para recuperarse.

—¡Suicidarme!, pero algo ocurrió y no lo conseguí.

—Ahora comprendo tu interés por nuestras charlas nocturnas. Siempre preocupado por la salvación del alma... ¿Cómo no fui capaz de verlo?

—No te culpes, Guillermo. Ni yo mismo sabía lo que iba a hacer.

—¿Y qué ocurrió?

Entonces le relaté las extrañas visitas que había recibido instantes antes de saltar al vacío desde el Puente del Arzobispado, en París. Le describí con detalle el desconcertante encuentro con el reportero del diario «Le Figaro», ansioso por hacerme una entrevista y por fotografiarme a toda costa. Aquel periodista solo había cejado en su empeño tras escuchar unas palabras de mi boca.

—Yo le dije «oui, je suis Chrétien»... y, sin mediar palabra, se alejó y me dejó en paz.

—¿Tuviste la ocasión de ver su rostro?

—La noche oscura y lluviosa me lo impidió.

—Entonces, ¿no podrías reconocerle?

—Sería prácticamente imposible —no entendí el porqué de tanta insistencia.

—¿Prácticamente imposible? —insistió el abad.

—¡Sí! Solo podría reconocerle si volviese a ver sus terribles ojos.

—¿Cómo eran?

—No eran normales. Irradiaban una maldad que jamás había visto.

Un silencio se coló furtivamente entre los dos evidenciando, una vez más, que Guillermo me ocultaba algo. Pero no era el momento de empezar a dudar, sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de experiencias vividas y que aún estaban pendientes de ser relatadas.

Continué con mi historia y le narré la curiosa visita de monsieur Boucher, presidente del club de suicidas de París. El rostro de Guillermo reflejaba incredulidad. Sin más dilaciones, pasé a explicarle como había sido mi intento de suicidio en las gélidas aguas del Sena y el trance que había sufrido tras chocar con el agua.

—Fue increíble, Guillermo. ¿Recuerdas el sueño que más de una vez te relaté donde unas monjas asistían a una especie de parto clandestino?

—Lo recuerdo perfectamente.

—Bien, ¡pues no te lo vas a creer!... Esa mujer sin esperanza era la madre que

nunca conocí. Ella se desangraba intentando traerme al mundo.

—¿Tu madre? ¿Cómo estás tan seguro? —A cada instante me convencía más y más de que el abad retenía una gran verdad.

—Es la conclusión a la que he llegado. Si es cierto lo que se ha transmitido en el seno de la comunidad «seudocientífica» durante tantos años, cuando una persona muere toda su vida pasa frente a sus ojos. Los instantes más relevantes son revividos.

—Pero eso es solo una teoría sin base científica que jamás ha sido aceptada por la Iglesia.

—¡Lo sé!... pero ¿qué otra interpretación puede tener?

—Alguna más cercana a las doctrinas de nuestra fe, ¿no crees? —Siempre barriendo para casa... Guillermo, siempre barriendo para casa, pensé.

—Hay algo más. ¿Sabes quién asistía también al espectáculo de mi madre parturienta y agonizante?

—¿Quién?

—Calatrava. Allí estaba ese monje maldito, observando toda la escena.

—¿Hizo algo para ayudar a la novicia? —¿Novicia?, yo no había mencionado la palabra novicia en ningún momento. Disimulé mi sorpresa y actué como si nada extraño hubiera oído.

—La socorrió al final, cuando ya era demasiado tarde.

—¡Muy interesante! Continúa, hijo mío.

Describí someramente mi estancia en Roncesvalles y las misteriosas visitas nocturnas de un monje. Expliqué a mi tutor que, gracias a la ayuda de aquel desconocido, había podido escaparme de Calatrava, máximo responsable de mi «encarcelamiento» y emprender la ruta de regreso a Cóbreces. Una ruta siguiendo el Camino de Santiago, según le expliqué a Guillermo.

—Me costó bastante avanzar sin ser localizado por los secuaces de Calatrava. En un par de ocasiones estuve a punto de ser descubierto pero la suerte me acompañó.

—¿Cómo conseguiste escapar del cerco?

—Lo hice gracias a un gran amigo, Giordano de Ribalta, que conocí en el camino. Un caballero boloñés que decía recorrer los senderos en peregrinación caballeresca.

—¿Peregrinación caballeresca? —Guillermo soltó una breve pero intensa risotada—. Ese tipo de peregrinaciones son antiquísimas. Recuerdo haber leído unas breves referencias en uno de mis libros secretos.

—¡Y tan antiguas! Según me dijo el caballero, databan del siglo xv.

—¿Y qué ocurrió con el caballero andante? —La conversación parecía ser del agrado del abad.

—Ocurrió lo que tenía que ocurrir. Su comportamiento, más cercano al de Don Quijote de la Mancha que al de un peregrino, provocó que viviésemos todo tipo de desventuras y peligros.

—Ja, ja, ja... ¡Menudo ejemplar ese Giordano!

—A un par de monjes, empeñados en obstaculizar nuestro avance, les zurró

abundantemente mientras los perseguía campo a través.

—A eso le llamo yo un amigo, querido discípulo.

—No voy a negar que Giordano salvó, esa y otras situaciones, con la nobleza y valentía que presumía tener. Aunque finalmente demostrase no ser quién decía.

—¿No?, ¿y quién era entonces?

—Por lo visto, mi amigo sufría de alguna demencia y estaba recluido en un antiguo hospital del pueblo de Larrasoña.

—¿Larrasoña? —inquirió Guillermo con sorpresa—. ¡Es imposible lo que dices!

—¿Por qué es imposible?

—Si te refieres al hospital de peregrinos de Larrasoña, te puedo asegurar que lleva clausurado varios siglos.

Las miradas irónicas de Guillermo empezaban a inquietarme. Sabía que el relato coqueteaba peligrosamente con lo inverosímil pero solo podía contar los hechos tal y como habían ocurrido, con la esperanza de recibir el auxilio que tanto ansiaba.

—¡Basta, Guillermo!... no te mofes de mí. Te juro por mi alma que lo que te estoy diciendo es toda la verdad y nada más que la verdad.

—¡Vaya! ¿Ahora juras por tu alma? ¿Crees que puedes disponer de ella en estos instantes? —El tono burlón empleado para pronunciar esas palabras confirmó mis sospechas. ¡Sabía mucho más de lo que aparentaba!

—Si te parece, voy a continuar con la descripción de los avatares del viaje. Naturalmente, si quieres escucharlos.

—¡Sí, por favor! Y perdóname si me muestro, en ocasiones, excesivamente sarcástico pero es que todo lo que cuentas resulta muy chocante, incluso para alguien como yo.

La crónica del viaje me llevó entonces a hablarle del campo de vacas y del fracaso de mis intentos de ordeño. Le expliqué también la repentina aparición, nuevamente, de Calatrava, y le repetí las palabras desconcertantes que él había pronunciado: «*Cuanto más huyes de tu destino, más te acercas a él*». Guillermo escuchó con atención y después fijó la vista en mí. Yo le pregunté:

—Dime, ¿qué crees que quería decir con esa frase tan profética?

—Bueno, Calatrava siempre ha sido muy apocalíptico. Es posible que intentase confundirte para evitar que regresases a la abadía y, así, evitar que recibieses la protección que siempre te han brindado estos viejos muros.

—¡Sí, es justo lo que pensé en aquel instante!

Continué relatando las experiencias en el Camino. Uno a uno, me detuve en todos los personajes que había conocido y que, sin sombra de duda, habían convertido mi viaje en algo enigmático y extraordinario. Le hablé de Guillermo de Aquitania, el joven duque que había acabado con la vida de su hermana Felicia. En ese instante, Guillermo interrumpió mi historia.

—Conozco la leyenda... la conozco perfectamente. Es lo que se conoce como «El Misterio de Obanos».

—¿Leyenda? No había escuchado nunca hablar de ninguna leyenda.

—En mis libros encontrarás esta y cien más. El Camino de Santiago está repleto de fábulas más o menos creíbles.

—De todas formas, esta tuvo que ser real. Todo lo que viví posteriormente me dejó perplejo.

—¿Y qué fue lo que ocurrió?

—¿Qué te sugiere la expresión «Codex Peccatum»? —Sostuve la mirada con firmeza a la espera de una respuesta.

—Veamos, imagino que te refieres al que se conoce como «Libro de los Pecados».

—¡Sí! Es la obra más tenebrosa del cristianismo.

—¡Ja, ja, ja...!, ¡qué imaginación más prodigiosa tiene mi discípulo! —Guillermo rio largo y tendido.

—No le veo la gracia —respondí enfadado.

—¡Perdóname!, pero es que la tiene. ¿Sabes cuántos «Codex Peccatum» han sido reconocidos por la Iglesia a lo largo de su historia?

—¡No lo sé!

—¡Más de mil! Están repartidos por ermitas, iglesias, catedrales, claustros... y, por supuesto, todos presumen de ser los auténticos. La existencia del Libro de los Pecados está ligada a la de otros volúmenes históricos como, por ejemplo, «El libro secreto de los alquimistas».

—¿Qué tiene que ver la alquimia con la religión?

—¡Más de lo que crees! En el libro de los alquimistas se supone que está descrito el proceso para transformar el plomo en oro. Algo que, de por sí, haría que los hombres cometiesen todo tipo de tropelías por conseguirlo. El problema es que ese libro no existe.

—¡Ya sé que no existe!

—Pues el «Codex Peccatum», querido discípulo, es el texto quimérico más perseguido del cristianismo. ¡Ja, ja, ja...!

Guillermo se reía, se reía muchísimo. Yo, en cambio, me sentía totalmente abatido. En poco más de treinta minutos, un simple monje cisterciense había desmontado y devaluado el relato que hasta ese instante me había parecido el más extraordinario jamás contado.

Pero no pensaba amilanarme ni rendirme ante aquellas burlas. Decidí que la actitud detractora de Guillermo (¿cuándo no lo había sido?) debía servirme como acicate para alcanzar una respuesta definitiva. «Ríe, ríe lo quieras» —me dije a mí mismo—. «Antes de lo que piensas y, cuando menos te lo esperes, te asestaré el movimiento final, el *jaque mate*».

—Si detienes esa risotada incontrolada, estoy dispuesto a ofrecerte nuevo material tanto o más jocoso.

—¡Lo siento mucho!... continúa, por favor —estaba claro que el bufón debía

continuar divirtiéndolo a su señor.

—La llegada a Pamplona fue muy accidentada. Al anochecer, me adentré en sus callejuelas, como un furtivo. Quería llegar a la vieja catedral para reunirme con Giordano Bruno, el dominico con el que me cartee durante años. ¿Lo recuerdas?

—¡Por supuesto! Siempre ganaba las partidas de ajedrez con sus dos caballos. Los «equus», como le gustaba llamarlos.

—Pues bien, esa noche, para no ser descubierto, decidí atravesar la Ciudadela. Determiné que era la opción más segura. Pero ahí me esperaron nuevas aventuras.

Guillermo escuchó en silencio mis correrías por la ciudad de Pamplona. Unas correrías encaminadas a enfrentarme a siete enigmáticos personajes y a sus correspondientes siete pruebas. Enigmas, todos ellos, protegidos bajo el sello de los pecados capitales. Narré las experiencias sufridas con el guardia del portón principal, con el ermitaño y con Diego de Vera, el artillero mayor. Le describí las tentaciones sufridas al tener que desprenderme de los placeres de una bella mujer o del tesoro más famoso de la historia, el tesoro de los Templarios. También le expliqué cómo pude vencer la gula, la peor de mis debilidades. Finalmente, le narré mi huida tras demostrar envidia ante la presencia de don Francisco Fernández de Córdoba, capitán general de la plaza. Guillermo asintió con condescendencia.

—Por lo que he entendido, ¿era un simple juego, no? Unas pruebas para probar tus debilidades como persona. Siete pruebas para siete pecados capitales.

—Lo más curioso es que solo cuando pequé, es decir, cuando demostré la endeblez de mi fe, salí victorioso de la prueba. ¡Extraño!, ¿no crees?

—Ya sabes lo que dicen por ahí... «Misteriosos son los caminos del Señor» — estaba claro que Guillermo no pensaba facilitarme la tarea ni ofrecerme ninguna pista.

Decepcionado, pasé a describir a mi tutor, con todo detalle, el encuentro con el dominico Giordano Bruno. Le hablé de mis investigaciones y de la búsqueda de la Biblia de San Ataúlfo.

—¡Ja, ja, ja!... ¡Pero bueno, otra leyenda más! Una supuesta biblia secreta que desvela un gran secreto del cristianismo... Estoy seguro de que como escritor de «best sellers» no tendrías precio —su risa me desquiciaba cada vez más.

—Ya sabes lo que dicen: «los primeros serán los últimos y los últimos los primeros». Veremos quién ríe al final.

—¡Veremos, veremos!... y ahora me vas a decir que la encontraste.

—¡Efectivamente! Bajo la talla de San Ataúlfo, la que se encuentra en el Claustro de la Catedral de Pamplona, se escondía el manuscrito secreto.

—¿Estás seguro de que era el auténtico y no un souvenir para turistas? —Mi amigo parecía dispuesto a mantener la guasa hasta el final.

—¡Era el auténtico! Estaba guardado en una hermosa caja de madera, decorada lujosamente, y que llevaba grabada en la tapa la Cruz de la Victoria del rey Alfonso III de Asturias. ¿Quieres más pruebas?

—La caja de Alfonso III y la Cruz de la Victoria... Tengo que reconocer que es cierto que el rey empleaba esa marca en contadas ocasiones y solo con hombres ilustres.

—Sabía que al final me darías la razón —ahora me tocaba reírme a mí.

—¿No te parece todo muy evidente? —El recelo hacía acto de presencia en el rostro de Guillermo.

—¿Evidente...? Bueno... ahora que lo pienso, un poco. Giordano no fue capaz de hallarla en años y yo, en poco más de dos horas, lo conseguí.

—¡Exacto! Pero vamos a suponer que la caja era auténtica y que existió esa Biblia. Cuéntame, ¿que viste en sus páginas? —Guillermo parecía expectante.

—¿En sus páginas?

—¡Claro, en sus páginas centenarias! Hablamos de un códice muy antiguo, ¿no?

—La verdad es que no puedo responderte. No sé muy bien qué decirte.

—¿Cómo que no puedes? ¡Habla claro!

A Guillermo solo podía decirle la verdad. Tuve que reconocerle que Calatrava me había encontrado cuando huía de Pamplona y que tuve que pactar con él y entregarle el libro. Gracias a esa negociación había conseguido escapar y llegar hasta Cóbreces. Guillermo estalló en carcajadas tras escuchar mi confesión.

—¡Ja, ja, ja...! ¿Dejaste escapar la oportunidad de leer uno de los documentos más importantes de la cristiandad? Naturalmente si la leyenda es cierta.

—Ya te he dicho que llegué a un acuerdo. Yo entregaba el libro a Calatrava y él...

—¿Calatrava otra vez? —Sus ojos me censuraban con razón.

—¡Otra vez! Maldito sea ese monje astuto. Se quedó con el libro pero me hizo un resumen de lo que contenía.

—¿Un resumen? ¡Muy interesante! A ver si lo entiendo, descubres un libro que lleva oculto varios siglos y un monje, que no supera los cien años, te describe al detalle su contenido sin ni siquiera abrirlo. ¿Es correcto?

Reconocer las habilidades de Guillermo en el uso de la palabra no era nada nuevo. Su manejo de la razón y su comprensión de los hechos estaban a la altura del mejor detective. Una simple pluma se transformaba en el más peligroso florete cuando el maestro impartía sus clases de esgrima.

¿Qué conclusiones podía sacar de la charla con Guillermo? Solo una: teníamos visiones diametralmente opuestas de todo lo ocurrido. ¿Cómo podía entender lo que yo había experimentado? ¿Qué hombre dudaría de su misión divina cuando esta le fue revelada antes de su muerte? ¿Cómo podía transmitir el mensaje que encerraba mi corazón y mi alma? Me sentía como uno de esos «locos» que dicen haber sido abducidos por naves extraterrestres.

El momento de concluir nuestra charla había llegado. Decidí guardarme la historia de los agotes. Sabía que tampoco la creería, ¿un pueblo oculto en los valles navarros en pleno siglo XXI? Además, el libro con las marcas de cantería contenía un

conocimiento demasiado valioso como para arriesgarme a perderlo. Ya había cometido el error de entregar la Biblia de San Ataúlfo a Calatrava, y no pensaba hacer lo mismo con el único documento escrito que aún continuaba bajo mi protección.

—Guillermo, entenderé si necesitas unas horas para meditar sobre todo lo que te he contado hoy aquí. No es un relato que se pueda digerir en pocos minutos.

—¡Desde luego que no! Es un plato indigesto hasta para los estómagos más rudos.

—Lo que si te agradecería es que fueses sincero conmigo una última vez.

—¿Sincero? ¡No lo dudes! —Al responder su rostro se torno pétreo e inescrutable.

—Muchas gracias. Quiero pedirte un favor.

—¡Lo que necesites!

—Sabes que Calatrava me persigue, ¿no?

—¡Lo sé! Incluso en esta abadía, dentro de sus muros, puedes encontrar ojos y oídos vigilantes que no dudarían en delatarte.

—¿Qué puedo hacer?

—Permanecerás en mis aposentos dos días hasta que pueda organizar tu escapada.

—¿Por qué dos días?

—Hay vigilancia en el exterior. Creo que Calatrava ha instalado a sus secuaces en los alrededores. Se comenta que, por las noches, hay figuras que rondan el perímetro de nuestra abadía.

—Bien, si crees que es necesario permaneceré dos días. Pero debo continuar en busca de una respuesta. Mi misión es más importante de lo que crees —preferí no contarle nada de la guerra de los ángeles ya que no sabía todavía de que bando estaba.

—Ahora sígueme a un lugar en el que jamás te encontrarían. Es una habitación que ni siquiera tú visitaste cuando eras joven.

—¿Una habitación secreta? ¡No puedo creerlo! De pequeño recorrí hasta el último pasadizo y escondite.

—¿Seguro?

Y sin mediar una sola palabra más se dirigió hacia uno de los muros de la habitación. Allí, tomó entre sus manos la reproducción en piedra de la conocida como Cruz de Caravaca. La giró cuatro veces a la izquierda, otra a la derecha y, nuevamente, otras dos a la izquierda. Una zona del muro empezó a desplazarse, dejando entrever lo que parecía una estancia secreta.

—¿Cómo es posible? No existe información alguna de la existencia de esta habitación en los planos originales de la abadía. Los consulté en más de una ocasión.

—No todo está en los planos y en los libros. Hay muchos secretos que desean seguir siéndolo y, para que se cumpla, existen personas dispuestas a sacrificarse por

mantenerlos.

La habitación secreta era completamente circular. Las estanterías, que nacían del suelo de granito negro, se erigían hacia el cielo alcanzando una altura superior a los diez metros.

¡Majestuoso! —murmuré admirado. Una desgastada mesa y una silla eran el único mobiliario que decoraba el habitáculo. El espacio, exageradamente reducido, estaba destinado a proteger una de las colecciones privadas más impresionantes que jamás había visto.

—¡Aquí está! ¿Así que este es el «cementerio de los libros misteriosos»? Aquí están todos los libros que devoré en la juventud y que tantas horas de sueño me robaron.

—Sí, aquí tienes... ¡la colección completa!

—¿Por qué no me enseñaste mucho antes este mágico lugar? —Yo miraba las estanterías con los ojos ilusionados de un niño al despertar el día de Reyes.

—Simplemente, no había llegado el momento.

—¿Y ahora, por qué sí?

—Querido discípulo... ¡a todos nos llega la hora! La hora de vivir, la hora de morir, la hora de creer... y a ti te ha llegado la hora de descubrir.

—Por eso he regresado. ¡Vamos, Guillermo!, ¡dime lo que sepas! —le supliqué.

—¡No insistas! Te he pedido dos días para reflexionar y espero que ahora demuestres la paciencia que no tenía cierto jovenzuelo hace ya quince años.

—¡Te lo prometo! Demostraré tener la flema de un lord inglés.

Sin más palabras, el abad abandonó la estancia secreta y me dejó en la soledad de la sala secreta. De nuevo, cautivo —declaré en voz alta mientras recordaba la estancia en Roncesvalles. Estancias secretas, claustros solitarios, ermitas abandonadas... ¿Qué más podía pasarme?

Dediqué el resto del día a disfrutar de los numerosos códices medievales e incunables que durante años habían permanecido ocultos bajo esa cripta empedrada. Los durmientes, obras centenarias de un valor incalculable, descansaban en lúgubres nichos de madera natural. El mausoleo encerraba tanto conocimiento que hubiera sido imposible acumularlo en solo una vida.

Una escalera, que se desplazaba a través de un ingenioso sistema de raíles, permitía acceder a los volúmenes ubicados en las estanterías superiores. Bajé un libro, le eché un rápido vistazo, y volví a colocarlo en su sitio. Tome otro libro, lo curioseé unos minutos, y de nuevo lo devolví a su lugar.

Repetí ese modo de proceder unas cien veces durante esa maravillosa tarde. Una tarde donde las horas me hicieron olvidar por completo los difíciles retos a los que me había enfrentado en días pasados. Nuevos desafíos amenazaban la tranquilidad de aquel oasis ilustrado donde me reponía, con lentitud, de las heridas que el camino había afligido a un cuerpo mortal.

En mi trasiego de subir la escalera, coger el libro y retornarlo a la estantería, un

volumen cayó al suelo causando un gran estrépito. Asustado, me apresuré a recogerlo. Al levantarlo del suelo, descubrí una palabra escrita en el granito oscuro. En letras doradas aparecía escrito «sideris». Inmediatamente, traduje aquella palabra latina como «estrella». ¿Una nueva señal quizá?

Sin perder un instante y esperanzado por mi descubrimiento, aparté la mesa y la silla, y observé con atención el suelo de granito. Efectivamente, allí se escondían más signos. Un dibujo, que me era familiar, apareció grabado en la superficie. Se trataba de una estrella de cinco puntas con varias palabras escritas en cada uno de sus vértices, entre ellas mi primer descubrimiento, la palabra «sideris».

La visión de aquella estrella me trasladó a la vieja Ciudadela de Pamplona. Me encontraba, una vez más, ante un pentagrama. ¿Cómo debía interpretar ese descubrimiento? Recordé que el significado de la estrella era bueno o malo dependiendo de la orientación de sus puntas. Además, en esta ocasión, el problema se complicaba ya que debía encajar todas aquellas palabras y encontrarles un sentido. Un nuevo reto, un jeroglífico al más puro estilo egipcio.

Decidido a desvelar el mensaje, comencé a encajar las palabras y a componer frases. De ese forma, creé la frase «fulgure huius sideris Ne avertas oculos a si non vis obrui procellis». No parecía tener sentido. Lo intenté nuevamente, comenzando por otra punta: «si non vis obrui procellis Ne avertas oculos a fulgure huius sideris». Mismo resultado. Otro intento más... de esa forma estuve comprobando más de veinte combinaciones.

Me di cuenta de que podía tardar meses en encontrar una respuesta correcta. Así que decidí guiarme, en vez de por las combinaciones de palabras, por la forma de la estrella. Tomé como referencia el muro que daba acceso a la sala (tal y como recordaba que había hecho en la Ciudadela con la puerta de entrada) y comencé a unir las palabras de acuerdo con un orden basado en la forma benigna de la estrella, es decir, con una sola punta hacia arriba.

Conseguí así una nueva frase: «Ne avertas oculos a fulgure huius sideris si non vis obrui procellis» (No quites la mirada del brillo de esta estrella si no quieres ser aniquilado por la tempestad). Aquella expresión sí parecía tener sentido.

«No quites la mirada del brillo de esta estrella». Sin duda, se refería a la estrella que había grabada en el suelo. «Si no quieres ser aniquilado por la tempestad». La tempestad... ¿qué tempestad? Quizá aludía a mis enemigos que estarían ya dentro de la abadía tras mi busca. Quizá algún monje había visto como accedía a su interior y había avisado a Calatrava. Todo era posible.

«No quites la mirada del brillo de esta estrella», «no quites la mirada del brillo de esta estrella»... Comencé a entrever el significado del mensaje. Dentro de la estancia secreta, en el cementerio de los libros misteriosos, allí, quizá y digo quizá, mi alma estuviese a salvo de los enemigos que intentaban acorralarme tras los muros de la abadía cisterciense de Santa María de Viaceli.

¿Puede un pecador encerrar los pecados que atormentan su alma?

Capítulo 11

Sine die

[Sin día]



¿Cómo podemos medir la valía de una persona?

Aristóteles definió las cuatro virtudes fundamentales que permiten, al hombre corriente, transformarse en un ser excepcional. Mostrar la prudencia necesaria ante una situación desconocida, ser justo con nuestros semejantes y respetar el bien común, resistir con firmeza y constancia a las dificultades de nuestro propio camino y, finalmente, demostrar templanza frente a los placeres de la vida es lo que hace realmente poderoso al hombre. Si el ser humano consigue asentar con firmeza estos cuatro pilares habrá alcanzado lo que los romanos conseguían «anima virtutum», o virtud del alma.

Busqué un trozo de papel donde escribir el enigma del pentagrama ya que deseaba estudiar con más detenimiento el mensaje oculto descubierto en la estrella de cinco puntas que estaba grabada en el suelo. Con ayuda de una pluma escribí la expresión latina «*Ne avertas oculos a fulgure huius sideris si non vis obrui procellis*» (No quites la mirada del brillo de esta estrella si no quieres ser aniquilado por la tempestad). Durante varios minutos leí y releí aquellas palabras intentando desentrañar su significado. Miré a mi alrededor en pos de una respuesta.

Mi primer análisis, apresurado y falto de objetividad, me indujo a creer que aquella estancia acaparaba un poder casi mágico que me protegería de Calatrava y de sus secuaces. Pero, como decía Guillermo, esa era la respuesta más fácil y, posiblemente, la equivocada. Ya había cometido un error al interpretar apresuradamente las peripecias vividas en el Camino de Santiago. En esta ocasión, no estaba dispuesto a dejarme convencer tan fácilmente y me negaba a aceptar lo que parecía evidente.

Durante años aprendí a jugar al ajedrez lo que me sirvió para desarrollar un estilo cognitivo basado en la deducción y en la probabilidad. Mi valor más destacable radicaba en mi gran capacidad para analizar y prever las intenciones del contrario. Estas habilidades ante el tablero despertaron, en múltiples ocasiones, los elogios de mi contrincante, Guillermo. Recordé claramente una de sus frases más repetidas: «cuando pensaba que el jaque mate es inminente, tú siempre me sorprendes con una interpretación del tablero que evidencia inteligencia y capacidad deductiva». Sí, sin duda poseía esas dotes y había llegado el momento de volver a ponerlas en práctica.

¡Veamos! Debía evitar volver a caer en la trampa. La estrategia pasaba por no obviar la importancia del pentáculo, símbolo esotérico por excelencia. Pero convertirlo en el elemento mágico protector que algunos iluminados le atribuían era ir demasiado lejos.

La segunda cuestión era reinterpretar el significado de la expresión «*Ne avertas*

oculos a fulgure huius sideris si non vis obrui procellis». La primera parte de la frase «No quites la mirada del brillo de esta estrella» sugería algo concreto. ¿Pero qué? Quitar la mirada... mirar... observar la estrella... Algo se ocultaba en el texto, una clave quizá, pero no conseguía verla. La segunda parte de la frase, «si no quieres ser aniquilado por la tempestad» se refería, sin duda, a una amenaza o a un peligro, aunque no podía concretar más. Volví a estudiar el final de la frase. «... Aniquilado por la tempestad»... la tempestad, ¿qué tipo de acertijo enrevesado se escondía bajo esa expresión? Por la cabeza me rondó una idea descabellada que necesitaba corroborar. ¡Dos enigmas en uno!... ¿existía la posibilidad de que el significado fuese otro? Cogí un diccionario que había en una de las estanterías y busqué el término tempestad. Leí con atención: «*Tempestad: tormenta grande, especialmente marina, con vientos de extraordinaria fuerza*». Una primera acepción que, evidentemente, no aclaraba absolutamente nada. Cualquier otro habría desistido pero la cabezonería y el tesón se habían incrustado en lo más profundo de mi ser gracias al ajedrez. Unas líneas más abajo encontré la acepción que desvelaba el rompecabezas. Decía así: «*Tempestad: conjunto de palabras ásperas o injuriosas*». ¡Eureka!... ¡Eso era! La segunda clave oculta hacía referencia a la interpretación de la palabra. No se trataba de una amenaza, como a simple vista parecía sugerir el enigma, sino todo lo contrario. ¡Era una advertencia!, un aviso sobre las mentiras o medias verdades recibidas por todos los que había encontrado en el camino. Una larga lista de personajes como Calatrava, Giordano, Guillermo de Aquitania, Diego de Vera y muchos más. Incluso Guillermo podría haberme confundido con sus explicaciones. Entonces, ¿qué debía hacer?

Se imponía con urgencia buscar una salida y corroborar si las sospechas que asaltaban mi mente podían tener una base creíble. Necesitaba hablar nuevamente con Guillermo y preguntarle, cara a cara, si me estaba confundiendo con mentiras piadosas. Debía asegurarme de qué parte estaba y si realmente tenía la voluntad de ayudarme a escapar.

¿Cuánto tiempo llevaba encerrado en la biblioteca secreta de Guillermo? No podía saberlo con seguridad. La luz natural no traspasaba aquellos muros lo que imposibilitaba deducir la hora por la posición del sol. Solo unas velas ofrecían un poco de luz al habitáculo. ¡Eso es, unas velas! Recordé en ese momento las noches furtivas de mi infancia que había pasado devorando un libro tras otro. En el placer de la lectura, perdía siempre la noción del tiempo transcurrido y, en ocasiones, amanecía casi sin darme cuenta. Guillermo descubrió mis actividades nocturnas y me impuso un horario limitado para la lectura. Recuerdo perfectamente su curiosa propuesta: «Querido discípulo, con la intención de evitar que te conviertas en un noctámbulo incontrolado, te propongo un trato. Dejaré que leas cada noche siempre y cuando la vela, que te facilitaré cada día, no se haya consumido. Cuando lo haga, deberás acostarte y descansar. ¿De acuerdo?». Sin rechistar, acepté sus condiciones. A partir

de entonces, mis lecturas nocturnas se redujeron a la hora y media que tardaba en consumirse la vela. Aquellas velas eran idénticas a las que yo estaba utilizando en la biblioteca secreta. Por lo tanto, si contaba las velas consumidas, podía calcular el tiempo total que llevaba recluido en aquel espacio. Así lo hice. Siete velas de doce centímetros suponían un tiempo total cercano a las diez horas. «¡Son demasiadas!» — concluí, preocupado.

Para acceder a la biblioteca secreta, Guillermo había girado la reproducción en piedra de la Cruz de Caravava. Al salir, hizo lo propio para sellar el habitáculo, dejándome totalmente incomunicado. Deduje que, en el interior, también debía de existir algún tipo de mecanismo secreto de apertura. Esperanzado, probé por hacer presión sobre cada una de las piedras del muro. El resultado fue totalmente negativo. Decidí continuar mis pesquisas. Tantee con la mano cada uno de los estantes de la estantería circular en busca de algún pulsador. Pero no hallé absolutamente nada.

No me desanimé y, emulando al propio Hercules Poirot, decidí afrontar el reto con inteligencia y astucia. De pronto, sentí que los libros, una vez más, habían adoptado el papel de protagonistas. Miré hacia las estanterías superiores y murmuré: «Uno de vosotros me ayudará a escapar... ¿a qué sí?».

Mi teoría se apoyaba en poner en práctica la más sencilla e intuitiva lógica policíaca. Estaba seguro de que al sacar alguno de los más de mil libros que había en la biblioteca conseguiría activar un mecanismo que desplazaría el muro que impedía mi salida. Así que, sin dilación, empecé a levantar, uno a uno, todos los volúmenes que contenía la biblioteca. Pero, una vez más, ¡fracasé! Pensé qué disgustada se sentiría Agatha Christie si conociera la poca profesionalidad demostrada por este clon de su rechoncho investigador belga. Había empleado casi una hora en el experimento, había consumido casi por completo una vela y había cosechado el peor de los resultados.

¿Y si la clave, como indicaba la frase cincelada en el suelo, atendía a una combinación múltiple de varios factores? Si eso fuera así, debería cambiar la ubicación de varios libros hasta conseguir el orden correcto. Quizá un sistema de poleas y balanzas detectase el peso en gramos de cada uno de los habitáculos. En ese caso, si colocaba en alguno de ellos el peso adecuado conseguiría activar el mecanismo.

Dediqué varias horas a mi nueva teoría. Durante ese tiempo, cambié libros convulsivamente de un estante a otro. Libros más pesados, libros menos pesados, libros ligeros... hasta que agotado, física y mentalmente, decidí rendirme.

En ese momento deseé pagar mi frustración con los libros. Los odiaba tanto en aquel instante que habría sido capaz hasta de destruirlos. Y esa fue mi intención cuando cogí la vela y la acerqué a uno de los volúmenes. En el mismo instante en que iba a prenderle fuego, grité: «¡Ahora os vais a enterar, malditos! ¡Os quemaré a todos hasta que no queden ni las cenizas de este maldito lugar!». Reí como un loco poseído.

Estaba a punto de consumir un acto de proporciones apocalípticas (al fin y al cabo los libros allí almacenados eran auténticas joyas históricas de la literatura) cuando una débil voz me hizo retroceder.

—¡Pssss! ¡Eh, tú! —Un leve susurro surgió al otro lado del muro, atravesando las estanterías de madera.

—¿Quién me habla? —respondí sorprendido.

—Soy Gregorio, un fraile mercedario.

—¿De dónde sale tu voz? ¿Dónde te encuentras?

—Estoy en el «*scriptorium*», al otro lado del muro.

—¿Hay un «*scriptorium*» secreto en la abadía?

—¡Por supuesto! Toda biblioteca que se precie debe contar con un «*scriptorium*».

—Tienes toda la razón.

—¡Oye, amigo! ¿Por qué no me respondiste en ninguna de las otras ocasiones en que te hablé?

—Perdona, ¿qué me hablaste?, ¿cuándo?

—Algunas veces que me quedaba trabajando hasta tarde y escuchaba ruidos al otro lado. Siempre preguntaba pero nadie me contestaba —debía de ser Guillermo, afanado en la consulta de algún libro.

—Siento decirte que no era yo.

—He estado varios años intentando comunicarme con el exterior pero me ha sido del todo imposible.

—¿Por qué no has podido comunicarte?

—Después de aceptar el cargo de escribano perdí todo contacto con el mundo real.

—Perdóname, pero estoy totalmente perdido. ¿Podrías aclararme un poco las circunstancias que te han llevado a ese encierro voluntario?

—Como desees...

La historia relatada por el fraile mercedario me hizo sentirme afortunado. Gregorio, hijo menor de una familia numerosa andaluza, fue obligado por sus padres a entrar en el seminario ya que la carga que suponía para la maltrecha economía familiar así lo aconsejaba. Él, como hijo obediente, jamás se quejó y aceptó con resignación la voluntad de sus progenitores. Los primeros meses en la institución religiosa fueron terribles. A la añoranza que sentía por la vida hogareña se sumó lo mucho que extrañaba a sus doce hermanos. Como consecuencia de esta nostalgia, su estado anímico sufrió numerosas bajones que fueron calificados por el médico como pequeñas depresiones temporales.

Pero todo cambió al cumplirse su primer año de estancia. La vida en el seminario, sencilla y rutinaria, comenzó a encajar a la perfección con la forma de ser de Gregorio. Pronto hizo amigos en la Orden de la Merced, a la que pertenecían los frailes mercedarios, y comenzó a destacar como un seminarista aplicado y estudioso. Al tomar sus votos fue destinado a un monasterio cisterciense ubicado en un pequeño

pueblo de León. Allí, destacó por sus dotes artísticas y por ser un consumado copista. Un trabajo suyo, realizado con motivo de la celebración del centenario del monasterio, llegó a oídos de un alto cargo de la orden cisterciense, que se presentó de inmediato en el lugar. Gregorio todavía recordaba, con toda claridad, aquella visita que le cambió la vida.

—Una noche, ya de madrugada, me abordó en mi celda. Menudo susto me llevé al abrir los ojos y ver una figura frente a mí. Se presentó y me habló de una misión que Dios tenía reservada para mí.

—¿Una misión...? ¿De qué tipo?

—Bueno, me dijo que conocía mis aptitudes artísticas y que necesitaba cubrir una plaza en una abadía que, entre otras cosas, contaba con un grupo de monjes especialmente dedicado a evitar que el saber cayese en el olvido.

—Un grupo especial de monjes... ¡qué curioso!

—Eso me pareció en aquel instante. Me dijo que volvería en siete días y que esperaba una respuesta definitiva. Por supuesto, consulté con mi abad y este, sin dudarle un instante, me recomendó que aceptase la propuesta. Sus palabras exactas fueron: «El Señor elige a los mejores para misiones que van más allá de nuestra comprensión».

—¿Y volvió la visita la semana siguiente?

—Puntualmente... sin ningún tipo de demora. A la misma hora, de madrugada, volvió a despertarme y me hizo la pregunta: «¿Aceptas la voluntad de Dios?». Y dije que sí. Y así llegué aquí.

—Gregorio, me gustaría saber si recuerdas el nombre de la persona que te ofreció la gran oportunidad.

—¡Sí, lo recuerdo!... ¿cómo iba a olvidarlo? —Su voz sonó un poco alterada.

—¿Cómo se llamaba?

—La primera noche que apareció se presentó con el nombre de Calatrava.

¡Cómo no!... El gran equilibrista volvía a hacer su aparición en el centro de la pista y sobre un alambre de mentiras y falsedades realizaba sus malignos ejercicios. Desde las alturas manipulaba como nadie la voluntad de unos títeres carentes de iniciativa. Los aplausos finales anunciaban un nuevo éxito del mal sobre el bien.

—¿Así que Calatrava? —pregunté en un tono bastante irónico.

—Sí. ¿Lo conoces?

—Creo que lo estoy conociendo realmente en estos últimos días.

—Todos hablan muy bien de él. Dicen que es un gran defensor de las tradiciones y de la cultura.

—Es posible, aunque no lo conozco tanto como para juzgarlo de esa manera — ¿qué podía decir? Habría sido muy cruel anunciarle a aquel monje que había dedicado toda su vida a una gran mentira.

—Oye, ¿puedo hacerte una pregunta?

—¡Claro que sí! ¿Qué quieres saber?

—Veamos... ¡ejem! ¿Es verdad el rumor que nos ha llegado de que el nuevo Papa perteneció al ejército alemán en la época de los nazis?

—¿Por qué me haces esa pregunta? —Aquella cuestión era muy comprometida.

—Es que hay un compañero aquí que estuvo matando nacionales durante la guerra civil española y que comenta que, si el nuevo Papa tiene bula, él también debería tenerla.

—Dile a tú compañero que la respuesta es afirmativa.

—Menuda alegría le voy a dar —parecía muy contento.

—Gregorio, ¿cómo es la vida en el «*scriptorium*»?

—La vida es, sobre todo, rutinaria. Por la mañana, al levantarnos, rezamos. Desayunamos copiosamente e iniciamos nuestra jornada de trabajo que nunca baja de las doce horas.

—¿Y en qué trabajáis?

—Supongo que sabrás que en un «*scriptorium*», como ocurría en la Edad Media, se realizan copias de códices, cantorales y de cualquier documento del cristianismo que tenga algún valor. Llevamos muchos años realizando este duro trabajo y puedo asegurarte que he tenido en mis manos obras maravillosas desconocidas por la humanidad.

—¿Cuántos sois?

—Hace un par de meses ingresó un nuevo fraile. Un jovencuelo sudamericano que ha debido de ser captado en alguna orden de allende los mares. Así que, contándolo a él, estamos aquí recluidas ocho personas. Cada una, dedicada a una función específica, ya sea copista, escribano o encuadernador.

—¿Ha abandonado alguien alguna vez el «*scriptorium*»?

—¡Solo si estaba muerto! Esa es la norma que debemos cumplir. Los secretos que aquí guardamos deben partir con nuestra alma al encuentro de Dios.

Jamás había pensado que las durísimas normas de los «*scriptoria*» medievales permaneciesen vigentes, hoy en día, en una abadía cisterciense. La orden religiosa tenía fama de defender las tradiciones contundentemente pero jamás pensé que llegarían tan lejos. ¡Qué pena!, ocho frailes condenados a un enclaustramiento perpetuo, incomunicados con el exterior y sin posibilidad de arrepentirse de la decisión tomada.

—Gregorio, ¿cómo demonios puedo escapar de la biblioteca? He buscado el mecanismo de apertura del muro pero no lo he encontrado.

—¡Cuida ese lenguaje!... no deberías mentar al demonio en la Casa del Señor.

—Perdóname. No sé lo que me digo pero es que estoy realmente desesperado. Llevo varias horas intentándolo sin conseguir nada positivo.

—Déjame que consulte el ejemplar «Secretos monacales: la vida en las abadías benedictinas». Es un interesante tratado sobre la orden. No hace mucho tiempo nos ordenaron hacer una copia para la abadesa del monasterio cisterciense de Santa Ana en Ávila. Creo que no ha sido entregado aún a su destinataria. Recuerdo que incluía una extensa colección de planos de abadías y monasterios. Es posible que se encuentre el de Santa María de Viaceli.

—Aunque encuentres el plano dudo de que localices estas habitaciones secretas. Yo he consultado en más de una ocasión planos similares y jamás encontré referencia alguna de este tipo de estancias.

—¡Es lógico! ¿Cómo las ibas a encontrar? Son planos y libros que no recogen la existencia de estos emplazamientos. De esa forma, protegemos su anonimato.

—¿Quieres decir que se oculta esta información, intencionadamente, a los miembros de la orden?

—¡Evidentemente! Solo unos cuantos elegidos, normalmente los abades y los priores, son informados de su existencia.

—¡Increíble descubrimiento en pleno siglo XXI! —grité entusiasmado—. En instantes como este siento cómo el espíritu del arqueólogo Howard Carter, responsable del descubrimiento de la tumba del faraón Tutankamón, se apodera de mi alma. ¡Ja, ja, ja...!

—¡Vaya! Me alegra proporcionarte tanta alegría. Espérame unos minutos. Voy a buscar el libro.

—Aquí estaré. ¡No te retrases!, por favor.

El gran libro secreto de los benedictinos, orden que agrupaba entre otras a la cisterciense, aglomeraba todo el conocimiento y el saber recopilados por los abades a lo largo de los siglos. En sus páginas se apilaban los secretos que personajes siniestros como Calatrava se empeñaban en mantener ocultos.

—¡Lo tengo! —gritó, emocionado, Gregorio.

—Parece que la suerte nos acompaña. ¿Has encontrado el plano?

—Un segundo. Veamos... monasterio de San Bernardo, en Burgos; monasterio de San Miguel de las Dueñas, en León; monasterio del Divino Salvador, en Lugo; abadía de Nuestra Señora de la Oliva, en Carcastillo; monasterio de Santa María, en Villaviciosa... un momento. ¡Aquí está! Abadía de Santa María de Viaceli, en Cóbreces.

—Guillermo, rápido... ¡el mapa!, ¡el mapa!

—Sí, aquí está. Los espacios dedicados al «*scriptorium*» y a la biblioteca secreta aparecen con un color de tinta distinto.

—¿Qué indica en la zona de la biblioteca?

—Hay unas anotaciones en latín que dicen «Abbas carcer — IV sinister, I dextera, II siniste» y «Ocultum bibliotheca — petram initium».

—La biblioteca oculta y la piedra del inicio —traduje inmediatamente. Aquellas frases parecían otro acertijo irritante de los cistercienses, destinado a medir mi valía.

—¿Ves alguna piedra que explique esa frase? —preguntó Gregorio.

—¿Estás de broma?... Aquí todo es de piedra. El suelo, el muro que da acceso a la celda del abad y al «*scriptorium*». ¡Todo, absolutamente todo!

—¡Se me ocurre una idea! ¿Y si han empleado la estenografía para ocultar algún dato significativo?

—Por favor, explícate.

—La estenografía es la técnica utilizada desde hace siglos por los escribanos para ocultar información sensible.

—¿Cómo se consigue escribir y, a la vez, ocultar información en el papel?

—Es más sencillo de lo que pudiera parecer. Basta con emplear, por ejemplo, un poco de zumo de limón como sustitutivo de la tinta. Una vez seco, el mensaje permanece invisible a los ojos.

—¡Qué interesante! Ahora dime cómo se puede leer el mensaje oculto.

—¡Facilísimo! Bastará con acercar una fuente de calor al papel para conseguir que reaparezca el texto. Utilizaré una vela y veremos qué ocurre.

Siempre me ha llamado la atención la obsesión del ser humano por esconder sus secretos. Una obsesión que le ha llevado a desarrollar, a lo largo de la historia, complicados sistemas de ocultación y encriptación. Como decía Guillermo: «Hasta en la Biblia hay espías, querido discípulo. ¡Hasta en la Biblia!». Guillermo tenía razón. La propia orden cisterciense, celosa de sus misterios, había tejido un complicado entramado que me era desconocido. «*Scriptorium*s» medievales en funcionamiento en pleno siglo XXI, bibliotecas secretas con códices de valor incalculable y monjes enclaustrados de por vida tras los muros de abadías y monasterios. Y en medio de ese escenario, Calatrava. Siempre, Calatrava.

—¡Vaya! Empiezo a ver unos símbolos en el papel.

—¿Unos símbolos?

—Símbolos o... quizá letras. ¡Ya está! No son símbolos, son números.

—¿Qué clase de números?

—Números en latín. Toma nota: «M... C... M... V... I»

—MCMVI... o sea, 1906, año 1906. ¿Qué puede significar?

—Bueno, lo único que se me ocurre ahora, relacionado con esos números, es la fecha de la colocación de la primera piedra de la abadía.

—¿Empezó la construcción en ese año? ¿Estás completamente seguro?

—¡Al cien por cien!

—¡No puede ser una simple casualidad! —pensé—. Debe significar algo que justamente este año se cumpla el centenario de Santa María de Viaceli, ¿pero qué?

—¿Qué quieres decir? —preguntó intrigado el monje.

—Me refiero a todo lo que me ha ocurrido desde el día en que nací. Sería muy

largo de contar ahora pero está claro que existe una relación con esta abadía y con el hecho (estaba seguro de que no era casual) de que este año se cumpla la efeméride de la colocación de la primera piedra.

—Yo tampoco creo en las casualidades. Sobre todo, si son de esa magnitud. Oye, ¿tú te has criado en esta abadía?

—¡Sí! Hasta los dieciocho años viví aquí bajo la protección del abad.

—A lo mejor he oído hablar de ti. ¿Cómo te llamas?

¡Mi nombre! ¡Por fin alguien deseaba conocer mi nombre! Llevaba días arrastrándome por el Camino de Santiago con pasos anodinos y sin saber con certeza adónde me dirigía. Me había topado, unas veces de forma casual y otras provocada, con personajes de lo más heterogéneos. Todos ellos manifestaron un deseo repentino de auxiliarme sin conocer la auténtica identidad e intenciones del rostro que les hablaba. ¿Extraño?... ¡quizá! En aquel momento no habría puesto la mano en el fuego por ninguno de los pensamientos que anidaban en mi cabeza, aunque debo reconocer que siempre tuve la sensación, aunque parezca una locura, de que todos ellos sabían quién era yo.

—¿Quieres conocer mi nombre?... ¡Te lo diré!

—¡Vamos! No creo que sea para tanto. ¿Cómo te llamas? —preguntó, sin saber que hasta ese instante ningún otro lo había hecho.

—Me llamo Jordán.

—¿Cómo has dicho que te llamas? —Parecía sorprendido.

—¡Jordán!... mi nombre es Jordán.

—¡No puede ser! ¿Eres el discípulo de Guillermo?

—¡El mismo! —Por fin alguien me conocía—. ¿Qué sabes de mí? —pregunté, emocionado ante la posibilidad de que me ofreciese información veraz sobre lo que estaba ocurriendo.

—No sé por dónde empezar... He oído hablar tanto de ti que me siento desconcertado.

—Tranquilízate, ¡por Dios!, y dime todo lo que sepas.

—Por la información que hemos manejado estos últimos años y, sobre todo, en los últimos días, sé que andas metido en un tema relevante para la Iglesia. Una misión que supera, con mucho, el ingreso en un «*scriptorium*».

—¿De qué misión me estás hablando? —¿cómo podía ser más importante que el enclaustramiento de por vida?

—¡Eso no lo sé! Pero te puedo asegurar que tanto Calatrava como el abad Guillermo están al tanto.

—¿Cómo es posible que el abad esté implicado? Siempre ha sido mi más firme protector.

—Algunos de los encargos que hemos recibido en los últimos días fueron

realizados por él. Tengo constancia de que es así.

—¿Encargos?... ¿Qué tipo de encargos?

—¿Te suena de algo una Biblia encuadernada con cubiertas de terciopelo y forrada de guadameciles tachonados con clavos de adorno?

—¡Dios mío! —La descripción de Gregorio coincidía con la Biblia de San Ataúlfo. La misma que había encontrado en el claustro de la catedral de Pamplona—. ¿Cómo es posible que conozcas los más mínimos detalles de ese libro?

—Los conozco bien porque fue confeccionada con urgencia, por orden del abad, hace unos días. Tuvimos apenas veinticuatro horas para copiar algunas imágenes en sus primeras páginas. El resto de los papiros los dejamos en blanco. Al día siguiente de finalizarla, se nos ordenó guardar el libro y sellarlo dentro de una maravillosa caja de ágatas. Johann, un excelente copista alemán, de más de ciento veinte años, que trabaja incansablemente en el «*scriptorium*», reconoció aquella caja al instante. Cuando la vio, abrió mucho los ojos y desde la mesa contigua me susurró: «Esa caja es del siglo x y su valor es incalculable. Algo extremadamente importante debe estar ocurriendo cuando se han arriesgado a sacarla del deposito de bienes artísticos de la orden cisterciense».

—¿Recuerdas si en la tapa había un sello? —No podía ser cierto lo que estaba escuchando.

—¿Un sello?... Creo más bien que era una insignia real. No estoy completamente seguro pero me pareció la de Alfonso III de Asturias, apodado «el Magno».

¡No!, ¡no! Y mil veces no. El relato de Gregorio debía de ser otra de las argucias de Calatrava. Quizá me habían localizado y estaban jugando a confundirme. Jamás antes había oído hablar de un «*scriptorium*» en la abadía de Cóbreces y, con toda la razón del mundo, podía permitirme dudar de su existencia. Aunque había algo en ese fraile mercedario que me hacía confiar y creer en sus palabras. Gregorio llevaba enclaustrado muchos años gracias a la intervención de Calatrava. Conocía a la perfección el trabajo diario de un «*scriptorium*». Él me había ayudado a desentrañar la clave de la Biblioteca aunque todavía yo no había conseguido escapar. Y, finalmente, me había descrito con total exactitud la caja donde estaba escondida la Biblia de San Ataúlfo. La Biblia que, supuestamente, estaba oculta bajo la talla del santo, en Pamplona. La Biblia que jamás pude examinar en su totalidad, debido a la aparición de Calatrava. Todo parecía encajar. La Biblia no estaba terminada y ellos corrían un gran riesgo si me daba cuenta de ello. Por eso me interceptaron y me la quitaron, antes de que yo pudiera leer todo su contenido. Estos últimos datos eran concluyentes. Decidí continuar con las preguntas y ver si podía averiguar más información.

—Gregorio, ¿qué puedes contarme de un libro llamado «Codex Peccatum»?

—¿«Codex Peccatum»? ¿Te refieres al libro más plagiado de la historia del

cristianismo?

—Eso me dijo Guillermo. En cada monasterio, desde Cantabria hasta Roma, existen leyendas sobre su existencia.

—El Libro de los Pecados es parte de la mitología cristiana. ¿Existe de verdad?... Yo diría que... —En aquel momento, dejé de escuchar la voz del monje.

—¿Qué ocurre, Gregorio? —No hubo respuesta—. ¿Sigues ahí? ¿Puedo ayudarte? Respóndeme, por favor —en ese instante recobré la comunicación.

—Tengo que dejarte. Escucho unos pasos que se acercan lentamente —parecía preocupado.

—Pero... ¡necesito respuestas! No puedes irte ahora sin aclararme qué debo hacer.

—Me quedan escasos segundos. Presta mucha atención.

—Dime, amigo... soy todo oídos.

—Me es del todo imposible, porque no lo sé, contarte lo que te han reservado Calatrava y el abad. Pero lo que sí puedo es facilitarte un texto que encontré escrito en una pequeña hoja dentro de la caja de ágatas.

—¿Qué decía ese texto?... ¡rápido, dímelo!

—El texto estaba compuesto por una fecha y una cita: «6 de enero, *Sine die*».

—Gracias, Gregorio... ¡Muchas gracias! —Pero ya no obtuve respuesta.

Una nueva preocupación se sumaba a la larga lista de incógnitas. Según el mensaje encontrado en la caja de ágatas, disponía solamente de cuarenta y ocho horas más para resolver el entuerto. La expresión latina «*Sine die*» (sin día) indicaba claramente que el 6 de enero acabaría el tiempo asignado a la misión. De acuerdo con mis cálculos, había llegado a la abadía el 4 de enero y llevaba encerrado en la biblioteca, como mínimo, doce horas. Por lo tanto, disponía de tan solo treinta y seis horas para cumplir mi cometido.

El primer paso y el más urgente era escapar de la biblioteca. Para ello debía descifrar el acertijo rápidamente. Tras unos minutos de reflexión, me percaté de que la clave se ocultaba en la relación existente entre la expresión latina «*Ocultum bibliotheca —petram initium*» y la fecha en la que se colocó la primera piedra de la abadía, (MCMVI, AÑO 1906).

Con paso decidido, subí los peldaños de la escalera hasta la parte más alta de las estanterías. Deseaba tener una visión global de la estrella que se encontraba esculpida en el suelo. De pronto, me di cuenta de que, en el centro del pentagrama, una de las piedras se distinguía del resto: su forma circular la delataba. Todas las demás piedras eran cuadradas pero esa en concreto parecía adoptar una forma distinta con algún propósito. Mientras descendía, una frase comenzó a cobrar sentido. «No quites la mirada del brillo de esta estrella»... el brillo de la estrella. ¿Dónde se produce la mayor concentración de luz y calor en una estrella? En su centro. Y justamente en su centro estaba la piedra circular. Me arrodillé y la palpé con la mano. A continuación,

introduje con cuidado la punta del estilete, sustraído en la furgoneta de Zumaya, e hice palanca con él. La pieza saltó, parecía estar desencajada. Miré el reverso de la piedra en busca de una respuesta... ¡y la encontré! La piedra tenía grabada la fecha «MCMVI».

Al sacar la piedra observé que, en el hueco vacío, había también una pieza puntiaguda anclada al suelo. Su forma encajaba a la perfección con la hendidura existente en el anverso de la piedra que acababa de levantar. Ensamblé las dos piezas para verificar si encajaban y... ¡éxito total! Se trataba, sin duda, de un mecanismo ingenioso para desplazar el muro que me impedía salir del habitáculo. Realicé varios giros a la derecha sin conseguir ningún resultado. Repetí la acción, pero esta vez a la izquierda. Un fracaso total. ¡Un momento!... —pensé en lo retorcidos que habían sido los retos a los que me había enfrentado— seguro que hay que seguir una pauta. Fue entonces cuando recordé la secuencia de entrada, la que Guillermo había empleado al girar la Cruz de Caravaca: dos giros a la izquierda, uno a la derecha y dos a la izquierda. Pero el muro siguió sin moverse.

Otra nueva idea asaltó mi mente: «Si al abrir una puerta tiramos de ella, cuando salimos debemos empujarla». Apliqué esta lógica e invertí la secuencia: dos giros a la derecha, uno a la izquierda y otros dos a la derecha. Por fin, el mecanismo empezó a emitir un leve gemido metálico. También, en ese preciso momento, la vela que iluminaba la biblioteca se apagó y me sumió en la oscuridad más absoluta. Un ruido sordo de poleas y de cuerdas se entremezcló con el chirriar de cadenas oxidadas. La piedra comenzó a desplazarse tímidamente, arrastrando el muro que protegía la intimidad de la biblioteca. Al otro lado, en la celda de Guillermo, la tenue luz de un candil devolvió a mis ojos el reflejo de la claridad. ¡Libre!... ¡Por fin libre! Apresuradamente, volví a meter el estilete en el zurrón junto con una caja de cerillas, un papel con las anotaciones de Gregorio y un libro de la colección privada del abad, a modo de premio por haber logrado escapar.

Para no dejar huellas de mi fuga, volví a sellar la biblioteca. Giré la Cruz de Caravaca y el muro se cerró. Abandoné enseguida la celda de Guillermo, dispuesto a encontrarle, a retomar la conversación con él y a exigirle que me contase toda la verdad. Avancé por tortuosas galerías y angostos pasillos con la precaución del que se siente acosado por un peligro sobrenatural. La advertencia de que Calatrava contaba con infiltrados dentro de los viejos muros de la abadía hacía mi recorrido aún más arriesgado. Aceleré el paso, ocultándome en cada esquina, rezando (era el mejor sitio para recuperar ese hábito) para toparme con Guillermo lo antes posible.

Pero el lugar parecía totalmente desolado. ¡Qué extraño! —murmuré mientras recorría las distintas estancias. El comedor, la sala de lectura, la cocina... todas ellas estaban desiertas. En mi paseo por la abadía solo encontré nostalgia, la nostalgia por los recuerdos que regresaban para ayudarme a continuar luchando. Cuando llegué a la zona donde se ubicaban las celdas de los monjes, golpeé en algunas de las puertas y pregunté: ¿Quo vadis, pater? A pesar de todos mis intentos, no recibí respuesta en

ninguna de las celdas. Una situación tan excepcional solo podía explicarse de una forma. Con el fin de confirmar mis sospechas, llamé entonces a la puerta de Benedicto, un monje que había pertenecido a la Guardia Suiza Pontificia pero que había abandonado el Vaticano, harto de sufrir lo que él denominaba «corrupción del alma». Al ingresar en la orden mantuvo, gracias a un permiso del obispado, su afición de construir y coleccionar clepsidras. Aquellos objetos me fascinaron desde la primera vez que los vi.

Recuerdo una tarde que andaba holgazaneando por el jardín. Intentaba dar caza a un pájaro con la intención de mitigar el sabor de la sopa de cebolla que todos los viernes incluía en el menú nuestro apreciado maestro de cocina, el padre Javier. Estaba agazapado vigilando las trampas cuando, de repente, apareció Benedicto y me preguntó: «¿Quieres aprender algo útil, por una vez en tu vida?». Fue esa tarde, en su celda, donde aprendí a valorar las clepsidras, los relojes que utilizan el agua para calcular el tiempo. Eran los sustitutos perfectos de los relojes solares, sobre todo durante las horas nocturnas.

Ahora me encontraba de nuevo frente a las clepsidras, en la celda vacía de Benedicto. Las observé con atención y recordando las enseñanzas del monje, deduje que eran las tres del medio día. Las tres de la tarde... ¡qué mala suerte! —musité mientras aceleraba el paso de camino a la capilla. Y es que si hay algo rutinario e inamovible en la vida monacal son las horas canónicas, las horas de los rezos. Los monjes benedictinos, de acuerdo con la regla de San Benito, dividen el día en siete partes y la madrugada en tres. En esas horas se abandona cualquier actividad para congregarse en la iglesia para rezar. Tal y como suponía, a través de una puerta entreabierta, escuché unas voces que escapaban sigilosamente de la capilla. Los salmos de David se recitaban con devoción. Sin duda, todos los monjes, y entre ellos Guillermo, participaban activamente en ese ceremonial. Mientras tanto, yo permanecía inmóvil en el pasillo sin poder hacer nada para atraer su atención. Faltaban treinta y tres horas para que la expresión profética «6 de enero, *Sine die*» certificase mi fracaso personal.

De repente, un golpe seco captó mi atención. El sonido procedía de una sala ubicada al fondo de la galería. Me acerqué sigilosamente para no ser descubierto y me topé, a los pocos metros, con la gran puerta del archivo general. ¿Quién osaba ausentarse del rezo obligatorio? Recordaba perfectamente que las ausencias a los rezos merecían duras reprimendas del abad. Con curiosidad, miré a través del ojo de la cerradura pero no conseguí ver a nadie en aquella habitación oscura. Entonces, giré el pomo de la puerta y entré en el interior de la sala. En cuanto traspasé el umbral me di cuenta de que aquella habitación olía a vieja y a sucia. Los libros viejos apilados en desvencijadas estanterías de madera, los papeles amarillentos por las mesas y una fina capa de polvo cubriéndolo todo certificaban el abandono de las funciones del archivo.

¡No me sorprendió! Si ya existía un «*scriptorium*» en pleno funcionamiento... ¿para qué necesitaban un archivo general? Me di cuenta de que aquel descubrimiento era la prueba definitiva que confirmaba las revelaciones de Gregorio.

Miré a mi alrededor con atención. El archivo general era una sala enorme con larguísimas hileras de estanterías. Los grandes ventanales que, antaño iluminaban todo el recinto, aparecían ahora tapados con telas negras que impedían la entrada de la luz. Con dificultad y casi a tientas por la oscuridad reinante avancé unos pocos pasos, intentando esquivar a mi paso el sinfín de libros y cajas que convertían el lugar en un auténtico laberinto. En ese instante, me fijé en una de las estanterías del fondo. Un leve resplandor parecía acariciar los tomos allí clasificados. ¡Una vela! —pensé sin dudar un instante—. Hay alguien más aquí.

Mi primera idea fue acercarme sigilosamente hacia el candil y así descubrir la identidad del monje misterioso que había decidido saltarse la preceptiva oración canónica. Pero enseguida me percaté de que avanzar sin hacer ruido, entre papeles y cajas desperdigadas por todos los lados, se tornaba en una misión imposible. Decidí entonces que la mejor solución pasaba por encontrar un escondite y esperar... esperar a que abandonase la habitación. Encontré una excelente posición para ocultarme tras un montón de cajas apilado a pocos metros de la puerta. Allí me agazapé y esperé pacientemente, con los ojos fijos en el foco de luz del candil.

De pronto, la luz de la vela empezó a cambiar de posición y se acercó, poco a poco hacia donde yo me encontraba escondido. El movimiento de la vela venía acompañado de un sonido de pasos, cada vez más audibles. Incluso me pareció escuchar el murmullo de unas voces. Sobrecogido, me agaché aún más, no quería correr riesgos. Desde mi posición pude ver que no se trataba de un monje, sino de dos. Dos monjes que se habían ausentado de sus obligaciones monacales. Intenté aguzar el oído e inmediatamente me di cuenta de que las dos voces me eran muy familiares.

—Una última cuestión... ¿qué ocurrirá si no lo consigue?

—Si falla, podrá continuar con su insustancial vida. No volveremos a intervenir en ella.

—¿No crees que hemos sido demasiado exigentes y crueles?

—Es su destino. Lo hemos preparado durante años y debe demostrar que es merecedor de la confianza depositada en él.

—Solo faltan unas pocas horas y todo habrá acabado. ¿Crees que lo conseguirá?

—Mi trabajo es, precisamente, impedir que lo consiga, Guillermo. Deberías saberlo —la voz de mi amigo Guillermo era inconfundible pero ¿con quién hablaba?

—¡Vamos!, ¡vamos, Calatrava!... Ayudémosle un poco.

—¡Me niego! Si él es el elegido deberá demostrarlo. Por cierto, ¿lleva consigo la clave?

—¡Sí!, la lleva. La solución al enigma está en su poder.

Habría jurado que mi corazón se detuvo en aquel instante. Una terrible tormenta de recuerdos e ideas estalló en mi cabeza. Las voces de los traidores, Calatrava y el inesperado, Guillermo, se expresaban como nunca antes les había escuchado. Algunas de sus frases retumbaban en mi cabeza: «le quedan unas pocas horas», «mi trabajo es que no lo consiga», «la solución al enigma está en su poder»... ¿Qué significaban aquellas palabras?

—¡Guillermo!

—¿Qué ocurre, Calatrava?

—¡Mira! La puerta... está abierta —la voz denotaba irritabilidad.

Al escuchar aquellas palabras se me heló la sangre. La maldita puerta, que había olvidado cerrar, me iba a delatar. ¡Qué estupidez más grande había cometido! En pocos minutos sospecharían de mi presencia, descubrirían que había escapado de la biblioteca secreta y alertarían a todos los monjes para que impidiesen una nueva fuga del antiguo discípulo. Pero entonces, una vez más, Guillermo dijo algo que me sorprendió:

—La dejé yo entreabierta por seguridad.

—Pero... ¡nos podían haber descubierto!

—¡Precisamente! Para evitarlo, la dejé entreabierta con la intención de escuchar la campana que avisa de la finalización de la oración —su razonamiento no sonó muy convincente pero, afortunadamente, Calatrava tenía sus pensamientos en otras cosas.

—¡Bueno, bueno!... como tú digas —respondió Calatrava mientras salía del archivo general.

Guillermo le seguía los pasos pero, de pronto, se quedó rezagado unos instantes. Desde mi escondite, observé cómo se giraba y echaba un vistazo rápido a la habitación, como si supiera con certeza que yo me encontraba oculto allí. Desde el pasillo, la voz de Calatrava gritó: «¿Vienes, Guillermo?». Él no respondió y con un gesto rápido escribió algo, con el pie derecho, en el suelo cubierto de polvo. No empleó más de dos segundos en componer lo que me pareció un mensaje. De pronto, volvió a escucharse la llamada insistente de Calatrava: «¿Qué te retiene, abad del demonio?... ¡vamos!». Por fin, Guillermo abandonó el archivo general cerrando tras de sí la puerta.

Esperé unos minutos antes de abandonar la madriguera. ¿Qué había dibujado en el suelo? ¿Era quizá un aviso dirigido a su antiguo discípulo? La impaciencia por saber su contenido superó a la precaución lógica de esos instantes. Me levanté rápidamente y me dirigí hacia la entrada. Encendí un fósforo y lo acerqué al lugar. La luz tenue mostró la silueta de lo que parecía un... ¡no podía ser!

¿Qué podemos esperar de los que nos engañan y nos ayudan al mismo tiempo?

Capítulo 12

Sine amicitia, vita esse nullam

[La vida es nada sin amigos]



¿Dónde se oculta la auténtica amistad?

He visto a nómadas adentrarse en el desierto en busca de amistad. A lo largo de ese árido camino muchos se han extraviado, olvidando quiénes eran y adónde se dirigían. Errantes al encuentro de un sueño, vagan entre dunas y vastos arenales. Los pocos que creyeron alcanzar el oasis prometido tuvieron que conformarse con espejismos de una amistad imaginada. El resto navega a la deriva sin esperanzas... sin ilusiones... por ese océano de arena y polvo milenario. Un amigo es un pozo de agua que sacia nuestra sed, un palmeral donde refugiarnos del tórrido sol o una acogedora jaima en la que resguardarnos de la intemperie.

La llama del fósforo se debilitaba lentamente, difuminando la silueta del extraño símbolo que Guillermo había trazado con su pie en el suelo arcilloso. El símbolo, una especie de estrella encerrada sobre un semicírculo y rematada con tres puntos en su base, me era totalmente desconocido. «Una palabra me habría ayudado más, querido amigo» —murmuré, confundido por el significado del ideograma que tenía frente a mí.

Unos pocos segundos bastaron para sumir la habitación en la más absoluta oscuridad. Rebusqué en la caja de cerillas con la intención de encender una nueva llama pero desgraciadamente se habían agotado. Impotente, guardé en la memoria aquel signo indescifrable y emprendí la huida... ¿La huida adónde? —me pregunté con desesperación. Solo sabía que necesitaba encontrar un lugar tranquilo y seguro donde poder analizar las últimas pistas que había descubierto desde mi llegada a la abadía.

El tiempo apremiaba y las opciones eran realmente limitadas. Poco más de treinta horas... apenas me restaba día y medio para consumir la misión para la que había sido preparado, sin yo nunca saberlo, a lo largo de los años. Podía haber optado por abandonar definitivamente la abadía y, ya en el camino, localizar un escondite seguro donde analizar los nuevos indicios. Pero decidí permanecer en su interior, bajo el amparo de los muros que antaño demostraron hacia mí una lealtad inquebrantable.

Entreabrí un poco la puerta y, a través de la rendija, escruté a ambos lados de la galería en busca de las figuras de Calatrava y de Guillermo. Los dos habían desaparecido. Evalué la situación y, tras unos segundos, decidí que la mejor opción pasaba por regresar a la biblioteca secreta que se escondía detrás de la pared de la celda de Guillermo. Abandoné la habitación y me dirigí a la zona donde se ubicaban las celdas. En ese instante, el tintineo que daba por finalizada la nona u hora canónica se escuchó en todo el monasterio. El murmullo casi imperceptible de los rezos cesó de repente y los monjes comenzaron a inundar los corredores. Aceleré el paso todo lo que pude para evitar ser descubierto. En un par de ocasiones estuve a punto de

toparme de frente con alguno de aquellos rostros tan familiares pero la suerte, y creo que la intervención divina, me hicieron recalar, sano y salvo, en la habitación del abad.

Antes de acceder a los aposentos de Guillermo pegué la oreja a la puerta, con sumo cuidado, para asegurarme de que allí no hubiera nadie. Ya en el interior, giré, como había hecho antes, la cruz de Calatrava que desplazaba el muro secreto que daba acceso a la biblioteca. Una vez dentro, cerré la entrada e intenté apaciguar mi respiración acelerada. La tensión de la huida y el shock producido por los últimos descubrimientos habían mermado mis fuerzas hasta tal extremo que llegué a sentir mareos y náuseas. Tras unos minutos de recuperación, decidí que había llegado el momento de analizar fríamente cuál era mi situación, con qué recursos contaba y qué debía hacer. Tomé asiento y desplegué, sobre la destartada mesa, los enseres y documentos que había podido acumular a lo largo de los kilómetros recorridos por el Camino de Santiago. Uno por uno, dispuse con meticuloso orden, el libro de los agotes, el estilete, una caja de cerillas vacía, unas velas y varios retazos de papel con expresiones en latín. Cuando terminé, miré aquellos objetos con especial detenimiento. Ahora sabía que uno de ellos ocultaba una clave, según había deducido por la conversación entre Calatrava y Guillermo. Una conversación, escuchada a escondidas, que todavía martilleaba en mi mente, ocupada en descifrar cada uno de los datos espiados.

Aquella conversación había roto todos mis esquemas ya que no esperaba tal connivencia entre mi tutor y el peor enemigo que tenía sobre la tierra. Siempre los había imaginado separados, cada uno volcado en la defensa de posturas diametralmente opuestas. Pero la realidad, según me había demostrado aquella extraña charla, era que compartían lo que parecía ser un juego. Un juego de ajedrez donde la ficha que ambos manejaban tenía mi nombre escrito.

Intenté repasar cada una de las palabras oídas y miles de interrogantes llenaron mi mente. ¿Qué había querido decir Calatrava con la expresión «lo hemos preparado durante años»? ¿Prepararme?, ¿para qué? Durante mis años en la abadía mi formación se había centrado en diversas ramas del conocimiento, de la religión y de lo que algunos definían como ciencias paranormales. Pero en ningún momento de mi aprendizaje nadie me había hablado de misión alguna, de pruebas o de retos «más allá» de las fronteras de lo que conocemos como realidad.

La segunda frase escuchada, quizás más demoledora que la primera, hacía referencia a las supuestas injerencias que ambos habían ejercido sobre mi vida. Recordaba las palabras de Calatrava: «Si falla, podrá continuar con su insustancial vida. No volveremos a intervenir en ella». ¿Vida insustancial? Nunca habría catalogado mi vida como de insustancial, a no ser que la comparase con la suya. Toda ella llena de engaños, traiciones, complots de todo tipo y solo Dios sabía que más.

La última frase era la más trascendental. A una pregunta de Calatrava que no

llegué a entender, Guillermo respondió: «¡Sí, la lleva! La solución al enigma está en su poder...». ¿De qué hablaban? ¿Cuál de aquellos objetos que reposaban en la mesa acaparaba tal poder? ¿La solución a qué enigma? Cada vez estaba más convencido de que toda la historia sobre la guerra entre los ángeles buenos y los ángeles malos había sido un montaje. Una burda farsa para desviar mi atención de la verdadera razón de ser de todo lo que había visto y vivido en los últimos días.

Mi cabeza daba vueltas y más vueltas intentando hallar un significado. Tan solo tenía aquellas frases desperdigadas y una señal en el suelo, dibujada, disimuladamente, con el pie por Guillermo. Sí, Guillermo, mi gran amigo. Estaba convencido de que el abad se había percatado de mi presencia durante la charla y de que con discreción, me había querido dar una pista. Por eso había trazado aquella señal en el suelo, quería decirme algo. Pero ¿qué?

Cada vez más confundido, repasé con la mirada cada uno de los objetos depositados encima de la mesa. Sin saber por qué, mis ojos se detuvieron en el libro que me habían entregado los agotes. El testimonio escrito de todas sus vicisitudes a lo largo de la historia. Además de hacer un recorrido por la relación de los agotes con otros pueblos, el libro se centraba en reconocer su labor en la construcción de un sinfín de catedrales. Recordé entonces el compendio de marcas que demostraba la participación activa de sus canteros y carpinteros en la mayoría de las construcciones religiosas levantadas a lo largo del Camino de Santiago. En ese instante, una idea cruzó mi mente. Debía establecer la relación existente entre el libro y la marca que Guillermo había dibujado en el suelo. Podría ser que aquella marca, una estrella situada sobre un semicírculo y rematada con tres puntos en su base, representara un lugar al que dirigirme para acabar una aventura que cada vez se escapaba más de mi control. Esperanzado, cogí el libro e inicié la búsqueda del símbolo. Una página, otra página y otra más... en todas ellas creía verlo pero por desgracia no aparecía. No me desanimé y continué mi investigación. Recalé, por fin, en la última página y miré con ansiedad cada uno de los símbolos reflejados. Una última página donde se hallaban las marcas que dictarían sentencia. «¡No debo desfallecer hasta el final!» —me dije.

Cuatro símbolos acudieron a tan importante cita. El primero, un cuadrado rodeado por un triángulo y varias cruces, se encontraba en el monasterio románico de San Juan de la Peña, en Aragón, un lugar relacionado con la leyenda del Santo Grial. El segundo, una gran cruz rodeada por dos círculos concéntricos, había sido grabado en la pequeña ermita de la Piedad del siglo XIII, construida en Itero de la Vega, en Palencia. El tercero, dos cadenas entrecruzadas, correspondía a la iglesia con torre de fortaleza construida en el pueblo navarro de Sangüesa. «Los últimos serán los primeros... ¡ayúdame, Señor!» —musité, ilusionado ante la posibilidad de que el último fuese el que buscaba. Pero por desgracia, la última marca representaba un conjunto de olas coronado por un gran círculo, sin relación alguna con el símbolo dibujado por Guillermo. Había vuelto a fracasar. ¿Qué más podía hacer?

Cargado de rabia y de frustración, lancé con fuerza el libro de los agotes contra una de las estanterías de la vieja biblioteca. Varios libros cayeron encima y lo cubrieron por completo. Desesperado y con la mirada perdida empecé a mostrar los primeros síntomas de desesperación. ¿Cuál era la solución? ¿Dónde estaba la clave de tantos años de misterios y falsedades? ¿Dónde debía buscar? Mis ojos ansiosos comenzaron a mirar y remirar de nuevo todos los objetos recopilados durante mis etapas por el Camino de Santiago. Intentaba encontrar el mínimo detalle, cualquier aspecto insignificante que me arrojara un poco de luz. Luz, luz... Unos pequeños destellos intermitentes consiguieron captar mi atención. De la misma forma que un faro en la noche presta socorro a los navíos que bordean la costa, aquel brillo enderezó, sin pretenderlo, la mirada de este navegante que vagaba en la oscuridad.

Los destellos provenían del estilete que había cogido en el viaje a Zumaya. Cogí con cuidado la daga y la observé con detenimiento. En su empuñadura lucía el exquisito escudo circundado por el Toisón de Oro y los emblemas de los reinos de España.

Una nueva hipótesis se abrió paso en mi mente. Aquel escudo podía ser la clave de mi destino final. Quizá aquel escudo tenía un significado especial, quizá existía alguna relación entre ese escudo y las abadías benedictinas... Para confirmar mis nuevas teorías necesitaba ampliar urgentemente los limitados conocimientos que atesoraba sobre los blasones. Alcé la vista y observé los más de mil volúmenes apilados en las estanterías de aquella biblioteca. No cabía duda alguna, me encontraba en el lugar más idóneo para iniciar mis pesquisas. Pero me daba cuenta de que la búsqueda no iba a ser una tarea cómoda y mucho menos rápida. El tiempo seguía consumiéndose peligrosamente y, cada vez, faltaba menos para confirmar la teoría de Calatrava de que el discípulo de Guillermo jamás estaría a la altura de las circunstancias.

En medio de la desesperación dirigí la mirada hacia el derrumbamiento de libros provocado por el lanzamiento furioso del libro de los agotes. Encima de aquella montaña de papel y cuero sobresalía un reluciente libro con un título muy prometedor: «La heráldica en el mundo cristiano». Lo recogí y busqué en su índice la expresión “Toisón de Oro”. Allí estaba, en la página 130: la orden del Toisón de Oro. El libro contenía cientos de referencias de lugares del cristianismo donde se podían observar escudos con la orden de Toisón de Oro: en el monasterio de los cartujos de Sevilla, en algunos claustros de Castilla o en varias colegiatas del norte de España. Pero solo uno de esos lugares tenía relación directa con la orden benedictina. He aquí lo que pude leer en sus páginas:

«Monasterio de Santo Toribio de Liébana. Ubicado en la ladera de la montaña de Viorna, comarca de Liébana, este cenobio fue regentado por la comunidad benedictina hasta el siglo XIX. Las dependencias donde se ubican las celdas de los monjes, la capilla y la biblioteca están guardadas por una puerta que se encuentra coronada por un escudo de 1614 que lleva en sus cuarteles circundados por el Toisón de Oro los emblemas de los reinos de España...».

¡Ahí estaba! ¡Esa era la solución! ¡Ese era mi destino! La alegría por el descubrimiento se mezcló con el inmenso agradecimiento que sentí hacia quien me había proporcionado aquella pista, hacia mi amigo Guillermo. Gracias, ¡muchas gracias Guillermo! —grité emocionado y con lágrimas en los ojos. Al levantar la vista, descubrí una frase grabada en la bóveda de la biblioteca. Era una expresión en latín que decía «Sine amicitia, vita esse nullam». La vida es nada sin amigos, traduje mentalmente. Aquella frase reflejaba una gran verdad. Mi fiel tutor había demostrado con hechos su amistad y su compromiso y me había prestado siempre su ayuda a pesar de las enormes dificultades y del peligro de ser descubierto por Calatrava. Tras unos momentos de euforia me percaté de que las horas pasaban rápidamente y de que debía iniciar el camino lo antes posible.

La distancia entre Cóbreces, lugar donde se asentaba la abadía cisterciense de Santa María de Viaceli, y Potes, el pueblo más cercano al monasterio de Santo Toribio, era de setenta kilómetros. ¡Una completa locura! ¡Imposible! —grité abatido ante esta nueva circunstancia adversa. ¿Cómo podía cubrir un simple hombre esa enorme distancia y obtener, al mismo tiempo, una respuesta satisfactoria al misterio? Reflexioné... lo hice durante un buen rato. ¿Qué habría respondido Guillermo? ¿Qué me habría dicho para convencerme de lo contrario?... ¡Ja, ja, ja...! Volvía a cometer el mismo error. El error que siempre había conseguido, en el pasado, que una partida de ajedrez prácticamente ganada la perdiese en pocos movimientos.

Recordé entonces, con nitidez, una de aquellas ocasiones. Yo jugaba con las blancas y Guillermo se defendía desesperadamente con las negras. Él ya había sacrificado su reina, los dos caballos y una torre. Yo, en cambio, mantenía toda la artillería intacta, con excepción de un caballo y de un alfil. En ese instante, cuando empezaba a preparar la trampa final, Guillermo me dijo: «Jordán, te doy solo cuatro movimientos para que me des jaque mate. Si no lo consigues, habrás perdido la partida». Aquella amenaza provocó una tremenda discusión sobre lo injusto de la situación, sobre el abuso que suponía tal condición... Yo no entendía aquellos desafíos extremos.

Sonreí al recordar aquella partida. Ahora entendía el porqué de sus palabras. Él sabía que en el momento más determinante de mi existencia, en ese instante en el que no contaría con ningún tipo de ayuda, debería demostrar mi valía. Sus palabras regresaron con fuerza a mi mente, como si las estuviera escuchando de nuevo: «Madura, querido discípulo. Enfrentate a las adversidades y demuestra que puedes vencer al enemigo que intenta robarte lo que eres».

¡Tenía razón! ¡Se lo debía a mi tutor! Con un movimiento rápido, volví a meter en el zurrón todas las pertenencias que estaban sobre la mesa. Giré la piedra para desplazar el muro y así poder escapar. ¡Un momento! ¿Cómo podía olvidarme tan fácilmente de los agotes? (este mundo nuestro está lleno de desagradecidos).

Apresuradamente, desenterré entre la montaña de libros y de volúmenes antiguos el que, sin duda, era el códice más valioso: El libro de los agotes. Con la tranquilidad de llevar todas mis posesiones, comencé la huida silenciosa de la abadía.

Sigilosamente, abandoné la celda del abad y me dirigí, lo más rápido que pude, a la zona donde se ubicaba la iglesia. La noche había caído por completo y en las galerías reinaba la más absoluta oscuridad. Los monjes habían abandonado la actividad y se habían retirado a sus celdas para dedicar los últimos minutos del día a la meditación y al rezo. A pesar de la nula visibilidad y gracias a mis años vividos en la abadía pude avanzar a tientas, con lentitud y dificultad, hasta llegar a la cocina del padre Javier. Como había hecho innumerables veces, utilicé la puerta de aquel recinto para abandonar definitivamente la abadía de Santa María de Viaceli. Unos cientos de metros más adelante me detuve. Giré la cabeza un instante, se lo debía a mis queridos monjes, y grité: ¡Volveré, os lo prometo!

Caminé, durante un buen rato, por el único camino que conectaba con la abadía. La oscuridad y lo apartado del lugar tornaron más penoso el comienzo del viaje. ¡Setenta kilómetros! —me recordé a mi mismo mientras volvían a invadirme las dudas—. Son muchos, muchísimos kilómetros. Pero lo conseguiré.

El ritmo de mis pasos era bueno. Confiaba en llegar a alguna arteria que comunicase varias carreteras y, desde allí, intentar subirme a algún automóvil que se dirigiese a Potes.

Un rugido extraño empezó a rondar el camino. Cada vez lo escuchaba con mayor claridad. Se acercaba a un ritmo endiablado. Me giré y observé un par de ojos blancos que venían a mi encuentro con intenciones desconocidas. Intenté apartarme de la carretera y ocultarme pero ya era demasiado tarde. Aquel automóvil provenía de la abadía y esa era una malísima noticia. El ingenio mecánico se detuvo unos metros más adelante. Seguía rugiendo atrozmente. Su tubo de escape desprendía una densa neblina que impedía ver al conductor. Me acerqué lentamente y golpeé con la mano la ventanilla del copiloto pero no obtuve respuesta. ¿Qué debía hacer? Opté por abrir la puerta y enfrentarme a lo que el destino me tenía preparado en aquella ocasión.

—Buenas noches —saludé lo más cortésmente que pude.

—¿Dónde le llevo, padre? —respondió el conductor sin mirarme.

—Voy bastante lejos y dudo que llevemos el mismo camino —¿por qué me había llamado padre?

—Es posible. Yo voy a Potes... ¿y usted?

—¡Vaya!, qué casualidad, yo también —hacía tiempo que había dejado de creer en las casualidades pero una oportunidad como esa no la podía dejar escapar.

—Pues suba, que el camino es largo y la noche desapacible.

—¿Cuánto cree que tardaremos en llegar?

—Contando con el estado de la carretera, teniendo en cuenta la hora que es y la neblina... unas dos horas.

—Bien, gracias —subí y me abroché el cinturón.

La velocidad punta de aquel artilugio no superaba los sesenta kilómetros por hora. La neblina que supuestamente nos impedía avanzar con mayor rapidez no era otra cosa que los gases que expulsaba, por todas partes, aquella cafetera con ruedas. En varias ocasiones, con el trasero completamente maltratado, estuve a punto de ofrecerle, de forma desinteresada y en agradecimiento por el viaje, un nuevo juego de amortiguadores.

—Un poco destartada la furgoneta, ¿no cree? —Inicié un poco de cháchara para tantear al misterioso conductor.

—Si no le gusta, «pater», ya sabe dónde está el camino.

—¡Hombre!, no se lo tome así.

—Si intenta largarme una perorata, ya puede ahorrársela.

—Bien, bien. Perdóneme —respondí en el tono más conciliador que pude.

Los minutos pasaban velozmente mientras devorábamos, metro a metro, el rústico camino. El «run, run» del motor me hizo recordar la única debilidad que compartía con el legendario pueblo egipcio: los gatos. En varias ocasiones, giré disimuladamente la cabeza pero no conseguí ver con claridad los rasgos faciales de la persona que tenía justo a mi lado. Era tremendamente desconcertante ya que estaba completamente seguro de que el vehículo había partido de la abadía. Llegué incluso a pensar que podía ser el mismísimo Calatrava. Aquella sospecha me obligó a insistir en la conversación.

—¡Ejem!, perdone que le vuelva a interrumpir. Pero, me gustaría saber... ¿de dónde viene usted?

—Todos sois iguales. ¡Iguales! ¿Por qué los curas hacen preguntas si conocen la respuesta?

—Debe ser deformación profesional. Ya me entiende —respondí siguiéndole la corriente.

—¡No comprendo ese interés! Pero si quiere saberlo vengo de la abadía de Santa María de Viaceli.

—¿Qué hacía usted allí?

—¿Y a usted qué le importa? Si no cierra la boca y me deja conducir voy a tener que pedirle que se apeee de la furgoneta —respondió muy enfadado.

—¡No, por Dios! Continúe y perdóneme una vez más.

—Ya sabía yo que tenía que haber puesto una de esas placas que hay en los autobuses. Una de esas que dicen «Prohibido hablar con el conductor» —estaba claro que le gustaba rematar la faena dando la última estocada.

El camino estaba salpicado de curvas pronunciadas, baches por doquier y, en todo momento, de una densa neblina (así la llamaba el conductor) que nos rodeaba como si de una nube fantasmagórica se tratase. No sabía cuánto tiempo había pasado ni cuántos pueblos habíamos dejado atrás cuando, de repente, la furgoneta se detuvo bruscamente en el centro de una plaza.

—Hemos llegado, «pater». Sus pies me han dicho que están deseando dar un

paseo —he de reconocer que aquel individuo tenía un estilo que no me desagradaba del todo.

—¿Estamos en Potes? Ha sido realmente rápido.

—Esta es la plaza principal. Desde aquí podrá llegar adonde quiera que vaya. Eso a mi no me interesa.

—Me gustaría agradecerle de alguna forma el gran favor que me ha hecho.

—No es necesario.

—¡Insisto! Si puedo ayudarle en algo... —deseaba ver su rostro antes de abandonar la furgoneta pero se resistía endiabladamente.

—Lo cierto es que llevo toda la noche intentando fumarme un pitillo pero no tengo fuego. ¿Lleva usted?

—¡Sí! Casualmente llevo unas cerillas.

Saqué del zurrón la caja de cerillas vacía y me acerqué con la intención de darle fuego. El individuo misterioso se colocó un pitillo en la boca y se acercó lentamente a donde yo estaba. Hice lo mismo mientras simulaba que sacaba un fósforo y comenzaba a encenderlo. En ese instante, pasó un coche con las luces largas puestas e iluminó por completo la cabina. Por un instante, pude ver con claridad el rostro de la persona que me había acompañado aquella noche. Y lo que vi era del todo ¡imposible!

—¿Nos conocemos? —pregunté casi en tono afirmativo.

—Lo dudo, amigo.

—Pues yo creo que sí. Su cara me es familiar y, posiblemente, su nombre también.

—¿Cómo cree que me llamo?

—Giordano... Giordano de Ribalta. Eres un caballero boloñés que peregrina por el Camino de Santiago siguiendo la noble regla caballeresca —me la jugué a una carta. Estaba seguro de que aquel hombre se parecía enormemente a Giordano.

—¿Cómo me ha llamado?... ¿Giordano de qué? —No parecía sorprendido.

—Giordano de Ribalta. Y no solo se le parece físicamente. Su forma de expresarse, chulesca e inquisidora, coincide con la de ese amigo que conocí hace unos días en el Camino.

—¡Pater... pater! Su imaginación le puede jugar en el futuro una mala pasada. Se lo digo yo que de eso sé mucho. Y ahora, ¿me da fuego o no?

—¡Lo siento! Se me han acabado las cerillas.

—Pues buenas noches y le deseo suerte. La va a necesitar.

Arrancó con brusquedad la furgoneta y, dejando tras de sí una densa nube de gas metano, abandonó el lugar como alma que lleva el diablo. O mejor debería decir, como alma que lleva a Giordano.

La distancia que separaba Potes del lugar donde estaba emplazado el monasterio de Santo Toribio de Liébana era considerable. Dos kilómetros de dura ascensión me

esperaban antes de alcanzar la ladera de la montaña de la Viorna. El frío y la escarcha se concentraron a lo largo del camino para hacer aún más penosa la subida. La madrugada se prolongaba eternamente mientras yo albergaba en mi corazón gélido la esperanza de la pronta llegada del crepúsculo. Aún tardaría en hacer acto de presencia, como tuve la ocasión de comprobar.

Anduve durante treinta minutos entre tinieblas y oscuridad. Una interminable sucesión de curvas, a izquierda y derecha, me hicieron dudar de si había elegido la vereda correcta. El sonido que emanaba del corazón mismo de aquel bosque primigenio era aterrador. De entre los robles, hayas y alcornoques escapaban unos aullidos espeluznantes que presagiaban el peligro que acechaba al final del camino. Debía prepararme mentalmente y ser fuerte para no defraudar a Guillermo.

Los últimos metros me sirvieron para contemplar difusamente el asombroso conjunto arquitectónico del que hacía gala el monasterio de Santo Toribio de Liébana. La luna dejaba caer sus luminiscentes brazos sobre los tejados conformando la silueta del cenobio. Una construcción de estilo gótico que evidenciaba la clara influencia cisterciense.

Llegué, por fin, a una gran plaza que servía de pórtico abierto al monasterio. Era un lugar solitario donde no encontré alma cristiana alguna que me indicase cómo acceder al interior del cenobio. Con resolución me dirigí a las dos puertas de acceso pero ambas estaban completamente cerradas. Aquellas horas tan tempranas y las malas condiciones climáticas habían retraído a los visitantes más madrugadores. En una de las puertas, un panel informativo avisaba de que la misa de las ocho y media de la mañana se suspendía por la celebración de ciertos actos de carácter religioso. Un comunicado escueto que poco o nada facilitaba mi tarea.

El nuevo día comenzó a despuntar en el horizonte y los primeros rayos de luz devolvieron la imagen esplendorosa que se le atribuía, desde hace siglos, al monasterio de Santo Toribio. De pronto, los destellos del sol me mostraron, en la fachada meridional del cenobio, dos hermosas portadas. La situada a la derecha, una puerta románica con tres columnas a cada lado y capiteles lisos, recibía el nombre de «Puerta del Perdón», según pude saber por un tríptico informativo que recogí del suelo. El folleto me sirvió también para descubrir que sobre aquella portada descansaba la responsabilidad de limpiar las almas de los peregrinos que la traspasaran durante los años declarados jubilares. ¡Y este lo era!

¿Casualidad?... A mí no me lo parecía. Había alcanzado aquel lugar cristiano después de luchar con dificultades que escapaban al entendimiento y a la razón. Me había enfrentado con decisión a las numerosas trampas colocadas en el camino por Calatrava y sus secuaces. Incluso había aclarado enigmas y misterios que llevaban más de mil años sin resolver. Y ahora mi viaje culminaba en uno de los cinco lugares santos de la cristiandad: Jerusalén, Roma, Caravaca de la Cruz, Santiago de Compostela y, el lugar donde me encontraba, Santo Toribio de Liébana. El

«iubilaeus» significa perdón... perdón de Dios. ¿Quién necesitaba el indulto divino por sus pecados? ¿Qué alma en pena me habría encomendado una carga tan pesada? ¿Por qué debía ser yo quien purgase las flaquezas de otro? La respuesta a tantas preguntas era sencilla: mi propia madre.

Ahora veía con claridad el significado del plan maestro. Todo lo que había acaecido desde el día de mi nacimiento tenía relación con el alma de mi madre. Una novicia que, por causas desconocidas, había entregado su vida para salvar la mía. Un embarazo vergonzante que fue ocultado dentro de los muros de una abadía cisterciense. Mi nacimiento, que habría empañado la imagen de la orden si se hubiese dado a conocer al mundo, fue enterrado y olvidado. Los encargados de asistir en el parto, entre ellos Calatrava, ocultaron las pruebas y, por mandato de órdenes superiores, se hicieron cargo del fruto del pecado.

Guillermo, convertido en mi protector, se volcó en mi instrucción, enfocada, sin yo saberlo, en realizar un acto de misericordia, una verdadera muestra de fe para restablecer el alma de mi madre en el lugar que se merecía.

Ahora me correspondía a mí cumplir esa difícil misión. Debía encontrar la forma de cruzar la «Puerta del Perdón» y así conseguir la indulgencia de Dios para el alma de mi madre. Lo demás... carecía de importancia. Decidí comenzar mi misión con un recorrido rápido por el perímetro del monasterio. Tenía la esperanza de encontrar alguna entrada o hueco por el que colarme al interior. Observé atentamente cada recoveco y examiné con minuciosidad cada metro del muro pero no localicé el recurso literario común en este tipo de situaciones: una puerta secreta. Cuando comenzaba a pensar que mis esfuerzos eran inútiles descubrí, al volver a la plaza, a un grupo de monjes madrugadores ocupado en limpiar la entrada de la nieve acumulada durante la noche. Me acerqué al que me pareció más viejo y venerable.

—Propino tibi salutem, pater (le presento mis saludos, padre).

—Pax vobiscum (que la paz esté con ustedes).

—Padre, me gustaría hablar con el abad. Es un tema personal y muy urgente.

—Creo que va a ser imposible, hijo mío. Se encuentra de viaje y no sabemos cuándo regresará.

—¿Dónde se encuentra? ¿Podría conversar con él unos minutos vía telefónica? — Los nervios empezaban a jugarme una mala pasada.

—Siempre está de viaje, el padre Calatrava. Pocas son las ocasiones en las que disfrutamos de su compañía en el monasterio. ¿Teléfono? Creo que esas modernidades son para jóvenes como usted.

—Perdóneme, no sé si le he entendido bien, ¿ha dicho el padre Calatrava? —No podía ser verdad lo que acababa de escuchar.

—¡Sí, sí...! El nombre del abad de este monasterio es Calatrava. ¿Le conoce?

—Es probable.

Con palabras aceleradas, describí al monje cómo era físicamente el Calatrava que yo conocía. Tras escuchar atentamente mi descripción, el monje me aseguró, con

absoluta rotundidad, que hablábamos de la misma persona. Un sinfín de interrogantes se sumó a mi confusión. ¿Cómo Calatrava podía ser abad de uno de los lugares santos más importante del cristianismo? ¿Quizá intentaba evitar que yo pudiese salvar el alma de mi madre? La figura de Calatrava siempre estaba muy presente en mis pensamientos. No olvidaba que él había estado presente en mi nacimiento. También tenía en cuenta su comportamiento hacía mí cuando vivía bajo la influencia de la abadía de Santa María de Viaceli. A todo ello se sumaba el extraño papel que había adoptado durante los encuentros en el Camino de Santiago. Un papel que podía calificarse de todo menos de amigable. Las pruebas se me acumulaban, debía arriesgarme y así lo hice.

—Padre, me gustaría pedirle un favor.

—Si está en mi mano complacerte, cuenta con que lo haré.

—Necesito atravesar la «Puerta del Perdón» antes de que acabe el día de hoy. Podría explicarle la razón aunque dudo que llegase a comprenderla.

—Razones... razones. No son necesarias. Un pecador llama a la puerta y Dios le espera al otro lado.

—¡Eso es, padre!... un pecador. Necesito atravesarla antes de las doce de la noche.

—Eso va a ser difícil, hijo mío. La puerta, como indica la tradición, no se abrirá este año hasta el día 16 de abril, fecha en la que se celebra la festividad de Santo Toribio. Si regresas ese día podrás disfrutar de una intensa aunque algo pomposa, según mi opinión personal, ceremonia.

—¿El 16 de abril? Eso es imposible. Hoy es 5 de enero y tengo que atravesarla antes de se consuma la llegada del día 6. ¡Ayúdeme, padre!... ayúdeme, por favor.

No hubo nada que hacer. Conseguir que un monje cisterciense cambiase un ápice su rutina ceremonial era una misión que solo Dios podía lograr, eso sí, con mucha dificultad. La única opción que me quedaba era la de forzar la puerta. Para ello debía acceder al interior de la iglesia y, desde allí, retirar los precintos que impedían su apertura.

—Padre, me gustaría visitar la iglesia.

—El horario de visitas para hoy está establecido a partir de las doce del medio día.

—Pero todavía faltan más de cuatro horas y no puedo esperar.

—In patientia vestra possidebitis animas vestras (con vuestra paciencia salvaréis vuestras almas) —respondió mientras me daba la espalda y volvía a sus quehaceres.

Esa cabezonería me era tremendamente familiar. ¿Cuántas veces la había sufrido en los monjes de la abadía de Santa María de Viaceli? Más de las que estaba dispuesto a recordar. Envuelto en esta y otras reflexiones anduve paseando por los alrededores, atento a encontrar cualquier posible entrada al recinto. En mi deambular me percaté de que uno de aquellos monjes había apartado su tarea diaria y de que, en

su lugar, se dedicaba a vigilarme desde la distancia. Por un momento tuve la sospecha de que mi presencia ya no iba a pasar desapercibida.

Poco a poco, la plaza comenzó a llenarse de turistas cargados con cámaras fotográficas, anticipo inequívoco de que se acercaba la hora destinada a las visitas. Uno de los turistas se acercó a mí y me solicitó, muy amablemente, que le sacase una foto a él y a su acompañante. Lo hice, no sin antes avisarles de mis escasas habilidades en el manejo de ese tipo de engendros mecánicos. Le devolví la cámara y, tras observar el resultado en una pequeña pantallita, me dio las gracias efusivamente con un abrazo. En ese instante ocurrió algo curioso. La cara del turista cambió repentinamente e hizo un gesto que me resultó peculiar. Se tapó la nariz con la mano y miró a su acompañante, que imitó su movimiento. Avergonzado, sentí como una voz surgía de mi interior para preguntarme... «¿cuánto tiempo llevas sin darte un baño, guarro?».

A la hora prevista se inició la visita por el claustro y yo me uní al grupo de visitantes. Atravesamos uno de los dos arcos apuntalados para acceder a una sobria construcción cuadrangular de dos niveles. Paseamos unos minutos por una galería de sillería adornada con pequeñas ventanas rectangulares. Los turistas agotaron los carretes inmortalizando el recinto. El lugar transmitía una paz y una tranquilidad que no había sentido desde mi abandono de la abadía, a los dieciocho años. Continuamos la visita por las dependencias dedicadas a la cocina, al refectorio y a las celdas de los monjes. Empezaba a sentirme intranquilo... ¿cuándo llegaríamos a la iglesia? Por fin, una hora después, entramos en la iglesia y el guía comenzó a explicarnos la historia del «Lignum Crucis». Se trataba, según describió con detalle, de un trozo de madera que pertenecía al brazo izquierdo de la Santa Cruz donde Jesucristo fue crucificado. «Observarán el agujero sagrado donde clavaron la mano de Cristo» —aseguró el guía con tono dramático. Aproveché aquel instante de ascetismo religioso que parecía sufrir el grupo de turistas para localizar un buen escondite que me permitiese permanecer en la iglesia, una vez que la visita hubiese concluido. Un confesionario me pareció el refugio más idóneo. Una vez en su interior, me agaché y corrí la cortina para evitar que me viesan. Permanecí allí agazapado y en silencio durante un largo rato. Mis piernas comenzaron a entumecerse por la incómoda posición pero me mantuve inmóvil. Necesitaba asegurarme de que no había «moros en la costa».

Una campana empezó a sonar en la lejanía. Inmediatamente supe que el sonido de aquel tintineo convocaba a los monjes a cumplir con sus obligaciones de rezo diario. Descorrí lentamente la cortina y me aseguré de que no habían elegido la iglesia para orar. Efectivamente, allí no había alma alguna. Todos debían de haberse concentrado en alguna capilla interior del monasterio. Sigilosamente, abandoné el escondite y me dirigí presto a la «Puerta del Perdón». Estaba completamente seguro de que todo acabaría una vez traspasara el umbral. No podía esperar hasta el 16 de abril, la fecha que marcaba la tradición. Necesitaba abrirla en aquel mismo momento.

Abrí los cerrojos que mantenían lacrada la puerta y empujé con fuerza. Los goznes del portón, al abrirse, chirriaron ruidosamente en un lamento prolongado que retumbó por todas las galerías del monasterio. En respuesta a aquel quejido, varias campanas empezaron a sonar para alertar a los monjes de que algo grave pasaba en el cenobio. Mi tiempo se agotaba y debía actuar lo más rápido posible. Abrí también otra puerta, mucho más pequeña, y salí por ella al exterior de la iglesia. De esa forma me coloqué, al fin, frente a la Puerta del Perdón. Me arrodillé, en un gesto que pretendía reforzar mis convicciones religiosas, e inicié así los últimos metros del camino. Atravesé el arco rezando en latín y pidiendo, de corazón, la salvación del alma de mi madre. Mientras avanzaba sentí que los monjes se congregaban a mi alrededor. Pero ni siquiera alcé la vista. La hora del perdón se había adelantado y el peregrino debía recibir, excepcionalmente, el «iubilaeus» con antelación.

Tras cruzar el umbral, permanecí arrodillado durante unos minutos, con los ojos cerrados y embebido en mis rezos en latín. Podía sentir la presencia de los monjes, seguramente sorprendidos por los hechos acaecidos y sin saber cómo interpretar esa excepcional situación. ¿Lo había conseguido realmente? ¿Estaba el alma de mi madre en el lugar que se merecía?

Una voz vino a turbar aquella paz infinita.

—Levántate, Jordán. ¿Se puede saber qué haces en el suelo rezando en latín? — Esa voz...

—... Sanctorum communionem, remissionem peccatorum, carnis resurrectionem, vitam aeternam. Amen —abrí los ojos y me quedé perplejo ante el rostro que me miraba fijamente.

—Bienvenido al monasterio que este humilde abad regenta hace ya muchos años. ¿Qué te ha traído por aquí?

—Maldito Calatrava, ¡no te saldrás con la tuya esta vez! He superado la prueba final y el alma de mi madre, la que tú condenaste al infierno, ha vuelto ante la presencia de Dios.

—¿Estás seguro de lo que dices? Tus palabras suenan muy apocalípticas.

—Completamente seguro. Esta vez, ¡he vencido!

—Los monjes de este monasterio se preguntan por qué has abierto la «Puerta del Perdón» antes de la fecha señalada.

—Pido perdón por ello. Pero sabes perfectamente que necesitaba hacerlo para cruzarla como peregrino. Solo así podía conseguir el indulto para el alma de mi madre.

—¡Ja, ja, ja...! ¡Qué imaginación más prolífica! El alma de tu madre sigue estando en el mismo sitio que estaba. Además, abrir la puerta antes de la festividad de Santo Toribio, sin la consiguiente bendición del obispo, resulta del todo inútil.

—¿Entonces, no la he salvado? —pregunté abatido.

—Siento decirte que no. Tú misión era otra mucho más importante pero el tiempo

se te ha acabado prácticamente. Hazme caso, Jordán... ¡ríndete y déjame que te ayude!

—¿Ayudarme?, ¿cómo?

—Te prometo que podrás volver a la vida que conociste justo antes de lanzarte al río Sena la noche del veinticinco de diciembre en París.

—No creo en tus promesas... ¡maldito fariseo!

Furioso y profundamente alterado, aparté con empujones y golpes al grupo de monjes que me rodeaba e intenté huir hacia la capilla. Necesitaba ganar tiempo para ordenar las ideas y hacer un último intento. No iba a rendirme tan fácilmente ante Calatrava.

Pero los monjes tampoco parecían dispuestos a claudicar y, de nuevo, volvieron a rodearme. De pronto, me vi rodeado por un círculo de sotanas, dispuesto a detener mis correrías por el monasterio. Impotente, miré a mi alrededor. No tenía con qué defenderme, tan solo contaba con una cruz de madera, la Lignum Crucis, que se hallaba a pocos pasos de mí. La gran reliquia de la cristiandad me ayudaría a lograr mis planes.

Calatrava volvió a alzar la voz.

—¡Vamos, Jordán! Tranquilízate y ven con nosotros.

—No me dejas otra opción, Calatrava —en ese instante cogí la cruz y la situé sobre mi cabeza.

—¡Por Dios! ¿Qué haces, loco? —Sentí que por primera vez en mi vida conseguía poner nervioso a Calatrava.

—Destruiré esta reliquia si no me dices cuál es la misión que me ha traído al monasterio.

—Te lo diré. Pero, primero, suéltala.

—¡No! Siempre has sido un tahúr. Responde a mi pregunta o la lanzaré contra el suelo con todas mis fuerzas.

—¡Has perdido completamente la razón!

—La he perdido... ¿y qué? —Mis ojos brillaban como los de un loco que no tiene nada que perder.

—Deposítala con cuidado en su lugar. Te lo pido humildemente —Calatrava se arrodilló y, al instante, los demás monjes imitaron su gesto.

—Lo voy a hacer... ¡respondedme, malditos! —Mi voz cada vez se elevaba más.

—Pater Noster qui es in coelis, santificetur nomen tum, adveniat... —Todos los monjes comenzaron a rezar.

—¡Como queráis! ¡Vosotros lo habéis querido! —Me disponía a lanzar la cruz contra el muro y partirla en mil pedazos cuando escuché la voz inconfundible de Guillermo.

—¡Detente, Jordán! Por el amor de Dios, ¿qué crees que vas a hacer?

—¡Guillermo...! No puedo más, ¡ayúdame! —dije entre sollozos.

—No podemos ayudarte. Ni siquiera Calatrava. ¿No lo entiendes?

—¿Qué quieres decir?

—Debes encontrar la respuesta tú solo. Aunque nos amenazases con quitarnos la vida, aún así, seguiríamos sin poder responderte.

—¿Tú también te vuelves contra mí? —Mi voz temblorosa recriminaba al único amigo que había tenido todos esos años.

—Confía en mí, Jordán. Todavía tienes tiempo. Deja la reliquia y lucha... ¡lucha hasta el final! Como hacías en el ajedrez.

—¿Qué tiene que ver el ajedrez?

—Recuerda que era tu juego preferido. Siempre te encantó. ¿Te acuerdas de la partida más importante que jugamos? Aquella en la que todo parecía perdido y decidiste hacer un movimiento genial con tu caballo. ¿Lo recuerdas? Equus E4-F6.

—Ajedrez... el caballo... movimiento del caballo... —Por un instante recobré la razón.

—Equus E4-F6 —repetía Guillermo una y otra vez.

—¿Equus E4-F6...? ¿E4-F6...? —¿De qué partida me estaba hablando Guillermo?

—¡Qué maravilloso movimiento, querido discípulo! ¡Recuérdalo!

—Equus E4-F6... ¡Lo recuerdo!

Cargado de nuevas esperanzas, deposité sobre el altar la reliquia de la Santa Cruz. Los monjes, aliviados, elevaron al cielo plegarias de agradecimiento y felicitaron efusivamente a Guillermo por su labor. Mientras, Calatrava fijaba sus ojos en los míos con una expresión que me hacía desconfiar.

Aproveché el jolgorio y el bullicio para escapar, lo más rápido que pude, de la capilla. Localicé un lugar para ocultarme. Todavía no había anochecido y disponía de algunos minutos extras para descifrar el mensaje oculto en la jugada de ajedrez. Una vez más, Guillermo me había tendido una mano. Ya durante la estancia en Santa María de Viaceli, su ayuda había sido esencial para iniciar el viaje al monasterio de Santo Toribio. Y en aquel momento, a pocas horas de cumplir el plazo, mi fiel amigo volvía a darme la clave final del enigma que me había estado persiguiendo desde Roncesvalles. Un enigma que desentrañaba un oscuro pasado y, quizá, un futuro esperanzador.

Analicé con cuidado cada una de las palabras de Guillermo. Él había repetido varias veces, con sospechosa insistencia, las palabras «Equus E4-F6», es decir, caballo posición E4 a F6. También había hablado de una gran partida, según sus palabras, la más importante de mi vida. ¿A qué se refería? ¿Por qué era tan importante? Por más que buceé en la memoria, no conseguí recordar aquella partida decisiva. Sin embargo, de alguna manera, aquella jugada me resultaba familiar, como si la hubiera probado con anterioridad. ¿Dónde había visto yo esa jugada? De pronto, todas las respuestas comenzaron a acudir a mi mente, primero de manera dispersa, luego plenamente relacionadas. Catedral de Pamplona, Giordano Bruno, suelo de piedra... Sí, eso era. Durante mi estancia en la catedral de Pamplona había realizado

el movimiento de ajedrez «Equus E4-F6» en un tablero muy peculiar: el suelo empedrado de la celda de mi amigo Giordano Bruno. Gracias a esa jugada había podido encontrar el diario privado de Giordano. Ese diario me había conducido, con posterioridad, a la Biblia de San Ataúlfo.

No había duda. Guillermo se refería, con toda seguridad, a esa jugada, a ese momento. Pero ¿qué me quería decir exactamente?, ¿qué significado oculto escondía? Me daba cuenta de que la habilidad del abad no tenía límites. Guillermo sabía que Calatrava se oponía firmemente a prestarme cualquier tipo de ayuda, pero él, siempre de forma sibilina y ambigua, encontraba el camino para hacerme llegar esas pequeñas notas verbales.

Durante un rato rastree mentalmente esa jugada hasta que me percaté de que había pasado por alto un dato fundamental, un número: el 13. Sí, el 13 era el número de la celda donde se había jugado la partida.

Con un nuevo plan en la cabeza, abandoné mi escondite hacia mi nuevo destino. Debía asegurarme, a cada paso que daba, de que no había ningún monje al acecho. La esquila comenzó a sonar. Era la llamada para que la comunidad religiosa se reuniese en la iglesia para cumplir con la oración. Aproveché y aceleré el paso todo lo que pude. Así, alcancé las dependencias que acogían, además de las celdas, la hospedería, la cocina, la capilla y la biblioteca. El pasillo, angosto y sombrío, se alargaba más allá de lo que mi vista era capaz de alcanzar. Puerta número «I», número «II», número «III», número «IV»... número «IX»... unos quejidos sonaban en la lejanía. Puerta número «X», número «XI»... parecían lamentos profundos de una mujer. Puerta número «XII» y finalmente, la puerta de la celda número «XIII» o «XII+I», como le gustaba decir a Giordano Bruno.

Unos gritos desgarradores atravesaron la puerta destartada de la celda. Algo ocurría en su interior. Un hecho terrible que podía cambiar mi vida por completo. Mi imaginación se volvió a descontrolar. Preferí no alargar más la espera. ¿Terror? Jamás había comprendido tan bien el significado de esa palabra. Empujé la puerta y todo lo que había vivido, lo que había creído, lo que había visto y lo que había sentido; todo, absolutamente todo, dejó de tener sentido. La pesadilla se repetía y los actores cobraban vida en una macabra representación. El pasado se hacía presente. ¿Había perdido la razón? La habitación era pobre y sombría. A pesar de la oscuridad, distinguí la silueta de tres mujeres vestidas con hábitos. Una de ellas, postrada en un mísero y humilde catre, estaba a punto de dar a luz y se retorció de dolor en medio de gritos, lamentos y alaridos. Reconocí de inmediato aquella escena. Era exactamente la misma que había soñado innumerables veces. Era la escena de mi nacimiento.

Sin pensarlo, me acerqué a la cama y, de dos manotazos contundentes, aparté a las dos monjas que permanecían de pie. Ambas cayeron al suelo. Después, agarré con fuerza los brazos de la novicia... de mi madre... quería ver su rostro... quería escuchar su voz... quería oler su piel... quería... quería creer que podía salvarla. Que había llegado hasta ese lugar, esa noche del 6 de enero, por alguna razón.

Entonces ocurrió: el rostro con el que me topé no era el de mi madre. Era la cara de Edurne, la cara de la mujer que iba a convertirse en mi esposa.

¿Qué debemos creer, lo que vemos o lo que creemos ver?

Capítulo 12 + 1

Deum et animam scire cupio; nihil aliud

[Quiero conocer a Dios y al alma; nada más]



¿Qué es la morada de Dios?

Hacia el año 413 d. C., un gran paladín del cristianismo, San Agustín de Hipona, gestó la considerada como su obra maestra: «De civitate Dei libri»(La ciudad de Dios). Un tratado que mezcla con habilidad su pensamiento filosófico, teológico y político. Utilizó, como única arma, la pluma que, tan solo unos años antes, había sido empleada por el santo obispo Ambrosio para certificar su bautismo. Curiosamente, la conversión al cristianismo de San Agustín de Hipona se produjo a la edad de treinta y tres años de edad. Así, el guerrero se enfrentó a la caída de Roma, que fue tomada por los visigodos, y a la corriente pagana que asolaba la cristiandad solo con la palabra... la palabra de Dios.

Han pasado ya más de cincuenta años desde la última vez que sostuve, entre mis dedos achacosos, la pluma de San Agustín. Con ella fui capaz de vencer, en el pasado, el temor y la incertidumbre que me provocaban trasladar al papel esta historia. Una historia, la mía, que solo se merece el calificativo de excepcional.

Los primeros meses de estancia en este lugar, que se convertiría a partir de entonces en mi prisión perpetua, los dediqué a plasmar mis aventuras y desventuras a lo largo del Camino de Santiago. Un relato que se iniciaba en Roncesvalles, junto a la tumba del monarca navarro Sancho IV «El fuerte», y que finalizaba en uno de los cinco lugares santos del cristianismo: el monasterio de Santo Toribio de Liébana. Recuerdo que durante muchos días estuve sin comer y sin dormir, cabalgando con mi pluma entre las hojas teñidas de negro azabache. Refleje en el papel cada momento, cada instante y cada experiencia vivida en el Camino de Santiago. Agotado y sin fuerzas culminé las últimas líneas de relato un lejano mes de marzo.

Ahora, transcurrido medio siglo desde aquel día, recupero del cajón del escritorio esos retazos de papel con la intención de hallar un final digno a este increíble relato. Aunque sé que no me resultará fácil conseguirlo. Lector y autor han compartido, a lo largo de estas páginas, una historia que no lo es. Y digo que no lo es porque no hay forma de validar con pruebas las experiencias relatadas. Tampoco es una realidad, porque si aceptase que el lector así lo creyera debería convencerme de que, efectivamente, fallecí en París la noche del 24 de diciembre y, por lo tanto, lo ocurrido posteriormente habría sido producto de la imaginación de un escritor con gusto por el «best seller». Así que, ni lo uno ni lo otro, pero a la vez, ambas cosas.

He reflexionado profundamente sobre el destino final de este relato. Y tras meditarlo, he llegado a la conclusión de que, al hacerlo público, no traiciono la palabra dada a la orden cisterciense ya que no revelo el secreto que se me confió.

Solo realizo un leve esbozo de la grandeza del lugar donde me encuentro. Un lugar que ha permanecido oculto durante siglos bajo la protección de una élite de abades y monjes. Cada uno de estos religiosos ha dedicado su vida a perpetuar el enigma que les fue legado y, en algunos casos, a localizar y a preparar a los herederos de tan importante encomienda. En reconocimiento a los que antes me precedieron, he decidido dar a conocer la colosal obra llevada a cabo por este grupo de hombres extraordinarios a lo largo de la historia. Todos, sin excepción, han orientado su vida a proteger lo que se conoce como «la morada de Dios».

Pero ¿qué es la morada de Dios? Es posible que el lector responda utilizando los mismos argumentos que, en el pasado, yo esgrimía ante Guillermo. Siempre he tenido una visión idílica del cielo: nubes blancas que se extienden hasta donde alcanza la vista, prados inmensos donde el espíritu del hombre retoza y disfruta del merecido descanso eterno, paz, una paz perenne... un lugar donde las almas más puras, dignas y piadosas disfrutaban de la visión directa de Dios. Un espacio indefinido reservado para los elegidos donde poder deleitarse de la presencia del Padre hasta la eternidad. Pero Guillermo no siempre compartía mis puntos de vista y nos enzarzábamos en interminables conversaciones sobre el sentido de «la morada de Dios». Yo tenía mi propia interpretación.

—No te enfades, Guillermo. Solo digo que es posible.

—¿Qué es posible qué? —preguntaba en un tono desafiante.

—Es posible que algún día Dios pierda definitivamente la fe en un ser tan miserable y orgulloso como es el hombre.

—¿Y qué pasará ese día, según tu profética opinión?

—Creo que Dios ha dispuesto su propia tumba. Un mausoleo donde descansará finalmente de las numerosas decepciones que el hombre le ha dado a lo largo de la historia. Un lugar que ha llamado «la morada de Dios».

Ahora, con el suficiente tiempo transcurrido, he de reconocer que mi interpretación de «la morada de Dios» distaba de ser la más creíble. Solo un fanático religioso puede creer en el Apocalipsis; ese día donde se profetiza que la furia del Señor se desatará sobre la faz de la tierra castigando a todos los hombres. Pronto me empecé a dar cuenta, sobre todo a partir de las primeras experiencias en el Camino de Santiago, de que si existía un lugar tan prodigioso como «la morada de Dios», este debía de encontrarse entre nosotros, en el mundo terrenal.

En este punto de la explicación, acude a mi memoria un recuerdo muy significativo. Estaba reunido con la que sería mi futura esposa, Edurne, y con un grupo de amigos en uno de esos cafés pamplonicos por los que el tiempo parece no transcurrir. En pleno corazón del Parque de la Taconera, departíamos animosamente sobre temas que hoy me resultan intrascendentales. En un momento de la charla e influenciado, quizá, por la belleza de los jardines de estilo francés que nos rodeaban

(por un momento creí estar en el mismísimo jardín del Edén) y por el imponente cerco amurallado, decidí preguntarles sobre qué entendían ellos que era «la morada de Dios». Laura, amiga íntima de Edurne, respondió que, quizá, podía tratarse de una catedral o de una iglesia. «Es un lugar donde Dios siempre está, o eso dicen» — razonó. Aitor, un estudiante de arquitectura dispuesto a abandonarlo todo para dedicarse a la música «chill out», contestó que lo imaginaba como un gran accidente geográfico, como, por ejemplo, los Picos de Europa. En la cima, en lo más alto, allí seguro que moraba ese Dios del que yo hablaba. Por su parte, Daniel, un joven militar, amigo íntimo de las «pintas» y de las «birras», determinó que «la morada de Dios» debía de ser lo más parecido al «Finis Terrae» o cabo de Finisterre, un lugar emblemático donde se entremezclan leyendas y ritos religiosos. «¡Allí!, allí encontrarás esa morada divina que buscas»— decía convencido mientras sorbía compulsivamente el borde de la jarra.

¡Qué equivocados estaban todos...! ¡Totalmente equivocados! La morada de Dios no es una catedral, tampoco es una cordillera y, mucho menos, un cabo. Olvidaos de iglesias, monasterios, ermitas, montes, mares, océanos... ¡Olvidadlo! Ya que ese no es el camino que conduce al lugar donde se conserva el espíritu de Dios en la tierra. Os hablo de un punto en un mapa, una marca secreta, un pasaje invisible protegido durante siglos por los celosos guardianes cistercienses. Un enigma que hoy desvelaré en el que es, sin duda alguna, el epitafio más atronador de la historia.

Ya son muchos los años que soporta mi cuerpo estropeado. Los lustros transcurridos en el interior de este lugar han mermado las cualidades físicas y mentales que, en otro tiempo, me permitieron hacerme cargo del tesoro más importante de la cristiandad. Mis ojos cansados observan llorosos la inmensidad y la grandeza del lugar que durante medio siglo ha sido mi hogar. Un refugio donde he hallado la paz y el sosiego necesario para comprender lo sucedido en el pasado. Un albergue donde he compartido momentos de reflexión con personajes que han significado todo en mi vida; hablo de Guillermo y de Calatrava. Y, a modo de epitafio, un asilo donde imaginar, una vez más y por última vez, a un joven de treinta y tres años llamado Jordán recorriendo los senderos del Camino de Santiago.

¡Bien, hijos míos!... no veo la necesidad de alargar por más tiempo el momento de revelaros el gran enigma. El acertijo que nos ha perseguido en cada línea de este relato por fin va a ser resuelto. Las piezas del enorme rompecabezas van a encajar formando un mosaico indescriptible. El arcano milenario, sellado bajo la estricta norma del credo cisterciense, se ha resquebrajado definitivamente.

Reitero la pregunta: «¿Qué es la morada de Dios?». Para responder correctamente debemos hacer un viaje en el tiempo. Un viaje al pasado que nos trasladará al año 366 d. C. Ese año, un diácono de origen español fue elegido obispo de Roma en medio de

profundas convulsiones internas de la Iglesia. Al mismo tiempo, un grupo de obispos disidentes nombró un antipapa para oponerse a su pontificado. Tuvo que ser el emperador Valentiniano I quién confirmase en su puesto a Dámaso I, primer Santo Pontífice español de la historia. Desde el inicio, el papa español se alejó diametralmente de la línea seguida por sus antecesores. Hasta aquel momento, Roma y los vicarios de Cristo habían mantenido durante años una política basada en potenciar las riquezas y el poder de la Iglesia en la tierra. Esa obsesión por acaparar cada vez más comenzaba a descontrolarse y ponía en peligro el verdadero significado de la misión encomendada por Dios a su pueblo.

El nuevo papa español decidió reconducir la nave y, aprovechando su exquisita formación, dio un giro de ciento ochenta grados a la política de la Iglesia. Bajo su pontificado instauró el latín como lengua oficial y obligatoria. Ordenó la traducción de la Biblia a esa lengua; la que hoy conocemos como la «Vulgata». Reconoció públicamente, y de forma reiterada, la importante misión de los mártires; personas capaces de soportar el tormento de las torturas e incluso de morir por defender su fe. Pero el rasgo más determinante de Dámaso I fue su obsesión por remodelar y reparar las numerosas catacumbas de Roma. A lo largo de sus casi dieciocho años de pontificado, invirtió ingentes cantidades de dinero en galerías subterráneas. Mientras sus sucesores levantaron templos hacia el cielo, él los erigió bajo la tierra. Con él, las tumbas y las criptas alcanzaron un nivel artístico nunca antes conocido. Muchos clérigos no entendieron esta pasión por el mundo subterráneo y le acusaron veladamente de ser un mal papa.

A pesar de las críticas, Dámaso I no se detuvo en su empeño y, según cuenta la leyenda, hizo llamar a Roma a un grupo de monjes españoles que había destacado por su sobriedad y por su modestia. Naturalmente, me refiero a aquellos que, cien años después, se convertirían en la orden más brillante de la cristiandad: los benedictinos-cistercienses. Durante su audiencia con los clérigos españoles, el papa Dámaso I sorprendió a todos con estas palabras: «Regresad a España y, en el lugar que está marcado en este mapa, construid una magna catacumba. Disponed en ella un gran número de galerías y salas para almacenar los tesoros de la Santa Madre Iglesia que hoy y, en los años que están por llegar, sufrirán el acoso de herejes, expoliadores y saqueadores. Es vuestra misión la de escoltar estos bienes irremplazables a lo largo de la historia. ¡Id con Dios, hermanos!».

El largo camino de vuelta sirvió a los veinte jóvenes monjes para reflexionar sobre la enorme responsabilidad que había recaído sobre ellos. El Sumo Pontífice les había confiado la custodia de un tesoro... pero ¿a qué se refería? Roma acaparaba ya en aquellos años unas riquezas de incalculable valor. Sin embargo, Dámaso I, a diferencia de sus predecesores, no era un papa soberbio ni codicioso y sus palabras y hechos reflejaban una humildad y una sencillez encomiables. Entonces, ¿qué tipo de riquezas debían custodiar?

Los monjes regresaron a España y siguiendo las indicaciones del pontífice se establecieron en la zona destinada a la construcción de la catacumba. Su presencia pasó totalmente desapercibida ya que en las cercanías no había ningún pueblo o aldea. Una pequeña casa religiosa les sirvió como tapadera para justificar su estancia en aquel lugar. Su vida transcurría entre los deberes diarios de un monje y su trabajo en la construcción de las catacumbas. La gran suma de oro que Dámaso I les entregó en Roma fue destinada a contratar los servicios de los mejores canteros y artistas de la época: los agotes. El alto precio sirvió igualmente para comprar su silencio. El trabajo era lento y fatigoso. El tiempo se consumía rápidamente y los resultados no se hacían visibles. Los trabajos de construcción de la catacumba se iniciaron un mes de septiembre del año 379 d. C., y no concluyeron hasta el mes de junio del año 529 d. C. Un siglo y medio, ciento cincuenta años fueron necesarios para construir lo que hoy conocemos como «La morada de Dios».

Un día, cuando la construcción de la catacumba estaba a punto de finalizar, un joven monje romano llamado Benito, fundador de la que sería conocida como la orden benedictina-cisterciense, recaló en España por unos meses. Al ver la soberbia construcción subterránea, no dudó en unirse al proyecto. Su lucidez e inteligencia sirvieron para interpretar el mensaje que Dámaso I había legado a los monjes españoles en la capital romana hacía más de un siglo. Todos los presentes escucharon con atención su apasionado razonamiento: «El papa, gran defensor de las letras y de las artes, había previsto invasiones como la perpetrada por los visigodos en el año 410 que sumió a Roma en un estado de saqueo que duró seis días. La Iglesia sufrió el expolio de sus riquezas y bienes. Pero a Dámaso I no le preocupaban esas riquezas... ¡No!, su preocupación se centraba en unas riquezas menos tangibles pero que, sin duda, eran más valiosas para él. Hablamos de bienes culturales y artísticos como los códices, los cantorales, las tallas, los pergaminos, los escritos... ese es el verdadero tesoro de la Santa Madre Iglesia para el Santo Padre».

¿Increíble, no?... ¡pero cierto! El primer papa español encargó a la futura orden benedictina-cisterciense custodiar y, si fuera necesario, defender la herencia cultural y artística de la Iglesia. Esa promesa, reafirmada y corroborada por el fundador de la orden, San Benito, se convirtió a partir de ese instante en el mayor secreto de la cristiandad por los siglos de los siglos... hasta ahora. Yo, Jordán de Cóbreces, he decidido revelaros el misterio de la comunidad cisterciense... aunque retendré las llaves que dan acceso a este emplazamiento. No es mi intención que destruyáis sino que comprendáis el valor de lo que aquí se oculta.

En mi mente cansada se agolpan numerosos recuerdos. Uno de los más destacados, quizás por haber sucedido en mis primeros años de estancia en este lugar mágico, es la expresión de incredulidad que mostró un joven monje, destinado a

prestar sus servicios como ayudante personal, la primera vez que entró en este recinto. Sobrecogido por la grandiosidad del lugar, superó el miedo y la sorpresa inicial y me preguntó:

—Padre, ¿dónde ha ido a parar el alma de este siervo de Dios?

—¡Hijo mío!, estás en una construcción subterránea a la que llamamos «La morada de Dios». Estas catacumbas secretas, que serán tu hogar a partir de este momento, se empezaron a construir en el siglo IV y han experimentado numerosas obras de acondicionamiento y de ampliación a lo largo de los años. No se terminaron hasta el siglo XIX, coincidiendo con el final del periodo inquisitorial español. Las catacumbas de «Dámaso I», se llaman así en honor al Santo Padre que encargó su construcción, están compuestas por estrechas y tortuosas galerías laberínticas.

—Estoy deseando visitarlas, padre.

—Te recomiendo que, al principio, no las recorras solo ya que es muy probable que acabes extraviándote. Ten en cuenta que algunos túneles miden más de diez kilómetros de largo. Espera unos meses hasta que las conozcas tan bien como el resto de los hermanos que viven en ellas.

—¡Lo haré!, no os preocupéis.

—Debes saber que la catacumba donde nos encontramos en estos momentos, la más antigua e importante, es la que construyeron los veinte monjes que regresaron de Roma con las instrucciones del papa. Se extiende más allá de 15 kilómetros y a una profundidad de 22 metros. Esta capacidad demuestra la determinación de esos monjes y también sus cualidades a la hora de excavar y abrirse camino bajo tierra. Y es que la fuerza de la fe puede derribar montañas y separar mares.

—Es increíble que pueda existir algo tan colosal —comentó mientras dirigía su mirada a uno de los muros, decorado con símbolos cristianos.

—Las galerías están dispuestas en varios niveles, sumando hasta un total de seis plantas. La mayoría se entrecruza y ensancha formando departamentos o salas de investigación. En esas salas, que suman un total de diez, es donde realizarás tu trabajo diario.

—Lo haré lo mejor que pueda. ¡Os lo prometo!

Cada año, uno o dos monjes se incorporan a las catacumbas con la intención de reforzar los grupos de trabajo. No resulta fácil ni sencillo seleccionarlos ya que a la falta de vocaciones debemos añadir el enorme sacrificio que supone para los elegidos abandonar todo contacto con el exterior para el resto de sus vidas. Nuestra situación es lo más parecido a la clausura, pero bajo tierra. A pesar de las dificultades, los benedictinos nos proveen, año tras año, de sangre joven e ilusionada que trabaja duramente para mantener vivo el espíritu de este lugar.

La morada de Dios está dividida en diez grandes salas de investigación, cada una de ellas dedicada a una disciplina diferente. Esta disposición recuerda a la de la

biblioteca más famosa de la historia, aquella que mandó construir Ptolomeo I en el año 362 a. C.: la biblioteca de Alejandría. Como en ella, cada sala cumple una función muy específica. En la gran sala «scriptorium» los copistas, los escribanos y los encuadernadores dedican su tiempo a realizar copias de códices, cantorales y todo tipo de documentos de carácter histórico religioso. Pero también se almacenan algunos de los manuscritos más controvertidos, catalogados en el «Index Vaticanum». En este listado de publicaciones, prohibidas por la Santa Madre Iglesia, se encontraba la Biblia Negra, numerosos tratados de brujería y alquimia, libros que propagaban falsas indulgencias, los evangelios supuestamente perdidos, como el de Judas... Todos ellos han pasado por mis manos y he de reconocer que algunos volúmenes son realmente excepcionales.

La sala «atrium» contiene obras de incalculable valor, puestas a salvo de los expoliadores. Innumerables esculturas, tallas, retablos, pinturas, miniaturas, murales o grabados se encuentran almacenados en esa dependencia. El trabajo de los artistas, pintores o escultores consiste en realizar copias, lo más perfectas posibles, y sustituirlas por los originales, que hoy pueden admirarse en claustros y monasterios. Muchos claustros exhiben orgullosos sus tesoros pero es muy probable que muchos de esos objetos artísticos originales hayan sido sustituidos y almacenados en «la morada de Dios».

La sala «folium», la más pequeña del complejo subterráneo, está ocupada por todo tipo de plantas, hierbas, raíces y demás ingredientes necesarios para elaborar pócimas y remedios naturales. El conocimiento alcanzado por nuestros herbolarios es tan importante que numerosos tratados relacionados con las plantas medicinales se han gestado en el interior de «la morada de Dios». Aquí está la farmacia que utilizamos los monjes cuando sufrimos algún problema de salud.

Las siete salas restantes están dedicadas a salvaguardar los tesoros del cristianismo. Una de ellas, el lugar donde está ubicado mi escritorio, recibe el nombre de sala «Benedictus» y, sin duda, es mi espacio favorito. La sala recoge, en unos escasos metros cuadrados, la grandeza terrenal de lo que Dios significa para el hombre. Una colección inimaginable de piezas y reliquias, perfectamente catalogadas, descansan sobre vitrinas y estanterías. La auténtica sábana santa, la corona de hierro de Lombardía (confeccionada a partir de un clavo utilizado en la crucifixión de Jesucristo), la túnica de San Vicente o una de las piedras que lapidaron a Esteban, primer mártir de la cristiandad, son algunos de los magníficos tesoros que se esconden en esta habitación. Y todos ellos están a mi vista. ¿Qué más puedo pedir? ... Una de las estanterías que más consulto es la dedicada a los objetos provenientes de la Sancta Ovetensis (catedral de Oviedo). Durante la Edad Media, este recinto religioso se convirtió en uno de los más visitados por los peregrinos que hacían el Camino de Santiago. La razón fue la magnífica colección de reliquias, que según afirman algunos tratados de la época, eran totalmente auténticas. El objeto de más valor era una hidria (cántaro o tinaja) que, según la leyenda, provenía de las bodas de

Caná.

Podría extenderme en mis explicaciones pero creo que con estos retazos el lector será capaz de componer una imagen global de la grandeza que encierra esta morada divina. En los últimos años solo 47 monjes atienden las instalaciones, lo que nos ha obligado a suspender la mayoría de nuestras actividades. Los pocos que aún permanecemos fieles a la tradición cisterciense nos encargamos del mantenimiento de las catacumbas y, excepcionalmente, de algún trabajo de investigación.

Ahora es muy distinto de como era antes. Rememorar el siglo IX supone traer a la memoria la época de mayor esplendor. En ese siglo se alcanzó el nivel más alto de actividad y llegamos a contar con una población de religiosos cercana al millar. A pesar del evidente declive y de la falta de monjes cualificados que realicen tareas artísticas, este lugar mantiene el espíritu de Dámaso I. Aquí descansa la esencia del Creador, el alma del Todopoderoso, la sustancia pura e incorrupta del que es eterno. Mientras el mundo sea mundo, el juramento de los benedictinos-cistercienses se mantendrá inalterable y el sello no caerá. Y si es voluntad del Altísimo, «la morada de Dios» seguirá siendo el único reducto en la tierra donde un hombre será capaz de entrar en contacto directo con el Padre.

Pero es un reducto sin nombre. Aunque mi intención fuese la de revelaros el lugar donde me encuentro, sería del todo imposible ya que lo desconozco por completo. Es condición *sine quoniam* la aceptación de este requisito para cualquier religioso que habite en el interior de estas catacumbas. Una expresión en latín, grabada sobre el portón que sirve de único acceso, declara: *Deum et animam scire cupio; nihil aliud* (Quiero conocer a Dios y al alma; nada más). El hombre que decida atravesar esta puerta jamás volverá a traspasarla excepto el día de su muerte. Su condición humana se extravía irremediabilmente al cruzar el umbral y solo los valores del alma, reforzados por la fe en Dios, se mantienen a su lado para darle fuerzas en su importante cometido.

Han transcurrido velozmente los cincuenta años que me fueron otorgados para regir los destinos de este lugar. Hoy regresa al calendario el día 6 de enero y con él, un nuevo abad, el que ha de sustituirme. ¿Será capaz el elegido de resucitar la frenética actividad de tiempos pasados? ¡Lo dudo!...

Si os ha parecido increíble la consecución de este relato, quizá lo es más aún la explicación de cómo llegué hasta aquí. Haré un último viaje al pasado, un esfuerzo necesario para retomar la historia en el punto de inflexión donde todo empezó a tener sentido.

La celda XIII del monasterio de Santo Toribio de Liébana parecía esconder la clave

del gran secreto. Faltaban pocos minutos para que finalizase el plazo que se me había dado. En aquella habitación, pobre y sombría, tres mujeres representaban el sueño que durante años me había atormentado. El rostro, de la que suponía mi madre, se había tornado en el de la mujer que amaba y con la que pensaba contraer matrimonio. La confusión y la sorpresa del trance me hicieron perder el conocimiento por unos instantes. Al recuperarme, la visión del rostro de Guillermo me tranquilizó.

—Guillermo, amigo mío... ¿Qué significa todo esto?

—Tranquilízate, Jordán. Ya ha pasado todo.

—Pero... pero ¿cómo ha llegado Edurne hasta aquí?, ¿qué relación tiene con mi madre?

—Cuando recuperes la serenidad te lo contaré todo.

Aseguró que me lo contaría todo... contarme todo, ¡qué iluso! Sabía que las explicaciones no iban a ser fáciles de digerir. Había estado casi dos semanas experimentando todo tipo de aventuras en el Camino de Santiago y lo último que esperaba encontrar al final de esa ruta era una respuesta clara. Me incorporé inmediatamente pero las fuerzas me abandonaron y me obligaron a tomar asiento en la única silla que había en la habitación. Eché un rápido vistazo y, sorprendido, comprobé como él también estaba allí.

—¡Cómo no!, el gran Calatrava. No podías faltar al final de la fiesta —dije utilizando un tono poco amigable.

—Hola, Jordán. ¿Cómo te encuentras?

—¿Qué cómo me encuentro? No seas falso, por favor. Llevas todo el viaje intentando ponerme la zancadilla y provocando incidentes para evitar que llegase hasta aquí.

—Esa era la misión que se me encomendó. No fue de mi agrado pero la cumplí, como ahora tú cumplirás la tuya.

Una nueva exigencia me era planteada en el preciso instante en el que las campanas del monasterio empezaron a sonar al unísono anunciando el colofón final de mi aventura.

—Imagino que el redoble de las campanas anuncia mi fracaso —musité apesadumbrado al tiempo que dirigía la mirada a Guillermo.

—Todas las campanas de este monasterio tocan en señal de júbilo y alegría. El nuevo «Gran Abad» ha sido hallado.

—Cada vez estoy más confundido. Háblame claro, Guillermo, por favor.

En ese instante, Guillermo miró a Calatrava y este, con un leve gesto, hizo que un grupo de personas accediese al interior de la habitación. Las misteriosas figuras, cubiertas con el hábito de los monjes cistercienses, se colocaron a mi alrededor, formando un círculo perfecto.

—¿Quiénes sois? —pregunté desconcertado.

Uno de ellos giró la cabeza y esperó el consentimiento, primero de Calatrava y

luego de Guillermo. Ambos asintieron y el personaje desconocido se desprendió de su capucha. Lo que pude ver fue algo que me desconcertó aún más.

—¡No puede ser!... usted... usted es... ¿monsieur Boucher? —Era el presidente del club de suicidas que había conocido en París la noche del 24 de diciembre.

—*Oui, mon ami!* Es un placer volver a saludarle en circunstancias tan favorables.

—¿Qué hace usted aquí?

—Debo calificar su tentativa de suicidio de «magnifique». A pesar de demostrar ser un hombre que no mantiene su palabra, le recuerdo que por cortesía era yo quien debía de saltar antes, no olvidaré jamás su intento.

—*Merçi, monsieur Boucher!*

—No me dé las gracias, querido amigo. En pago a su deslealtad avisé a los servicios de urgencias de la capital francesa y, gracias a su rápida intervención, lo puede usted contar.

Así que esa era la razón por la que mi suicidio no se había consumado aquella terrible noche en París. Un presidente despechado me había salvado la vida.

—¡Gracias!... ¡muchas gracias, monsieur Boucher! Estaré siempre en deuda con usted.

—*De rien, mon ami!*, ha sido un placer y una deferencia con un miembro internacional de nuestro club de suicidas —respondió mientras esbozaba una graciosa mueca.

—¡Basta ya! —cortó Guillermo—. Hermano Cazeau, le agradecería que le contase a Jordán toda la verdad.

—*D'accord*, abad Guillermo!

—La verdad... ¿qué verdad? —Mi sorpresa iba en aumento.

—Monsieur Jordán, permítame que me presente. Soy Charles-Felix Cazeau, sacerdote francés de la orden benedictina-cisterciense. Provengo de la abadía San José de Clairval, en Francia. Fui requerido por el abad Calatrava para cumplir una misión muy especial la noche del 24 de diciembre y así lo hice. Mi tarea era hacerme pasar por el presidente de un club de suicidas y, de esa forma, ayudar a un joven atormentado en uno de los momentos más difíciles de su vida.

—¡No es posible! —Ya no sabía que creer.

—Mi cometido era evitar que usted llegase a saltar. Pero, en un despiste, lo hizo y yo mismo me encargué de sacarlo de las frías aguas del Sena y de trasladarlo a un centro médico privado de la orden.

—¡Vaya! Al final va a resultar que le debo agradecer algo más que la vida.

—*Certainement, mon ami!* Aquella noche salvé no solo su cuerpo, también le evité a su alma el tránsito eterno por el infierno de los que consuman un suicidio.

Tras estas palabras, el monje cisterciense Charles-Felix Cazeau se retiró, dando un paso hacia atrás. La figura que estaba a su lado avanzó entonces unos pasos hacia adelante y descubrió lentamente la capucha que ocultaba sus facciones. La leve luz de

la habitación iluminó un nuevo rostro.

—Fiorenzo, ¡vamos! Levántate y presta la cortesía merecida a tu señor.

—¡Un momento!... Ja, ja, ja... ¿Sois el caballero boloñés Giordano de Ribalta?

—El mismo que salvó tu pellejo en el camino, pecador. Pero debo pedirte perdón, apreciado escudero.

—Perdón, ¿por qué?

—¿Recordáis el queso que probasteis en el alto de Mezkíriz? Aquel que os pareció uno de los más sabrosos del mundo.

—¡Lo recuerdo! Tenía un sabor exquisito.

—Pues he de confesaros que llevaba incorporado un aditivo especial, una pócima preparada por los herbolarios de la orden. Ese brebaje fue el que os provocó ciertas alucinaciones en el Alto del Erro.

—Ya recuerdo. Aquel bosque emitía gemidos y lamentos y también oí la voz de mi madre que me pedía ayuda desde el infierno. ¿Os referís a esa terrible experiencia?

—A esa misma. Todo fue producto de la reacción de las raíces y de las hojas que ingeristeis con el queso. Nada era verdadero. Todo fue una completa ilusión.

Ahora comprendía el porqué de aquellas terribles visiones. El supuesto parto clandestino, el bosque encantado y mi incapacidad para dormir eran solo efectos secundarios de las pócimas que tan hábilmente habían preparado los herboristas cistercienses. Una voz interrumpió mis deducciones.

—Hola, Jordán. ¿Os acordáis de esta pobre alma en pena? —Esa voz me era familiar.

—Guillermo... ¿Eres Guillermo de Aquitania?

—¡Sí!, con ese nombre me conociste. Aunque el auténtico es Rafael Arnáiz. He venido directamente del corazón de la comarca castellana de Tierra de Campos para felicitarte.

—¿Felicitarme? —No creía haber hecho nada especial para merecer felicitaciones.

—Sí, felicitarte por haber llegado hasta aquí a pesar de las enormes pruebas y dificultades que sé que has pasado. Yo lo intenté hace ya muchos años pero nunca llegué tan lejos como tú.

—¿Qué es lo que intentaste? —pregunté, con la esperanza de comprender qué estaba pasando en aquella celda del monasterio.

En ese momento tan crucial, el siempre inoportuno Calatrava interrumpió nuestra conversación. Cortó de raíz las explicaciones de Rafael Arnáiz y, con un solo gesto, ordenó descubrirse a varios monjes encapuchados. Inmediatamente reconocí todos aquellos rostros. Allí estaban Diego de Vera, Francisco Fernández de Córdoba y el resto de personajes que tuve que sortear la noche que atravesé la Ciudadela de

Pamplona.

—Los siete pecados... los siete pecados capitales, las siete pruebas... —murmuré mientras los observaba uno a uno.

—¿Vas comprendiendo lo que te ha ocurrido, Jordán? —preguntó Calatrava.

—Creo que sí.

—Hemos probado tu valía durante trece días. O como diría el bueno de Giordano Bruno, doce días más uno.

—¿Por qué trece días? ¿Por qué esa cifra tan exacta?

—Trece días son los que separan el 24 de diciembre y el 6 de enero. Los católicos romanos celebran la Navidad, el nacimiento de Jesús, el 25; mientras que los ortodoxos lo hacen el 6.

—¿Dos días para celebrar el mismo acontecimiento? Me parece muy extraño.

—¡Lo sé! Pero no está claro cuál de las dos fechas es la correcta. Por eso celebramos ambas. Se cree que el nacimiento de Jesús fue en el año 6 a. C. y no en diciembre del año 1 a. C. Ese error, provocado por los cálculos erróneos de Dionisio «El exiguus» en el siglo IV, ha iniciado esa controversia que aún hoy perdura.

—¿Y qué tiene que ver con las pruebas?

—Se decidió que fuera así en el siglo IX, en una reunión secreta, en Francia, donde asistieron todos los abades de la orden benedictina-cisterciense. Y la tradición se ha mantenido hasta nuestros días.

—¿Tradición? Aclaradme de una vez qué está pasando —los nervios me comían ya las entrañas.

Entonces, Guillermo comenzó a hablar. Su voz siempre me había relajado. Me contó una historia digna de estar contenida en alguno de esos maravillosos libros que él coleccionaba en su biblioteca secreta. Me habló de Dámaso I, el primer papa español, y del encargo que hizo en el siglo IV a la que se convertiría con el tiempo en la orden benedictina-cisterciense.

—Escúchame atentamente, Jordán. ¿Prometes no revelar jamás lo que voy a contarte? —Una expresión de seriedad acompañó sus palabras.

—Te lo juro por mi alma, Guillermo —el tono de mi voz rubricó la determinación de cumplir el recién contraído juramento.

—Han transcurrido muchos siglos..., Demasiados, dicen algunos. Corría el año 366 de nuestra era cuando en Roma fue elegido el primer papa español, Dámaso I. El Santo Padre encargó a los prebenedictinos la construcción de un lugar secreto. Un inmenso mausoleo donde debían protegerse los tesoros de la cristiandad. Los más grandes, los más importantes, los más relevantes... los que tenían relación directa con la esencia de Dios.

—¿Tesoros? Yo pensaba que era el museo del Vaticano el que guardaba y protegía las riquezas artísticas y culturales de la cristiandad.

—Y así debe seguir siendo de cara al público. Pero la realidad es otra bien diferente.

—¿A qué te refieres, Guillermo? —El relato era apasionante.

—Roma, o lo que hoy llamamos el Vaticano, se dedicó durante siglos a comerciar con la religión con el único objetivo de enriquecerse... enriquecerse a niveles escandalosos. Pero todos esos bienes no tenían nada que ver con Dios.

—Oro, plata, joyas...

—Eso es lo que encierra el Vaticano, bienes tangibles. Riquezas que están vinculadas con la codicia del hombre a lo largo de la historia pero que, en ningún caso, tienen relación directa con las enseñanzas de Jesucristo. Es cierto que existen maravillas arquitectónicas, como la Capilla Sixtina, o cuadros de inmenso valor pero todas esas obras solo representan el amor a Dios, no su alma en la tierra.

—Comprendo, pero... ¿qué tiene que ver todo esto con los cistercienses?

—Los cistercienses, la rama más fuerte de la orden benedictina, se encargaron, por orden papal, de construir un segundo Vaticano, en España y... bajo tierra. Una ciudad subterránea donde se empezaron a almacenar los tesoros de la cristiandad. Los auténticos tesoros de la cristiandad: biblias, códices, retablos, tallas, pinturas... y, sobre todo, reliquias.

—¿Por qué los benedictinos-cistercienses y por qué en España? —las preguntas invadían mi mente.

—El papa pensaba que era el lugar idóneo. Él veía a España como la reserva espiritual de occidente y como una frontera infranqueable donde la cristiandad se mantendría firme frente al acoso de los bárbaros y herejes. En cierta forma, preveía una posible invasión, como así ocurrió con los árabes, y por ello ordenó construir unas catacumbas secretas donde salvaguardar esos tesoros.

—Perdóname, Guillermo... pero ¿qué tiene que ver todo esto conmigo?

—Más de lo que crees. Ese lugar secreto, al que llamamos «la morada de Dios», necesita un abad; el «Gran Abad» de los cistercienses. El actual es ya muy anciano y debemos encontrar a un religioso que tenga la fuerza, la determinación, el valor y los conocimientos necesarios para reemplazarlo.

—¿Y yo...?

—Tú has sido sometido a pruebas que pocos hombres habrían podido superar. Pruebas que escapan a la lógica y a lo que conocemos como realidad. Desde muy pequeño te eduqué y te preparé para que las afrontases con decisión. Y he de reconocer que estoy muy orgulloso de ti. Y ahora que sabes que el destino te ha elegido, debes tomar una decisión.

—Una pregunta más, Guillermo. Los sueños sobre mi madre, el parto clandestino...

—Recuerdo una noche que viniste a mi celda llorando desconsoladamente. Habías soñado con unas mujeres malas que te hacían daño. Me hablaste de sangre y de lamentos. Yo se lo comenté todo a Calatrava y él decidió que utilizaríamos esa pesadilla para desestabilizarte mentalmente, para inducirte una ficción que nos permitiese llevarte, llegado el momento, a un punto límite. La intención era ver cómo

reaccionabas en los momentos críticos.

—Entonces mi madre nunca murió de esa forma tan terrible...

En ese instante, Calatrava interrumpió mis palabras.

—¡Hijo mío! No conocemos quién fue la persona que te trajo al mundo. Fuiste abandonado en un convento de monjas carmelitas y decidimos, tras un largo debate, ocultarte a las autoridades y entregarte a Guillermo para que se ocupara de tu formación.

—Pero el sueño parecía real... ¡muy real!

—Ese sueño, que tuviste tras lanzarte al Sena, fue producto de las pócimas que te suministramos en Roncesvalles. Era una fuerte combinación de raíces que te produjo un efecto altamente alucinógeno. Además, utilizamos la hipnosis para introducirte algunos aspectos finales en ese confuso sueño. Me refiero a la presencia de las madres superiores que asistían al parto, de mí mismo... bueno, ¡ya sabes!

—Pero... había personajes en el camino que no veo aquí.

—¿A quiénes te refieres?

—Por ejemplo, ¿qué me dices del periodista Monsieur Paul Celan?

—Esa sombra a la que jamás le viste el rostro... quién podía ser... —En ese momento, Calatrava se abrió levemente la túnica y me mostró una cadena de oro con una cruz que reconocí inmediatamente.

—¡Vaya!... no me sorprende descubrir que eras tú... —dije, un poco cansado de ver que ese monje había estado rondándome durante todo el camino.

—Tenía que hacerlo. Te estábamos vigilando para que no cometieras ninguna locura.

—¿Por qué utilizasteis esas artimañas tan crueles? Esa carta que no podía abrir hasta cumplir treinta y tres años, ese mensaje apocalíptico que me conminaba a salvar el alma de mi madre... ¿Por qué? Dime, ¿por qué, maldito monje? —Calatrava pareció conmovido por mis lamentos.

—La «Regula Sancti Deus» lo especifica claramente. Solo un mártir puede llegar a ser el «Gran Abad» cisterciense.

—¿Un mártir?

—Como en los inicios del cristianismo, aquel que fuese elegido debía estar dispuesto a dar la vida por sus creencias religiosas.

Una regla tan estricta como la mismísima «Regula Sancti Benedicti» justificaba todas mis penurias. Los cistercienses siempre habían interpretado y desarrollado la regla de San Benito de Nursia a rajatabla. No me sorprendía, por tanto, que aplicasen el mismo rasero a algo que superaba con mucho lo que ellos conocían como vida monacal.

—¿Y el resto de amigos que hice en el Camino de Santiago? ¿Qué me decís del bibliotecario de la Catedral de Pamplona?, ¿y del seminarista que me llevó en su furgoneta hasta Zuloaga?, ¿y de los agotes?...

Una señal bastó para que el resto de los monjes, que todavía permanecía

encapuchado, se desprendiese de la capucha. Allí estaba el quisquilloso bibliotecario del claustro pamplonés. También reconocí al padre Javier y al seminarista que me trasladó en la furgoneta. Solo eché en falta a dos personas: Gregorio y Giordano Bruno. Naturalmente, pregunté por ambos.

—¿Has conocido a Gregorio? —preguntó sorprendido Guillermo.

—Conocer, lo que es conocer... ¡pues no! Pero he tenido una interesante conversación con él a través del muro de la biblioteca secreta.

—Ese fraile mercedario es incapaz de permanecer callado y atento a sus obligaciones —dijo Guillermo riendo—. ¿Qué te contó?

—Me ayudó bastante a comprender todo este enredo. Me habló de su extraño reclutamiento en el scriptorium secreto de Santa María de Viaceli, llevado a cabo por Calatrava. Se quejó de la vida rutinaria que llevaba en aquel lugar. Gracias a su mente lúcida, encontramos la clave para abrir el muro secreto y así poder abandonar la biblioteca. Aunque su aportación más decisiva fue la revelación sobre la confección de la Biblia de San Ataúlfo. En ese momento, comprendí que yo era un personaje más de una complicada trama.

—Ese fraile... ¿cómo no se me ocurrió vigilarlo aún más? —repitió Guillermo.

—Habrá que disponer una sanción adecuada a su comportamiento —dijo Calatrava.

—No será necesario. Ha sido un lance imprevisto que no podíamos, controlar querido abad —respondió Guillermo suavemente.

—Como queráis... pero si estuviera en mis manos, ese «frailucho» se iba a enterar de lo que cuesta copiar diez cantorales completos.

Todo el relato de Guillermo encajaba a la perfección. Me habían preparado desde la infancia para aquella misión y luego, tras un periodo en el mundo real, decidieron ponerme a prueba. Para ello, utilizaron todos los recursos de los que disponían para diseñar una auténtica aventura repleta de trampas y de mentiras. Una odisea a lo largo del Camino de Santiago en el que estuve controlado, en todo momento, por Calatrava y por Guillermo.

Tras superar mi estupor inicial y contestar mis innumerables preguntas, Calatrava y Guillermo me hablaron también de Edurne, que no era sino un personaje más de la representación. Su función había sido vigilarme y controlarme durante los años que estuve alejado de la abadía. Me explicaron que ella era una monja y que había aceptado su misión con manifiesto desagrado. No le gustaba la mentira pero no le quedó más remedio que obedecer cuando se lo ordenó directamente la madre superiora de su congregación. Al escuchar aquella revelación, comprendí algunos aspectos de nuestra relación que siempre me habían extrañado pero que no comentaré por ser un caballero.

Ya solo me faltaba una última aclaración: ¿dónde estaba Giordano Bruno? Necesitaba volver a ver a ese monje que tanto me había ayudado y que residía como

un fantasma en el claustro de la Catedral de Pamplona. Sin embargo, tanto Guillermo como Calatrava permanecían mudos ante mi insistencia. De pronto, la puerta de la celda se abrió y dejó paso a una figura anciana que se arrastró con dificultad por la habitación. Todos los presentes se enderezaron y saludaron con respeto al honorable visitante. ¿Quién era aquel al que todos mostraban pleitesía? El recién llegado se retiró la capucha y reconocí a mi gran amigo Giordano Bruno. Él se acercó y me cogió las manos fuertemente. Fijó sus ojos en los míos:

—¡Hijo mío! ¡Bienvenido. Propino tibi salutem! (Te presento mis saludos). ¿Sabes quién soy?

—Por supuesto, pater. Sois el dominico Giordano Bruno.

—Así me conociste en Pamplona. Pero mi verdadero nombre no es ese.

—Hoy he descubierto que, exceptuando a Guillermo y a Calatrava, todos los que conocí anteriormente no son quienes decían ser. ¿Cómo os llamáis en realidad?

—Me llamo Jordán de Valdediós.

—¿Cómo ha dicho?... ¿Jordán? Pero si ese es mi nombre.

—¡Sí! Nos llamamos de igual forma. ¿Por qué crees que es? —Su pregunta aumentó mi desconcierto y tardé en contestar.

—Yo me llamo Jordán de Cóbreces. El apellido indica el lugar de donde procedo. En Cóbreces está la abadía de Santa María de Viaceli. Así que, siguiendo esa lógica, usted debe pertenecer a un pueblo llamado Valdediós y allí debe de existir una abadía cisterciense. ¿Me equivoco?

—Una abadía, no, un monasterio. El monasterio cisterciense de Santa María de Valdediós, en Villaviciosa, Asturias.

—Creo que la coincidencia del nombre no es una casualidad, ¿verdad?

—Nada de casualidades. Los cistercienses no nos las podemos permitir. ¿Sabías que nuestro nombre, Jordán, en italiano, se dice Giordano? ¿Curioso, eh?

—Ahora voy comprendiendo.

—Así que mi nombre ficticio no lo era tanto. Como tampoco, el de Giordano de Ribalta, ese caballero boloñés que, según tengo entendido, te ayudó en los primeros kilómetros de tu gran aventura.

—Es cierto, se llamaba igualmente Giordano. ¿Eso quiere decir que...?

—Te confirma lo que estás pensando. Todos los que hemos participado hemos sido, en alguna ocasión, un Jordán. Hemos estado a prueba por la orden cisterciense. Unos han fracasado y han seguido sirviendo a la orden dentro o fuera de sus muros. En cambio, otros...

—Otros, como usted, consiguieron superar las pruebas y... —La emoción me impidió finalizar la frase.

—Y convertirse en el «Gran Abad» de un maravilloso lugar llamado «la morada de Dios».

Me encontraba frente a un anciano dispuesto a entregarme la llave de un lugar

excepcional que había custodiado durante más de sesenta años. Su avanzada edad le obligaba a abandonar su cargo aunque en sus ojos llorosos pude ver que lo hacía con tristeza y amargura. Él sabía que había nacido para esa misión. ¿Habría nacido yo? — me pregunté.

El Gran Abad me habló con solemnidad.

—Jordán de Cóbreces, represento a la orden cisterciense encargada de custodiar, a lo largo de los siglos, el gran tesoro de la cristiandad. Por el poder que se me ha conferido como «Gran Abad» te conmino a elegir: ¿aceptas el cargo vitalicio de “Gran Abad” y todas sus responsabilidades?

Durante más de una hora estuvieron explicándome cuáles eran esas responsabilidades. Según sus palabras, mi misión consistía en proteger el gran secreto, gestionar la vida en el interior de la morada, trabajar duramente por mejorar el conocimiento de lo que allí se custodiaba y, sobre todo, elegir al sucesor adecuado algún día, cuando mi hora llegara a su fin. Abrumado por toda la información, solicité ausentarme durante una hora para meditar las condiciones con tranquilidad. La decisión no parecía fácil ni sencilla. Me costaba aceptar todo lo que se me había comunicado en aquella habitación. Una locura... esto es una completa locura —me repetía una y otra vez. Pero la responsabilidad que entrañaba hacerme cargo del lugar me parecía más pequeña en comparación con el inmenso agradecimiento que sentía hacia Guillermo y hacia toda la congregación que me había cuidado y que había velado por mí. Tras un rato de reflexión, regresé a la celda. El «Gran Abad» estaba sentado en una silla mientras el resto de los presentes rezaba de rodillas. Todos intentaban, con sus plegarias, ayudarme a tomar la decisión adecuada. Con resolución, me acerqué al anciano, tomé sus manos, como antes hizo él conmigo, y le miré a los ojos con decisión.

—Acepto el cargo de «Gran Abad» —declaré con firmeza.

Mis palabras fueron seguidas de un murmullo que, en pocos segundos, se convirtió en jolgorio. Un leve intento de aplaudir fue abortado radicalmente por el todavía «Gran Abad». Mandó callar y pidió arrodillarse a todos los presentes, incluido él. Solo yo debía permanecer en pie. Miré un segundo a Guillermo, parecía muy emocionado. Lo que me sorprendió fue ver los ojos de Calatrava. Lloraban de alegría al ver que uno de sus discípulos alcanzaba el cargo que, quizá él, nunca pudo obtener.

—Deus Locuta Est, Causa Finita Est (Dios ha hablado, caso terminado) —concluyó el «Gran Abad».

Tras pronunciar estas palabras, colocó en mi dedo índice un anillo que, unos instantes antes, lucía en su mano. Observé con curiosidad aquella singular sortija. Un símbolo extraño aparecía grabado en ella... un símbolo que me era algo familiar... ¡Dios mío! Era una estrella encerrada en un semicírculo y rematada con tres puntos en su base. Era el mismo símbolo que Guillermo había dibujado en el suelo del

Archivo General. Dirigí la mirada a mi gran amigo, él también me miró. No hizo falta nada más... «Gracias, muchas gracias, Guillermo».

Esa misma noche, en una sencilla ceremonia, fui ordenado sacerdote. A continuación, me dirigí a Santa María de Viaceli para recoger algunos enseres y para despedirme de los monjes de la abadía donde había transcurrido mi infancia. Ya de madrugada, me condujeron al lugar secreto donde se ocultaba «la morada de Dios». Obviaré tiempo y distancia para evitar dar pistas del lugar exacto que esconde la gran catacumba de Dámaso I.

Ha transcurrido medio siglo desde aquella inolvidable noche. Tras cincuenta años como centinela del mayor tesoro de la cristiandad, otro Jordán me ha relevado en el puesto. Él luce ahora el anillo que le convierte en el «Gran Abad» de «la morada de Dios».

Liberado de la gran responsabilidad y con el cuerpo ya muy debilitado, yo he regresado a la abadía de Santa María de Viaceli para disfrutar del poco tiempo que me queda. El médico me acaba de visitar. Asegura que el Señor desea recompensarme por mi gran esfuerzo y que, más pronto que tarde, me llevará a su lado. Estoy deseoso de hacerlo. Muchos de mis grandes amigos ya están allí y sueño con viajar al lugar donde, eternamente, podré disfrutar de su compañía. Escribo estas líneas desde la biblioteca secreta de mi siempre protector Guillermo. ¡Cuánto me acuerdo de él!

Recuerdo la última vez que lo vi. Unos años después de mi investidura como «Gran Abad», Guillermo, aquejado de un terrible cáncer, recibió el permiso para disfrutar los últimos días de su vida en «la morada de Dios». El reencuentro nos sirvió para revivir nuestras largas conversaciones y para recuperar nuestras interminables partidas de ajedrez.

—Vamos, Guillermo, ¿vas a mover o tendré que hacerlo yo en tu lugar?

—Sigues siendo un pésimo jugador de ajedrez, Jordán.

—Si lo que intentas es matarme de aburrimiento... puede que lo consigas.

—Sabes perfectamente que el único que se está muriendo aquí soy yo.

—No digas eso, Guillermo. Estoy seguro de que te recuperarás y de que podrás volver a tus quehaceres.

—¿No dejarás jamás de llevarme la contraria?

—Perdóname. He sido un desconsiderado.

—Prométeme una cosa, Jordán.

—¡Lo que quieras!

—Escribe un relato que explique el sacrificio de muchos monjes cistercienses a lo largo de la historia. Da a conocer la grandeza de este lugar. Traslada al mundo exterior, tan falto de amor y de esperanza, el ejemplo que tú distes en el pasado al aceptar el sacrificio por algo que, sin duda, es mucho más grande que tú. En

definitiva, cuéntales qué es «la morada de Dios».

—Pero... —No me dejó terminar.

—¿Lo prometes por mi alma?

—Padre... eso no puedo prometerlo.

—Promételo, Jordán, no me falles.

—Te lo prometo, querido tutor. Te doy mi palabra de «Gran Abad» de que cumpliré tus deseos.

—Gracias. Y ahora, continuemos jugando.

—Muy bien, pero ahora soy yo quien te pide un favor.

—¿Qué favor? Miedo me das, Jordán.

—Tengo una duda que me ronda la cabeza desde que estoy en este lugar.

—Una duda, ¿cuál?

—Catalina... ¿Quién era Catalina?

—¿Catalina? No sé de quién me hablas. Yo solo recuerdo a Edurne. No creo haber escuchado jamás el nombre de Catalina.

—Sí, Guillermo, Catalina. Cerca de Islares había una playa. Me detuve allí para descansar y se me apareció una niña. Era un alma en pena.

—¿Un alma en pena? ¿De qué me hablas?

—¿Recuerdas el libro «Necrópolis: La vereda de los difuntos»? ¿Lo recuerdas?

—¡Por supuesto! Era una leyenda bastante tétrica. Nunca me gustó mucho.

—Entonces, ¿por qué lo utilizasteis como prueba?

—No lo utilizamos. Jamás podríamos haber simulado lo que contiene ese libro. Muertos que aparecen, almas en disputa y solo el autor sabrá que más.

—Pues yo te aseguro que conocí a esa niña y que estuve en la vereda de los difuntos.

—¡Espera!, recuerdo algo extraño que me contó Calatrava. Al parecer, en un momento del recorrido, perdió la orientación en un pueblo cántabro de la costa y, misteriosamente, apareció a la mañana siguiente en Santillana del Mar. Nosotros le perdimos el rastro durante esas horas y no supimos encontrar una explicación a ese episodio que ni él mismo pudo justificar.

—¿Entonces? —pregunté sorprendido.

—Parece que tu aventura no fue en su totalidad un montaje de Calatrava. Quizá, y digo quizá, tuviste la ocasión de vivir algo extraordinario.

—¡Jaque mate!



JOSÉ MA. CUENCA ROVAYO (Ceuta, España). Apasionado de la aventura y el misterio. Cursó estudios de ingeniería informática que abandonó por su gran pasión: el arte de crear. Su profesión de diseñador y programador de videojuegos le ha servido para gestar esta novela que peca, en el buen sentido, de un lenguaje muy cinematográfico y de una acción desenfadada.

En el año 2006 abandonó, una vez más su profesión, a sus clientes y su forma de vida para emprender un viaje que acabaría plasmado en las páginas de un libro. Durante un tiempo se dejó llevar, como un peregrino más, por el Camino en busca de un protagonista para su historia.

La morada de Dios, su primera y última novela.